



# Mentiras en Junio

S.J. GARCÍA

# Mentiras en Junio

S.J. GARCÍA

ISBN: 9798344302256

Sello: Independently published

Título: MENTIRAS EN JUNIO

S. J. García © 2024

Cubierta: J. R. Galindo

Corrección y maquetación: Sandra García. @correccionessandrag

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

*Para ti, porque te lo mereces todo.  
Por estar, por sentir conmigo cada palabra y cada historia.  
Sin ti nada de esto tendría sentido.*

# LAS FLORES Y SU SIGNIFICADO

Como habéis podido apreciar, las flores tienen mucho significado en mis historias, dejando su marca en los títulos de los capítulos y otorgando carácter a cada momento, transformándolos en instantes verdaderamente especiales.

Aquí os dejo un pequeño glosario de su significado.

Betónica: Sorpresa.

Acacia: Constancia, elegancia.

Narciso: Egoísmo, introversión, vanidad, mentira, formalidad.

Hortensia: Capricho, frialdad, indiferencia, vanidad.

Geranio rojo: Determinación, consuelo.

Farfara: Ha de hacerse justicia.

Espinaca/Spinacia: Vitalidad.

Flor de Ciruelo: Mantén tu promesa

Flor de Loto: Misterio, verdad, pureza espiritual. Olvido, amor lejano.

Rosa azul: Paciencia, espera eterna.

Muérdago: Supero mis dificultades.

Malva Silvestre: Apacibilidad.

Fresia: Acogida, protección, tranquilidad.

Geranio oscuro: Melancolía.

Erísimo: Adversidad.

Dalia: Inestabilidad.

Eléboro: Escándalo.

Alyssum: Valor.

Bromelia: Inspiración, resistencia.

Flor de cuclillo: Ingenio.

Geranio escarlata: Consuelo, vencer dificultades.

Phlox: Unanimidad.

Rododendro: Peligro.

Romero: Recuerdo, persistencia, lealtad.

Rosa blanca y roja: Mezcla de sentimientos.

Rosa Centifolia: Gratitud.

Tragapán: Miramiento, caballerosidad.  
Rosa sin espinas: Sin miedo.  
Trinitaria/Buganvilla: Perplejidad.  
Zinnia Amarilla: Recuerdo.  
Lirio de agua: Persuasión, elocuencia. Pureza de corazón.  
Laurel flor/Nerium Oleander: Gloria, ambición.  
Hinojo: Fuerza.  
Iris Blanco: Esperanza.  
Gladiolo: De genio vivo, sinceridad, fuerza de carácter.  
Dama de noche: Amor secreto, belleza oculta, serenidad y paz.  
Flor de Lis: Llama, pasión ardiente.  
Passiflora Edulis/Pasionaria/Flor de Maracuyá: Fe, piedad.  
Genciana: Resiliencia, adaptación.  
Clavel de Poeta: Galantería.  
Girasol: Adoración.  
Rosa roja: Belleza, amor intenso, pasión, admiración.  
Rosa amarilla: Debilitamiento del amor, celos, desconfianza, amistad, dulzura, cariño.  
Rosa Canina: Gozo y dolor.  
Vincapervinca: Amistad.  
Orquídea: Belleza, lujuria, perfección, pureza espiritual, exquisitez, magnificencia.  
Menta: Virtud.  
Lirios malvas: Tus ojos me enloquecen. Deseo de seducir a la persona amada.  
Espliego: Fervor.  
Edelweiss: Osadía, coraje, nobleza.  
Dalia roja: Te querré siempre, ojos abrasadores.  
Campanilla de invierno: Esperanza.  
Camelia: «Te querré siempre».  
Rosa salvaje: «Te seguiré a todas partes».

## ANTES DE EMPEZAR

Quiero darte las gracias por elegir, entre todas las novelas que se publican cada mes, esta en particular, y adentrarte en ella con ilusión para descubrir a mis niñas una vez más. También, gracias a todas las que hicisteis posible que siguiera escribiendo la historia de estos personajes que tanto me han regalado. Sin todos vosotros, mis sueños no serían posibles.

Para los que ya me conocen, saben que la música es esencial mientras escribo. Es la encargada de colorear las miradas, sentir los suspiros, y de convertir una escena en algo inolvidable. Si te animas a escucharla, te dejo la *playlist* donde puedes disfrutar de cada canción. Algunas están integradas de manera sutil en la trama, otras simplemente me inspiraron y se convirtieron en mi banda sonora personal.

Al final, lo que pensé que sería una historia corta sobre una boda y un grupo de amigas se convirtió en algo más: un lugar donde viajar durante su lectura, sonreír con sus ocurrencias y suspirar por esos romances de película. Ya puedo decir que el género de la comedia romántica forma parte de mí, todo gracias a ellas y a vosotras por animarme a continuar.

Esta vez os traigo la vida de Yurena, un personaje que hasta ahora había pasado desapercibido, pero que tiene mucho que contar. De verdad espero que os conquiste tanto como a mí, porque ya tiene un rincón especial en mi corazón. Me he permitido ciertas licencias en algunas escenas para que los personajes fluyan como ellos mismos querían. Me susurraban, y yo simplemente me dejé llevar, tecleando con el corazón en cada palabra, esperando que, al leerlo, sintáis esa misma magia que me envolvió al escribirlo. Porque al final, estas páginas no solo son de ellos, ni mías, sino también vuestras.

Una vez más, gracias; a ti, a todos los que nos dais una oportunidad y a aquellos que aún están por llegar.



Completa tu experiencia escuchando las canciones que aparecen o inspiraron el libro mientras lo lees con esta *playlist* de Spotify. Puedes escanear el código QR de abajo o directamente entrar en la siguiente dirección web:



[ESCÚCHALO AQUÍ](#)

# PRÓLOGO

## *Betónica*

Ni por asomo pienso ponerme la ropa que han elegido; he asentido en la videollamada para que dejaran de insistirme. Sin embargo, tanto ellas como yo sabemos que eso no va conmigo. ¿Vestirme de Pitufina? ¿Yo? Por favor. Ni de pequeña me he disfrazado de ese personaje; no iba a hacerlo ahora.

Durante estas semanas he estado enviando al grupo algunas imágenes y enlaces de restaurantes con temáticas de interés, sobre todo para mí. Siempre que he tenido ocasión de hablar con Cris, se lo he dejado caer. Bueno, siendo sincera conmigo misma, les he hecho mucha presión con algunos detalles. En mi defensa diré que me estoy dejando la piel en todo lo referente a la boda, aunque los padres de Miguel y los míos se hayan querido hacer cargo de muchos de los gastos. Necesitaba hacerla mía. No iba a ser menos en mi despedida de soltera, que por mucho que disimulen con ciertos planes, tengo más que calado los que más les gustan. No me hace falta estar en ese grupo para saber qué han elegido; las conozco demasiado bien.

Seguramente hayan optado por algo similar a la boda de Cris; recogida en limusina, disfraces de los pitufos con el toque de Maite, algunos de los restaurantes que sugerí, por complacerme, y por último, discoteca con *stripper* incluido. Se van a llevar una sorpresa cuando vean lo que he elegido de *outfit*. Mis comisuras se alzan en una sonrisa maliciosa; ni se imaginan que no seguiré sus planes al pie de la letra.

—Yurena, necesito que me traigas el albarán del almacén —me pide Aniceto desde su mesa.

—Enseguida —respondo bajando el tono.

«Pobre de que se tenga que mover de su despacho».

Para que conozcáis mejor mi situación: Aniceto, el gran hombre que me acaba de pedir «amablemente» el albarán, es mi adorado jefe. Véase la ironía. Por cuestiones de la vida, mis padres decidieron que lo mejor para mí era trabajar a su lado y aprender de uno de los mejores en el mundillo. Es el propietario de esta encantadora galería donde trabajo desde hace varios años. Adoro el arte, por eso cuando me ofrecieron este puesto, no pude negarme. Aunque me gusta estar en la galería, a veces siento que no termino de encajar del todo. Es un trabajo que me apasiona, sí, pero no me llena por completo. Hay algo que siempre parece faltar, y no sé muy bien cómo explicarlo. Entre las imponentes obras y las conversaciones grandilocuentes, a menudo me pregunto si realmente pertenezco a este mundo o si solo estoy enamorada de la idea de él. No obstante, estoy absorbiendo la esencia de Aniceto como un vampiro, aprendiendo cada truco del oficio, tejiendo redes y expandiendo mis horizontes. ¿Quién sabe qué me deparará el futuro? Tal vez algún día necesite uno de esos contactos para encontrar un nuevo empleo lejos de las exigencias constantes de este señor.

Os voy a contar algunos detalles interesantes sobre mi jefe, para que entendáis un poco mejor

la relación que tenemos: Aniceto tiene alergia al movimiento, o eso quiero creer, porque se mueve menos que los ojos de Espinete, y eso ya es decir mucho. Le encanta que le rían sus chistes, aunque son malísimos; de hecho, siento que pierdo neuronas solo de escucharlos. Y siempre que tiene ocasión me da órdenes con la mirada. Con esos grandes ojos saltones que me recuerdan a un sapo con una enorme papada. Es de esas personas que te señala con la mirada lo que tienes que hacer, y tú debes adivinarlo. Parece que estamos jugando al Tabú, sus labios no se mueven ni un milímetro mientras me lanza órdenes con los ojos. Como cuando se acerca a mi mesa y mira con intensidad mi taza de café: eso significa que quiere uno. Afortunadamente, ya sé cómo le gusta, porque la primera vez fue toda una odisea. O cuando entra un posible cliente, desde su puerta me lanza una mirada cargada de intenciones que debo descifrar en cuestión de segundos antes de que este decida mirar algún cuadro.

Esta ha sido mi vida durante algún tiempo; un constante aprendizaje envuelto en la belleza que reside entre las paredes de esta galería, rodeada de originales lienzos y esculturas que quitan el aliento. A veces, mientras la recorro, me detengo a contemplar una obra que captura mi atención, ofreciéndome un breve escape a través de su belleza. En esos momentos, es cuando realmente experimento la magia del arte. Aniceto, a pesar de todas sus peculiaridades, tiene un ojo excepcional para descubrir talentos emergentes y obras que desafían nuestra percepción. Aunque mi día a día esté saturado de tareas mundanas, el arte tiene la sublime capacidad de elevarlo, haciéndome soñar con el día en que yo, también, pueda influir en este encantador mundo.

Deslizo la silla de oficina hacia atrás con un movimiento suave, suspendo la pantalla del ordenador y acomodo mi perfecta coleta a un lado. Me levanto y me dirijo al almacén, por el camino me permito soñar por unos segundos con mi boda, mientras la marcha nupcial resuena en mi mente:

*«Tan tan tatán, Tan tan tatán».*

Sí, lo sé, es el típico sueño de toda niña que ha crecido viendo a las princesas Disney con sus hermosos vestidos. Lo admito, soy una de esas niñas, de las que aún creen en el amor verdadero y en la existencia de un príncipe azul.

Y por fin tengo todo lo necesario para hacer ese sueño realidad: Miguel y yo hemos estado juntos desde la adolescencia. Fue amor a primera vista. Con ese primer beso, vi todo mi futuro desplegarse en segundos y me aferré a esa visión con todas mis fuerzas. Después de tantos años discutiendo el momento ideal, finalmente lo hemos encontrado para hacer oficial nuestro compromiso. Mis padres se han involucrado por completo en nuestra unión; siempre vieron a Miguel como al hijo que nunca tuvieron, encantador y perfecto para su preciosa y única hija. A pesar de mis protestas, no escatimaron en gastos para la boda, incapaces de resistir su propia emoción desbordante.

Me caso «jijiji».

Presiono el interruptor a la izquierda del marco de la puerta; la luz parpadea un par de veces antes de estabilizarse y me adentro en esa cueva de tesoros. Ahí dentro, el tiempo parece detenerse, con la belleza eternizada en lienzos y en esculturas preciosas que perdurarán durante años, dejando su huella imborrable en este mundo. Deslizo las yemas de mis dedos con suavidad sobre la textura vibrante de la tela que cubre uno de los cuadros, sintiendo el eco de cada

pincelada que se ha impregnado en el lienzo. El aroma a óleos y barniz danza en el aire. Aspiro profundamente, cierro los ojos y me dejo llevar por las emociones que despierta cada color, cada textura oculta bajo la tela. Me pierdo imaginando qué historia lo llevaría a crear semejante obra de arte.

El timbre de la entrada de la galería suena repetidamente, alertándome de la llegada de posibles clientes y arrancándome de mis ensoñaciones. Ha sonado demasiado seguido. Frunzo el ceño, confundida. ¿Estaba programado algo para hoy? No, revisé la agenda esta mañana y era uno de esos días tranquilos. La campanilla insiste y los murmullos en el exterior aumentan. Decido dar media vuelta y retomar mis pasos; no sé qué está sucediendo, pero estoy a punto de descubrirlo.

«No puede ser».

Nada más cruzar la esquina, la escena que se despliega ante mí parece sacada de una película de sobremesa de Antena 3. Me están apuntando. Sí, exactamente cómo te lo cuento. Delante de mí se encuentran varias personas vestidas con monos de trabajo y con sus rostros ocultos tras pasamontañas. Son la versión *low cost* de *La Casa de Papel*. Han acorralado a mi jefe contra una de las paredes de la galería. Observo sus manos temblorosas elevadas casi a la altura de la cabeza, está de espaldas y no puedo verle la cara. ¿Está temblando?

—Ni se te ocurra moverte —exclama la persona que tengo delante de mí con una voz perforante.

Mi primera reacción fue levantar las manos en alto; sin embargo, ahora que examino mejor esas pistolas, me doy cuenta de que parecen hechas de un material bastante frágil. No es que sea experta en armas, pero hay algo extraño en ellas.

—Camina hacia delante y no te pasará nada —ordena otra voz desde detrás, presionando fríamente el cañón de su arma contra mi espalda.

Mientras avanzo con cautela hacia el exterior, trato de entender qué está sucediendo y qué puedo hacer para no empeorar las cosas. Fuera nos espera una furgoneta negra con la puerta lateral abierta. Me fijo en pequeños detalles que había pasado por alto tras el primer impacto. Esas miradas están muy maquilladas; diría que llevan pestañas postizas o extensiones, como mínimo. Sus cuerpos también tienen muchas curvas para ser típicos secuestradores y, además, huelen a flores... ¿Están grabando algún programa de bromas pesadas? ¿*El Show de los Inocentes* ya está preparando su nueva temporada? ¿O podría ser...?

—Un momento... —Me detengo antes de meter un pie dentro de esa furgoneta.

—Avanza de una vez o... —La voz perforante cambia repentinamente a una voz muy diferente, similar a la de los Minions—. ¡Ya se ha desconfigurado esto! Os dije que había que comprar uno bueno, no una baratija de Aliexpress.

«Esto tiene que ser una broma. No me digan que los secuestradores ahora compran sus enseres en Temu o Shein, porque entonces, apaga y vámonos».

—Cállate —brama uno de ellos.

—Muévete si no quieres morir aquí mismo —exclama el Minion.

—No... —respondo sin pensar.

—¿No?

Me doy la vuelta para encarar a mis secuestradores, y en ese instante, alguien me agarra por detrás y me arrastra al interior de la furgoneta. Una vez que todos están dentro, la puerta se cierra con violencia en mis narices y el vehículo arranca de inmediato. ¿Será posible que los secuestradores de Aliexpress realmente me hayan raptado? No puede ser...

—¡Voy a gritar! —amenazo.

Una de las manos que me mantiene sujeta presiona un guante contra mi boca para silenciarme, desprendiendo un curioso olor a ganchitos sobre mis labios. Mis captores intercambian miradas silenciosas; uno de ellos asiente, probablemente el cabecilla de esta trama, la mente pensante detrás de todo. La tensión es palpable. Me retuerzo en los brazos de mi captor y cuando uno de ellos intenta sujetar mis piernas, le asesto una patada.

—¡Estate quieta! —ruge una voz profunda, que parece sacada de un videojuego.

Entonces, con un gesto teatral, se arrancan los pasamontañas y revelan sus rostros. Maca, Jessi y Maite estallan en carcajadas, mientras Lore me rocía con su pistola de agua. Ya sospechaba que aquello no era real. Al volante está Cristina y a su lado, Almu trastea con la radio. En ese instante, comienza a sonar la canción de *I Love It* de Icona Pop.

—La cara que has puesto... —murmura Maite entre risas.

—Sois lo peor —comento, dándole un empujón juguetón a Jessi.

—A tu jefe le dio la risa floja cuando nos vio, y lo tuvimos que poner de cara a la pared —se desternilla Lore.

—Pobre de Aniceto. —Se parte de risa Cris.

—Casi te la colamos, si no hubiera sido porque esto falló... —dice Maca, dando un par de golpecitos a su modulador de voz.

—Casi me lo creo, ¿eh? ¿Desde cuándo los secuestradores van con pestañas que sobresalen del pasamontañas? Eso olía a caca desde el almacén —explico, conteniendo la risa—. Aunque debo reconocer que la primera impresión ha sido impactante.

—Lo hemos clavado —responde segura Jessi.

Entonces, todas intercambian una sonrisa cómplice antes de añadir:

—¡Bienvenida a tu despedida de soltera! —corean a la vez.

Ahora mismo no sé si reír o llorar, estas niñas se superan con cada alocada idea.

—Os quiero, niñas, pero estáis colgadas. —Comienzo a reírme de manera descontrolada cuando las veo desnudarse y mostrarme sus *outfits*.

Gracias a Dios, no vienen vestidas de pitufos como me habían hecho creer. Lo primero que destaca son los corsés de encaje que llevan; se ciñen delicadamente alrededor de sus cinturas, resaltando sus siluetas. Las faldas de tul, alegres y coloridas, añaden un toque coqueto. El broche final lo proporcionan las medias de rejilla que elevan el conjunto, dándole un matiz atrevido. Desprenden mucha sensualidad.

—La verdadera temática de la despedida es «Lady Marmalade», ahora Maite hará su magia y estarás deslumbrante —anuncia Almudena.

Emocionada, comienzo a dar palmas mientras mi sonrisa se ensancha de oreja a oreja.

—Oye, me vais a tener que empezar a pagar; estas manos son mágicas y no son gratis —  
bromea Maite con guasa.

El día promete ser inolvidable. A su lado, incluso las locuras más pequeñas se transforman en momentos especiales.

# CAPÍTULO 1

## *Acacia*

Maldita sea mi suerte, los escalones parecen deformarse y no consigo pisarlos bien. Levanto la rodilla de nuevo, intentando apoyar con firmeza, pero el escalón se resiste. Comienzo a reír sin control mientras mis piernas flaquean. De repente, siento unas manos heladas en mi espalda que empujan mi cuerpo hacia delante, y un escalofrío me recorre la columna vertebral.

«¿Quién me ha tocado?».

Ladeo la cabeza como puedo, porque mi cuerpo no responde a lo que quiero, y me cuesta varios intentos.

—¿Quién eres? No me vuelvas a tocar, estoy armada —digo mientras intento posicionar las llaves como arma. Joder, qué escurridizas son, no se quedan derechas.

—Niña, ¿quién voy a ser? La única que te aguanta... —La voz a mi espalda suelta un resoplido.

«Esa voz me suena».

Cuando finalmente consigo que mi vista se centre, ya que hasta ahora solo veía figuras translúcidas moviéndose, descubro a mi mejor amiga regalándome una sonrisa amable.

—¿Cristina? ¿Por qué me *estás* empujando?

—¿Por qué? Porque estás más borracha que una cuba, Virgen de la Macarena. —Suspira—. Os habéis bebido hasta el agua de los charcos, y eso es mucho decir...

—¿Yo? ¿Borracha? Eso es mentira.

Mi amiga suelta una carcajada que resuena en las paredes y yo le respondo sacándole la lengua. De pronto, la puerta del portal se abre y una ráfaga de aire fresco entra, aliviando el calor que tenía arrebolado en mis mejillas. La figura de una mujer se aproxima; o ¿son tres? Me pregunto si será verdad que he bebido tanto.

—¿Aún estáis aquí? —pregunta Almudena, colocando sus brazos en jarras.

—¿Tú qué haces aquí? —inquiero, tratando de rescatar los últimos acontecimientos de mi cabeza, pero una nube densa bloquea el acceso. ¿Conocéis esa mesa de mandos que aparece en *Del Revés*? Pues la mía tiene ruedas, porque no para de moverse de un lado a otro.

«Qué mareo...».

—*Miarma*, ¿qué tienes, los pies redondos? —cuestiona Maca.

—¡Macarena! —exclamo mientras la abrazo con muchísima efusividad.

«Sí, confirmado. Estoy muy, muy borracha».

Siento cómo el cuerpo de mi amiga se tensa por un segundo, pero luego sus brazos me

envuelven en un cálido abrazo y el aroma dulce de su cabello se adhiere a mí. Cierro los ojos y entierro la nariz en su melena; este comportamiento no es propio de mí y el alcohol tiene el absoluto control de mis acciones. Aspiro su fragancia profundamente, sí, me estoy esnifando el perfume de mi amiga, se mire por donde se mire.

—¡Qué bien *hueless*! —consigo articular, después de dos intentos.

—Lo sé —contesta ella.

Abro los ojos y un inesperado *flash* me deja ciega momentáneamente. He perdido la visión y solo consigo ver un puntito de luz. Parpadeo varias veces mientras me separo de Macarena, aún embriagada por su olor.

—¿Qué haces? Me has dejado ciega.

—Documentarlo. Mañana no nos creerás cuando te lo contemos —explica Almu detrás de la pantalla de su teléfono.

Las miro una a una, confundida por la situación, y comienzo a analizar sus sexis atuendos. Bajo la vista hacia mi propia ropa y, poco a poco, me llegan fragmentos de recuerdos de la noche: la galería, el falso secuestro, la furgoneta...

—¡Es mi despedida de soltera! —Aplaudo mi respuesta.

Cristina rueda los ojos, intercambiando un comentario susurrado con Almudena; ambas me dedican una mirada cargada de complicidad y resignación.

—Era tu despedida de soltera, y ahora es hora de ir a casa. Necesitas descansar —dice Cris con su sonrisa maternal, entrelaza su mano con la mía y me guía con suavidad.

Almudena me arrebató las llaves que tenía aferradas entre los dedos como arma, y toma el control mientras avanza delante de mí. A mi izquierda, Maca tira de mi muñeca, ayudándome a subir los últimos escalones hasta mi piso. Por suerte, vivo en un primero, pero nos ha costado subir como si mi apartamento estuviera en el ático. Lo sé porque, hasta este momento, las escaleras que intentaba ascender parecían interminables. Con cada paso que doy, siento mil agujas en los pies; los tacones me están matando. Planeo tirarlos a la basura en cuanto cruce la puerta de mi casa.

Las dos Almudenas, con movimientos coordinados, consiguen introducir las llaves en las cerraduras. Maca suelta mi mano mientras avanzo hacia el interior del piso. Delante de mí, se despliega una escena que recuerda a la de *Bridget Jones*, aunque sin el apuesto señor Darcy ni el sexy Daniel Cleaver a la vista. Dos siluetas masculinas se entrelazan en una pelea, moviéndose como sombras danzantes en el tenue resplandor del salón. Mi mano se desliza por la pared fría, buscando a tientas el interruptor de la luz, pero antes de que mis dedos puedan hallarlo, alguien activa la iluminación, revelando el caos.

—¡Y se hizo la luz! —exclama Macarena con su salero.

—Virgen del Carmen —musita Cristina, que se lleva la mano a la boca tan sorprendida como yo.

Ambos hombres giran sus rostros hacia nosotras, pero mantienen firmemente su agarre. Mi prometido es amenazado por un puño tenso y elevado, yo sigo la trayectoria de ese brazo, esculpido con venas en tensión, hasta llegar al rostro hostil de un desconocido. Lo único que

captura mi atención es el ridículo bigote sobre su labio, que más bien parece una oruga peluda que ha decidido tomar una siesta ahí. Reprimo un gesto de asco. Observo a Miguel, tiene la ceja rota, y un delgado hilo de sangre se desliza por su mejilla dibujando una línea carmesí. Impulsada por un instinto protector que ni *Wonder Woman* podría superar, avanzo con resolución, aferro el brazo bronceado que sujeta a mi pareja y clavo mis uñas con todas mis fuerzas.

—¡Suéltalo! —exijo con una mirada fulminante.

Mis ojos buscan los del desconocido. No sé de dónde he sacado esta fuerza sobrenatural, pero aquí estoy dispuesta a defender a mi hombre. Su mirada sigue fija en la de mi prometido, yo con el corazón latiéndome en las sienes, hago lo que puedo por meterme en medio y romper el contacto visual. Entonces, lentamente, sus iris verdes parecen encontrar el camino hacia los míos. Durante unos segundos que parecen alargarse hasta el infinito, nos quedamos así, como si el mundo se hubiera detenido. Hay algo en la manera en que me mira que me resulta dolorosamente familiar, una sensación que no esperaba volver a sentir.

—Yurena, apártate, esto es entre mi hermano y yo —profiere Miguel a mi espalda, rompiendo el encadenamiento al que estaba sometida por esa mirada aguamarina.

«¿Hermano?».

El alcohol que recorría mis venas se ha evaporado de golpe, dejando una fría y repentina sobriedad. Ahí está el hermano de Miguel, el hombre que ahora sujeta con firmeza y amenaza a mi pareja. ¿Por qué? No lo sé, aunque pronto lo descubriré. Su imponente figura se recorta bajo la luz tenue con la vista nublada por... ¿ira? Quizás algo más. Hace años que no lo veía; se alejó de todo y de todos. Pero, especialmente, de mí. Y ahora, aquí está, tan real que mi corazón se contrae con la fuerza de los recuerdos. Sus iris observan mi mano sobre su brazo, solo un instante antes de continuar su escrutinio. Nuestros ojos se encuentran y percibo un cambio sutil en su postura; su respiración, antes entrecortada, comienza a serenarse mientras sostiene mi mirada.

—¡El hermano de Miguel!, esto se pone interesante —murmura Macarena.

—¿Elías? —pregunto con la voz tomada entrecerrando los ojos.

La tensión del brazo de Elías se afloja liberando a Miguel de su agarre. Da un paso hacia atrás alejándose de mí y desvía la vista a su hermano.

—Se lo dices tú o mañana mismo reúno a toda la familia para comunicarlo de manera oficial —se jacta—. Tú decides.

—¿Decirme qué? —inquiero.

—Nada —contesta Miguel con rapidez.

Elías responde a su hermano con una risa gutural, dejando claro que su amenaza no es un farol.

«¿Qué está pasando?».

Confundida, busco respuestas en las expresiones de mis amigas sobre lo que acabo de presenciar y esta absurda pelea de la que hemos sido testigos. Macarena, con los tacones ya en mano, parece dispuesta a lanzar uno como si fuera un proyectil. Con una sacudida de cabeza, le

indico que aborte ese plan temerario. Cristina, por su parte, me mira fijamente, paralizada por el shock, incapaz de reaccionar. Justo entonces, Almudena irrumpe en el piso como si fuera un huracán. Con una mirada aguda y calculadora, escanea rápidamente el desorden del salón; los muebles desplazados, un cuadro roto en la alfombra y los cojines en el suelo. En apenas dos zancadas, llega a mi lado y me agarra de la muñeca. Con una determinación férrea, me arrastra lejos de los hombres, alejándome del peligro inminente.

## CAPÍTULO 2

### *Narciso*

Busco en los ojos de mi amiga alguna clave que me ayude a entender esta situación caótica, pero al no encontrar respuestas claras, mi mirada se desplaza hacia los dos hombres que se mantienen enfrentados, listos para seguir con su disputa.

—Es tu oportunidad, Miguel —exige Elías con mordacidad, cruzando los brazos en una pose defensiva. Parece crear una barrera invisible frente a su hermano, o quizás solo intenta controlar sus propios impulsos de continuar lo que han empezado.

«¿Oportunidad?».

Estoy a punto de hablar cuando siento la mano de Almu presionar mi antebrazo, frenándome al instante. Bajo la mirada y noto la firmeza con la que me sujeta, luego levanto los ojos hasta sus iris esmeralda que destellan. Niega con la cabeza, y sin necesidad de palabras, me pide paciencia.

—Vete a la mierda —dice Miguel, bajando la vista hacia sus pies. Se pasa la mano por el rostro arrastrando gotas de sudor, y es entonces cuando parece darse cuenta de las consecuencias de sus acciones. Deja escapar una risa hueca y alza el mentón, desafiante hacia su hermano.

Elías niega con la cabeza, decepcionado por la respuesta. Me muerdo los carrillos, luchando contra la urgencia de intervenir, mientras siento la presión de Almudena en mi brazo. Atendiendo a su petición silenciosa, decido contenerme.

—Eres un puto cobarde —espetea Elías con un tono despectivo, soltando un largo suspiro antes de continuar—. Si esa es tu decisión, entonces actuaré yo.

El hermano de Miguel fija sus pupilas en las mías de forma intimidante, y siento un nudo formarse en mi estómago, presagiando la causa de todo este conflicto. En ese instante, Almu suelta mi brazo. De reojo, capto la preocupación escrita en los gestos de mis amigas y noto cómo Macarena avanza un paso al frente con una seguridad aplastante, mostrándome su apoyo. Esta niña no conoce el miedo, ni siquiera cuando lo tiene delante. Aprieto los puños mientras una lágrima huidiza se desliza por mi mejilla. Me adelanto un par de pasos, sintiendo el peso de la situación.

—¿Qué sucede? Miguel... —Deslizo mis ojos de Elías hacia mi pareja. Lo primero que noto son sus pupilas dilatadas antes de que desvíe la vista, evitando encontrarse con la mía.

—¿Qué sucede? —repite él, mirando hacia otro lado. «Miguel, por favor, mírame», pienso desesperada—. Está borracho, ¿no lo ves?

«Sin embargo, el que apesta a alcohol es él, no Elías».

Mis ojos se abren desmesuradamente justo cuando Elías da un paso hacia delante, abandonando su postura defensiva y con una determinación clara de silenciarlo.

«Joder».

Actúo por instinto, colocándome de nuevo delante de Miguel.

—Apártate, Yurena —brama Elías con una voz cargada de ira.

—¿Por qué no podéis hablar como personas normales? —exclamo, buscando una pizca de razón en medio del caos—. No todo se soluciona con violencia.

Elías suelta una risa gutural y aprieta la mandíbula antes de responderme.

—¿Así me ves? —Niega con la cabeza, frustrado—. Ya lo intenté, pero este gilipollas no atiende a razones. —Avanza un poco más, reduciendo la ya escasa distancia entre nosotros, hasta que está a apenas un palmo de mi rostro, clavando sus ojos en los míos con una intensidad arrolladora. Trago saliva inconscientemente al sentir su respiración tan cerca—. No merece tu compasión —susurra con voz rasposa.

Nos sostenemos la mirada durante unos tensos segundos, y sus labios se comprimen en una fina línea recta. De repente, siento la mano de Miguel sobre mi hombro, apartándome suavemente de su hermano para colocarme a su espalda.

—Vete, Elías —ordena con firmeza.

—No, hasta que no se lo cuentes —insiste él, desafiante.

—No sé a qué te refieres. No hay nada que contar.

—¿En serio? —Elías esboza una sonrisa maliciosa y mete la mano en el bolsillo, extrayendo su teléfono. En ese momento, Miguel parece salir de un trance y se lanza sobre su hermano, empujándolo con fuerza y desatando el caos una vez más. El móvil se desliza de las manos y cae al suelo, olvidado en el tumulto, abandonado a su suerte sin que importe su destino.

—¡Parad de una vez! —grito, exasperada.

Intento pensar qué puedo hacer para que se detengan de una maldita vez, no entiendo nada y no me están contando una mierda. Solo sé que algo en mi interior me advierte que no me gustará la explicación que hay detrás de todo esto. Hoy debería haber sido un día memorable, es mi despedida de soltera. Sin embargo, ahora solo tendré esta maldita escena grabada a fuego en mi memoria.

«Miguel... ¿Qué ha pasado?».

En ese preciso instante, la sirena de la policía irrumpe en el interior del piso. Por acto reflejo, me tapo las orejas para mitigar el estridente sonido. Miguel, con la tensión marcada en su rostro, se aparta de Elías con un empujón cargado de frustración y confusión. Mi mirada busca el origen del ruido y encuentro a Macarena con el móvil en la mano.

«Ha sincronizado su teléfono con Alexa; estas ideas solo se le ocurren a ella».

A través de la puerta entreabierta, asoma la cabeza de Felipa, cubierta de rulos, mi vecina cotilla siempre ansiosa por captar algún nuevo chisme. Lleva una bata de guatín, floreada y desgastada por el uso, que le cae holgadamente sobre los hombros, complementando su atuendo de señora del visillo con sus inseparables pantuflas del rastro.

«¡Lo que me faltaba!».

Cristina le hace una señal discreta a Maca, quien asiente al instante. Con movimientos ágiles

de sus dedos sobre la pantalla, detiene el estridente sonido de las sirenas que se desvanece en el aire.

—¿Qué pasa aquí? No respetáis a los mayores, cuando no es una cosa, es otra... —Felipa comienza su habitual retahíla de quejas, tejiendo una lista interminable de agravios.

—Felipa, por favor... —Empiezo a intervenir, pero en ese preciso momento, Almudena se adelanta con paso decidido para hablar con ella. Le susurra algo al oído con un tono confidencial y veo cómo el rostro de Felipa se transforma, cautivado por las palabras de mi amiga, y la conduce de vuelta a su casa.

Cristina entrelaza su brazo con el de Macarena, mientras Almu cierra la puerta, asegurándose de evitar cualquier intromisión inesperada de vecinos alarmados por la sirena. Dan unos pasos hacia delante, mostrándome su incondicional apoyo, decida lo que decida tras semejante espectáculo.

—Miguel, ¿por qué os estáis peleando como salvajes? —inquiero con los brazos cruzados sobre mi pecho—. Y Elías, por favor, no te metas. Sea lo que sea quiero saberlo por él.

Ambos hermanos intercambian un último gesto, compartiendo un hilo de pensamientos ocultos para mí. Elías dirige hacia mí una mirada llena de determinación antes de dar un paso atrás, cediendo el espacio a Miguel. Este, reticente, deja caer sus hombros por un instante, como intentando aligerar la pesada carga que lleva sobre sí. Luego, alza la vista y me mira con intensidad.

—Mi hermano ha malinterpretado todo —dice finalmente, restando importancia a lo que acabo de presenciar.

—¿Qué? —pregunto, mi mirada oscila entre Elías y Miguel, buscando claridad.

—Solo ha sido un baile. Sin más —aclara despreocupado.

Elías aprieta la mandíbula mientras escucha a su hermano, y casi puedo oír los empastes crujir bajo la presión que ejerce. La tensión en su rostro es palpable, reflejando la tormenta interna que está tratando de contener.

—¿Qué tipo de baile? —me animo a preguntar, aunque temo que la respuesta pueda ser letal.

—Yure, el baile ha sido con la *stripper* de mi despedida, ¿lo entiendes ahora? —me pregunta con condescendencia, como si fuese lo más obvio del mundo lo que haya podido suceder.

—¡Que le ha arrimado la cebolleta...! —Maca da una palmada al aire—. Sé claro, Miguelito.

Miguel dirige una mirada fulminante hacia mi amiga.

—Shhh —la chista Cris.

—Macarena, esto no va contigo —replica él tajante.

Mi amiga se muerde el labio, conteniendo su lengua, mientras desvío la vista a Miguel y le dedico una mirada amenazante a mi pareja antes de responder:

—Nos incumbe a todos desde el momento en que hemos entrado en este piso y ninguno ha sabido comportarse —digo, controlando la voz.

Miguel aparta la mirada, señal de que hay algo más que no quiere contarme. Comienzo a encajar las piezas del puzzle: han bebido de más y el alcohol los desinhibió, la *stripper* realizó su

baile y, quizás en un momento de descontrol, Miguel haya cruzado los límites. Respiro hondo, intentando calmar la tormenta de pensamientos que me asalta, evaluando cada posible escenario. Si realmente ha sido solo un malentendido... ¿por qué se ha desatado tal violencia? Las dudas me corroen. No estoy segura... ¿Acaso Miguel se propasó con la bailarina? ¿Un beso robado, tal vez? Pero, entonces, ¿qué motiva la feroz reacción de Elías?

—¿Hay algo más que deba saber? —pregunto, clavando mi mirada en los ojos de Miguel.

—No —responde él, secamente.

Elías cierra los puños hasta que sus nudillos se vuelven blanquecinos. No me pasa desapercibido su gesto tenso.

—¿No? —Su pecho emite una carcajada irónica—. Sé un puto hombre, ¡eres una maldita rata!

—¡Que te den por culo! —espeta.

Desvío mi mirada de Miguel, que evita el enfrentamiento con su hermano, y la dirijo hacia Elías. De soslayo, capto una advertencia en los ojos de Almudena.

—Elías, ¿hay algo más que debamos saber?

Sus iris buscan brevemente a su hermano antes de fijarse con intensidad en los míos. Sus labios se entreabren con una lentitud exasperante; en ese lapso, siento como si mi corazón perdiera latidos por el camino. Un susurro de aire escapa de mis pulmones cuando atisbo, quizás, ¿compasión? en la profundidad de su mirada. Siento la humedad decidida a lanzarse en cascada ante la primera palabra.

—Ha habido un par de besos —confiesa Miguel a mi espalda, anticipándose a su hermano.

Su voz me llega lejana, como si la distancia entre nosotros se hubiera creado en cuestión de segundos. No me doy la vuelta; mi corazón ya sabe que esa no es toda la verdad. Su confesión me envenena el alma. Elías sostiene mi mirada durante lo que parece una eternidad, y en ese instante percibo las primeras lágrimas deslizándose por mi mejilla. Bajo la cabeza un instante, me muerdo los carrillos y decido enfrentar esto sola; mis amigas no deberían ser testigos de este dolor. Es una conversación que necesito tener solo con mi pareja. Él y yo, pero no hoy. No estoy emocionalmente preparada para escuchar más negativas sobre lo que de verdad sucedió detrás de esos besos.

Niego con la cabeza, intentando no pensar demasiado en ello, mientras la humedad empaña mi mirada. Los brazos de las chicas me rodean, ofreciéndome consuelo. Derrotada, apoyo mi mejilla en el hombro de Cristina mientras observo a Elías alejarse, lleno de indignación.

—Vete, Miguel, quiero estar sola —murmuro sin mirarlo.

—¿Cómo? —pregunta él, confundido.

—Que te vayas... —interviene Maca con firmeza, pero le doy un pequeño tirón para que frene esa lengua viperina.

Me separo lentamente de las niñas, saliendo de su cálido abrazo, y me enfrento a Miguel. Extiendo el brazo señalando la puerta y esta vez repito con más determinación:

—¡Que te vayas de una maldita vez!



## CAPÍTULO 3

### *Hortensia*

Sentada en el sofá que compramos hace un par de años, observo la palma de mis manos y me pierdo en mis recuerdos. Cuando entramos en la tienda, me llamó la atención un enorme sofá mullido de un tono blanco roto que iba perfecto con los colores del salón. Sin embargo, me dejé convencer por las palabras de Miguel. Él y la dependienta intercambiaron varias miradas, y él parecía encantado con su despliegue de elogios hacia ese *chaiselongue* naranja, o hacia cualquier cosa que ella comentara sobre los muebles de la tienda. Muevo la cabeza, tratando de alejar esa imagen que ahora me resulta inquietante: la forma en que ella adulaba su criterio y la confianza que él le concedía.

Me remuevo inquieta, escucho las voces ahogadas de mis amigas a mi alrededor, pero sigo mirando las líneas que supuestamente marcan tu vida, y lo único en lo que puedo pensar es en la dolorosa mentira que acaba de quebrar mi confianza. Por mucho que me he esforzado en conseguirlo, en acatar cada una de las normas establecidas para alcanzar ese sueño que tenía desde niña, todo se acaba de esfumar en cuestión de segundos. No estoy preparada para lo que se avecina, no después de mi despedida. El murmullo de las niñas se intensifica, parpadeo con urgencia, sintiendo los ojos secos.

Se me han agotado las lágrimas, y estoy cansada. Solo quiero estar sola.

—¿Yure? —susurra Cris a mi lado.

Ladeo la cabeza y la miro a los ojos. Sus comisuras se alzan en una preciosa sonrisa que no soy capaz de devolver. No puedo. Ahora no.

—Niñas... —Cierro mis manos con fuerza, clavándome en la piel mi perfecta manicura—. Necesito estar sola.

Un silencio profundo se apodera de la sala, tan denso que casi se puede tocar. Lentamente, alzo la vista hacia mis amigas, buscando en sus rostros algún indicio de comprensión. «Tengo que hacer esto sola» pido sin palabras cuando nuestros ojos se encuentran. Ellas intercambian una mirada intensa. Almudena coloca cuidadosamente la bandeja con la infusión de tisana en la mesa y siento cómo los dedos de Cris se entrelazan con los míos en un gesto de apoyo silencioso. Macarena, por su parte, desvía la mirada hacia su móvil evitando soltarme lo que bulle en su cabeza. Sé que no es la reacción que esperaban, pero no estoy buscando su compasión. Necesito hablar con Miguel en privado antes de tomar cualquier decisión precipitada.

—Yure, no tomes una decisión ahora —me advierte Cris, como si pudiera leer mis pensamientos, me conoce demasiado bien—. Sé que estás dolida, y realmente no tenemos todos los detalles de lo que ha pasado.

—Una hostia con la mano abierta... —murmura Maca, más para sí misma que para nosotras.

—No voy a decidir nada, solo necesito estar sola y descansar —aclaro, buscando poner fin a

la conversación.

Almudena me sostiene la mirada con esa mezcla de intensidad y preocupación que tanto la caracteriza, y antes de que pueda decir nada, me envuelve en un cálido abrazo. Su perfume, mezclado con el incienso que siempre la acompaña, acaricia mis fosas nasales, transmitiéndome una sensación de calma.

—Si nos necesitas, estamos a una llamada de distancia. No lo dudes. —Me besa la frente con ternura antes de separarse.

Asiento con un suspiro de alivio, sintiéndome agradecida por el espacio que tanto necesitaba.

—Si quieres, puedo quedarme a dormir —sugiere Cris.

—No te preocupes. Estaré bien, mañana veré las cosas de otro color. —Sonrío con amargura.

Se aleja y la observo intentando recolocar en su sitio uno de los muebles que había desplazado durante la pelea. Le hago un gesto para que lo deje estar; ahora no es momento para ordenar nada. Lo que realmente necesito es que salgan de la casa. Por el rabillo del ojo, capto un pequeño sobresalto de Macarena. Al girar la cabeza, la veo agarrar un paraguas con firmeza, decidida a enfrentar algo.

—¿Maca? —pregunto, intentando llamar su atención.

—Shhh —me manda callar con un gesto de la mano, mientras la observo moverse sigilosamente hacia la mesa—. No os asustéis, pero hay una rata. Yo me encargo.

—¿Una rata? —pregunta Cris, retrocediendo desconfiada.

Me levanto de un salto, alarmada, al darme cuenta de lo que está sucediendo. Con dos zancadas rápidas, alcanzo a mi amiga y rápidamente me interpongo entre ella y la mesa.

—No es una rata, Maca... —Me agacho para capturar a la criatura y la acurruco en mi regazo, aunque ofrece resistencia. Solo es mansa con Miguel—. Es Yuzu, nuestra gata.

Maca me mira con los ojos muy abiertos, aún incrédula, mientras me señala con el paraguas.

—Ya no me acordaba de que tenías una gata —suspira Cris desde la puerta.

—¿Eso es un gato? Si parece que esté del revés —comenta Maca, asombrada—. Que cosa más fea.

—No es fea, es de belleza difícil —corrige Almudena con una sonrisa.

—Yure, ¿no podías tener una gata normal? Parece la mascota de *Gollum* —suelta Maca.

—Es una gata elfa —aclaro, luchando contra el saco de nervios que tengo en los brazos—. Anda, tócala, Maca, es supersuave —añado, intentando convencerla.

—Mejor no, si te digo a lo que me recuerda la piel de ese bicho... —comenta, haciendo muecas.

La gata estira las patas, intentando evitar que la pegue demasiado a mi pecho, mientras emite bufidos hacia el paraguas que mi amiga aún sostiene en alto. Debo aclarar algo: no es el típico felino de pelaje suave y elegante. Es una *Sphinx*, sin pelo, con la piel rosada salpicada de parches grises y unas orejas desproporcionadamente grandes. Para mí, siempre ha tenido un aire a *Dobby*, el elfo doméstico de *Harry Potter*. Como habréis adivinado, no fui yo quien la eligió, sino Miguel. Un día llegó con ella en un transportín rosa y, os juro, en ese momento también

pensé que era una rata. Su excusa al dejarla en el suelo del salón fue que siempre había querido una mascota y que esta era la mejor opción, según él. Yo habría preferido un adorable perrito, algo como un caniche peluchito, pero terminé conformándome con esta gata que parece vivir para odiarme.

Unas semanas después de su llegada, decidida a ganarme su afecto, fui a la tienda de mascotas para comprarle algunos juguetes. Fue allí donde descubrí por casualidad que la dependienta había tenido una gran influencia en su decisión final. Miguel nunca ha sabido decir que no, especialmente a las mujeres; siempre le ha gustado complacer a los demás. Pensé que era parte de su naturaleza, algo que no podía evitar. Sin embargo, ahora comienzo a ver las cosas de otra manera. Tal vez todo lo que ha sucedido, el alcohol que aún persiste, las emociones intensas y el reencuentro con Elías, está cambiando mi percepción sobre él y sobre nosotros.

Acompaño a mis amigas hasta la puerta, distraída por el batiburrillo de pensamientos que me impiden concentrarme. Antes de irse, me repiten que, si las necesito, solo tengo que llamarlas. Sé que aparecerán al primer indicio de problemas, pero necesito tiempo para pensar en frío sobre todo lo que ha sucedido. Aunque no sea su intención, sus comentarios podrían influir en cualquier idea que cruce por mi mente.

Cierro la puerta y apoyo la espalda contra la madera, dejándome deslizar lentamente hasta el suelo. Justo entonces, Yuzu me bufa y, al sentir que relajo mi agarre, aprovecha para escaparse. Con una agilidad sorprendente, salta por el salón, zigzagueando de un lado a otro. Esa gata es el anticristo. Me abrazo las rodillas y apoyo la frente en ellas, buscando consuelo. Respiro hondo, llenando mis pulmones, y luego exhalo con calma. Después de repetirlo unos segundos para tranquilizarme, me levanto decidida a poner orden en todo.

Me toma unos minutos volver a colocar todo en su lugar, arreglando las evidencias del caos que había invadido el salón. Recojo el último cojín rosado, los colores de la estancia sí los elegí yo. Después de tener que rediseñar toda la habitación para que armonizara con el tono del sofá, era esencial que cada elemento complementara con los elegidos. Siempre me ha fascinado cómo los colores que nos rodean, o los que elegimos vestir, pueden revelar tanto sobre nosotros mismos. Mis ojos se posan en el móvil que descansa al lado del cojín: es el teléfono de Miguel. Entrecierro los ojos al encontrarlo ahí, y de repente recuerdo lo que Elías tenía en la mano y cómo reaccionó él cuando lo sacó del bolsillo. Lo tomo con cuidado, y justo en ese momento, el dispositivo intenta reconocer mi cara para desbloquearse, provocando una contracción involuntaria en mi estómago.

Mis ojos se quedan pegados a la pantalla, mientras las dudas me asaltan y me golpean de lleno en el corazón. Con cada latido, siento una nueva oleada de temores, tentaciones que podría disipar si solo desbloqueara el teléfono. No, eso sería invadir su privacidad. Yo no soy así.

«Él ha hecho algo peor».

Solo fueron unos besos, me respondo a mí misma.

«Sabes qué había mucho más detrás de esa mentira».

Quizás el alcohol esté tergiversando la verdad.

«No fue capaz de mirarte a la cara».

Debe sentir vergüenza por todo lo que ha pasado.

«Deja de excusarlo, lo llevas haciendo toda tu vida».

¡No es cierto!, ¿o puede que sí?

Dejo de discutir conmigo misma cuando entro en nuestra habitación. El aroma masculino de Miguel impregna el ambiente, envolviéndome en recuerdos y dudas mientras avanzo en la oscuridad. Deslizo el tul sobre mis piernas, permitiendo que caiga a mis pies, y luego gateo a lo largo de la cama hasta llegar a las almohadas. Me acomodo contra el cabecero acolchado y coloco con cuidado el teléfono a mi lado. A pesar de mis esfuerzos, no puedo desviar la mirada de él. Es como si tuviera un imán que no me deja apartar mis ojos del oscuro cristal. Lo tomo de nuevo; el dispositivo intenta reconocer mi rostro y, al no conseguirlo, muestra el teclado para introducir el pin. Mis dedos titubean sobre la pantalla, luchando con el deseo de descifrar el código. Mientras me debato entre seguir mi instinto o resistirme, un mensaje entrante acapara abruptamente mi atención:

*«Oficina: Aunque has desaparecido, tu sabor aún perdura. No he podido despedirme como me gust...».*

¿Oficina? La previsualización del mensaje se pierde antes de poder leerlo al completo. El nudo en mi estómago se intensifica, mis temores echan raíces en mi corazón aprisionándolo sin compasión.

Finalmente, aprieto la mano en un puño y alejo el móvil.

Y es entonces, en ese instante fugaz, cuando mi mundo comienza a desmoronarse. Las lágrimas irrumpen sin aviso, desbordando mis ojos y deslizándose incesantes por mis mejillas. Un llanto profundo se apodera de mi garganta y se libera en un torrente de sollozos, ahogándome en un mar de dolor y desilusión. No quiero ensuciar los recuerdos de mi despedida, sin embargo, ya están manchados por la decepción. Siento cómo todo a mi alrededor se desploma, cada pedazo de mi realidad se fragmenta bajo el peso del engaño. La traición siempre duele más cuando viene envuelta en mentiras; un par de besos, quizá, podría haberlo perdonado. Pero sé que hay algo más. Podría haber sido honesto conmigo cuando tuvo la oportunidad. En lugar de eso, eligió ofrecer una media verdad, una enmascarada con una mentira tan pesada que ahora le cuesta pronunciar.

## CAPÍTULO 4

### *Geranio Rojo*

Después de quedarme sin lágrimas y sentir la mirada felina de Yuzu bufándome desde la puerta, dejé de lamentarme y me dispuse a enfrentarme a la realidad. Aunque estaba destrozada por dentro y mi alma clamaba por un respiro, no se lo concedí. Estaba decidida a quitarme la venda de los ojos. Así que probé todo lo posible para desbloquear el teléfono antes de que Miguel pudiera aparecer. No quería verlo, pero si lo que sostenía entre mis manos era la caja de Pandora que revelaría todos sus secretos, era lógico que él intentara recuperarlo. La adrenalina fluía por mis venas como gasolina, empujándome a leer ese mensaje.

Mis pensamientos intrusivos gritaban cada vez más fuerte, deseando dejarme sorda. Necesitaba acallarlos, así que le pedí a Alexa que pusiera música en Spotify. Pronto, la voz rasposa de Dermot Kennedy inundó el piso con su canción *After Rain*.

*You call arrows to fall short  
Because the snow is at our feet  
And when embraces subside, and the lilies have died  
It comes down to her tears on a sheet*

Visioné varios tutoriales de YouTube, donde aseguraban que se podía desbloquear un teléfono usando una buena foto, así que no tenía nada que perder y probé con fotografías de su rostro, pero sin ningún resultado. Me sentí estafada, como con la solución del arroz cuando el teléfono se moja; sin embargo, no desistí y seguí insistiendo con otras opciones. Introduje nuestra fecha de aniversario y luego su cumpleaños como posibles códigos, aunque en ambas ocasiones el teléfono simplemente vibró, burlándose de mis intentos. La desesperación aumentaba cada vez que oía ruidos en el exterior, sintiendo que la oportunidad se me escapaba de las manos. Yuzu aparecía de manera imprevista solo para bufarme, y empezaba a interpretar esos bufidos como una clara advertencia de que dejara en paz el teléfono de su dueño. Después de buscar soluciones en internet sin éxito, finalmente hice lo que siempre había evitado: pedí ayuda a las niñas.

Ahora me paseo de un lado a otro frente a la puerta de casa, mirando el teléfono que se carga en la mesita baja del salón. Cuando escribí al grupo no esperaba respuesta alguna; era temprano y, aunque yo no había pegado ojo en toda la noche, no estaba segura de si alguna de ellas estaría despierta a esas horas. Mi sorpresa llegó con el primer mensaje de Jessi, cuyas palabras actuaron como un hechizo de invocación, haciendo que una tras otra, poco a poco, las demás empezaron a responder. Me sentía como el rey de Gondor encendiendo las almenaras para pedir ayuda, albergando la esperanza de que los *Rohirrim* acudieran.

Ojalá tuviera un *Éomer* dispuesto a venir en mi ayuda con su corcel blanco; en cambio, puedo decir que tengo un fiel ejército de *Hobbits*. Si supieran que las comparo con el gran *Samsagaz*

Gamyi, probablemente me lanzarían por el monte del Destino.

«Estoy divagando, tengo que dejar de leer fantasía».

Mi mente corre a mil por hora. Vuelvo a mirar el teléfono con la vaga esperanza de que se materialicen todas aquí. El tiempo vuela y no estoy segura de poder desbloquear ese maldito móvil.

«¿Qué estoy haciendo?».

Esto no está bien. Yo no soy así; siempre he respetado su privacidad.

«Y mira dónde te ha llevado eso», murmura esa voz interna cargada de reproches.

Niego con la cabeza, tratando de despejar la nube de dudas que enturbia mi juicio. El latido frenético de mi corazón retumba en mis oídos, mientras los temores que me advierten del peligro inminente se agitan en mi mente, como un enjambre de avispas enjauladas.

Unos suaves golpes en la puerta me arrancan de mis cavilaciones. De un salto, me presiono contra la madera fría y sólida. Con cautela, observo a través de la mirilla para identificar a la persona que hay al otro lado. Antes de que pueda distinguir sus rostros, un susurro se filtra por la rendija, llenando el aire de esperanza.

—¡Gondor pide auxilio!, ¡y Rohan responderá! —musita Cristina, imitando con precisión la voz del Rey Théoden.

No puedo evitar que una sonrisa se dibuje en mis labios, incluso en este momento tan amargo de mi vida al escuchar a mi amiga. Me conoce demasiado bien.

Mi mano se desliza sobre cada uno de los pestillos que había echado, impulsada por la extraña sensación de que, si Miguel volviera a casa, ganaría algo de tiempo. Una vez abierta la puerta, mis amigas entran murmurando entre ellas. Asomo la cabeza para asegurarme de que no dejo a nadie fuera y miro de un lado a otro, buscando a Felipa por si está cotilleando. Rápidamente cierro la puerta y corro la cadena.

Me giro para reunirme con mis amigas y noto la ausencia de Maca, Vera y Almudena. Sin embargo, para mi sorpresa, veo dos caras nuevas entre ellas. Una pertenece a una chica joven, rubia y muy guapa, con gafas de pasta y una trenza larga. El otro es Jesús, el hermano de Jessi, vestido con lo que parece ser un... ¿chándal? ¿Pijama? No consigo distinguirlo. Sea lo que sea, parece haber salido de casa con lo primero que encontró. Ambos se miran con cierta incomodidad, como si la situación los superara. Por su expresión, diría que ni ellos ni yo estamos al tanto del motivo real de su presencia aquí.

Jessi es la primera en actuar, empujando a su hermano hacia delante como si fuera un tributo.

—Mi hermano se apaña bien con las tecnologías —asegura mi amiga, lanzando una mirada furtiva a Jesús.

—Conozco algunos trucos —afirma él, peinándose el pelo hacia atrás con chulería.

—Me vale —respondo asintiendo.

Mientras tanto, de reojo, veo cómo Lore toma de la mano a la chica rubia, animándola a presentarse.

—Ella es Juanita, prima de Laura, y según me han contado, es prácticamente una *hacker* —

susurra, como si temiera que hubiera micrófonos escondidos en el piso.

Jesús la observa con curiosidad cuando ella da un paso al frente. Juanita aprieta el portátil contra su pecho mientras eleva el mentón. Sus mejillas se tiñen de un suave rubor, y cuando habla, nos cautiva con una voz dulce, aunque firme.

—¡Mi nombre es Jane! —corrige con un bufido—. No soy una *hacker*, pero si necesitas entrar en ese teléfono, sé cómo hacerlo —añade, lanzando una mirada fulminante a Jesús.

«¿Se están retando?».

—Bueno, sea como sea, necesitamos desbloquear este móvil; es cuestión de vida o muerte —explico mientras camino hacia el teléfono, lo desenchufo y se lo entrego a Jane, asegurándome de que tanto ella como Jesús captan la urgencia.



No pasan ni quince minutos cuando mis *hackers* profesionales consiguen desbloquear el teléfono y me lo ofrecen como un trofeo. No sé exactamente qué hicieron ni quiero saberlo; solo sé que lo conectaron al portátil y, tras discutir sus puntos de vista y tomarse un par de *Monsters* que Miguel tenía en la nevera, lograron lo que yo llevaba horas intentando.

Estos jóvenes parecen nacer con un móvil bajo el brazo; definitivamente, la barra de pan pasó de moda.

El móvil me quema en la mano; me siento como *Pippin* sosteniendo el *Palantir*. Tengo todos los ojos de mis amigas puestos en mí. Cristina me lanza una mirada cómplice, aunque sé que desaprueba este tipo de acciones. Igual que yo, que conste, pero en situaciones desesperadas, ya sabes, a veces hacen falta medidas desesperadas.

—Necesito un minuto —pido en voz alta.

—¿Quieres que lo haga yo? —ofrece Maite, colocando su mano sobre la mía.

La miro a los ojos con intensidad, no sé lo que quiero ahora mismo.

—No pasa nada si te has arrepentido —intenta tranquilizarme Lore.

Hace unas horas estaba muy decidida, sin embargo, ahora siento que, si hago esto, la venda caerá por completo a mis pies. Cris me quita el teléfono de las manos con cuidado, ya que lo mantenía firmemente agarrado. Tengo los dedos agarrotados a causa de la tensión. Entreabro los labios con la clara intención de hablar, pero las palabras se quedan atoradas en mi garganta. El corazón me late a toda velocidad y siento cómo la ansiedad me abraza con ferocidad. La humedad anega mis ojos, difuminando la realidad.

—Tranquila, respira... No tienes que hacer esto sola —me dice con calma.

—Estamos aquí —murmuran Jessi y Maite.

Mi amiga se sienta frente a mí, con la mesa de por medio. Coloca mi teléfono y, junto a él, el de Miguel, desbloqueado y listo para que pueda disipar todas estas dudas que me carcomen como un cáncer. En este momento, me siento como Neo cuando Morfeo le ofrece las dos pastillas: una

me despertaría de este mundo de mentiras, la otra me permitiría seguir viviendo en él, ciega a la realidad que me rodea.

—Puedes hacer dos cosas... —enumera alzando el dedo índice—. Coges el teléfono de Miguel y descubres la verdad. Puede que sea lo que crees, puede que estemos equivocadas... —Levanta el dedo corazón antes de continuar—. O eliges llamarlo con tu teléfono y hablar con él, aun sabiendo cómo es. No podemos decidir por ti, tienes que hacerlo tú, pero decidas lo que decidas, estaremos aquí para apoyarte.

Ha tenido que elegir el dedo corazón para la segunda opción; sé que me está enviando un mensaje encriptado con ese gesto. Suspiro varias veces, inhalando todo el aire que puedo, y miro fijamente ambos teléfonos. Las miradas de mis amigas se clavan en mis movimientos. Mis latidos resuenan en mis oídos, ahogando cualquier otro sonido, mientras la ansiedad sigue apretando mi corazón como raíces retorciéndose, clavándose en lo más profundo de mi ser. Alzo la mano con determinación, aunque el miedo me invada, decidida a elegir mi destino.

Sea cual sea...

## CAPÍTULO 5

### *Tusílago Farfara*

*Unas semanas más tarde;*

—Voy a repasar otra vez la lista —digo, mirando a mi alrededor, intentando recordar si se me ha olvidado algo.

—Está todo, ¿cuántas veces necesitas comprobar el interior de la maleta? —pregunta Cris, aunque sé que es una pregunta retórica, le contesto de todas formas.

—Las que haga falta —grito desde el cuarto de baño, abriendo armarios y sacando algunos botes de cremas para mi rutina de *skin care*.

—Creo que llevas suficientes cremas como para hacer tutoriales durante un mes —asegura Jessi al verme sacar uno de los *serums*.

—Oye, Yure, ¿tantos potingues te echas en la cara? —pregunta Maca, estupefacta, mientras abre mi neceser.

—Deja eso, Maca —digo, soltando un largo suspiro. Macarena levanta ambas manos en alto con una expresión de inocencia, y añado—. Los necesito. Últimamente noto que la piel se me está quedando flácida, sobre todo aquí. —Señalo mi párpado derecho.

—Yo la veo bien —confirma Almudena, que acaba de aparecer por la puerta.

—No, tengo el párpado pocho, ¿no lo ves? —insisto, estirando la piel para remarcar la zona.

Maca acorta la distancia que nos separa y me mira fijamente, analizando mi rostro. Por un momento, creo que va a comentar lo que yo veo todos los días frente al espejo.

—Hostias... sí que lo veo. Eres clavadita al Capitán McCallister de *Los Simpsons*. Solo te falta decir «Arr» y podrías hacer de doble —se carcajea, dándome una leve palmadita en la mejilla—. No veo nada, eres tonta, pero si te sientes mejor llevándote la fábrica de Nivea, adelante.

Los brazos de Vera caen sobre mis hombros, rodeándome en un cálido abrazo desde la espalda y me susurra al oído:

—Eres muy valiente.

Cierro los ojos, permitiéndome un respiro, y apoyo mi mejilla a la suya.

—Estoy bien —les aseguro, tratando de mantener la compostura.

—Ya... sabes que te puedes permitir un tiempo de duelo por todo lo que estás pasando. Nadie te va a juzgar por ello —comenta Cris con su tono maternal.

—Lo sé, pero necesito hacer esto —afirmo, intentando que mi voz suene firme, aunque una parte de mí siga temblando.

—Pues mira, yo creo que has hecho lo que tenías que hacer. Si no te cuida y no te empotra, que lo aguante otra —suelta Macarena, y no puedo evitar soltar una carcajada.

—¿Y tú qué sabes si no la empotra? —pregunta Jessi con guasa, levantando una ceja.

—Niña, eso se nota —responde Macarena, muy segura—. La piel resplandece, los ojos brillan, y... bueno, ya sabes, hay una energía que no se puede ocultar. ¡Vamos, que lo llevas escrito en la frente!

—No sabía yo que teníamos a la gurú del empotramiento en el grupo —se carcajea Almudena, y todas estallamos en risas.

En ese momento, el abrazo de Vera se siente aún más intenso, como si sus brazos fueran una especie de refugio temporal. Las palabras de Cris siguen resonando en mi cabeza, pero mi determinación no se tambalea. Por mucho que el consuelo de mis amigas sea mi mejor medicina, sé que ahora es el momento de avanzar, aunque duela.

Vera se aparta y abro los ojos; todas me rodean, mirándome con esa ternura que solo ellas saben dar. Puede que ninguna hubiera tomado la misma decisión, pero cuando tuve esos momentos de flaqueza y busqué un salvavidas, ahí estaban, al otro lado de la orilla, ofreciéndome su mano, un chaleco o un huequito en la dichosa tabla del *Titanic*. Porque de algo estoy segura: en esa tabla cabían Rose y Jack, no hay discusión.

Es algo que necesito hacer. Alejarme de este piso por unos días, de los recuerdos, de las mentiras y de un futuro incierto para el que no estoy preparada.

Una patita se asoma entre los cojines, intentando atrapar uno de mis calcetines. Levanto el almohadón y ahí está Yuzu, bufándose como si yo fuera la intrusa. Qué asco de gata. Después de todo lo que hemos pasado juntas, sigue siendo una desagradecida. Maca da un respingo al verla, se lleva una mano al pecho como si hubiera visto un fantasma y pone los dedos en cruz hacia el animal.

—¡Aléjate, engendro de Satanás! —exclama dramatizando.

—Solo es la gata, ni que hubieras visto una cucaracha —respondo, sintiendo un escalofrío al imaginarme una. Las odio, me dan un asco tremendo.

—Esa gata es el diablo —añade Maca, retrocediendo unos pasos sin perder el contacto visual—. ¿Quién se va a encargar de cuidarla? Porque yo no, ni de coña me quedo con eso. Almu, esta cosa no te puede dar alergia, no tiene pelo —comenta con socarronería.

—Ya..., es una pena, pero se lo va a quedar su tita Cris —dice Almudena, propinando un pequeño codazo a la susodicha.

—Sí, se queda conmigo. No os ofrezcáis todas a la vez —exagera Cristina, poniendo los ojos en blanco.

—Parece la piel del escroto... —se mofa Jessi, mientras Maca aplaude su comentario.

—¡Menos mal que alguien lo dice! Que luego la burra soy yo.

—Callaos ya —digo, atrapando a la gata, que estira las patas y me bufa como si fuera una diva ofendida—. A veces me parece escuchar que dice *soguarra*. —Y justo en ese momento, la muy «simpática» me da un zarpazo, seguido de su habitual bufido dirigido a mí—. ¿Lo veis?! Confirmado, me odia.

Yuzu se escapa de mis brazos y sale corriendo por el salón, bufando y saltando como si estuviera poseída, dándole veracidad a mis palabras. Nos quedamos mirándola, atónitas, mientras desaparece detrás del sofá.

—El diablo —susurra convencida Macarena a mi espalda—. Recuerda mis palabras.



Veinte minutos después, las niñas bajan mis maletas por las escaleras. Realizo una última inspección exhaustiva, asegurándome de que no dejo nada enchufado ni los aires acondicionados funcionando. Me detengo un par de segundos frente a las fotografías que decoran la pared central del salón. Cada imagen es un fragmento congelado en el tiempo, una época distinta a la que estoy viviendo ahora. Es un recordatorio constante de que la vida puede cambiar en un abrir y cerrar de ojos, y por eso, voy a vivirla.

Cierro con llave, pero por unos segundos me cuesta sacarla del cerrojo. Pego la frente a la fría puerta y cierro los ojos. Mi corazón late como el de un colibrí, y las imágenes de estas semanas danzan en mi cabeza. Aprieto los labios, conteniendo los sentimientos que amenazan con desbordarse. A mi espalda, una puerta se abre; escucho el chirrido de las bisagras y luego unos pasos lentos y acolchados se aproximan. El aroma inconfundible del jazmín inunda el aire a mi alrededor. Sé quién es sin necesidad de darme la vuelta.

—¡Buenos días, Felipa! —saludo, abriendo los ojos y ladeando el rostro para encontrarme con su curiosa mirada—. Ya me voy...

Su mano se posa en mi espalda y me tenso al instante al sentir su contacto. Me sorprende cuando comienza a darme una suave friega, y noto cómo sus comisuras se alzan en una tenue sonrisa. Sus ojos, normalmente llenos de reproche, ahora reflejan una calidez inesperada. Sin darme cuenta, me encuentro rodeada por sus brazos, abrigada por su calor y la inesperada ternura de su abrazo. Siempre ha sido una vecina insoportable, de las que se quejan por todo, pero en este momento, todas nuestras diferencias parecen desvanecerse. La sensación es reconfortante, como si por primera vez nos entendiéramos sin palabras. Siento un nudo en la garganta y cierro los ojos, permitiéndome disfrutar del tan necesitado consuelo.



—Recuerda, manténnos al día siempre que puedas. No digo que estés todo el rato con el teléfono en la mano, porque si te olvidas de escribir significa que te lo estás pasando bien, pero por favor, coméntanos cuando tengas un ratito, manda alguna foto, un audio... —Me lanzo en un abrazo kamikaze antes de que Cris continúe con su discurso.

—No te preocupes, os tendré informadas —les digo con una sonrisa—. Haré videollamadas siempre que pueda para que os muráis de envidia.

—Sabes que hubiera ido encantada...

—Lo sé. —La corto antes de que siga, apretando su mano con cariño.

Me separo lentamente y la miro a los ojos con intensidad. Hasta hace unas semanas, mi vida era muy distinta a como será a partir de ahora. He dudado mucho en hacer este viaje, pero ya estaba pagado y me negaba a perder más por el camino.

En ese momento, todas las niñas, las que han podido venir hasta la estación, me rodean para darme un último abrazo antes de que me suba al AVE. Sus ojos están llenos de lágrimas y sonrisas, y en sus miradas encuentro la fuerza para seguir adelante.

Seguro que os estáis preguntando qué ha pasado en estas semanas para que ahora me encuentre en un tren rumbo al aeropuerto de Barajas. No os preocupéis, mientras avanzamos en este pequeño, pero cómodo viaje, os relataré todo sobre este giro inesperado en mi vida.

Recapitulemos: tenía la opción de adentrarme en ese mundo desconocido del teléfono de Miguel o intentar llamarlo para tener una conversación como adultos, algo que me debía. Opté por llamarlo, por un instante quise darle la oportunidad de contarme la historia desde su perspectiva y no arriesgarme a tergiversar los hechos sacando algo de contexto.

Miguel apareció una hora después; sus ojos se dirigieron directamente a su teléfono. Su rostro cambió al verlo desbloqueado y, sin necesidad de recurrir a trucos baratos, confesó. Y sí, lo digo en serio, confesó de verdad. Esa persona que tenía delante comenzó a dejar caer, capa tras capa, el disfraz que se ponía cada vez que cruzaba la puerta. De repente, ya no era mi pareja; era como si hubiera estado compartiendo piso con un ilusionista. Con cada revelación, mi corazón se resquebrajaba un poco más. El amor que sentía por él se transformó en un odio irrefrenable, una especie de onda vital, lista para ser lanzada. No obstante, me contuve, impasible, o tal vez más en shock que otra cosa, escuchando cada una de sus excusas sobre por qué actuó como lo hizo. Nunca imaginé el daño que las palabras podrían infligir; eran como balas disparadas con malicia, envenenadas con las mentiras que había estado contando todo este tiempo. Vivía una doble vida, una completamente ajena a mí, donde se mostraba egoísta, narcisista, mentiroso y un maldito cab...

«Un momento, por favor. Casi pierdo los estribos y necesito respirar».

Básicamente, Miguel llevaba años siéndome infiel de todas las maneras posibles con media Sevilla. Aunque no hizo falta un número exacto, en mi cabeza todas esas dudas que siempre había tenido se despejaban y, de repente, todo tenía sentido.

«Ya basta, dejémoslo ahí; lo que sentí al enfrentarme a la realidad me dejó destrozada».

No quise mirar el móvil, temiendo el dolor que podría causarme, pero su confesión resultó ser aún más devastadora. Una parte de mí aún albergaba la esperanza de que todo fuera un error, un malentendido, una confusión y que pudiera seguir viviendo mi fantasía de princesa Disney con un «vivieron felices». Sin embargo, no había un final feliz para mí en este cuento; mi príncipe resultó ser el villano, y el beso que todo lo cura nunca llegaría, pues era más una rosa cubierta de espinas afiladas.

Y lo peor de todo es que, de no haber sido por la pelea con Elías, habría seguido viviendo en la mentira. Él estaba dispuesto a continuar con todo mientras yo permanecía ciega a la realidad, creyendo en una fantasía idílica que nunca existió. La traición se sentía aún más profunda al

darme cuenta de que él no tenía ninguna intención de confesarme la verdad, dejándome atrapada en una ilusión mientras seguía con su doble vida.

Así que, tras este inesperado giro de los acontecimientos, cancelamos la boda. Me negaba a casarme con alguien que realmente no conocía y que había estado engañándome cada día. Le pedí «educadamente» a mi expareja que saliese de mi vista, no lo quería ver ni seguir compartiendo el mismo aire que él. Belén, su madre, intentó por todos los medios hablar con su hijo, buscando entender por qué había echado a perder lo que parecía toda una vida juntos, aunque sin conseguir mucho. Sin embargo, nunca dejaron de llegar sus constantes llamadas de apoyo ni sus visitas para ayudarme en lo que necesitara. Belén siempre me había tratado como a una hija y en su rostro vi el reflejo del daño que Miguel había causado, no solo a mí, sino a todos los que creímos en él.

Mis padres lo adoraban, y su traición no tenía cabida en nuestra familia. Ellos me han apoyado en todo lo necesario, ayudándome a cancelar todos los preparativos de la boda. Todo lo que se podía cancelar, ha sido cancelado. Sin embargo, algunas reservas, como la sesión de peluquería y masaje facial, no pudieron ser recuperadas, así que decidí disfrutarlas en todo su esplendor. Ahora luzco una melena con un tono más oscuro al que estoy acostumbrada, una transformación simbólica para marcar la distancia de esa Yurena que quiero dejar atrás. Mi precioso y caro vestido de novia quedará a la espera de su momento en mi armario, como un recordatorio de lo que una vez fue y, quién sabe, tal vez para cuando las polillas decidan que ya es hora de casarse. Y respecto a nuestro viaje de luna de miel, no pensaba perder más de lo que ya había perdido, así que decidí aprovecharlo a mi manera.

Era mi oportunidad de escapar y alejarme de todo lo que me había lastimado; no pensaba dejarla pasar.

Cuando tomé la decisión, lo primero que hice fue contárselo a las niñas. Me brindaron su incondicional apoyo y, aunque me hubiera encantado que alguna de ellas me acompañase en esta locura de viaje, no podían con tan poco tiempo para organizarse. Sus palabras de aliento y promesas de videollamadas constantes me hicieron sentir que no estaba sola, a pesar de la distancia. Pero eso no me amedrentó; al contrario, lo vi como una señal de que era mi momento para vivir una aventura. Miguel y yo teníamos planeado viajar en coche hasta Madrid, pasar una noche allí para ver algún que otro musical y disfrutar antes de subir al avión. Pude cancelar la noche de hotel y, con ese dinero, compré un billete de tren directo a mi nuevo destino.

Y aquí estoy, a unos segundos de pasar el control de seguridad, con el corazón a punto de salirse del pecho, las manos sudorosas por los nervios y una sensación de expectación que me hace preguntarme si, después de este viaje, seré capaz de empezar de nuevo.

## CAPÍTULO 6

### *Spinacia*

Levanto la maleta de mano con esfuerzo; pesa un montón, como si llevara cemento armado. La coloco en la cinta y la posiciono en el centro para que las ruedas no entorpezcan el paso por el escáner. La señora que está detrás de mí no para de resoplar, lo cual empieza a ponerme nerviosa. Estamos en una cola y todos esperamos nuestro turno; por mucho que resople, esto no va a ir más rápido. Le miro de reojo al coger una de las bandejas para depositar todas mis pertenencias. Abro la mochila y saco los dispositivos electrónicos; móvil, Kindle, tablet y la botella de agua, asegurándome primero de que esté bien cerrada. Lo último que queremos es un accidente. También saco algunas otras cosillas que encuentro en el interior, como un paquete de pañuelos y un par de baterías. Tras comprobar que no falta nada, dejo la mochila en otra bandeja.

A mi alrededor, el bullicio del aeropuerto sigue su curso. La gente habla en varios idiomas, y se oyen anuncios de vuelos por los altavoces. Siento un poco de prisa, pero trato de mantener la calma. Mientras avanzo, me pregunto si la señora de mi espalda estará resoplando por otras razones ajenas a mí. Quizás tenga miedo de perder su vuelo, aunque su actitud impaciente no ayuda a nadie. Respiro hondo y sigo con el proceso, recordándome a mí misma que en unos minutos estaré más cerca de mi destino.

El agente de seguridad frente al monitor que muestra la imagen del interior de mi maleta entrecierra los ojos y agita la mano para comentarle algo a su compañero, que está inspeccionando el equipaje en la cinta. Ambos me miran, y seguidamente mi maleta está en las manos del agente, quien procede a abrirla. Desliza la cremallera con un movimiento rápido y la abre como si se tratase de un libro, de par en par. Lo que veo en su interior hace que me suba la sangre de golpe a las mejillas; siento que voy a morir de vergüenza aquí mismo. La mirada del agente baja a mi maleta y luego se clava en mí con una sonrisa socarrona y una ceja levantada al descubrir lo que hay dentro: un *Satisfyer* que parece un pingüino y un señor manubrio de color rojo más grande que mi brazo.

«Madre del amor hermoso, ¿Cómo ha llegado eso ahí?».

—Eso no es mío —susurro con la boca pequeña, más para mí que para el agente, quien me regala una sonrisa juguetona.

A mi espalda, escucho una exclamación ahogada por parte de la señora de los resoplidos. La veo santiguarse con los ojos fijos en mi maleta, se coloca la mano en el pecho y comienza a murmurar algo que suena a una oración. No sé por qué, pero me da por abrir la boca para aliviar la vergüenza que estoy pasando y decir lo primero que se cruza por mi mente.

—Es un aparato de limpieza facial, un succionador de poros —digo tan ancha.

«¿En serio he dicho eso? ¡Tierra trágame!».

Por favor, Yurena, cállate, me reprendo a mí misma.

La señora ha perdido el habla, tiene los ojos abiertos como platos, casi desorbitados igual que en los dibujos animados, y parece a punto de sufrir un colapso.

—Un buen succionador —murmura el agente de seguridad, alzando ambas cejas con una expresión divertida.

Lo fulmino con la mirada, sintiendo cómo mis mejillas arden de vergüenza. Él baja la vista, moviendo mi ropa con cuidado y, afortunadamente, haciéndome el favor de ocultar el gran dildo que asomaba de forma bastante evidente. Es el pene del diablo. La tensión en el aire es pegajosa, y el agente hace todo lo posible por contener una sonrisa mientras intenta mantener la profesionalidad. No quiero volverme; los susurros que escucho a mis espaldas me están poniendo de los nervios. Fijo que seré la comidilla del aeropuerto durante lo que me queda de vida.

Cuando termina de inspeccionarlo todo, recojo mis pertenencias y mi dignidad, esa que se ha escurrido por el suelo hace apenas unos segundos. El agente me guiña el ojo y se despide de mí con una sonrisa ladeada, claramente disfrutando del espectáculo gratuito. Me yergo más tiesa que el mástil de un barco, decidida a no mirar atrás. Con unas ganas asesinas, me pregunto de quién ha sido la maravillosa idea de incluir semejantes aparatos en mi maleta sin mi consentimiento. Al menos que me hubieran avisado, ¡no que casi muero de un infarto!

### ***El Equipo de la Ligación:***

**Yurena:**

*¿De quién ha sido la  
maravillosa idea?*

**Cristina:**

*¿Qué ha pasado?  
¿Estás bien?*

**Almudena:**

*Ya les advertí que no era una  
buena idea, pero como no  
me hacen caso...*

**Maca:**

*¿Ya has conocido a Pingu?  
Es un poco pronto, pensé  
que tendríais vuestro momento  
en el hotel... pero bueno, no sé  
yo la que juzgue tus momentos de amor.*

**Yurena:**

*¿Te suena de algo pasar por el  
control de seguridad?*

**Jessi:**

*OMG...*

**Maca:**

*Ops*

**Maite:**

*Jajajajaja*

**Cristina:**

*No me entero de nada.*

**Almudena:**

*Maca le ha metido en la maleta de  
mano, el consolador de King Kong  
y un Satisfyer de pingüino.*

**Yurena:**

*Era el pene del diablo,  
tan rojo como los colores que  
me han salido al descubrirlo.*

**Cristina:**

*¿En serio?  
No os puedo dejar solas ni un segundo,  
seguro que eso lo metisteis cuando fui al baño.*

**Jessi:**

*Como la conoces...*

**Yurena:**

*Eso se avisa, qué vergüenza  
acabo de pasar. La señora que estaba  
detrás de mí casi se muere del susto  
y todo el mundo me miraba,  
creo que el agente de seguridad  
estaba coqueteando conmigo.*

**Maca:**

*¿Esa señora nunca ha visto un pito?  
Qué exagerada es la gente, por favor...*

**Vera:**

*Así me gusta, Yure, dejando  
huella por donde pasas, jajaja.*

**Yurena:**

*¿Alguna sorpresa más de la que tenga que saber?*

**Maca:**

*Te dejé una notita en el bolsillo  
interior de la maleta. No es nada malo,  
léela cuando estés en el avión.*

**Yurena:**

*Miedo me das.*

**Almudena:**

*Recuerda tomarte la pastilla,  
así el viaje se te pasará en nada  
y no te enterarás.*

**Cristina:**

*Y no mezcles con alcohol.*

Miro la copa de vino vacía que tengo delante de mí. Después de la vergüenza que he pasado, olvidé por completo la pastilla y me vine directa a uno de los bares para pedirme una copita, o tres, que me ayudase a calmar estos nervios. ¡Vamos de Guatemala a *Guatepeor*! Me paso la mano por el rostro, intentando recobrar la compostura, antes de responder a mis amigas que siguen comentando mi momento estelar en el control de seguridad. Maca sugiere que debería haberlo grabado y hacerme viral, y yo solo quiero que venga Will Smith y flashee a todo el aeropuerto como en *Men in Black*. Así nadie recordaría esta situación tan surrealista.

No creo que pase nada por un par de copitas de vino. No tienen por qué saberlo. Me coloco los *AirPods* y selecciono una de las *playlists* perfectas para este momento. La voz rasposa y ronca de Miley Cyrus me susurra al oído con la letra de su canción *Flowers*. Ambas hemos vivido experiencias similares, y por eso, siento cada estrofa como si fuera escrita para mí.

*We were good, we were gold  
Kinda dream that can't be sold*

En un rato me subiré al avión, me tomaré la pastillita mágica que me hará volar hasta República Dominicana, y cuando esté por allí, todo esto será solo un mal recuerdo, una anécdota para reírme más adelante.

*I can buy myself flowers*

*Write my name in the sand  
Talk to myself for hours*

Camino por el pasillo que me ha indicado la azafata, mirando los números y buscando mi asiento. Al menos tengo la tranquilidad de que a mi lado no va a ir nadie, y no tendré que compartir ese espacio tan privado. Arrastro la maleta por la moqueta hasta alcanzar mi lugar de reposo para las próximas horas. Intento levantarla para colocarla en la zona del equipaje y, de repente, un apuesto caballero, que parece sacado de una película romántica, se adelanta y me ayuda a ponerla en su sitio. Nuestras miradas se cruzan por unos segundos, y le agradezco en un suave susurro. Aunque es muy guapo, no estoy en un momento en el que me interese el sexo masculino. Ahora mismo odio a los hombres, así que mantendré las distancias con los machos que se me acerquen.

Me acomodo en mi butaca y la inclino un poco, lo justo para estar cómoda sin molestar a nadie. Me vuelvo a poner los *AirPods* y busco en el interior de la mochila la notita de la que me habló Macarena. La saco con cuidado y la desdoblo, deshaciendo las cuatrocientas veces que está plegada.

*Nada de leer libros, esta vez los vas a escuchar, te he dejado un audiolibro muy especial. Esta voz será tu crush a partir de ahora, de nada.*

*Maca ;)*

*P.D: Pingu y él son la combinación perfecta.*

«Ni siquiera estando lejos me libro de los *Macaconsejos*».

Empiezo a notar mi cuerpo más liviano, lo que significa que la pastilla está haciendo efecto. Me preparo todo lo necesario para disfrutar de las próximas horas de vuelo. Presiono el *play* en el audiolibro y me dejo embaucar por su narración. Coloco el antifaz, dispuesta a soñar, mientras la cadencia de la voz me envuelve y me transporta a otro mundo.

«Estoy en un frondoso bosque, con un elfo de facciones marcadas, labios jugosos y una melena oscura le oculta parte de uno de sus ojos violáceos. Su mirada es hipnótica y me atraviesa, mientras su voz ronca me susurra al oído todas las cosas que quiere hacer conmigo aquí perdidos entre la maleza. Sus manos se deslizan bajo mi falda, dejando un rastro de lava ardiente por donde pasan. La forma en la que pronuncia las palabras me eriza la piel y mis piernas tiemblan ante la anticipación, la punta de su nariz me roza sutilmente y su lengua caliente juega con el lóbulo de mi oreja, despertándome sensaciones dormidas».

Abro los ojos de golpe, con el corazón golpeando frenéticamente en mi pecho y la respiración entrecortada. Todo está oscuro, y entonces recuerdo dónde me encuentro. Llevo puesto el antifaz y sigo en el avión. ¡Ay, Dios! Soñaba con el protagonista del libro y la voz del narrador ha creado la fantasía perfecta en mi mente. Casi tengo un orgasmo a causa de esos susurros calenturientos. Aprieto los muslos, conteniendo los impulsos de mi cuerpo. Entreabro los labios y suelto un profundo suspiro. Agarro con fuerza el reposabrazos, buscando la estabilidad que necesito para volver a poner los pies en la tierra, y entonces algo roza mi brazo. Me tenso al instante; no ha sido un roce fugaz. ¡Hay algo o alguien a mi lado! No puede ser, ese era el asiento de Miguel.

«¿Será posible que alguien se haya sentado aquí sin que me dé cuenta?».

Alzo mi brazo con la tentación de moverlo hacia ese lado, pero me detengo al pensar que podría ser un señor mayor que se imagine que estoy coqueteando con él. ¡Lo que me faltaba! Llevo la mano hasta mi rostro, despacio, sin levantar sospechas. Si por casualidad hay una persona sentada a mi lado, me debato entre hacerme la dormida el resto del viaje o cantarle las cuarenta. Aunque claro, no puedo hacerme la dormida si necesito ir al baño. Y ahora, solo de pensarlo, siento una imperiosa necesidad de ir. ¡Genial, justo lo que necesitaba! Mejor me enfrento a esta situación de una vez.

Levanto el antifaz con cuidado, solo un poco, para descubrir quién está sentado a mi lado. La voz del narrador sigue susurrando guarradas en mi oído, pero ahora es más importante saber quién está ahí. Lo primero que veo es una mano masculina cerrada en un puño, en tensión. Continúo subiendo la vista, tratando de ser lo más discreta posible. Seguimos por un brazo musculoso, tostado por el sol y con vellos dorados que parecen sacados de un comercial de bronceado. Al menos es un hombre joven, o eso creo. Vamos, un poco más. Una camisa floreada y muy hortera cubre su torso, parece al mantel de hule de mi abuela. ¿Un hippie? ¿Un bohemio de esos? Y es entonces cuando veo su rostro.

«Esto no puede ser real».

# CAPÍTULO 7

## *Flor de Ciruelo*

*Él.*

*Horas antes...*

El billete que sostengo en las manos me devuelve la mirada, como si se burlara de mí y escupiera: «Esto te pasa por gilipollas». Niego con la cabeza, tratando de encontrarle sentido a esta maldita locura, porque ni yo mismo me creo estar en este lío. Yo y mi estúpido sentido de la responsabilidad.

«¡Joder!».

Sus palabras resuenan en mi cabeza una y otra vez, como un eco que no se va. Revivo la escena a cámara lenta en mi mente, el reflejo en sus iris, la esperanza desvaneciéndose al igual que la niebla, dejando paso a la decepción. Sin darme cuenta, arrugo el papel entre los dedos, como si así pudiera deshacer lo ocurrido.

«Debí marcharme».

Fijo la vista en esas letras impresas en el papel, las mismas que se encargarán de cambiar mi destino en los próximos días. Aunque, siendo sincero, más que el destino, ha sido mi maldita manera impulsiva de hacer las cosas. No estoy orgulloso de cómo se desarrollaron los acontecimientos, pero así sucedieron.

Demasiado tiempo callando.

Por mucho que le dé vueltas a todo lo que está a punto de pasar, no va a cambiar el hecho de que estoy corriendo por la terminal a toda prisa a punto de perder el avión. La decisión estaba tomada desde aquel crucial instante, sin embargo, he dejado todo para última hora, evitando enfrentarme al pasado y regresar a la casilla de salida.

Empezar de nuevo la partida que dejé años atrás, volver al inicio de todo.

Los ojos de la azafata me escrutan mientras le entrego mi billete, esperando que me indique el asiento. Sin decir una palabra, extiende el brazo y señala una butaca vacía. Desde mi posición no logro distinguir a nadie en el asiento contiguo, lo cual me extraña. Miro hacia atrás, buscando señales de ella, por si ha llegado tarde o, peor aún, se ha arrepentido a última hora y no ha subido al avión. A mis espaldas, solo queda el personal, ocupado en los últimos preparativos. Por poco me quedo en tierra, y todo esto habría sido solo otra cicatriz en mi colección.

Camino con pasos firmes hacia mi asiento, cada vez más convencido de que no está en el avión. Pero, como siempre, la suerte no está de mi lado.

«Mierda».

Ahí está, hecha un ovillo junto a la ventanilla. No entiendo cómo no se descoyunta la espalda en esa postura; casi parece que esté haciendo contorsionismo. De ahí fijo que sacan ideas para la

próxima película de *El Exorcista*. Tiene la mejilla aplastada contra la pared de la ventanilla y lleva un enorme antifaz rosa con un mensaje en letras rojas que dice: «Bella durmiente, despiértame si quieres ver a la bestia». Con esa advertencia, me queda claro que despertarla no es una buena idea. El pelo le cae desordenado por el rostro. ¿Se le ha oscurecido la melena? Lleva los auriculares puestos, y me pregunto qué estará escuchando. Conociéndola seguro que alguna balada romántica. En la comisura de uno de los labios asoma un poco de saliva, y de vez en cuando se le escapa algún que otro ronquido.

«¿Cómo diablos ha podido quedarse así de dormida?».

Mejor para mí; así no tendré que lidiar con el primer impacto. Alzo la maleta en alto, cuidando de no hacer ningún movimiento brusco, aunque, siendo sincero, no creo que nada logre despertarla.

Me acomodo en la butaca de al lado, evitando rozarle. Ajusto el cinturón de seguridad y, casi por obligación, echo un vistazo rápido para comprobar si ella también lo lleva puesto. Su suave aroma a melocotón me cosquillea en la nariz, y no sé si sentirme fastidiado o más tranquilo al ver que tiene el cinturón abrochado. De repente, su pierna da un pequeño espasmo, y casi me sobresalto. ¿Se ha despertado? La observo con detenimiento, esperando que se quite el antifaz, pero, claro, eso no pasa. Entreabre los labios y deja escapar un suave jadeo, mientras una sonrisa ladina se dibuja en su rostro. ¿Está soñando? ¿O será que está despierta? La idea me cruza la mente, aunque la desecho cuando vuelve a respirar profundamente y su cuerpo se relaja. Mejor así, que siga durmiendo.

Unos días, solo tenía que aguantar unos días y volvería a alejarme de todo. De todos. Regresaría a mi lugar, a mi hogar. Pero ahora todo se ha torcido.

## CAPÍTULO 8

### *Flor de Loto*

«El hombre que está a mi lado, es Elías».

Me arranco el antifaz de un tirón. El corazón me da un vuelco y me siento tremendamente ridícula por no haberlo reconocido antes.

«¿Qué hace él aquí?».

Sus ojos están cerrados, sumidos en algún tipo de sueño, tal como estaba yo. Su cabello castaño cae alborotado sobre el rostro, y mantiene la mandíbula apretada. Sea lo que sea que esté soñando, lo tiene en tensión. El feo bigotillo encima de su labio se retuerce cuando los mueve, dejando escapar un leve suspiro. Una parte de mí se relaja al comprobar que es él y no un desconocido aprovechado que ha decidido sentarse aquí mientras yo dormía. Pero otra parte, la que nunca deja de darle vueltas a todo, se pregunta qué demonios hace él aquí. Su imagen me transporta de vuelta al salón de mi piso, a esa acalorada pelea con Miguel y la discusión que lo cambió todo. Ese detonante que ha hecho que hoy esté en este avión, buscando escapar de los recuerdos y emociones que me dejó.

La voz del narrador aún resuena en mis oídos y mi vejiga me recuerda que hace unos segundos estaba a punto de explotar. Debería haberme sentado en el asiento que ahora él ocupa; así no tendría ningún problema para pasar al otro lado. Sin embargo, no contaba con tener un acompañante de última hora en la butaca que debía permanecer vacía. ¡Mierda! Mi cabeza no para de enviarme imágenes de cascadas, ríos y un largo pasillo con un bonito trono de porcelana esperando mi reinado. Aprieto los muslos, tratando de contener las ganas, algo imposible en este momento.

No puedo más, necesito ir ahora.

Con un movimiento ninja desabrocho el cinturón de seguridad que aún permanecía intacto. Dejo las cosas en la mochila que tengo a los pies, me levanto con cuidado de no hacer ningún movimiento brusco, aunque me muero por preguntarle qué cojones hace él aquí, ahora mismo mi prioridad es ir al servicio y cuando vuelva pienso despertarlo. No dejaré que esto estropee mi viaje. Esto va a ser toda una misión imposible, levanto primero una rodilla y la paso por encima de sus piernas, con la clara intención de llegar directamente al pasillo, sin tocarle más de lo necesario.

«¡Vamos, Yure, esto es como saltar el potro, pero sin saltar! Eres muy ágil, que se noten las clases de pilates».

Echo un vistazo a mi alrededor y veo cómo la penumbra envuelve el interior del avión; la mayoría de la gente duerme o se pierde en alguna película, ajenos a lo que está a punto de suceder. Por favor, Diosito, que nadie se gire en este preciso instante. No es una postura de la que me sienta precisamente orgullosa, eso hay que admitirlo. Inhalo todo el aire que mis

pulmones pueden soportar, aspirando el embriagador aroma a cardamomo que desprende Elías. Siento el cosquilleo del cítrico en la nariz. Estoy a punto de conseguirlo cuando, de repente, una turbulencia hace que mi plan se vaya al traste.

Todo parece ocurrir a cámara lenta.

Pierdo el equilibrio por el temblor y, sin poder evitarlo, acabo cayendo sobre Elías. Al sentir mi peso, sus ojos se abren de golpe y se encuentran con los míos. El verde aguamarina de su mirada me atraviesa como un rayo, se cuele en mis recuerdos y me deja paralizada, sin aliento, en un instante que parece eterno, con el eco de mis latidos retumbando en los oídos. Estoy a horcajadas sobre su regazo, con una pierna colgando por encima del reposabrazos y aplastando su brazo sin querer. Su respiración se vuelve profunda y sus labios se entreabren, dejando escapar un húmedo suspiro. Uno de mis auriculares cae sobre su pecho, y la voz del narrador danza entre nosotros, continuando su recital erótico:

*Ella se restregó contra mí como una gata en celo, frotándose contra mi dura verga. Mordí su cuello con posesión...*

«¡Tierra, trágame y no me dejes salir nunca!».

*Dime qué quieres que te haga, Belladona.*

Siento cómo toda la sangre me sube a las mejillas, inundándolas de un calor insoportable. Su ceja se levanta con picardía, claramente sorprendido por lo que está escuchando, y me lanza una sonrisa ladeada, mientras su asqueroso bigote se agita como una oruga inquieta.

*Voy a hacerte disfrutar tanto que creerás estar cruzando las puertas del mismísimo infierno...*

Me apresuro a coger el auricular para cancelar la reproducción, y muevo mis caderas con la clara intención de levantarme. Me clavo la hebilla del cinturón en la entrepierna, y vuelvo a sentir la urgencia que me ha llevado a esta situación. Elías está a punto de decir algo, y yo, sin pensarlo, le cubro la boca con mi mano.

—Shhh.

En ese momento, el avión vuelve a temblar con más fuerza. La luz del cinturón de seguridad se enciende, indicando que estamos atravesando una zona turbulenta. Retiro la mano de su boca y me aferro al asiento, tratando de mantener el equilibrio mientras siento la presión creciente en mi vejiga y la dureza de la hebilla hundiéndose con cada temblor. Sus ojos siguen fijos en mis movimientos, y murmura algo que no logro entender. Con un último esfuerzo, logro ponerme de pie, aunque tambaleándome un poco. Le pido disculpas en apenas un susurro y trato de avanzar por el pasillo, alejándome de él con la imperiosa necesidad de llegar al baño, ignorando la llamada de atención de una de las azafatas. Una vez dentro, consigo liberar la tensión haciendo malabarismos para no golpearme la cabeza ni mancharme de pis. De repente, alguien toca la puerta con brusquedad, llamando mi atención. Cuando abro, me encuentro con una azafata que me indica, sin darme tiempo a replicar, que las luces del cinturón están encendidas y que debo volver a mi asiento de inmediato.

—¡Maldita sea! —me quejo, molesta por la interrupción. Necesitaba algo más de tiempo antes de volver allí.

Me doy la vuelta, recorriendo los pocos pasos que me separan de él, y lo veo levantarse, cediéndome el sitio para que vuelva a sentarme. La frustración y la resignación se mezclan

dentro de mí mientras me acomodo, intentando hacerme la loca y no pensar en lo incómoda que es esta situación. Elías se sienta a mi lado, todavía con esa sonrisa divertida en los labios, mientras el avión sigue tambaleándose y yo intento encontrar una postura un poco más cómoda, después de ese momento tan surrealista que acabo de vivir sobre él.

—Yurena —me llama en un susurro, saboreando mi nombre en sus labios, y un cosquilleo recorre mi columna vertebral.

Desvío la vista hacia la ventanilla del avión, fingiendo un interés exagerado en las nubes para evitar su mirada intensa.

—Eso que escuchabas, ¿era un libro? —pregunta con un tono socarrón—. Parecía interesante. Va listo si piensa que voy a entablar una conversación sobre el audiolibro en cuestión.

—Y yo que pensaba que estabas escuchando una balada romántica, de esas que tanto te gustaban... —insiste, como si nada.

—Me gustaban, tú mismo lo has dicho —respondo, sin molestarme en mirarlo.

—Ya veo, no eres la misma Yurena que conocía.

—No, y tú tampoco eres el mismo —espeto, dejando que las palabras cuelguen en el aire, cargadas de significado.

Él suelta una risa suave, como si mi comentario le hiciera gracia.

—*Touché*. Pero me cuesta creer que no haya algo de aquella Yurena todavía ahí dentro.

Me giro para mirarlo, fijando mis ojos en los suyos.

—Aquella Yurena se quedó atrás, junto con muchas otras cosas, Elías.

Por un momento, su expresión cambia, como si estuviera a punto de decir algo, pero se lo guarda. Tal vez sabe que no hay vuelta atrás. El brusco movimiento del avión, la urgente necesidad de ir al baño y su presencia aquí me provocan un revuelo de sentimientos que no sé cómo gestionar. Me muerdo la lengua para no continuar soltando lastre y cruzo los brazos sobre el pecho, intentando mantener la calma. Este viaje solo acaba de empezar y ya estoy saltando de una situación embarazosa a otra, es como si estuviera atrapada en una comedia romántica... aunque sin romance.

El temblor se repite, esta vez con más fuerza, y no puedo evitar aferrarme al reposabrazos. Me atterra pensar que acabaremos como en *Perdidos*. El corazón me late con fuerza a cada sacudida, y mi respiración se vuelve entrecortada. Entonces, Elías coloca su mano justo a mi lado, un contacto fugaz. El leve roce de su piel, provocado por las turbulencias, consigue calmar mis nervios de forma inexplicable; su cercanía, en medio de esta tensión, despierta en mí una inesperada nostalgia por lo que fuimos. Hacía años que no lo veía, años en los que apenas supe nada de él. No tenía redes sociales a las que acudir para alimentar mi curiosidad; solo contaba con las pocas conversaciones sobre él que surgían ocasionalmente con su madre. Aún recuerdo cuando me dieron la noticia, un verano diferente que marcaría para siempre nuestra amistad. Se marchó sin despedirse, sin mirar atrás, aunque hacía mucho tiempo que habíamos perdido ese lazo que nos unía. En mi fuero interno, pensé que con los años volveríamos a hablar como aquel entonces. Antes de que todo cambiara. Me equivoqué, y reencontrarme con él en una situación así me ha dejado hecha pedazos. No solo porque todo lo que creía tener en mi vida ha

desaparecido sin más, sino porque jamás imaginé que lo volvería a ver después de tanto tiempo.

No sé si estoy más enfadada con él por destapar esa caja de Pandora que seguía cerrada para mí, o por desaparecer de nuestras vidas sin una despedida.

—Elías, ¿qué haces aquí? —suelto sin darle más vueltas.

Lo miro a los ojos, esperando su respuesta.

—Pues volar a República Dominicana —responde con esa voz calmada que siempre le ha caracterizado.

—Estás ocupando el asiento de Miguel, ¿por qué? —replico, con mordacidad. Tengo mis sospechas, pero quiero que sea él quien las confirme.

—¿Por qué no? —Su comisura derecha se alza en una media sonrisa, y la oruga que vive ahí levanta la cabeza, o tal vez sea el culo.

«¡Qué asco de bigote! No me puedo creer que tenga tanta cara».

—¿Por qué estás aquí? —insisto, a punto de perder los nervios.

—Pues me apetecía mucho viajar, conocer mundo, disfrutar... y da la casualidad de que había un billete que nadie iba a utilizar —explica despacio, enumerando con una calma exasperante cada detalle, lo cual me va enervando por momentos.

—¿Me importa un comino lo que te apetece o te deja de apetecer!, ¿quieres hacerme el favor de responderme?

—Yurena —pronuncia mi nombre con suavidad, mirándome fijamente—, es lo que estoy haciendo.

Justo en ese instante, una de las azafatas se acerca a nosotros con paso decidido. En sus ojos veo claramente que viene a ponernos en nuestro sitio. Nos pide con amabilidad que bajemos la voz, y solo entonces me doy cuenta de que la estaba alzando más de lo que pensaba. Este hombre me saca de quicio. Había olvidado lo desesperante que puede ser cuando no le apetece dar explicaciones.

—Nada de lo que has dicho responde a mi pregunta, Elías. —Me masajeo el puente de la nariz cuando las turbulencias parecen cesar—. Cuando bajemos del avión, espero que cojas otro vuelo de vuelta y todo esto haya sido una estúpida broma que no logro entender.

Elías chasquea la lengua mientras me dedica una sonrisa.

—No. Cuando bajemos del avión iremos al hotel —aclara.

—Iré a mi hotel —recalco—. No pienso compartir este viaje contigo. Quiero estar sola.

—Y lo estarás —me asegura—. Casi no notarás mi presencia, disfruta del viaje y de tu soledad. Como si yo no estuviera.

—¿Y dónde vas a dormir? Aclárame este punto porque no me cuadra eso de disfrutar de mi soledad si compartiremos habitación, porque te recuerdo que la reserva es de una suite nupcial —espeto, cruzando los brazos con más ahínco.

—Una nimiedad sin importancia —responde, agitando su mano en el aire como si espantara una mosca—. No te preocupes, cuando estemos en recepción solucionamos este punto.

—No. Búscate otro hotel. Este es mío.

—¡No sabía que lo habías comprado! —se carcajea, llevándose una mano al pecho con fingida sorpresa. Le lanzo una mirada fulminante.

—¡No sabía que eras cómico! —le respondo, imitando su gesto con una sonrisa tan falsa como la suya.

—Me quedaré en el hotel, y ni te darás cuenta de que estoy allí. La princesa no reparará en mi presencia —asegura con retintín, haciéndome una reverencia.

Las luces comienzan a encenderse suavemente a nuestro alrededor, como si el avión estuviera desparezándose junto con los pasajeros. El ambiente, que hace unos minutos estaba envuelto en una tranquila penumbra, empieza a llenarse de murmullos y movimientos. El altavoz interrumpe el despertar general, anunciando que en breve llegaremos a República Dominicana. Me quedo helada al darme cuenta de que he pasado casi todo el vuelo roncando a pierna suelta, y lo peor de todo: con Elías a mi lado, casi seguro que disfrutando del espectáculo. ¿Cómo no se me ocurrió mirar la hora? No puedo creer que el viaje haya pasado tan rápido. Al final, Almudena tenía razón: sus pastillas me harían soñar, pero jamás imaginé que me harían sentir como si hubiera hecho un viaje en el tiempo. Definitivamente, no fue buena idea mezclar las pastillas con alcohol. Me siento como Matthew McConaughey en *Interstellar*, perdida en una dimensión donde, para mi desgracia, comparto escena con Elías. Y mientras yo estaba sumergida en un sueño profundo, él estaba ahí, probablemente aguantándose la risa cada vez que soltaba un ronquido más fuerte que el anterior, porque seguro que he roncado. Me cubro la cara con las manos, deseando que todo esto sea una pesadilla.

«¡Qué vergüenza, por favor!».

—¿Por qué no me has despertado cuando te has sentado? —inquiero, mirándolo a través de los dedos que aún cubren mi rostro.

—¿Por qué?, estabas literalmente en coma, incluso tenías una baba cayéndote por la comisura del labio —contesta, señalando con su dedo hacia la zona con una expresión burlona.

«¿Podría morirme ya? En serio, esto no me está pasando», pienso, deseando que el asiento del avión me trague.

—Mentira.

Él asiente con la cabeza, con una sonrisa divertida, disfrutando del momento. Me llevo la mano a la comisura que me está señalando y noto algo rasposo. Saco el teléfono y activo la pantalla delantera para verme. Ahí está, un pegote blanco que parece de todo menos saliva reseca. El rojo vuelve a teñir mi rostro mientras hurgo desesperadamente en mi mochila, buscando el paquete de toallitas con aroma a melocotón. Saco una lo más rápido que puedo y, con el corazón a mil por hora, me la paso a conciencia por la piel arrastrando cremas, correctores y, sobre todo, mi vergüenza.

—¿Me estás diciendo que llevas hablando todo este rato conmigo y no has sido capaz de avisarme? —pregunto, exasperada.

—Casi no se notaba. Además, estabas muy ocupada echándome del avión. No creí que fuera importante —responde, conteniendo una sonrisa que lucha por aparecer en sus labios.

Sin pensarlo, le arrojo la toallita usada directamente a la cara.

—Eres gilipollas. Voy a hacer caso a tus palabras y, a partir de ahora, actuaré como si no

estuvieras —digo, con un tono que no admite réplica. Por el rabillo del ojo lo veo abrir la boca para decir algo, pero levanto la mano y se la planto delante de su cara—. Invisible, eres in-vi-si-ble —remarco bien cada sílaba—. Te he bloqueado, como en ese capítulo de *Black Mirror*. Ahora mismo estás borroso y no te escucho. Así que ni lo intentes, Elías.

## CAPÍTULO 9

### *Rosa Azul*

He hecho todo lo posible por ignorar a Elías durante el resto del vuelo, hasta que finalmente hemos aterrizado. Algo que parecía misión imposible, con lo insistente que ha estado en llamar mi atención: moviendo las piernas, repiqueteando con los dedos en el apoyabrazos, y tarareando canciones de *Oliver y Benji*, *Caballeros del Zodiaco*, *D'Artacán y los tres mosqueperros*... Por un instante, he revivido nuestra infancia, compartiendo un sándwich de nocilla, sentados en el suelo mientras veíamos dibujos animados en la tele de su casa. Casi me dejo arrastrar por la nostalgia. Pero no, no pienso caer en sus trucos baratos. Me debe una conversación, y la tendremos en el hotel, como es debido. Ahora mismo, me niego a permitir que sea el motivo por el que mis vacaciones se vayan al traste. No le daré ni un centímetro más de espacio en mi mente.

Abro la botellita de agua le doy un trago rápido, la guardo y me pongo de pie en cuanto el avión se detiene. Con la mirada, le exijo que me deje espacio, a lo que él cede con una sonrisa, como si le divirtiera toda esta situación. Gracias a mi jefe, he obtenido un máster en ordenar cosas con los ojos, y no pienso intercambiar ni una palabra más de las estrictamente necesarias con él. Por suerte, bajar la maleta de mano ha sido más fácil que subirla. Bendita gravedad, gracias, Newton, por ahorrarme este esfuerzo. La agarro con fuerza, sintiendo el peso no solo de mis pertenencias, sino también de la tensión acumulada desde que abrí los ojos y descubrí a Elías a mi lado. Noto la piel tirante, y estoy segura de que, por su culpa, me saldrán nuevas arrugas. Necesito una sesión urgente de hidratación y un buen masaje facial antes de que el estrés me pase factura.

Mientras sus pupilas siguen cada uno de mis movimientos con esa sonrisa ladeada que tanto coraje me da, me esfuerzo por mantener la calma. Avanzo entre la gente con una urgencia palpable, mientras activo de nuevo la red para ponerme al día con mis amigas y contarles los últimos acontecimientos. Lo primero que recibe mi móvil son varios mensajes de llamadas perdidas de un «Número oculto». Seguro que es Miguel. Bloqueé su número antes de hacer este viaje, decidida a no permitir ninguna interrupción por su parte. Le dejé bien claro que no me llamara, que necesitaba alejarme de todos. Y, aun así, lo ha hecho. Elimino cada una de las notificaciones y avanzo rápidamente, adelantando a las mujeres que tengo delante. Me cuelo en los baños antes que nadie, asegurándome de ser la primera en llegar. Cierro la puerta con el pestillo y, sin perder un segundo, comienzo a teclear como loca.

***El Equipo de la Ligación:***

**Yure:**

S.O.S.

**Cristina:**

*¿Qué ha pasado? ¿Un accidente?  
¡Ay! ¿Qué sucede?*

**Maite:**

*¿Qué pasa?*

**Yure:**

*Cris, estoy bien.  
El avión acaba de aterrizar,  
pero ha sucedido algo...*

**Vera:**

*No nos dejes con la intriga y suéltalo.  
Esto es peor que «La Casa del Dragón».*

**Maca:**

*Que le gusta crear expectación,  
luego os quejáis de mí.*

Les mando un audio extenso, con todo lujo de detalles sobre lo sucedido. Por supuesto, obvio el pequeño detalle de que mezclé la pastilla con alcohol; eso lo pasamos por alto. No creo ni que se den cuenta, con todo lo que tengo que contarles.

***El Equipo de la Ligación:***

**Almudena:**

*¡Te advertí que no bebieras alcohol!*

**Yure:**

*Ves cosas que no son,  
céntrate en lo importante.*

**Lore:**

*Luego os leo, estoy en el trabajo.  
Espero que te lo pases en grande Yure.*

**Jessi:**

*¿Y qué hace Elías ahí contigo?  
No ha tenido suficiente con  
pelearse con su hermano...  
A no ser, que sea un enviado de Miguel...*

**Vera:**

*Lo que yo diga, esto es mejor  
que ver una serie.  
Solo me faltan las palomitas.*

**Maca:**

*No me lo creo,  
quiero pruebas gráficas.*

**Yure:**

*Paso de hacerle una foto,  
que nos conocemos Maca.  
Por cierto, Almu,  
¿has visto algo en tus visiones sobre esto?*

**Jessi:**

*Almudena, si has visto  
algo no le hagas spoiler.*

**Almudena:**

*¿Pero vosotras pensáis que  
tengo un canal 24 horas  
viendo vuestras vidas?  
No, solo vi lo de aquella vez.  
Aunque ahora que lo pienso...*

«¿Ahora que lo pienso...? ¿Qué? ¿Qué piensas Almudena?».

—¡Joder! ¡No, ahora no! Estaba a punto... ¡Arg! —exclamo, elevando la voz con frustración.

La pantalla se pone negra dejándome con la boca abierta. ¿En serio? ¡Me he quedado sin batería! Claro, después de haber escuchado como mil horas de audiolibro, era lógico que me la consumiera toda.

«¡Genial, justo lo que me faltaba!».

Dejo el teléfono sobre mi maleta de mano y me saco la mochila del hombro. Deslizo la cremallera con rapidez, buscando la batería externa en uno de los bolsillos interiores. Algo me moja los pies, pero lo ignoro porque en este momento lo único que me importa es hablar con las niñas. Si no lo hago, moriré de intriga... o me dará un infarto. Sigo hurgando entre mis cosas cuando, de pronto, me doy cuenta de dónde proviene esa humedad. Levanto la mochila en alto y veo cómo gotea sin cesar por una de las esquinas.

«¡No cerré bien la maldita botellita de agua! ¡Mierda!».

Tanteo con los dedos el interior, y lo que temía se confirma: todo lo que llevaba dentro está empapado. Perfecto. Incluso mi preciosa lista, esa que hice con tanto esmero, detallando cada

cosa que tenía planeado hacer durante las vacaciones. Ahora no es más que un montón de papel mojado, tan inútil como yo en este momento. Suspiro, intentando no perder la paciencia. ¡Sin lista, toca improvisar! Así que ahora mi prioridad es salvar las baterías externas que están completamente mojadas. Cojo un montón de papel higiénico y las envuelvo varias veces, tratando de retirar toda la humedad. Doy gracias a Dios de que el Kindle y la tablet iban en otro compartimento, pero muchas de las cosas que llevaba ahí están, literalmente, nadando.

Salgo del cubículo con la extraña esperanza de que todavía puedan salvarse. Desenvuelvo las baterías con cuidado, despegando trozos de papel higiénico pegados. Por el rabillo del ojo, noto cómo mi archienemiga la señora de los resoplidos, no me quita la vista de encima, murmurando algo que no logro escuchar. Y, por alguna razón inexplicable, siento la necesidad de darle explicaciones que, por supuesto, no me ha pedido.

—Señora, son solo unas baterías —aclaro en voz baja, aunque ella ya está retrocediendo, y antes de que pueda decir algo más, sale corriendo de los servicios.

Cuando me miro en el espejo, me doy cuenta de que esto realmente parece otra cosa. Sostengo en mis manos las baterías cilíndricas, porque, claro, no podía haber comprado las planas como todo el mundo. No, yo tenía que comprar las alargadas. Y con mi historial con esa señora, salir del baño con esto en las manos es como darle todas las piezas para que sume dos más dos. ¡Madre del amor hermoso!, ¿se habrá pensado que son mini dildos? Las agarro con fuerza para que no se me caigan y me dirijo al secador de manos. Por probar no pierdo nada, ¿verdad? Después de varias pasadas, las siento más secas, así que voy enchufando una a una al móvil. Claramente, sin ningún resultado.

Vacíó la mochila y la seco como puedo, meto de nuevo mis pertenencias antes empapadas. Luego, me miro en el espejo, derrotada. Mi pelo está alborotado, las ojeras marcadas y el alma rota. Suelto un largo suspiro, tratando de convencerme: puedo con esto. Es solo un bache, me repito, aunque ahora mismo todo parezca una montaña. Abro uno de mis neceseres y me acicalo un poco, me peino con esmero y aplico un toque de brillo en los labios. Si voy a enfrentarme al caos que me espera fuera, al menos lo haré luciendo impecable.



Sigo esperando delante de la cinta transportadora, sin tener ni idea de cuánto tiempo llevo aquí. Parece como si mi equipaje hubiera decidido hacer una entrada triunfal, siendo el último en salir. Miro a mi alrededor y noto cómo cada vez queda menos gente. Al fondo, distingo a Elías apoyado en una pared, con la cabeza gacha mientras toquetea su móvil. Un móvil que, por supuesto, tiene batería, no como el mío. Me muerdo los carrillos, intentando contener a mis demonios. A su izquierda, su maleta descansa con la misma calma que él, como si en su mundo todo estuviera en su sitio. Está mucho más hombre desde la última vez que nos vimos; sus facciones se han vuelto más marcadas, casi salvajes. No puedo evitar fijarme en cómo va vestido y en los colores, mi manía de encontrar significado en los detalles. Siempre me fascinó la

cromatología del color y todo lo que esconde. Sus bermudas son de un tono beige, un color que se asocia a la neutralidad, la calma y la sencillez, justo lo que siempre había sido él... hasta que cambió. Espanto esos pensamientos como si fueran un enjambre dispuesto a picarme y me obligo a centrarme en su estúpida camisa de flores amarillas. Unos enormes girasoles sobre un fondo neutro, reflejando la alegría que ahora a mí me falta. Levanta la vista y me pilla con las manos en la masa. Inmediatamente, giro la cabeza hacia la cinta transportadora, que ahora mismo está vacía. Solo falta que pase una planta rodadora para confirmar lo que ya sospecho: me he quedado sin maleta.

## CAPÍTULO 10

### *Muérdago*

Después de tener varias conversaciones frustrantes con el personal del aeropuerto, me han asegurado que, en cuanto reciban mi maleta, la enviarán a mi hotel. Se han disculpado de todas las maneras posibles, aunque sinceramente, sus palabras no me van a vestir en los próximos días. ¡Dios, qué desastre! Mi guardarropa está dando vueltas por el mundo, y yo aquí en el aeropuerto con lo puesto y una promesa vacía.

Salgo de la oficina con un objetivo claro: necesito coger el transporte que me lleve al hotel, pedirme varios mojitos y enfrentarme a la realidad que tengo delante. Quiero disfrutar de unos días de soledad, pero parece que el universo ha decidido montarme una comedia y yo soy la protagonista que se queda sin guion. No era tan difícil, ¿verdad? Subirme a un avión y disfrutar de un viaje que era mío, solo mío. Y ahora, de repente, tengo que compartirlo con Elías. Por mucho que prometa que no notaré su presencia, es imposible no verlo. Es como intentar ignorar un elefante en una habitación; simplemente, no se puede.

Camino con la mente dispersa, sopesando todo lo que ha ido mal desde que subí a ese avión. No, seamos sinceras, todo empezó a torcerse desde que decidí organizar mi boda. Una boda que parecía solo importarme a mí. Ahí es donde comenzó el desastre, ¿o fue mucho antes? Siento cómo el peso de los días me hunde en el suelo, aplastándome poco a poco. El corazón me late con rapidez, como si fuera a estallar, mientras los sonidos a mi alrededor se desvanecen y el aire se niega a llegar a mis pulmones. Cierro los ojos con fuerza, buscando desesperadamente un poco de estabilidad. De repente, un calor inesperado se posa en mi hombro, trayéndome de vuelta a la realidad.

—¿Estás bien? —me pregunta una voz amortiguada.

Abro los ojos de golpe y me encuentro con la mirada de Elías. Sus iris se me antojan como un rayo de sol filtrándose entre las nubes de tormenta, deslumbrándome y dejándome aún más confundida. Su presencia aquí me deja totalmente descolocada. Durante unos segundos había olvidado que estaba aquí. Conmigo. Mi primera reacción es apartarme de su contacto, agitando los brazos en un intento de mantener la distancia. Doy un paso hacia atrás, tratando de escapar de su escrutinio, pero tropiezo con la maleta que tenía a mi espalda y acabo espatarrada ante él.

—¡Estoy bien! —exclamo desde el suelo.

Doy gracias a Dios por no llevar falda en este ridículo momento. ¡Gracias, Maite, por ese consejo de última hora! Las mallas de yoga han sido mi salvación.

—Ya veo. —Con el pie, aparta la maleta a un lado y extiende su mano para ayudarme a levantarme.

Dudo por un momento, pero al final acepto su oferta. Me agarro a su enorme mano, ¿desde cuándo tiene manos de orangután? Con un suave tirón me levanta sin esfuerzo, y reboto contra

su duro pecho, quedándome rígida al instante.

—Todo va maravillosamente —comento sarcástica—. Ya te puedes marchar.

—De acuerdo... —confirma antes de girarse, revelando algo que ya había olvidado por completo—. Lo único es que tenemos que compartir ese coche que nos espera. Me da a mí que vas a tener que aguantarme un poco más hasta llegar al hotel. A menos que prefieras que le diga al amable conductor que se marche y decidas coger el autobús... ¿Qué opinas, Yurena?

El calor de su mano parece inundar todo mi cuerpo hasta alcanzar mis mejillas, y lo suelto de golpe, como si me quemara. Mi mirada va del enorme autobús, con su ruidosa carga de turistas felices, al coche reluciente que nos espera complaciente. El conductor, impecable en su traje, sostiene un cartelito en alto con los nombres «Yurena y Miguel». Un nudo se forma en mi estómago al verlo. Observo a los turistas arrastrar sus enormes equipajes, con sombreros de ala ancha y gafas de sol ridículamente grandes, como si estuvieran a punto de embarcar en una aventura épica en lugar de un simple traslado al hotel y luego vuelvo a mirar el brillante automóvil con destino a mis sueños.

—¡Solucionado! Tú te vas en el autobús y yo en el coche —anuncio, dando unas palmadas al aire como si acabara de tener una idea brillante.

—No. Ni de coña. —Elías se niega en redondo con tono firme—. Yo me subo a ese coche, y tú puedes hacer lo que te dé la gana. Sube al autobús, así no tendrás que compartir más tiempo del necesario conmigo —suelta con una ironía que no me pasa desapercibida.

Suspiro, sintiendo cómo la presión en mi pecho aumenta. Subirme a ese autobús significa más tiempo perdida entre extraños, más incomodidad, y renunciar a algo que yo misma he pagado. Pero subirme a ese coche... Subirme a ese coche significa enfrentarme a él, a su presencia, y a todo lo que he estado intentando evitar desde que comenzó este viaje. Dejar atrás el pasado, los recuerdos, la boda que nunca se celebró... y, sobre todo, el miedo a volver a empezar. Mis ojos van del autobús al coche en repetidas ocasiones. Por un segundo, la idea de escaparme de todo esto cruza por mi mente, pero agito la cabeza con rapidez, lanzándola bien lejos. No, no puedo hacerlo.

—Bueno, Yurena, ¿qué decides? —me pregunta, ladeando la cabeza con esa maldita sonrisa que me enerva.

Miro el cartelito otra vez, el nombre de «Miguel» me pesa como una losa. Cierro los ojos por un segundo, tratando de ordenar mis pensamientos.

—Subiré al coche —respondo al final, con un tono resignado, aunque por dentro estoy gritando de frustración.

—Sabía que tomarías la decisión correcta —dice Elías, con una satisfacción mal disimulada, como si ya hubiese ganado alguna especie de partida que ni siquiera estoy jugando.

—Pero te advierto una cosa.... —Levanto un dedo delante de su rostro, con unas ganas enormes de borrarle esa sonrisa de sabelotodo.

—Soy todo oídos —responde, inclinándose ligeramente hacia mí, a la espera de una orden que cumplir.

—Nada de tararear ninguna canción, ni de mover las piernas como si tuvieras hormigas. Quiero silencio absoluto, necesito relajarme.

—Como desees, princesa —replica, haciendo una exagerada reverencia que casi me saca de quicio—. Su carruaje la espera.

Paso por su lado, propinándole un golpe en el hombro, intentando dejar claras mis intenciones. Pensaba que lo movería, en plan chula de colegio, pero ni se ha inmutado, y yo me he hecho daño. Fantástico. Sin decir más, me dirijo al coche, sintiendo cómo el nudo de mi estómago se aprieta un poco más. Esto va a ser interesante, para bien o para mal. Y algo me dice que, probablemente, para mal.



Para mi sorpresa, el viaje en coche ha sido de lo más tranquilo. Elías no ha soltado ni un solo comentario, regalándome un silencio que necesitaba más de lo que me gustaría admitir. Se ha mantenido en su lado del asiento, mirando al frente o toqueteando su teléfono. Y, por supuesto, lo he mirado más de la cuenta, con pura envidia. Maldita adicción a coger el móvil en cuanto me aburro un poco. Ni hablar de mi tentación de revisar el grupo para enterarme de los últimos cotilleos. Podría ponerme los auriculares para seguir escuchando el libro, aunque, siendo sincera, decir «seguir» sería un poco mentir. Tendría que empezar desde el principio porque no me he enterado de nada de lo que ha pasado. Eso sí, la voz del narrador se me ha quedado grabada a fuego en el cerebro, como una melodía pegajosa que no puedes sacarte de la cabeza. Pero claro, recordemos que no tengo batería y hasta que no llegue al hotel, no podré retomar esa historia tan bonita que estaba por contarme. O saber el final de la conversación de Almudena, y no sé qué me produce más intriga en este momento.

Ya en el hotel, me dirigí directamente a recepción con la vaga esperanza de conseguir un cambio de habitación o cualquier cosa que me permitiera no tener que compartir espacio con Elías. Ahora, mientras espero a que la recepcionista tramite mi llegada, me doy cuenta de que es el momento perfecto para contaros un poco más sobre mi extraña relación con el hermano de mi ex.

Elías y yo éramos inseparables. De pequeños, pasábamos horas juntos, jugando a toda clase de juegos, y con él descubrí mi vena artística. Cuando llovía, nos dedicábamos a hacer figuritas de barro con todo el fango que encontrábamos, y luego íbamos orgullosos a casa para regalárselas a nuestras madres. Como os imagináis, esas «preciosas» esculturas tenían restos de todo tipo. Dejémoslo ahí, porque ahora que las recuerdo, eran bastante asquerosas y entiendo mejor las muecas de asco que mi madre reprimía con tanto esfuerzo. Pero volviendo al tema, de niños siempre estábamos juntos. Vivíamos en la misma calle, y aunque también compartía mi tiempo con Cristina, eso nunca enturbió nuestra amistad. Todo era perfecto, hasta que llegó mi bonita adolescencia. Ahí es donde todo empezó a ir mal. Solo que no lo supe ver hasta mucho después.

¿Cuál fue el detonante de su cambio? Todavía lo intento buscar entre mis recuerdos, pero siempre me doy de bruces contra una pared. Porque así se volvió él: inaccesible para mí. Tuve que chocar contra esa coraza suya varias veces antes de aceptar que ya no me dejaría entrar.

—¡Señora Fernández, bienvenida a República Dominicana! ¿Qué podemos hacer para

mejorar su estancia? —La voz animada de la recepcionista me arranca de golpe del mundo de mis recuerdos.

Miro mi documento de identidad sobre el mármol, lista para hacer el *check-in*, pero la recepcionista niega suavemente con la cabeza y me desliza el DNI de vuelta por el mostrador.

—A la salida lo tramitamos todo. No se preocupe por eso ahora, su marido ya realizó el *check-in* online —dice, dedicándole a Elías una enorme sonrisa antes de volver a centrarse en mí—. Lo último que queremos es entorpecer su estancia. Sabemos que llevan horas de viaje, así que lo primero es su descanso y disfrute —añade, mientras mueve la mano para llamar a alguien del personal.

Antes de que pueda procesar lo que está sucediendo, aparece un camarero con una bandeja en mano. Sobre ella descansan dos copas de champán y una botella recién abierta, burbujeante y prometedora. Pero lo que capta mi atención es el pequeño cartelito con nuestros nombres, «Yurena y Miguel», colocado con elegancia junto a las tarjetas del hotel y un set de *amenities* de lujo. Todo perfectamente preparado para una pareja de recién casados... que no somos.

Mi estómago se retuerce al ver la escena montada para una luna de miel que ya no existe, mientras una sensación de incomodidad se instala en mi pecho. La realidad me golpea con la fuerza de un tren, recordándome que estoy aquí con su hermano, no con Miguel, y que este viaje idílico está a punto de convertirse en una experiencia de lo más surrealista. Miro a mi alrededor y me encuentro rodeada de parejas felices, abrazadas y sonrientes, irradiando amor con tanta intensidad que casi tengo que entrecerrar los ojos para que no me quemén las retinas. Elías, por su parte, se limita a recoger una de las copas de champán con una sonrisa que podría calificar como casi desafiante. No, ni siquiera se inmuta ante la situación. Claro, para él esto debe ser la comedia del año.

—Salud —murmura, levantando la copa en un brindis que me hace rodar los ojos.

«Ojalá se atragante».

Mientras tanto, yo intento tragarme el nudo en la garganta, sintiendo que cada burbuja de esa botella está ahí solo para recordarme que las cosas no han salido como esperaba y lo que iba a ser una experiencia única está a punto de convertirse en una pesadilla. La recepcionista sigue sonriendo, esperando una reacción, cualquier indicio de que estoy tan emocionada como debería estarlo una recién casada en su luna de miel.

—Gracias... —respondo al fin, esforzándome por no dejar que mi voz tiemble—. Solo quería preguntar si hay alguna posibilidad de... ya sabe, cambiar de habitación.

Elías me lanza una mirada divertida, como si estuviera disfrutando de cada segundo de esta tortura.

—¿Algo no está a su gusto, señora Fernández? —pregunta la recepcionista, visiblemente preocupada, mientras hace un gesto discreto hacia un botones que parece listo para cumplir cualquier deseo.

Sí, claro que hay algo que no está a mi gusto: todo. Pero eso no es algo que pueda explicar en voz alta en este momento, no sin romper a llorar o a reírme históricamente, y no estoy segura de cuál de las dos saldría primero. No contaba con tener que hablar de este tema, ni mucho menos con modificar la reserva. Siento que estoy a un paso de bloquearme. Tengo que recomponerme;

me prometí que sería fuerte. Y lo seré.

—No, nada de eso. Es solo que... —Tomo aire, intentando pensar en una excusa—. Me gustaría hacer un pequeño cambio de última hora... —La recepcionista me mira, confusa, pero expectante—. Otro tipo de habitación... ¿Quizás con vistas al mar?

«¿Vistas al mar? ¡Si todo aquí tiene vistas al mar! Madre mía, cuando me pongo nerviosa, suelto cada tontería sin pensar».

—Su habitación tiene vistas al mar... —aclarla la recepcionista, levantando una ceja y alternando la mirada entre nosotros.

—Es cierto, claro, lo que quería decir es que preferiría otro tipo de habitación...

En ese momento, Elías aprovecha mi frustración y me rodea por la cintura, pegándose a él. Lo miro estupefacta, con los ojos a punto de salirse de las órbitas, y estoy a un paso de soltarle una hostia, pero él solo me lanza un guiño, como si todo estuviera bajo control, antes de añadir con toda la tranquilidad del mundo:

—La señora Fernández y yo necesitaríamos una cama extra... no sé si me entiende. —Chasquea la lengua con picardía, dando la impresión de que está tramando algo travieso.

La recepcionista nos mira fijamente, y luego sus ojos se clavan en los míos con una mezcla de curiosidad y complicidad. Se inclina sobre el mostrador, y yo, sin saber muy bien por qué, la imito, acercándome también. Da la impresión de que estamos a punto de compartir un secreto inconfesable.

—Ajá, una cama extra... —murmura, y luego, en apenas un susurro, añade—. Y, ¿una habitación más apartada y privada?

No tengo ni idea de lo que ella cree que quiero, todo gracias a este energúmeno, pero en este punto, no sé cómo salir de esta situación sin tener que dar explicaciones sobre mi triste vida.

—Deme un segundo, veré qué puedo hacer —añade, con una sonrisa profesional, mientras se aleja para buscar alguna solución milagrosa.

Elías reprime una carcajada mientras yo contengo las ganas de rebanarle el cuello con la tarjeta del hotel. Pero no, no voy a darle ese gusto. Su brazo se afloja y me suelta con una suavidad que casi me desconcierta, como si nada hubiera pasado. Un chico del personal asegura la pulsera en la muñeca de mi supuesto acompañante, luego toma la mía y, con un gesto delicado, la ajusta. Ya no hay vuelta atrás; me siento como si acabaran de esposarme, dirigiéndome directamente al corredor de la muerte.

La recepcionista mantiene su sonrisa profesional mientras teclea algo en el ordenador. Mi corazón da un vuelco de esperanza, sin embargo, esa ilusión se desvanece con rapidez cuando levanta la vista con una expresión apenada, pero sin perder la sonrisa.

—Lamentamos informarle, señora Fernández, que ahora mismo estamos completos. No podemos ofrecerle un cambio de habitación en este momento. —Hace una pausa, esperando que no me desmorone allí mismo, y luego añade con entusiasmo renovado—. Pero no se preocupe, queremos que su estancia sea absolutamente inolvidable, así que, como cortesía del hotel, nos gustaría ofrecerles una sesión de masaje en pareja en nuestro spa, además de una cena romántica en nuestro restaurante de lujo, con vistas panorámicas al océano.

Elías suelta un leve silbido, claramente disfrutando de la ironía. Yo, por otro lado, siento como si alguien acabara de tirar un cubo de agua fría sobre mí.

—Oh, y también tienen acceso a nuestra suite de hidroterapia privada durante su estancia, donde podrán disfrutar de una noche romántica con fresas con chocolate y champán —continúa la recepcionista, como si con eso pudiera compensar mi pequeña desgracia—. Estoy segura de que van a disfrutarlo muchísimo.

De repente, escucho una risa gutural a mis espaldas, y las ganas de girarme y darle una patada se vuelven casi irresistibles. Masaje en pareja, cena romántica, hidroterapia... Todo suena perfecto si no estuviera atrapada en este malentendido gigante, con el hermano de mi ex como único compañero de viaje.

—Gracias, es... muy amable de su parte —logro decir, aunque mis pensamientos están en otro lado, intentando averiguar cómo salir de esta situación sin hacer una escena.

—No se preocupe por nada. Estamos aquí para hacer que su estancia sea lo más placentera posible y todas nuestras habitaciones están insonorizadas para garantizar la máxima privacidad —responde la recepcionista, guiñándome un ojo y con una sonrisa que parece no tener fin.

Miro de reojo a mi acompañante, y el susodicho me devuelve una mirada divertida mientras recoge la segunda copa de champán de la bandeja, levantándola en un brindis silencioso hacia mí, con una chispa de ironía en sus ojos.

—Parece que vamos a estar muy ocupados —murmura, disfrutando de mi incomodidad.

Yo respiro hondo, intentando recordar por qué decidí venir aquí en primer lugar. Ah, sí, para relajarme. Y ahora estoy atrapada en un escenario digno de una película romántica de bajo presupuesto.

—Será inolvidable, eso seguro —respondo con una sonrisa forzada, mientras me pregunto cómo voy a sobrevivir a este viaje sin perder la cabeza.

# CAPÍTULO 11

*Malva Silvestre*

Cierro la puerta con un golpe suave, pegando la espalda contra la fría madera mientras me masajeo el puente de la nariz, tratando de ordenar mis pensamientos y el caos de sentimientos que me ha invadido ahí fuera. Respiro hondo y lo miro fijamente, incapaz de contenerme.

—¿Qué tramas, Elías? —suelto, sin rodeos. No podía esperar más para tener esta conversación, necesitaba estar a solas con él para decirle lo que me estaba carcomiendo por dentro.

En recepción me he bloqueado por completo. No quería reconocer en voz alta todo lo que me ha pasado, ni enfrentarme a la incomodidad de pedir un cambio de habitación sin tener que explicar que la persona que me acompaña no es mi marido, como debería haber sido. Lo que tenía perfectamente organizado se me escapa de las manos, y siento un leve tic en el párpado. Todo esto no habría pasado si hubiera venido sola, como era mi plan original. Pero en cuanto crucé la puerta del hotel, el peso del mundo se me vino encima. Todo a nuestro alrededor está diseñado por y para parejas. ¡Joder! Ahora no estoy tan segura de que venir hasta aquí haya sido una buena idea. Suelto un suspiro intenso, intentando liberar la tensión que se acumula en mi pecho.

Estaba tan segura hace unas horas, y ahora siento que todas mis decisiones han sido un completo desastre.

—Yo no tramo nada. Solo te ahorré tener que dar explicaciones innecesarias. —Me guiña un ojo, mientras da una vuelta por la estancia, soltando uno de esos silbidos que indican admiración —. Os habéis tenido que gastar una pasta gansa en esta habitación.

Observo por primera vez lo que me rodea; hasta ahora estaba tan concentrada en hablar con Elías que no había prestado atención a mi nuevo lugar de descanso. La habitación de lujo en la que me encuentro es un espacio amplio y moderno, con una elegante combinación de colores neutros y detalles en piedra natural que le confieren una atmósfera serena. Mis ojos se van directamente a la enorme cama *king size*, y no puedo evitar sonrojarme. Con su cabecero acolchado en tonos blancos, se erige como el punto central de la habitación, flanqueada por mesitas de noche minimalistas que sostienen lámparas de diseño contemporáneo. Una preciosa cama que no pienso compartir con nadie, así que, por favor, mejillas, volved a vuestro color natural.

A un lado, unas escaleras blancas ascienden hacia un segundo nivel donde se ubica el baño de concepto abierto y el *jacuzzi*. La sensación de amplitud y altura que se percibe es inesperada y, para variar, me vuelvo a sonrojar. La luz natural inunda el espacio, filtrándose a través de grandes ventanales que ofrecen una vista relajante hacia un balcón rodeado de vegetación tropical. Las fotografías de la web no hacen justicia a la belleza que me rodea. Todo en esta habitación parece haber sido diseñado para invitar al descanso; desde la orquídea púrpura que

adorna una mesa cercana hasta el cuadro de hojas en tonos suaves que cuelga en la pared. Es un refugio de calma y elegancia, el lugar perfecto para desconectarse del mundo exterior. Justo lo que yo necesitaba.

Todo es perfecto, menos él.

Ahí está, en mitad de la estancia, con ese bigote horrendo que se le mueve de un lado a otro mientras sonrío, como si tuviera vida propia. Se desabotona la camisa de flores, y de pronto me encuentro frente a su espalda ancha y bronceada, que jamás habría imaginado así de firme. ¿Todos esos músculos estaban bajo esa tela? Inclino la cabeza, sorprendida, como quien descubre un secreto escondido a plena vista. No sabía que estaba tan fuerte... Luego, se baja los pantalones, revelando un trasero sorprendentemente redondeado. Un momento... ¿Qué está haciendo? ¿Por qué se está desnudando? ¡Estoy aquí! Me llevo las manos al rostro, tratando de evitar ver más de la cuenta, pero entre los dedos se cuela la curiosidad. ¡¿Qué demonios está pasando?!

—¡Para de una vez! —exclamo.

Elías se detiene en seco, pero su risa se transforma en una carcajada profunda.

—Tranquila, princesa, solo me estoy cambiando de ropa. No te vas a desmayar por ver un poco de piel, ¿verdad? —responde con esa maldita sonrisa que me dan ganas de borrar a golpes.

—¡Claro que no! —replico sin bajar las manos de mi cara. A través de mis dedos, veo su silueta moverse—. Pero podrías haber esperado a que saliera de la habitación o, no sé, haberme avisado antes de empezar tu espectáculo.

—¿Y perderme tu reacción? Ni hablar. —Me lanza una mirada pícaro mientras se saca los pantalones de un tirón, quedándose en ropa interior como si nada.

Siento que me estoy poniendo roja, y no precisamente por el calor.

—¡Eres imposible! —murmuro, girándome para darle la espalda y, de paso, ocultar mi rubor.

—No sabía que eras tan mojigata —bromea, mientras escucho el susurro de la ropa deslizándose sobre su piel—. No soy el primer hombre al que ves desnudarse.

Mantengo los ojos bien cerrados, pero no puedo evitar sentirme ridícula en esta situación. Si alguien me hubiera dicho que terminaría aquí, con el hermano de mi ex, lidiando con su *striptease* improvisado, no lo habría creído. Suelto un largo suspiro y me armo de valor. Me giro de nuevo, asegurándome de que está completamente vestido antes de atreverme a decir algo. Pero cuando lo veo, me quedo congelada, sin palabras, como si el aire se hubiera detenido en mi garganta. Se ha puesto una camiseta blanca de tirantes que deja al descubierto unos músculos que ni en mis mejores sueños habría imaginado que tenía. Sus pectorales se marcan contra el algodón, y sus brazos, al tensarse, revelan formas que solo he visto descritas en novelas románticas. Es como tener al mismísimo *Action Man* frente a mí en tamaño real.

«¡Joder, con Elías!».

Lo último que veo es su espalda alejándose por el ventanal del balcón, hacia el jardín exterior, donde la playa se extiende a lo lejos, rodeada de palmeras que se mecen suavemente con la brisa tropical. El sol comienza a descender, tiñendo el cielo de tonos rosados y dorados. Se ha ido sin más, dejándome aquí, con la palabra en la boca, una vista idílica frente a mí y un revoltijo de emociones que no sé ni cómo manejar.

Sigo sus pasos hasta el ventanal, pero cuando asomo la cabeza, ya no hay ni rastro de Elías. El aroma de las flores tropicales me acaricia la nariz, y no puedo evitar cerrar los ojos, dejándome embriagar por su fragancia. Me he tomado unos segundos para recomponerme después de su espectáculo. No sé por qué en mi mente él seguía siendo aquel chiquillo desgarbado que me acompañaba en todas las travesuras que se me ocurrían. Siempre estuvo ahí, a mi lado, sin importar cuántas veces nos enfadáramos. Niego con la cabeza, intentando alejar esa imagen de Elías que ya no encaja con la realidad. Ahora es un hombre, rudo y salvaje, al que casi no conozco.

Me doy la vuelta apresurada, caminando a zancadas hasta la mochila, donde rebusco y saco el cargador para cargar mi teléfono. Necesito hablar con las niñas, es urgente. Inserto el cable y lo enchufo, pero, como era de esperar, la pantalla sigue negra. Suspiro resignada. Tendré que entretenerme hasta que se cargue lo suficiente como para hacer una videollamada. Vuelvo sobre mis pasos y agarro la pequeña maleta de mano. La arrastro hasta la cama y la coloco sobre la impoluta colcha blanca. Me encanta la paleta de colores que me rodea, me transmite una calma que poco a poco comienza a apaciguar los latidos de mi corazón, esos que antes se habían disparado sin razón aparente. Solo lo he visto en ropa interior, no es el primer hombre que veo así.

«Aunque, reconócelo, *miarma*, es el primero en mucho tiempo que ves con esas cordilleras...».

—¡Madre del amor hermoso! —murmuro para mí misma, llevándome la mano al pecho—. Me ha poseído el espíritu de Macarena. Todo es culpa de su influencia en este viaje... y sus regalitos.

Empiezo a sacar la poca ropa que tengo hasta que me envíen el equipaje. Según voy cogiendo las prendas de la maleta, las coloco sobre la colcha para hacer un breve inventario de lo que traje. Cuando levanto un vestido blanco ibicenco, me encuentro con lo que estaba escondido debajo: el enorme pene del diablo y Pingu. Retiro la mano como si me hubiera quemado al tocarlos y los miro durante unos segundos, pensando qué demonios voy a hacer con esto. Mejor los dejo en la maleta, bien escondidos de miradas ajenas.

—Y no, lo siento chicos, pero no os voy a usar. Tenemos un invitado en la habitación, y no tendré la privacidad que esperaba —susurro con la boca pequeña.

Echo un vistazo rápido a mi teléfono, esperando, contra toda lógica, que la batería se haya cargado en un abrir y cerrar de ojos. Al menos, la pantalla ya muestra el dibujo de la batería. Suspiro al ver la cama, donde he desplegado los pocos *outfits* con los que tendré que apañarme estos días: un vestido blanco ibicenco, bolsito de macramé, ropa interior para un par de días, un par de short de algodón con sus camisetas de tirantes a juego, un bikini de color crema, sandalias, chanclas de piscina y un conjunto de lino, que consta de pantalón y chaqueta del mismo color, blanco. El color de los nuevos comienzos, esto tiene que ser una señal, ¿verdad?

Reviso que no me falte nada: el kit de medicinas para cualquier imprevisto y un pequeño estuche con mis champús, perfumes, y accesorios como pendientes y collares, por si acaso el destino me sorprende con alguna fiesta improvisada. Las planchas de pelo, el neceser con algunas de mis cremas indispensables y el maquillaje de diario completan el lote. Me miro en el espejo a mi izquierda, sopesando que lo que llevo puesto también podría funcionar. Me paso la

mano por el pelo, peinándomelo hacia atrás, como si así pudiera aclarar un poco mis pensamientos.

—Podemos con esto, Yure —me animo a mí misma, cerrando los puños con fuerza, agito los brazos para aliviar la tensión y me pongo manos a la obra.

Me recojo el pelo en un moño alto, algo suelto y con ese toque despeinado que tanto me gusta. Dejo caer un par de mechones delante del rostro para enmarcar mejor mis facciones. Queda monísimo y realza un montón. Es un moño tipo *top knot*, lo aprendí de uno de esos tutoriales de internet y, desde entonces, se ha convertido en un imprescindible en mi rutina. Saco la Tablet y abro Spotify, dejando que suene una de las *playlists* que me acompañaron durante las horas de trayecto hasta el aeropuerto.

*Y quiero morirme  
Y volver a nacer  
Yo quiero morirme  
Para evitar conocerte otra vez*

Tarareo la letra, aunque aún no me la sé del todo, pero con las veces que la he puesto, seguro que en nada ya estoy montando un karaoke. Por unos minutos, me dejo llevar por la melodía de Vicco y su *Volver a Nacer*. Muevo las caderas de un lado a otro mientras organizo mis cosas, dejándome envolver por la música. El mensaje de la canción me da fuerza, como si cada nota me recordara que soy capaz de cualquier cosa.

*No sé quién soy soy soy, pero voy voy voy a encontrarme  
Aunque me cueste respirar  
No sé quién soy soy soy, pero voy voy voy a encontrarme  
Aunque me cueste respirar  
Volver a nacer más fuerte que ayer  
Poco a poco irte olvidando  
No sé quién soy soy soy, pero voy voy voy a encontrarme*

Empujo la maleta de Elías hacia un lado de la habitación, cerca del sofá, que será su cama en los próximos días. Sigo esperando una conversación, mientras tanto, cuanto más lejos, mejor. Agradezco en el alma que la habitación tenga otra estancia a modo de salita, lo que nos dará un poco más de espacio y, con suerte, algo de privacidad. La brisa del mar entra por la ventana entreabierta, trayendo consigo ese aroma salado y el relajante sonido de las olas rompiendo contra la arena. Puedo ver cómo las palmeras se mecen suavemente, casi en sincronía con el vaivén del océano, y por un momento, me dejo llevar por la sensación de calma que me envuelve. Vuelvo a mirar el teléfono, y esta vez, por fin, puedo encenderlo. ¡Ya era hora! Ahora toca videollamada y poner al día a las niñas.

# CAPÍTULO 12

## *Fresia*

*Elías;*

El aire salado golpea mi rostro con cada paso, como si la playa misma quisiera recordarme lo lejos que estoy de casa y que este no es mi lugar. Siento los músculos tensarse y protestar con cada zancada, agradecidos por la liberación después de tantas horas atrapado en ese maldito avión con su aroma envolviéndolo todo. Luego, el interminable trayecto en coche, durante el cual el silencio casi podía haber ocupado una plaza entre nosotros. La arena húmeda cede bajo mis pies, añadiendo un desafío extra a la carrera, pero eso es justo lo que necesito: algo que me distraiga de la frustración que llevo dentro. Aumento la velocidad con la esperanza de dejarlo todo atrás, sintiendo cómo las pulsaciones se me aceleran y, entonces, me exijo un poco más. El viento sopla con fuerza, enredando mi cabello y llenándome la boca de ese sabor salado que no logro sacar de mis pensamientos. Miro al horizonte, donde el mar se funde con el cielo en un gris decolorado. El rugido de las olas es el único sonido que me acompaña, apagando el caos que late en mi mente. ¿Y qué mejor manera de liberar la tensión que correr por la playa? Claro, si ignoramos el hecho de que este viento de mierda parece empeñado en hacerme la vida imposible.

Correr me está viniendo bien para alejarme un rato de Yurena. No debería haber cedido a hacer este maldito viaje. Sabía que no era una buena idea, lo supe desde el mismo momento en que nuestras miradas se cruzaron en su piso. Sentí ese maldito nudo en el estómago que nunca trae nada bueno.

«¿Pero qué demonios podía hacer después de aquello?».

Joderme, dar la cara y asumir las consecuencias de mis actos. Ya no soy aquel chaval; ahora todo es diferente. En cuestión de horas, todo lo que había imaginado para este viaje se ha desmoronado, como un castillo de naipes derribado por la brisa. Debería haberlo sabido, debería haberme largado antes de que todo esto se convirtiera en otro desastre anunciado.

«Yo, y mis promesas».

Voy aflojando la marcha hasta detenerme junto a una palmera inclinada, la típica que habrán elegido miles de parejas para immortalizarse sonrientes en sus fotos de redes sociales. Nunca entendí la fascinación por vender una imagen que a menudo es irreal; aparentar durante unos segundos efímeros que todo es perfecto. Poso la mano sobre el tronco áspero y echo la vista atrás, siguiendo con la mirada el rastro de mis huellas en la arena. Aspiro profundamente, intentando calmar las pulsaciones frenéticas que aún retumban en mi pecho, y dejo caer los hombros en un gesto de rendición. La rigidez empieza a desvanecerse, como si el aire fresco de la playa se llevara con él toda la tensión acumulada. Suelto un largo suspiro, uno que parece arrastrar consigo el peso de la frustración, y por fin, consigo relajarme, aunque solo sea por un breve momento. Miro al cielo, donde el sol, todavía terco, se niega a desaparecer, bañando la

blanca arena en una luz dorada que crea destellos brillantes en el agua.

Una imagen de postal, idílica para algunos, pero no para mí.

«Este no es mi sitio».

Es un maldito paraíso, el tipo de lugar donde cualquiera se sentiría en paz. Pero yo... yo sé que en los próximos días será mi infierno.

Aunque nadie me negará divertirme por el camino. Sacarla de sus casillas es casi un deporte, y no puedo evitarlo. Es demasiado fácil. Por muchas capas que se ponga, sigue siendo la misma Yurena que conocía. Sigue cayendo en las mismas tretas, se ruboriza con cualquier tontería, como si hubiera olvidado quién soy. Quizás estos días me dedique a refrescarle la memoria, a ver si logro que deje caer esa coraza que ahora la rodea.

Vuelvo sobre mis pasos, siguiendo esas mismas huellas que antes había dejado en la arena. No puedo evitar pensar que, por mucho que intente correr del pasado, este siempre encuentra la manera de alcanzarme.

Ya es hora de enfrentarme a ello.

## CAPÍTULO 13

### *Geranio Oscuro*

Lo primero que hago es curiosear el grupo de *WhatsApp*. Me encuentro con miles de mensajes teorizando sobre mi posible secuestro y cómo tendrán que buscar la manera de pagar mi rescate, pero, eso sí, mientras tanto, que me monte un *dark romance* con el secuestrador. Menos mal que Cris siempre está pendiente de estas cosas y ofrece la razón más lógica: que me he quedado sin batería. Almudena, por su parte, solo hace alusión a esa visión que tuvo en Escocia y que, según ella, sería mejor hablar cuando esté en España. Y una mierda como una casa de grande. Ahora mismo pienso sacar el tema a colación, me da igual que estén todas presentes. Ya han sido testigos de mi humillación, son mis amigas; no se van a asustar porque Almu me revele algo que, hasta ahora, ha mantenido bien oculto. No sé con qué fin, pero se lo guardó.

Estiro la ropa y me aseguro de que todo esté en su sitio. Luego, me miro en el espejo, comprobando que tengo buena cara. Ayuda que me he arreglado un poquito. Solo un poco... pero lo suficiente para sentirme guapa y que mis amigas no me vean con cara de muerta, confirmando así su teoría del secuestro. Me acomodo en uno de los sillones blancos cerca de la cama, pero no sin antes girarlo estratégicamente para que mis amigas, cuando me vean, tengan las vistas directas al ventanal y puedan morir de envidia del paisaje que me rodea. Una a una, comienzan a aceptar la llamada. La primera en aparecer en la pantalla es Jessi, caminando por la calle, iluminada solo por las farolas. ¿Tan tarde es? Luego entra Maite, con su felpa puesta y la cara desmaquillada, colocando el móvil para que la veamos mientras empieza su rutina de *skincare*. Rutina que, por cierto, debería estar haciendo yo, porque me noto la piel sequísima. Seguidamente, se unen Vera, Almudena, Lore y Cris, aunque esta última ni siquiera pone la cámara. Lo que me resulta extraño, porque ella es la primera en unirse a estas tonterías. Y, por último, asoma Macarena. Parece estar en la cama, y alguien le dice algo a su espalda. Tiene el micrófono apagado, así que no puedo enterarme de nada, pero la curiosidad me mata.

—¡Niñas! Ya estoy instalada en el hotel, pero no como me gustaría. Tengo compañero de habitación... al menos de momento —anuncio, haciendo un puchero.

—¿Cómo? No me digas que ha tenido la cara de quedarse ahí contigo —suelta Maite mientras se masajea el rostro con una crema untuosa.

—Sí, con toda su cara. Y para colmo, parece disfrutar torturándome —añado con tono lastimero.

—Yure, deberías insistir para que se coja otra... habitación... —susurra Lore con voz cansada, justo antes de apagar la cámara.

—*Miarma* de mi corazón, ¿tienes *jet lag* o en República Dominicana te has convertido en un lémur? —exclama Macarena con cara de sueño.

—¿Estabas dormida, Maca? ¿Pero qué hora es allí? —Giro la muñeca para verificar que son

las siete y media.

—Pues la una y media. Acabo de salir de trabajar, que hoy tocaba inventario —explica Jessi, mientras su cámara se bambolea de un lado a otro.

—Son seis horas de diferencia... o cinco, ya no lo recuerdo —comenta Vera, bostezando tan fuerte que acabo de ver todos sus empastes.

—¡Lo siento! No caí en la diferencia horaria. —Junto las manos en un ruego, implorando su perdón—. Cuelgo, y mañana hablamos a una hora en la que estemos todas más vivas.

Estoy a punto de enviarle un mensaje a Almudena para decirle que mañana me tendrá que explicar con pelos y señales eso que, según ella, tengo que esperar a que esté en España. Porque, no pienso esperar ni un minuto más. Justo cuando estoy a punto de escribir, noto cómo todas parecen acercarse a las cámaras de sus teléfonos, o al menos las que aún están despiertas a estas horas. Especialmente Macarena, cuyos ojos se acercan tanto a la pantalla que parece un Minion.

Es como si estuvieran mirando algo a mi espalda.

«¡Ah! Claro, se han percatado de las fabulosas vistas que tengo, jijiji».

—¿A que son una pasada? —inquiero con chulería.

—¡Virgen santa! —susurra Maite.

—Lo sé, lo sé —chasqueo la lengua, disfrutando del momento.

—¡Joder! —exclama Vera, ahora más despierta que antes.

«Son un poquito exageradas, todo hay que decirlo».

—Yure, no te asustes... pero acaba de pasar un pedazo de hombre. O es eso, o es una aparición de alguno de mis novios imaginarios. Estoy soñando, seguro que es eso —murmura Macarena, justo antes de recibir un codazo de Carlos, que debe estar preguntándose qué está pasando—. Si te ha secuestrado, asiente con la cabeza, pero no se te ocurra quitar la cámara, necesitamos verlo bien para poder identificarlo después...

—¿Cómo? —pregunto mientras me doy la vuelta rápidamente, pero justo en ese momento, algo vuela directo hacia mi cara.

Eso que me ha golpeado cae en mi regazo. Una camiseta de tirantes sudada.

—¡Qué ascazo! —exclamo, tirándola lejos como si fuera una bomba y sacudiéndome, intentando quitarme de encima la sensación que me ha dejado.

No puedo evitar hacer una mueca de repugnancia mientras lucho por reprimir una arcada. Entonces, alzo la vista y me encuentro con la sonrisa de Elías. Todo su salvaje torso brilla con la humedad que cubre sus músculos, resplandeciendo. Por un momento, es como si estuviera admirando a Edward Cullen de *Crepúsculo*, pero mucho más mazado. Se peina el cabello desordenado hacia atrás con los dedos, mientras me lanza un guiño con guasa.

—¡Hola! —saluda con la mano a las niñas, que miran atónitas la escena que acaba de suceder. Luego, con toda la tranquilidad del mundo, añade—: Voy a ducharme. Te pediría por favor que, si necesitas hacer algo, lo hagas ahora. No quiero que subas cuando esté en la ducha. Ya sabes que no hay paredes ni mamparas, y no quiero ser el causante de un infarto por ver más de la cuenta.

Siento cómo me arden las mejillas en el mismo momento en que sus palabras impactan contra mi cerebro, generando imágenes indecentes a toda velocidad. Sin querer, desvío la vista hacia abajo, pero me obligo rápidamente a mirarlo a los ojos, como si eso pudiera borrar las ideas que acaban de pasar por mi mente.

—¡Antes prefiero hacérmelo encima que subir ahí arriba! —exclamo sin pensar en las consecuencias de mis palabras.

Elías me mira con esa expresión traviesa que empieza a ser peligrosa para mi estabilidad mental.

—Bueno, así solo conseguirás ensuciarte y al final tendrás que subir a ducharte... —responde en un susurro ronco, encogiéndose de hombros con ese brillo pícaro en los ojos—. Como desees... princesa.

El «princesa» suena a provocación, y me deja sin palabras, con el cerebro trabajando horas extras para procesar la situación. Como era de esperar, no consigo encontrar una respuesta coherente cuando me pongo nerviosa, así que dejo salir cualquier cosa que se me pasa por la cabeza.

—¡Argg! —Aprieto los puños con fuerza—. ¡Me sacas de quicio! ¡Que te den, Cantinflas!

—¿Cantinflas? —pregunta, dando un paso al frente y extinguendo el poco espacio que quedaba entre nosotros.

—Cantinflas —repito con más ahínco, alzando el rostro para seguir mirándolo a los ojos, porque Elías es mucho más alto que yo—. Me recuerdas mucho a ese personaje, con ese mismo asqueroso bigote.

Pasea su índice y pulgar sobre el bigote con calma, mientras sus comisuras se alzan, claramente disfrutando de sacarme de mis casillas.

—¿No te gusta mi bigote? —pregunta, fingiendo estar ofendido, aunque una sonrisa traviesa le baila en los labios.

—No, y deberías deshacerte de él antes de que lo haga yo. Me dan ganas de arrancártelo —respondo, arqueando una ceja con descaro.

—Yurena, no esperaba esto de ti —dice, sonriendo pícaro mientras se inclina un poco más—. Me has puesto un mote.

—Pues igual que tú —contesto sin dudar, cruzando los brazos con actitud desafiante.

No tardo en venirme arriba, y en cuestión de segundos, le golpeo varias veces en el pecho con un dedo superacusador. Como siga así, me voy a luxar el índice; esos pectorales son más duros que una plancha de acero.

—Tú empezaste esta guerra autoinvitándote a mi viaje. Y, por cierto, me debes una conversación —señalo de nuevo, apuntándole con el dedo para enfatizar mis palabras.

—¿La quieres ahora, princesa? —susurra cerca de mi rostro, tan cerca que su aliento roza mi piel, causando un estremecimiento que no puedo disimular.

—¿Ahora? —Lo miro de arriba abajo.

—A-ho-ra —reafirma, despacio, mirándome directamente a los ojos, alargando cada sílaba

como si pudieran significar algo más.

Las palabras disparadas por sus labios se deslizan por mi piel como una caricia invisible, provocando un escalofrío que me recorre de arriba abajo. Nos miramos con tanta intensidad que el aire se vuelve denso. Elías entrecierra los ojos, explorando los míos, tratando de desentrañar cada secreto que guardo. Por un segundo, me siento completamente expuesta, vulnerable a la profundidad de su mirada, que parece despojarme de cualquier escudo.

El hechizo se rompe de golpe cuando Almudena carraspea, recordándome que no estamos solos. Me aparto de Elías un poco, lo justo para recuperar el aliento y recomponerme. Había olvidado por completo que mis amigas seguían en la llamada. Le lanzo una mirada de advertencia, de esas que he perfeccionado gracias a mi jefe, como diciéndole «cuidado». Luego desvío la vista al teléfono.

—Ejem, ejem —repite Almu, con una ceja levantada y una sonrisa que no se molesta en ocultar.

Me vuelvo hacia la pantalla, donde todas mis amigas están observando la escena con los ojos desorbitados, casi como si estuvieran viendo la última temporada de su serie favorita.

—¿Qué? —pregunto, fingiendo inocencia, aunque sé perfectamente lo que está pasando por sus mentes.

—Nada, nada... —responde Maite, aguantándose la risa—. Solo estamos esperando a ver cómo sigue este capítulo.

—Vosotros seguid a lo vuestro, como si no estuviéramos —comenta Jessi en tono jocoso, mientras se acomoda, dejando claro que ya ha llegado a casa.

Elías pasa por mi lado, rozándome ligeramente y se dirige hacia la escalera. Mis amigas siguen observando con la misma intensidad, como si no quisieran perderse ni un solo segundo de lo que ocurre.

—Voy a ducharme, luego hablamos —dice, lanzándome una mirada cargada de intenciones antes de desaparecer por las escaleras.

En la pantalla, veo a Macarena abrir los ojos como platos, mientras Carlos parece estar a punto de soltar una carcajada.

—¿Acabo de entrar en un *reality show* sin darme cuenta? —murmuro, más para mí misma que para ellas, sintiendo que mi corazón late más rápido de lo que debería.

—Esto es mejor que ver *Gran Hermano*. —Se ríe Maite.

—Ojalá, al menos ahí podríais votar para expulsarlo —añado, rodando los ojos.

—Solo os falta hacer el *edredoning* —suelta Macarena, con esa sonrisa traviesa.

—Ni loca, ni aunque fuera el último hombre en la tierra —respondo sin pensármelo, poniendo los ojos en blanco.

En cuanto lo pierdo de vista, me desplomo en el sillón, cubriéndome la cara con las manos. Pero antes de que pueda morirme de vergüenza, escucho a Elías cantar la canción de Cantinflas a pleno pulmón.

—*¡No quiero tener mucho dinero, quiero un mundo en que reine la amistad, no quiero ser un*

*héroe del deporte, tan solo tu amigo de verdad!* —entona cada vez más alto y su voz resuena por encima del ruido de la ducha.

—¿Veis lo que tengo que aguantar? Está loco y me va a volver loca —murmuro, negando con la cabeza, pero no puedo evitar que una sonrisa se me escape.

—Mira el lado positivo, con él no te vas a aburrir ni un segundo —comenta Vera entre risas—. Y, además, de cantante está para mojar pan. Todo son ventajas.

—¡Sí, justo lo que me faltaba! Cómico, cantante y *stripper*, el pack completo —respondo con sarcasmo, aunque no puedo evitar reírme con ellas. Porque, al final, en medio de toda la vergüenza, hay algo que no puedo negar: Elías tiene un don para cambiar el ambiente y hacer que todo se sienta menos incómodo, incluso cuando más me gustaría matarlo.

## CAPÍTULO 14

### *Erísimo*

Las niñas se despiden de mí con la promesa de que mañana necesitan el siguiente capítulo de *Los Mundos de Yure*, haciendo una clara alusión a *Los Mundos de Yupi*. Y lo sé porque Maca no podía dejar de tararear la canción. Parte de mí deseaba colgar ya, porque no estaba cómoda con las risitas y el eco constante de «Princesa» y mi supercontrataque «Cantinflas». Son únicas; siempre encuentran la manera de divertirse con cualquier tontería. Pero, aunque a veces me sacan de quicio, reconozco que son mi fuente de energía para seguir adelante con todo esto.

Cuelgo la llamada y la realidad me golpea de lleno en el estómago. Siento que todo lo vivido hace unos segundos regresa con fuerza, y de repente, la habitación parece encogerse a mi alrededor, como si las paredes estuvieran a punto de aplastarme. Alzo la vista hacia la planta de arriba y trago saliva con dificultad. Esto no está bien, pero de alguna manera encontraré la forma de sobrellevarlo.

«Necesito respirar».

Salgo de la habitación con el corazón a punto de romperme el pecho, como si fuera a estallar al estilo de la película de *Alien*. A pesar de que la tensión en el ambiente se había disipado un poco cuando Elías empezó a cantar desde la ducha, no me sentía cómoda estando a pocos metros de él, desnudo. Y no solo está desnudo, sino que se está frotando con jabón ese cuerpo salvaje que todavía me cuesta asociar con el Elías que conocía. Es como si hubiera hecho una especie de «digievolución», convirtiéndose en *Eliamon*. Como si en estos años se hubiera hecho un Photoshop en el cuerpo, como si hubiera estado entrenando al estilo de Hugh Jackman para el papel de *Lobezno*, y la ropa le fuera a estallar en cualquier momento. ¡Dios, qué calor! Estoy divagando demasiado; esto tiene que parar. No puede estar ocupando el noventa por ciento de mis pensamientos. Oficialmente, compartir espacio con él, no es buena idea. Yo había venido aquí a reencontrarme conmigo misma, a darme la oportunidad de conocer a la Yurena que voy a ser a partir de ahora, para lamerme mis heridas en solitario y, así, cuando vuelva a España, poder empezar de nuevo.

Me debe una conversación que tarde o temprano tendremos, pero no después de ese incómodo momento en el que casi me pierdo en su mirada ¡Incluso había olvidado que teníamos público! Me llevo la mano al rostro, sintiendo cómo la sangre me sube a las mejillas. ¡Ay, Dios! Esto se me está yendo de las manos. Con Miguel todo parecía organizado, o al menos eso creía yo. Pensaba que tenía mi vida bajo control, sin darme cuenta de que él hacía lo que le daba la gana a mis espaldas. No, no es un buen ejemplo; lo único que me demuestra es que las cosas nunca son lo que parecen.

Sigo caminando, intentando dejar atrás al fantasma de mi ex, mientras la música se intensifica a medida que avanzo. Dejo que la melodía me guíe hasta uno de los bares del hotel; la voz de Daddy Yankee, con ese ritmo contagioso y su toque de rebeldía, me envuelve a medida que me

acercó a la barra. No soy mucho de reguetón, pero esa era la antigua Yure. A la nueva le va a gustar. Pues ya está, decidido: ¡soy reguetonera! Me ahueco el pelo antes de elegir el lugar perfecto donde voy a sentar mi precioso culo las próximas horas. Porque esta nueva Yurena está aquí para dejarse llevar, disfrutar del momento y bailar como si no hubiera un mañana.

*Que hay gente buena (what?)  
Y hay cosa' mala' (bah)  
Todo va a estar bien  
Vive hoy, no mañana (¡sube!)*

«¡Esta noche, el reguetón y yo seremos íntimos!».



—¡Chisttt! —Alzo mi copa para que el guapo camarero note que se ha vaciado misteriosamente.

El muchacho de piel morena, tostada por los dioses del fuego, me sonríe al ver mi vaso. En cuestión de segundos, como por arte de magia, está delante de mí. Su sonrisa es casi deslumbrante; tengo que entrecerrar los ojos para no quedarme cegada por la blancura de sus dientes, un blanco sospechosamente nuclear. De repente, siento como si tuviera una *Mini-Macarena* en mi hombro, repitiendo las palabras de Homer Simpson: «*Nucelar*, se dice *nucelar*», me río sola.

—¿*Nucelar*? —me pregunta, confundido, el guaperas del camarero.

Por lo que parece, eso lo he dicho en voz alta... ¿Habré soltado algo más? Miro de reojo mi hombro, esperando ver si *Mini-Maca* sigue ahí. Pongo un puchero al notar su ausencia, pero de repente escucho una voz en mi interior que reconozco al instante: «Ya hemos bebido suficiente». Esa ternura maternal solo puede ser de Cristina; claro, tenía que ser mi Pepito Grillo en esta historia. Hago oídos sordos a esa vocecita y centro mi vista en el cartelito que lleva nuestro simpático camarero en la camisa. Extiendo la mano para agarrarlo y leerlo bien, ya que el cartelito se mueve de un lado a otro... ¿O soy yo la que se mueve? Las letras parecen difuminarse, pero tras varios intentos, finalmente consigo articular las palabras que forman su nombre.

—*Horse Luis* —pronuncio despacio.

—José Luis —me repite él, con una sonrisa divertida.

—Pues eso mismo he dicho yo —alego, confundida por repetir mis palabras.

Él rueda los ojos, pero sin perder la enorme sonrisa en sus labios.

—¿Qué necesitas?

—Pues... no sé qué ha pasado con la copa... —Aleteo mis pestañas como si fueran las maravillosas alas de una mariposa—. ¿Podrías ponerme otra de esas? —Señalo con mi perfecta

uña el menú de cócteles que tengo delante. Mi plan era probarlos todos, creo que me falta ese... ¿O ya lo pedí? Bueno, da igual, esto es como los *Petit Suisse* ¡A mí me daban dos! Aunque ahora todo el mundo los llame *Danonino*, por favor, que nombre más ridículo.

—Marchando, un *Morir Soñando* —dice, dándose la vuelta para preparar ese jugo de los dioses.

¡Qué nombre más poético y perfecto para mi estado de ánimo! Eso es exactamente lo que quiero ahora mismo: estar en un sueño y despertarme mañana descubriendo que todo ha sido solo eso, algo efímero.

—Disfrútelo, *mi reina* —exclama José Luis por encima de la música.

Un enorme vaso alto aparece delante de mis ojos. El mejunje tiene un color cremoso, anaranjado pálido. Me recuerda al atardecer que hace nada se podía contemplar desde la habitación; es como un sueño. Ahora entiendo su nombre y me siento satisfecha por haber sido tan suspicaz. Tomo la bebida entre mis dedos, agradeciendo el frescor, y la muevo como si fuera una experta catadora de vinos. La textura me parece espesa, casi como un batido. La acerco a los labios, pero antes olisqueo el interior y el cítrico de la naranja me hace cosquillas en la nariz.

«En serio, Yurena, lo de ver *MasterChef* nos está afectando».

Miro a mi alrededor, sin saber muy bien por qué. Quizás quiera asegurarme de que nadie me está observando mientras disfruto de mi deliciosa bebida, que, por cierto, aún no he probado. Sin embargo, ya he visualizado el futuro con toda claridad y puedo decir que será una de mis favoritas. En la zona de las mesas, varias parejas están compartiendo momentos pasionales; algunas bailan en la pista con una sensualidad que no puedo evitar mirar con una mueca de asco y algo de envidia cochina, que ahora me dedicaré a ahogar con mucho alcohol. Niego con la cabeza al ver a una mujer rubia con una sonrisa radiante.

—A tu salud, sigue viviendo en tu burbuja —digo, haciendo un brindis al aire como si fuera *El Gran Gatsby* y doy un trago largo a mi copa.

La dulzura es suave, no empalagosa, con un equilibrio perfecto entre dulce y refrescante. Y es entonces cuando me doy cuenta de que no noto nada de alcohol. Vuelvo el rostro buscando a José Luis. ¡Tramposo! Entrecierro los ojos y le lanzo la mirada más fulminante que tengo en mi catálogo de miradas. Cuando se dirige hacia mí, sé que ha entendido a la perfección mi mensaje.

—José Luis, *Horse Luis*... —digo, chasqueando la lengua y negando con la cabeza con tono condescendiente.

—José Luis —me repite, una vez más.

No entiendo esa necesidad de recalcar su nombre.

—¡Esto no tiene alcohol! —exclamo, antes de darle otro trago a la copa, que por cierto está deliciosa y tengo mucha sed.

Él me observa mientras apuro hasta la última gota.

—¿Tú quiere un trago? Yo te lo doy, *mi amol* —responde con un tono meloso, marcando bien su acento dominicano, como si saborease cada palabra.

Un momento después, José Luis regresa con un *Mamajuana* bien cargado. La copa es enorme, con un diseño robusto y elegante, hecha de cristal tallado que refleja la luz en mil destellos. Me

encanta la copa; es preciosa. ¿De dónde será? Seguro que de Ikea no.

El líquido tiene un color ámbar profundo, con un aspecto seductor y casi misterioso. Se pueden ver trozos de frutas, hierbas y especias flotando, creando un cóctel visual tan complejo como su sabor. El aroma a ron y especias se eleva de la copa, prometiendo una experiencia intensa y perfecta para lo que tengo en mente: adormecer a mis neuronas y dejar de pensar en los problemas.

—Aquí tienes, *mi reina* —dice, con una sonrisa triunfante—. Prueba esto y me cuentas.

Sostengo la copa entre mis manos, sintiéndome como Indiana Jones con el cáliz sagrado. La mítica escena se materializa en mi mente: el villano bebe del cáliz y se convierte en huesitos en cuestión de segundos. Pero no, ese no será mi futuro, no, no, no.

No me dejo llevar por esos pensamientos y le doy un generoso trago. Siento todos los matices de la bebida recorrer mi cuerpo, encendiendo mis mejillas con su calidez.

## CAPÍTULO 15

### *Dalia*

*Elías;*

Salgo de la ducha, retiro el exceso de humedad y me envuelvo la toalla en la cintura. Me peino con los dedos, llevando el pelo mojado hacia atrás, y echo un vistazo por encima de la barandilla a la planta de abajo, que está extrañamente silenciosa. Juraría que hasta hace nada Yurena estaba charlando con las niñas. Me debato unos segundos entre bajar así o ponerme el albornoz que cuelga del perchero. Al final, desecho la idea del albornoz; me atrae mucho más volver a sorprenderla y ver cómo reacciona. Ponerla al límite delante de sus amigas es demasiado tentador para resistirme.

Bajo despacio las escaleras, procurando no resbalarme, porque, seamos honestos, no son precisamente prácticas y mucho menos seguras.

—Yurena —la llamo, sin obtener respuesta.

Hago un barrido rápido de la habitación y la encuentro vacía. Busco con la vista mi maleta, que no está donde la dejé. Me rasco la cabeza mientras recorro la estancia, revisando cada rincón. Al abrir el armario, veo la ropa de Yurena perfectamente ordenada: algunas prendas de diario, un bolsito, un vestido y un bikini. Asumo que no ha salido a bañarse a la playa, porque la ropa que llevaba puesta no está aquí.

El primer cajón está entreabierto dejando a la vista su lencería. Cierro el cajón de golpe, evitando mirar más de lo necesario. A un lado, casi mimetizándose con el interior del armario, está su maleta.

«¿Dónde cojones está mi maleta?».

De repente, me doy cuenta de que hay una doble puerta que antes pasé por alto. La deslizo y descubro otra estancia, una especie de salita de estar. Arqueo una ceja y miro hacia la puerta por donde entré hace un momento, preguntándome cómo es posible que no la hubiera visto antes. Un sofá mullido de color blanco preside la sala, asentado sobre una alfombra de diseño. A su izquierda, encuentro mi maleta. La coloco sobre la mesita baja y la abro de par en par. Saco toda mi ropa de un tirón, como si fuera un bloque, y la dejo caer sobre uno de los sillones. Luego la ordenaré; ahora mismo tengo otra prioridad.



Lo primero que hice al salir de la habitación fue ir a buscar a Yurena. Le aseguré que no la molestaría durante sus vacaciones, que estaría sola y que ni siquiera notaría mi presencia. Esas fueron mis palabras, pero eso no me impide preocuparme por ella. Le dije que tendríamos una conversación, y ella se ha esfumado de la habitación. Aunque no tiene que darme explicaciones si decide irse a dar una vuelta, me siento más tranquilo si sé que está bien.

Mi primera parada fue la zona de restauración, donde el buffet de tartas y otros dulces locales se extendía en un despliegue tentador. Los dulces siempre habían sido su debilidad cuando éramos críos. Me movía entre las mesas, buscando alguna señal de ella entre las parejas, pero no estaba allí. Así que decidí explorar el hotel a fondo, descubriendo cada rincón que aún no había tenido la oportunidad de ver, desde el gimnasio, un lugar al que seguramente volveré, hasta el vestíbulo adornado con elegancia donde aún están recibiendo a nuevos huéspedes.

Solo me queda por revisar la zona de las piscinas.

A lo lejos, veo uno de los bares que rodean las piscinas; hay tres en total, dispuestos alrededor del agua cristalina. Cada uno está equipado con sofás y mesas, y la iluminación tenue creando un ambiente relajado. Al fondo, la playa se pierde en la oscuridad de la noche, y en las hamacas, algunas parejas se entregan a sus deseos, sin preocuparse por lo que las rodea. El alcohol parece ser el motor de esa libertad, dejando claro que, en este *resort* para adultos, el lujo y la desinhibición van de la mano. Esto parece Sodoma y Gomorra.

—Me cago en la puta, ¿dónde estás? —murmuro con frustración.

Por un momento, siento un nudo en el estómago al imaginarme a Yurena en una de esas hamacas con algún desconocido, liberando toda la tensión que guarda. Decido dar marcha atrás y me dirijo al bar cerca de la pista de baile, donde el DJ está pinchando música. Busco con la mirada entre las personas en la barra y la encuentro en una esquina, demasiado acaramelada con el camarero. Cierro el puño con fuerza y me mantengo en mi sitio. El chico no deja de sonreírle, y ella parece encantada con cada gesto. Trago con dificultad al ver cómo Yurena agarra la camisa del camarero y lo atrae, acercando sus labios a su oído. Parecen compartir un secreto muy divertido. Están muy cerca. Demasiado. Contengo mis demonios mientras él inclina la cabeza, casi rozándole con la nariz. Una nariz que podría partir de un puñetazo si intenta sobrepasarse con ella.

—¿Qué cojones estoy haciendo aquí? —me pregunto, mirando brevemente mis pies y tensando la mandíbula.

Decido darme la vuelta. Ya sé dónde está, y está con el gilipollas del camarero. Al menos no se ha ido del *resort* ni se ha lanzado desnuda al mar. Aquí no tengo nada más que hacer.

No he dado ni diez pasos cuando siento todos los músculos en tensión. No sé por qué demonios lo hago, pero vuelvo a dirigirme hacia el bar. Ya no está en la barra, así que desvío la vista en busca de su silueta dentro de la multitud. La encuentro moviéndose entre la gente como una peonza descontrolada, casi sin poder mantenerse en pie, tambaleándose de un lado a otro. El DJ anuncia la siguiente canción mientras trastea con la mesa de mezclas: *Alibi* de Ella Henderson y Rudimental. Las manos se alzan y el murmullo se convierte en un rugido eufórico, llenando el aire de una energía que casi se puede tocar, contagiando a Yurena de inmediato.

De reojo veo al camarero comentar algo a su compañero antes de entregarle el mandil con una sonrisa chulesca. Puto gilipollas. Sale de la barra con un claro objetivo: Yurena. Ella se mueve al

ritmo de la música, las caderas balanceándose al compás, y casi trastabilla, pero el maldito camarero la sostiene poniendo sus sucias manos en su cintura. Pienso partirle las manos como bajen de ahí. Yurena se da la vuelta con una mueca contrariada, o quizás es el alcohol lo que nubla su mirada, mientras se deshace de su agarre.

Esa es mi señal.

No está cómoda, y eso es justo lo que necesitaba para actuar. En dos zancadas me planto en la pista y pongo mi mano en el hombro del camarero, dejando claro que quiero su atención. Él se remueve, mostrando que mi intromisión le incomoda. Clavo los dedos en su clavícula y lo aparto bruscamente a un lado, fulminándolo con la mirada para que entienda que esto no va con él. Me encuentro frente a frente con el rostro de Yurena, que cambia de color como un semáforo. Aprieto la mandíbula antes de añadir:

—Nos vamos —digo, y la levanto en peso, echándomela al hombro.

Las caras de asombro de los que nos rodean me resbalan. La saco de allí, a pesar de los golpes que me da y sus intentos de liberarse, revolviéndose como una lagartija atrapada. La sujeto con firmeza y, con pasos decididos, me la llevo.

—¡Suéltame, Cantinflas! —me exige.

Cuando estamos lo suficientemente lejos, busco una zona apartada entre varias palmeras, justo donde la piscina que serpentea delante de algunas habitaciones parece terminar. La bajo con suavidad y la encaro. Ella me propina un empujón que no consigue moverme del sitio.

—¿Se puede saber qué *está*s haciendo? Ni se te ocurra volver a tocarme —dice, cruzando los brazos bajo el pecho en una pose defensiva.

—Lo haré las veces que haga falta mientras te vea así —digo, imitando su gesto.

—¿Cómo? ¿Disfrutando de mi libertad? —alega ella, alzando el mentón.

—Borracha, incapaz de moverte. Por Dios, Yurena, ¿cómo has podido beber tanto en tan poco tiempo?

—¿Poco tiempo? —me pregunta, abriendo los ojos de par en par. Saca una mano y empieza a contar levantando los dedos; no tengo claro si está contando las bebidas o el tiempo que cree que lleva aquí—. Llevo toda la *noshe*, han pasado como mil horas.

Suelto una carcajada al ver lo surrealista de la escena. Yurena realmente se cree lo que me está contando y no parece darse cuenta de cómo se le enreda la lengua.

—Perdona que te diga, llevas como mucho una hora ahí. No sé cómo has podido emborracharte tan rápido. —Niego con la cabeza—. ¿Acaso has comido algo desde que bajamos del avión?

—¿Una hora? Qué mentiroso eres, Cantinflas... —Me señala, tambaleándose un poco.

—¿Por qué te iba a mentir? —pregunto encogiéndome de hombros.

Saca su teléfono del bolsillo, mira la hora y agita la cabeza con aire de desprecio.

—Eres un *tramposso* ¡Me has cambiado la hora! —me acusa, asintiendo frenéticamente, como si eso fuese la explicación a su borrachera.

La observo con detenimiento, intentando descifrar el galimatías que tengo delante. En este

instante, no hay ni rastro de la Yurena que conocía, la de la libreta amarilla siempre a mano, con esquemas y colores para todo, como si con cada subrayado pudiera controlar el destino. Ahora, en lugar de eso, tengo frente a mí a esta versión suya que apenas reconozco. Aunque, eso sí, su testarudez sigue intacta.

## CAPÍTULO 16

### *Eléboro*

—¿En serio crees que te he cambiado la hora? —me pregunta, arqueando una ceja con suspicacia.

Chasqueo la lengua un par de veces antes de responder. No creo que haya tocado mi móvil, pero el alcohol que corre por mis venas ha decidido hablar por mí. En realidad, lo que más me apetece es soltarle una buena hostia por atreverse a tocarme. Y de paso, mandar a volar ese bigote que me mira con aire de superioridad. Este hombre saca lo peor de mí, despierta mi lado más violento.

—Elías, te voy a recordar una cosa, o dos, o tres, según me vayan viniendo a la cabeza —le suelto, porque ahora mismo tengo tantas cosas que decirle que no sé ni por dónde empezar—. Este es mi viaje, y hago lo que me da la gana. Tú no tienes que vigilarme, y, para que te quede claro, no eres mi *papito*.

Elías se agita con ese último comentario.

—No te puedo dejar que andes por ahí en estas condiciones —me dice, señalándome con la mano mientras me escanea de arriba abajo.

—Solo he bebido un poco —aclaro mientras mantengo el equilibrio.

—Sí, un poco de todo lo que había en la carta.

—Al menos yo no soy un muermo que se acopla a un viaje que no le pertenece y encima se comporta así. —Abro los brazos en jarras para parecer más grande, y lo imito—. No te darás cuenta de mi presencia. Mentira, porque te desnudas a la primera de cambio, ¿ni que estuvieras en una playa nudista! —Me crezco en mi actuación, dándome un golpe en el pecho como un gorila—. No puedes beber. Yo macho alfa, *seeer* cromañón y llevarte como *saaaco* de papas. Yo vigilar. Yo rescatar —asevero con voz ronca, intentando reflejar su comportamiento cavernícola.

Elías suelta una carcajada estruendosa, de esas que hacen eco en las paredes y obligan a la gente a voltearse. Por un segundo, casi me descoloca con esa risa que parece salirle desde lo más profundo del pecho, pero rápidamente recupero la compostura y cruzo los brazos con más ahínco, alzando una ceja en señal de desafío.

—¿Te parece *gracioso*? —le espeto, aunque en el fondo, ver cómo se ríe de mi parodia tiene algo de contagioso.

—No, es que... —Intenta contenerse, pero otra carcajada se escapa—. Es que no puedo contigo, de verdad.

—Pues vete acostumbrando, porque esta es la nueva Yurena —respondo, echando mi melena hacia atrás con un gesto chulesco.

Pero de repente, el suelo empieza a moverse bajo mis pies, o al menos eso parece. Ese movimiento me ha salido caro. Una sensación de mareo me golpea de lleno, como si todo el alcohol que he tomado decidiera ponerse de acuerdo en atacarme al mismo tiempo. En mi cabeza resuena la voz de Cristina: «Te lo advertí». Mi estómago se revuelve y siento una arcada subir por mi garganta. Trago saliva, intentando contenerla, mientras el mundo empieza a girar lentamente a mi alrededor. Es como si me hubiese montado en un cacharrito de la feria.

—¿Yurena? —Elías deja de reír, su rostro cambia al notar que algo no va bien.

Intento fingir que todo está bajo control, esbozando una sonrisa débil, pero la sensación se vuelve más intensa y una ola amenaza con arrastrarme. Sé que tengo que salir de ahí antes de que la situación se desmorone por completo.

—Creo que... —empiezo a decir, pero las palabras se me escapan mientras me llevo una mano a la boca, luchando por mantener la compostura. Intento ubicarme y localizo nuestra habitación a lo lejos; es entonces cuando, sin pensarlo dos veces, comienzo a correr como si no hubiera un mañana.

No me da tiempo a llegar; el vómito que sale despedido de mi garganta es más rápido que yo. Por un instante soy una fuente, eso no deja de salir y manchar el bonito césped. Siento un sudor frío recorrerme la espalda, y todo lo que llevaba contenido estas semanas empieza a salir junto con el alcohol. Mi boda, mi pareja, las mentiras, mi casa, mi vida... Me desplomo en el suelo, sintiéndome como un trapo de cocina: sucia, mojada y abandonada. No puedo caer más bajo. Mi cuerpo tiembla al principio en un sollozo suave, pero poco a poco se convierte en un terremoto. Alguien me abraza por detrás; el mareo aún persiste y las lágrimas me nublan la vista.

Elías me coge en brazos casi sin esfuerzo, como si fuera una muñeca. Esta vez no me resisto, porque no tengo fuerzas para hacerlo. Entierro mi rostro en su pecho y suelto todo lo que he querido mantener atrapado en mi presa personal.

Entramos en la habitación, y no sé cómo se las ha apañado para abrir la puerta mientras me lleva en brazos. El aroma a flores silvestres que flota en el aire me embriaga, volviéndose un perfume empalagoso. El recuerdo llega primero como una caricia, pero luego se convierte en una tormenta que derrumba los muros que había levantado alrededor de mi corazón. De repente, veo con claridad los ramos de paniculatas que había estado preparando con tanto cariño para la celebración. Mi cuerpo convulsiona con cada imagen, con cada mentira, con todo lo que creía. Las lágrimas caen sin control por mis mejillas, pero las náuseas regresan con más fuerza. Me retuerzo y Elías, captando mi necesidad, me suelta de inmediato. Corro escaleras arriba sin mirar atrás y alcanzo la taza del baño en el último momento.

«No puede estar pasándome esto. Qué vergüenza, por favor».

Cierro los ojos con fuerza, deseando desaparecer, como si así pudiera escapar de todo. Una mano grande y cálida, como esa manta que te abriga en invierno cuando estás helada, me acaricia la espalda con suaves friegas, mientras con su otra mano siento cómo aparta mi cabello con cuidado. La cabeza me da vueltas, todo a mi alrededor se vuelve borroso y el mundo parece desvanecerse conmigo.

—Vete —digo casi sin voz.

—Shhh.

Y es en ese momento cuando empiezo a hablar sin tapujos, soltando cosas sin sentido, intentando disipar la vergüenza que me envuelve en este instante tan miserable de mi vida.

—¿Sabess que Miguel la tenía pequeña? Minúscula —digo, enfatizando mientras muestro el tamaño con los dedos.

—Ese es un detalle que no quiero saber —responde con firmeza mientras aparta otro mechón de mi cara.

—Pues siento *desirte*, que puede ser cosa de genética... —Lo miro de reajo y levanto el dedo meñique, en un gesto que dice más que mil palabras—. Ahora entiendo mejor por qué te fuiste a la selva.

—No me fui a la selva, me fui a Doñana —me aclara.

—Eso es lo de menos, lo importante es que compartís esa *maldición*.

—¿Recuerdas que no somos hermanos de sangre? —contesta, con una obviedad que mi borrachera había pasado por alto.

—Da igual, eso se pega. —Hago un gesto con la mano, restándole importancia, aunque parece más bien que estoy espantando una mosca.

—Será mejor que dejemos ese tema —sugiere.

—Sé que te ha enviado él —asevero con determinación, aunque todavía no controle del todo mi cuerpo—. No me hace falta un guardaespaldas, quería hacer este viaje sola. Lo necesito, Elías.

Su silencio lo dice todo; no necesito más. La canción de *Better Days*, de Dermot Kennedy se cuela por la ventana, intentando ahogar el vacío que nos rodea.

*Better days are coming  
If no one told you  
I hate to hear you crying*

Se levanta del suelo, coge una de las toallas y va hasta el lavabo. Abre el grifo y la empapa, exprime el exceso de agua mientras me mira con una ternura que siento que no merezco. Volteo el rostro para escupir el sabor amargo que aún persiste en mi garganta. Con suavidad, Elías me pasa la toalla mojada por el cuello, aliviando la sensación de ahogo que siento. Lo hace con tanta calma que me desmorono por dentro. Es un gesto simple, pero dice más que mil palabras. No sé bien por qué, pero vuelvo a romper a llorar. Me recoge del suelo, como si mi cuerpo fuera un puzle desarmado que necesita recomponer, y me acuna contra su pecho mientras baja las escaleras.

*The rain, it ain't permanent  
And soon, we'll be dancing in the sun  
We'll be dancing in the sun  
And we'll sing your song together*

Se sienta en la cama conmigo en su regazo.

—¿Por qué? ¿Por qué? —murmuro entre hipidos.

—¿Por qué, qué? —me pregunta él con delicadeza, mientras acaricia mi espalda con esa confianza que tanto añoraba.

Levanto la cabeza y veo cómo he ensuciado su horrorosa camisa con mi máscara de pestañas. Paso la mano por la mancha, como si con eso pudiera arreglarlo.

—Lo siento, te he manchado...

—Qué le den a la camisa. —Su mano se posa en mi barbilla y la levanta, obligándome a mirarlo a los ojos—. Yurena... —susurra mi nombre despacio, con esa calma que siempre lo acompaña.

No sé si es por el alcohol, o por lo vulnerable que me siento en este momento, o la suma de todo, pero me pierdo en su mirada aguamarina, como si ahí pudiera encontrar las respuestas.

—¿Por qué nunca fui suficiente? ¿Por qué me hizo vivir en una mentira? —sollozo entre lágrimas.

Elías me envuelve con más fuerza, tratando de contener los temblores que sacuden mi cuerpo.

—¿Por qué no me di cuenta antes? Estaba tan ciega...

Su calor atraviesa la tela, envolviéndome y alejando esa oscuridad que amenaza con engullirme por completo.

—Lo intenté...

—Lo sé —susurra.

—Me esforcé tanto... en ser la novia perfecta... y... —La voz se me quiebra antes de poder terminar.

Su dedo se posa en mis labios solo un instante.

—Repite conmigo —dice suavemente, manteniendo su mirada fija en la mía—: No merecía la pena.

—No merecía la pena —repito en un susurro.

—Otra vez —insiste, con esa calma que me desarma—. No merecía la pena.

—No merecía la pena —repito una vez más, sintiendo cómo esas palabras empiezan a hundirse en mí.

*You're on the other side of the storm now  
You should be so proud  
And better days are coming  
Better days are coming for you*

Y es en ese momento, mientras esa frase cala hondo en mi pecho, encontrando ese lugar que hasta ahora pensaba muerto, siento que algo dentro de mí empieza a romperse... pero esta vez, para liberarme.

# CAPÍTULO 17

## *Alyssum*

*Elías;*

Abro los ojos, al principio un poco desorientado. Parpadeo un par de veces, intentando ubicarme. El sol se cuela a través del cristal de la habitación, calentándome la piel. Es una sensación agradable, que me invita a seguir disfrutando de este instante. Es como si hubiera tenido un bonito sueño. Me planteo cerrar los párpados de nuevo, dejándome tentar por el cansancio que todavía pesa sobre mí. Pero entonces me doy cuenta de que me duele todo, sintiendo cada músculo de mi cuerpo entumecido. El silencio que me rodea solo es interrumpido por una respiración profunda. Contengo el aliento por un segundo, confirmando que no estoy solo. Vuelvo a inhalar, dejando que el aire llene mis pulmones, y el aroma a melocotón lo inunda todo.

Un perfume que inevitablemente me recuerda a ella.

Tengo la cara apoyada sobre algo duro, que se remueve cuando intento separarme, y es entonces cuando la realidad me golpea: en algún momento de la noche nos quedamos dormidos. Juntos. Abrazados. Anoche la dejé desahogarse, sacando todo el veneno que la estaba consumiendo. Su llanto se volvió desconsolado, y el temblor de su cuerpo se convirtió en un terremoto desbocado. Yo solo podía consolarla con mis brazos, aferrándola como si eso pudiera mantenerla entera. La abracé con fuerza, acunándola en mi pecho, evitando que los trozos rotos de su corazón se desmoronaran. Contuve las ganas de romper en mil pedazos el mundo que ella había conocido, ese que ahora le daba la espalda.

Desvío la vista hacia abajo y observo a Yurena. Desde que despertó en el avión, ha intentado aparentar que todo va bien, que puede con todo. Pero he sido testigo de cada momento en que la debilidad la ha atacado sin previo aviso. Era de esperar que esto la superara; por mucho que diga que ha cambiado, no construyes una armadura lo suficientemente perfecta como para luchar contra lo que llevas dentro.

Despego mi mano de su costado justo en el instante en que ella suelta un suspiro. Me remuevo con cuidado, tratando de no despertarla y evitar que todo lo que sucedió anoche la haga sentir vulnerable de nuevo. En sus ojos pude ver la necesidad de estar consigo misma, de escuchar a su corazón, ese viejo amigo al que yo decidí ignorar años atrás. Sé de lo que hablo, así que le concederé lo que tanto necesita: su espacio.

Yurena me rodea la cintura con los brazos, apresándome en una dulce prisión de la que no puedo dejar que siga siendo mi carcelera. Con cuidado, aflojo su agarre y deslizo mi cuerpo por la cama con suavidad, mientras su cabeza desciende con cada movimiento. Lentamente me desprendo de su calor. Un poco más. Justo cuando estoy a punto de liberarme, su barbilla cae en picado sobre mi entrepierna. Rezo a todos los dioses que se me ocurren para que no abra los ojos, porque lo primero que vería sería mi erección matutina.

«Joder».

Su respiración cálida golpea contra mi dureza, que responde con un leve movimiento involuntario. Lo que me faltaba, que le dé en la cara y la despierte. ¡Maldita sea! No me traiciones ahora. Trago saliva, tratando de mantener la compostura mientras intento deslizarme fuera de su alcance. Pero, claro, no soy de piedra y su cercanía está provocando mil escenas en mi mente, ninguna buena. Cuanto más me muevo, más parece que todo se complica.

Preparo las manos para retirarla lo más rápido posible, sin romper su sueño. Por un segundo, me viene a la mente la escena de Indiana Jones, cuando cambia el saco de arena por el ídolo dorado, y me siento igual de tenso, como si cualquier gesto en falso pudiera desencadenar el caos. Con muchísima delicadeza, aparto su cabeza de la caseta de campaña que tengo entre las piernas y, finalmente, logro liberarme. Suspiro, aliviado de que no se haya despertado. Lo último que necesito ahora es una discusión por malinterpretar las cosas.

Una vez en pie, recoloco mi erección de manera que no sea tan evidente y me estiro para mitigar la tensión acumulada por la postura que he mantenido toda la noche junto a ella. Un quejido lastimero me hace volver la vista, y me encuentro a Yurena hecha un ovillo, agarrándose las rodillas. Sigue dormida, pero casi puedo sentir su dolor desde aquí. Tomo la colcha que está a los pies de la cama y se la echo por encima; ahora el frío de la habitación se vuelve evidente, algo que, estando a su lado, había pasado por alto.

Me cambio rápido de ropa, pero no puedo evitar mirarla. El cabello le cae sobre el rostro, y su pecho sube y baja en un ritmo tan calmado que parece haber encontrado un poco de paz. Su respiración se vuelve más suave bajo la calidez de la colcha, y por un instante, me planteo alejarme de todo esto, largarme a otro hotel, buscar la manera de poner distancia entre nosotros. Pero sé que no puedo dejarla ahora. No después de haber asumido las consecuencias de mis decisiones, las mismas que me han traído hasta aquí.

Sé lo que necesita ahora.

Doy un último suspiro y retrocedo en silencio, dándole el espacio que tanto necesita, aunque cada fibra de mi ser quiera hacer justo lo contrario.

## CAPÍTULO 18

### *Bromelia*

«—Pase lo que pase, siempre estaremos juntos.

—¿Me lo prometes? —pregunto con el corazón latiéndome con fuerza.

—Te lo prometo, Yurena —afirma, colocando la mano en el pecho, como si fuera un juramento de sangre.

Nos miramos a los ojos, y el mundo se desvanece a nuestro alrededor; solo existimos él y yo. Las sonrisas se dibujan en nuestros labios mientras sus dedos se entrelazan con los míos, sellando cada una de sus palabras».

Unos golpes me despiertan de ese sueño tan dulce donde estaba sumida. Parpadeo varias veces, perdida entre el mundo onírico y la realidad. Extiendo la mano buscando mi teléfono, pero la cama es demasiado grande. No es mi cama. No estoy en casa. El sonido que antes me sobresaltó resuena por toda la habitación, recordándome que hay alguien al otro lado de la puerta. Me incorporo, dejando caer la colcha que me cubría. Lo primero que hago es comprobar que sigo vestida. Suspiro aliviada, por un segundo he temido lo peor.

«¿Cómo he llegado aquí?».

Miro a mi alrededor, y poco a poco la neblina se disipa, trayéndome *flashes* de algunos de los mejores momentos de ayer. Mi llegada al hotel, la charla con mis amigas, Elías desnudándose, y luego mi huida al bar. Ahí los recuerdos son más difusos; José Luis, un par de copas o alguna más. ¿Vomitó? ¿Alguien me abrazó? Me rodeo con los brazos, tratando de evocar una de esas imágenes, pero una punzada me atraviesa la cabeza. Una de las bonitas consecuencias de haberme bebido hasta el agua de los floreros.

«¿Dónde está Elías?».

Dejo caer los pies al suelo, me levanto con cuidado y me dirijo a la puerta. Tal vez sea él quien la está aporreando. ¿Se habrá olvidado la tarjeta? Agarro el pomo, no sin antes frotarme la cara para despejarme. Abro lo justo para echar un vistazo rápido y me encuentro al otro lado con una camarera del hotel empujando un carrito. Arqueo una ceja, confundida.

«¿El desayuno en la habitación estaba incluido?».

—¡Buenos días, señora Fernández! —me saluda con una jovialidad que me pilla por sorpresa.

—Buenos días... —respondo, todavía un poco desorientada, mientras abro la puerta del todo.

La camarera, sin esperar más, empuja el carrito hacia dentro de la habitación con una sonrisa radiante.

—Espero que haya dormido bien —añade, mientras acomoda una bandeja llena de cosas deliciosas sobre la mesa que está junto al ventanal.

Me quedo anonadada, observando todo lo que hay: croissants, frutas de todo tipo, zumo de naranja recién exprimido, varias porciones de tarta, un *bagel* de salmón con queso blanco, un enorme tazón de yogur con granola y una jarra de café humeante. No puedo evitar preguntarme si esto es un error. ¿Quién lo ha pedido?

—¿Está segura de que es para mí? —pregunto, en un susurro.

—Por supuesto —responde con la misma sonrisa de antes.

Mis ojos se detienen en el cartelito con mi nombre que me da los buenos días en mitad de la bandeja. Confirmado, es para mí. Asiento, aunque mi cabeza sigue dándole vueltas a la situación, sobre todo al ver la cantidad absurda de comida que hay en la mesa. Cuando la camarera se retira, cierro la puerta con suavidad y me quedo plantada en medio de la habitación, mirando el desayuno como si fuera un rompecabezas. ¿Lo habré pedido yo en un impulso nocturno, cuando el alcohol dominaba mi cuerpo? ¿O ha sido cosa de...?

Me giro sobre mis pies y me dirijo a la puerta que divide la estancia. La deslizo con brusquedad, encontrándome la salita completamente vacía. Lo único que confirma su presencia en esa habitación es la montaña de ropa que descansa en uno de los sillones y su maleta abierta sobre la mesita. Aunque la vena cotilla que me han entrenado mis amigas me tienta, me resisto a entrar en ese espacio que le pertenece.

—¿Elías? —lo llamo con la vaga esperanza de obtener respuesta.

Me froto las sienes, intentando aliviar la punzada que sigue martillando en mi cabeza sin descanso. Mi estómago ruge como un león hambriento recordándome que no he comido nada desde ayer. Bueno, supongo que un café y algo de comida no me vendrán mal para empezar el día.

Vuelvo sobre mis pasos hasta la mesa del desayuno y, justo antes de sentarme, mis ojos se detienen en la cómoda donde está el mando de la televisión. Junto a él, hay una hoja de papel. Por un segundo, pienso que es otra nota de Macarena. La tomo y me siento en la silla, disfrutando de las maravillosas vistas. Me sirvo una taza de café, y con curiosidad, leo las palabras que hay escritas.

*Buenos días, princesa;*

*Espero que hayas podido descansar. Me tomé la libertad de pedirte un brunch. No sabía a qué hora te despertarías, así que me pareció la mejor opción.*

*Disfruta de tus merecidas vacaciones.*

*Hoy me encargaré de solucionar lo de la habitación.*

*Elías.*

Releo sus palabras con una sonrisa, tratando de entender cómo ha cedido en este tema, una batalla que parecía perdida. Miguel cometió un gran error al enviarlo a él para vigilarme. Antes de ser su hermano, fue mi mejor amigo, el confidente de mis secretos, el compañero de mis risas, el guardián de mis sueños. Sigue siendo ese Elías que recuerdo, aunque dentro de un cuerpo de *Madelman*. De repente, la imagen de sus iris aguamarina me atraviesa, dejándome vulnerable.

Un frío repentino recorre mi cuerpo al recordar sus brazos rodeándome, sosteniéndome, mientras las lágrimas empañaban mi vista. ¿Qué ocurrió anoche? Una sensación de tristeza me invade, pero es desplazada por el eco de su voz. Aún resuena en mi pecho una frase que no logro recordar del todo, pero ahora sé que estuvo aquí. Conmigo.

Cuidando de mí.

Dejo el trozo de papel sobre la mesa y, sin apartar la vista de esas palabras, desayuno en silencio, disfrutando de este merecido momento de soledad. Una vez saciada el hambre que me estaba arañando las entrañas, me preparo para realizar una de las actividades programadas por el hotel.

Hoy será un día para mí.



Definitivamente, hay actividades en el hotel que no están pensadas para hacer en solitario. He ido probando una a una las que me llamaban la atención, esas que parecían divertidas para una persona sola. Empecé con las clases de baile, donde, para mi sorpresa, fui la elegida por el profesor. Aunque más que suerte, fue porque era la única sin pareja, pero eso no quita que me lo haya pasado bien y aprendido algunos pasos. Tengo que admitir que me he divertido muchísimo en los bailes acuáticos, que terminaron en una fiesta de espuma donde más de una pareja se dejó llevar por el ambiente festivo.

Me tomé un par de margaritas, bien fríos, que lograron arrancarme una sonrisa, y degusté unos tacos en uno de los diez restaurantes temáticos que tiene el hotel. Luego, dejé que mis pies se hundieran en la arena blanca, cálida y suave, mientras me perdía en un paseo sin rumbo fijo. No pude resistirme a la tentación de sentir las olas acariciando mi piel, la brisa salada enredándose en mi cabello y, sin pensarlo dos veces, me sumergí en el mar. Las aguas turquesas se extendían hasta donde alcanzaba la vista, fusionándose con el cielo en un horizonte que parecía prometer que todo, absolutamente todo, era posible. Incluso volver a empezar de cero, con la fuerza de quien ha dejado el pasado atrás, y se prepara para escribir una nueva historia, más libre, más auténtica.

Encontré un lugar perfecto junto a una palmera para hacerme un par de *selfies* y enviárselos a las niñas. El grupo cobró vida en cuestión de minutos, y quedamos en llamarnos cuando la mayoría estuviera disponible. Cristina ha sido de las que más me ha insistido en que deje el teléfono en la habitación y me dedique a disfrutar de lo que me rodea. Siempre tan correcta... la echo muchísimo de menos. Sus abrazos sinceros, su sonrisa cálida y esa mirada transparente que logra tranquilizarme en cualquier situación.

Desde niñas hemos estado juntas; llegó a mi vida muy pronto, y compartimos tantos recuerdos, incluso con Elías. Con ella, todo parecía más sencillo, como si siempre supiera qué

hacer, incluso aquella vez que me raspé la rodilla, y pensé con la inocencia de esa edad, que me quedaría coja para siempre. Aún puedo oír la voz de Elías diciéndome que se veía el hueso, mientras yo hacía todo lo posible por no mirar, y su risa, en el peor momento, terminaba por contagiarme. Y entonces llegaba Cris, con su botiquín de primeros auxilios y sus tiritas de colores, lista para salvar el día.

—¡Sana, sana, culito de rana! ¡Si no sanas hoy, sanarás mañana! —murmuro para mí sus palabras mientras acaricio una de las cicatrices, esas que sí son visibles, y casi puedo sentir el beso que me dio al terminar la canción.

Acerco el *smoothie* a los labios, saboreando los matices tropicales, mientras viajo por esos recuerdos. No sé si él aún guarda alguno de ellos, pero aquí, frente a la playa, me llegan arrastrados por las olas y la brisa del mar. Juntos íbamos al cine a ver los estrenos del momento, jugábamos al balón prisionero en el parque, compartíamos meriendas tirados en el sofá, hablando de todo y de nada. Solo compartiendo el tiempo y nuestros sueños. A veces cenábamos en casa del otro, riéndonos a carcajadas de cualquier tontería, sobre todo de las que se le ocurrían a Elías, que siempre buscaba hacer el payaso. Aunque íbamos a colegios diferentes, eso nunca fue un impedimento para nuestra amistad, ni siquiera cuando llegó Miguel. Belén, la madre de Elías, era viuda, y el amor apareció en su vida con una persona maravillosa... y un hermano para él, que en aquel entonces pensé que era un auténtico regalo.

Me pregunto dónde estará ahora.

Antes, pasé por la habitación para una ducha rápida y comprobar si había estado allí o si se había llevado su maleta. Aun así, no pude evitar dejarle una nota junto a la suya, invitándolo a cenar. Una tregua por mi parte. Tenemos una conversación pendiente; no sé hasta qué punto tuvo que soportarme anoche ni en qué estado, pero conociendo mis antecedentes, quiero agradecerle que haya cuidado de mí. Giro la muñeca para comprobar la hora, con la esperanza de que haya leído mi invitación. Alzo la vista, escaneando entre la multitud, buscándolo con una mezcla de nervios y expectación. No sé qué me pasa, es Elías, sin embargo, el corazón me late un poco más rápido de lo normal, y no puedo evitar preguntarme si aparecerá, o la habrá ignorado por completo.

Cada figura que se mueve a lo lejos parece un posible Elías, pero luego se disuelve en la masa de desconocidos. Me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración, y exhalo lentamente, intentando calmarme. No puedo evitar pensar en todo lo que tenemos que decirnos, en cómo será esa conversación... si es que llega a ocurrir. De repente, aparece en mi hombro una *Mini-Maca*, apremiándome a que saque a relucir esos temas que han sido tabú entre nosotros desde que se marchó hace años. Se remanga una camisa invisible, lista para enfrentarse a cualquier excusa que se atreva a poner. Y a su lado, aparece una *Mini-Jessi*, animándola.

Se me está yendo la pinza. Echo muchísimo de menos a las niñas.

Aunque es cierto que nunca hablamos de aquello por sus constantes evasivas, decidí relegarlo a una habitación oscura en mi mente, un lugar al que me prometí no entrar jamás. Sin embargo, creo que ha llegado el momento de enfrentar el pasado; de lo contrario, será difícil comenzar de nuevo.

—¿Yorena? ¿Yorena, eres tú? —escucho una voz nasal a mi espalda. Una voz pija que me transporta de golpe a los pasillos del instituto—. ¡No puede ser!

«Estoy desvariando».

Agarro con fuerza el vaso que tengo entre las manos aferrándome a la realidad, como si de un flotador en medio del océano se tratara, mientras un frío repentino serpentea por todo mi cuerpo, erizándome la piel al instante. Esto es una ilusión. No puede ser real. El sabor dulce del *smothie* se ha agriado de golpe en mi paladar, ahora me sabe a vinagre.

—¡Ay! Dios, ¡Yorenaaaa! —exclama, elevando la voz por encima de la música—. ¡Me muero! ¡Aaaah!

¿Conocéis esa sensación que se instala en el estómago cuando estás viendo una película de terror? Esa que te mantiene en tensión, a la espera de que el asesino enmascarado salte de detrás de una puerta. Sabes que puede aparecer en cualquier momento, y por eso el maldito susto no desaparece hasta que te das de bruces con él. Pues eso es exactamente lo que estoy sintiendo ahora mismo: uno de los fantasmas de mi pasado acaba de regresar, dejándome sin aliento y con ganas de correr en dirección contraria.

## CAPÍTULO 19

### *Flor de Cuclillo*

—¡Yorena! —La voz se acerca cada vez más.

No, no puede estar llamándome a mí. No quiero creerlo, pero ¿a quién pretendo engañar? Solo una persona me llamaría así, y lo más surrealista es que me la encuentre aquí, en este preciso hotel. Con todos los hoteles en el mundo, ¿teníamos que elegir justo este? ¿Fue cosa de Miguel, o lo sugerí yo misma? Bajo un pie del taburete, rezando para que no me vea, y planeo mi gran huida estilo ninja. Pero, como en toda buena historia de mi vida, justo en ese momento una mano con uñas larguísimas, más propias de un velociraptor que de una mujer, cae sobre mi hombro y me gira tan rápido que casi me desmayo. Y allí está, sonriéndome como si todavía estuviéramos en el instituto y el tiempo no hubiera pasado: la perfecta, inquebrantable, y siempre impecable Cayetana.

—¡Aaaaahhh! —exclama dando pequeños saltitos delante de mí, como si fuera una niña de catorce años en un concierto de los Backstreet Boys—. ¡Eres tú! ¡Lo sabía, lo sabía! O sea, esa melena y ese perfil, no podían ser de otra que de la mismísima Yorena.

Me he quedado petrificada. Por un momento, imagino que estoy delante de un Tiranosaurio Rex y, si no me muevo, no me verá. O mejor aún, que de repente he desarrollado algún superpoder que me ha vuelto invisible gracias al estrés. Pero, claro, desgraciadamente esto es la realidad. Os hablaré de Cayetana, es una antigua compañera de clase de mi época dorada del instituto, cuando las hormonas estaban descontroladas y el pavo se nos salía por los poros. ¿Recordáis la película *Chicas Malas*? Pues ella sería nuestra Regina George, con su séquito siguiéndola a todas horas y bailándole el agua. No era tan malvada, pero las similitudes eran innegables: padres forrados, una perfecta melena rubia, siempre vestida de rosa, a la última moda, y jamás se olvidaba de aplicar su *gloss*. Era el ejemplo viviente de lo que significaba ser la reina del instituto. Todas queríamos ser como ella... Bueno, todas menos Maca, pero esa es otra historia. Estar en su grupo era un sueño tan lejano para nosotras como que nevara en Sevilla. Nos llevábamos bien, sí, pero tampoco es que fuéramos a intercambiar pulseritas de la amistad.

Lo último que supe de Cayetana fue que se tuvo que mudar por el trabajo de su padre, regresando a Madrid, de donde era. Desde aquella fiesta de despedida en el colegio, no volví a tener contacto con ella. Pero, mira tú por dónde, ahora está aquí, justo frente a mí, como si el tiempo no hubiera pasado.

—Ho-o-la —logro reunir las fuerzas suficientes para soltar esa palabra. Me he quedado muda, de verdad, mi cerebro no consigue procesar esta broma pesada del destino.

«¿Será posible que, con tantos lugares y personas en el mundo, justo teníamos que coincidir aquí?».

—O sea... ¿Esa es forma de saludar a una de tus mejores amigas? —me pregunta mientras

una ceja se eleva por encima de sus gafas, tan perfectamente delineada que parece sacada de un tutorial de YouTube. Ahora que lo pienso, tiene unos labios tan jugosos que casi parecen esponjosos, y cada vez se acercan más... pero en el último segundo besa el aire a cada lado de mi rostro.

«Un momento, ¿mi mejor amiga? Creo que recordamos esa época de formas muy diferentes».

—Estás guapísima con ese vestidito bohemio —me dice, escaneándome de arriba abajo con una sonrisa de anuncio, mientras sus largos dedos acarician la tela—. Es ideal, me encanta, ¿de dónde es?

«Ay, Dios, por favor, no vayas a decir que es del Zara.... ¿o era del pedido que hicieron las niñas al Shein?», me advierto a mí misma, intentando no perder la compostura mientras mis ojos no pueden evitar pasearse por su ropa. Con solo ver el brillo que desprende, es evidente que barata no es. Seguro que lo han confeccionado monjas en algún convento perdido en los Alpes, rezando por cada puntada o algo así. Por suerte para mí, Cayetana no espera mi respuesta y ya está buscando a alguien con la mirada.

—¡Dirk! —exclama, agitando la mano como si llamara a alguien.

¿Ha dicho «dick» o mi mente ha malinterpretado el sonido que ha salido de sus esponjosos labios? Es como cuando pronuncia mi nombre, Yorena, que suena a una mezcla entre Lorena y Yurena. Ya lo hacía en el instituto, y parece que los años no han cambiado eso.

Las manos de Cayetana me tienen atrapada por los hombros, y a través de sus enormes gafas puedo ver mi propio reflejo, mostrando claramente la desesperación en mi rostro por escapar de esta situación. Pero, claro, ella está demasiado concentrada en atraer a alguien más a nuestro encantador reencuentro. Nótese la ironía.

—¡Dirk, mira a quién me he encontrado! —dice mientras me gira como si fuera un trofeo recién ganado. Levanto la vista, porque no me queda otra si quiero mirarlo a los ojos. Frente a mí se impone un hombre impresionante, rozando los dos metros. Su cabello, casi blanco, lo haría pasar por un *Targaryen*, y esos ojos celestes, tan cristalinos como el agua, me miran con una enorme sonrisa—. Es mi marido —añade triunfal, levantando una de sus manos para cegarme con el brillo del pedrusco que lleva engarzado en su anillo.

«Creo que me he quemado la retina».

—Hola —me saluda con un ligero acento alemán, que hace que la palabra suene más exótica de lo que debería.

Su mano se extiende hacia mí, esperando que la estreche, pero justo en ese momento, Cayetana, ofendida por la falta de tacto de Dirk, le da un suave toque en el pecho, medio descubierto por la camisa entreabierta que ondea con la brisa, revelando sus poderosos músculos esculpidos por los dioses. Y sí, lo sé, estoy siendo exageradamente descriptiva, pero es culpa de mi mente, que ya está desvariando ante lo que parece una versión en carne y hueso de Alexander Skarsgård, con esa sonrisa capaz de derretir el Ártico.

—Dos besos, Dirk, o sea, que no es una desconocida, es Yorena —aclara Cayetana, como si fuera la cosa más obvia del mundo y este hombre tuviera que saber perfectamente quién soy.

—¡Oh! Lo siento —se disculpa mientras se inclina hacia mí y me da dos besos. Este señor sí me ha besado, y su incipiente barba ha rozado mi mejilla. Demasiada confianza para lo poco que

nos conocemos.

Desvío la vista hacia Cayetana con la clara intención de decir algo.

—Caye... —Pero no me da tiempo a continuar antes de que me interrumpa.

—Tenemos que ponernos al día —dice mientras me empuja hacia una mesa. Esto va demasiado rápido, no puedo dejar que el huracán Cayetana me arrastre—. Han pasado tantas cosas en estos años, y quién lo iba a decir, ¡nos encontramos aquí...! —Ella sigue hablando de mil cosas que no logro procesar, mientras yo trato de conectar mi cerebro con mis piernas para salir corriendo de aquí—... Y claro, me tienes que presentar a tu marido. ¡Qué casualidad que ambas hayamos elegido este hotelito para una escapada romántica...!

¿Marido? ¿Escapada romántica? ¡Mierda! Claro, estoy en un maldito hotel de parejas, ¿qué más iba a hacer en un lugar así? Cayetana me toma la mano, buscando algo entre mis dedos, y yo clavo los pies en el suelo, intentando desesperadamente encontrar una excusa para largarme. No voy a contarle mi patética historia: que mi novio de toda la vida me ha sido infiel con media Sevilla y que he tenido que cancelar mi preciosa boda. No, no, ni por asomo debe enterarse de nada de eso.

—Cayetana. —La llamo para captar su atención y así frenar su búsqueda del anillo.

Ella me mira a los ojos, o eso creo, porque no entiendo cómo puede llevar gafas cuando ya está oscureciendo. Sin embargo, como si pudiera leerme la mente, se las quita, revelando unas pestañas que parecen abanicos, aleteando suavemente y enviándome pequeñas ráfagas de aire que me mueven el cabello. Por un instante, me siento en un videoclip de Locomía.

«¿Cómo demonios puede llevar esas gafas con esas extensiones?».

—Cay —me corrige—. Llámame Cay, somos superamigas. O sea, hay confianza.

Su interrupción me deja sin palabras; lo que tenía pensado decir hace solo un segundo se esfuma como humo. Pero entonces, por encima de su hombro, veo una silueta que reconozco: es Elías. Ha aceptado mi invitación. ¡Bien! Y entonces, una idea loca cruza mi mente. No lo pienso mucho más, simplemente actúo. Levanto la mano para que me vea, él me mira a los ojos, y yo le lanzo una mirada significativa que va de Cayetana a mi mano y luego regresa a él. ¡Está clarísimo! Solo espero que haya captado el mensaje antes de que sea demasiado tarde.

Cayetana sigue el movimiento de mi mano y se gira para ver a quién estoy saludando. En cuanto lo ve, una preciosa sonrisa se dibuja en su rostro, como si acabara de encontrarse con una celebridad. Yo, por mi parte, me crezco y saco pecho como un palomo, aprovechando mi momento.

—Cariño, mi amor, ¡por fin llegas! —digo con un tono supermeloso, mientras me deshago del agarre de Cayetana y camino hacia un Elías que me mira con una mezcla de expectación y duda.

Y como si fuera un mago, en ese lapso me cambio el anillo de dedo. Sí, lo sé, debería haberlo lanzado al mar nada más llegar, pero he tenido la cabeza en mil cosas. Poso la palma de mi mano sobre su duro pecho y en esa horterera camisa floreada que lleva puesta.

—Ella es Cayetana, una antigua amiga del instituto, y él es su marido, Dirk. —Los presento con mi mejor actuación, como si esto fuera lo más natural del mundo.

Elías me mira a los ojos con una intensidad que casi me desarma mientras la canción de

Vanessa Carlton – *A Thousand Miles* nos envuelve. Yo fijo mis pupilas en las suyas, tratando de enviarle un mensaje mental que diga claramente: «Sígueme el rollo, ya te contaré». Con las niñas esto es mucho más fácil. Nos entendemos solo con una mirada. Pero ahora, con él, solo me queda esperar que capte la señal. Por favor, que haya cobertura en esa cabezota.

—Puedes llamarme Cay —agrega Cayetana, rompiendo el encadenamiento mental en el que estaba sumergida. Se adelanta con total naturalidad para darle dos besos al aire, pero, para mi sorpresa, a Elías se los da en la mejilla, quedándose más tiempo del que dicta el protocolo de un simple saludo.

Justo cuando empiezo a cuestionar cuánto más puede durar ese beso, ella da un paso atrás y presenta a su marido. Dirk extiende su mano para estrechársela, y Elías me lanza una mirada rápida, en la que creo percibir un destello de diversión. Yo, por mi parte, imploro en silencio que me siga el juego el tiempo suficiente para salir de esta situación en la que, evidentemente, me he metido yo solita. Contengo el aliento, esperando su respuesta.

*And I need you  
And I miss you  
And now I wonder*

«Por favor, Elías».

—Encantado, soy Elías, el marido de Yurena —dice, estrechando la mano de Dirk con un movimiento suave, mientras con la otra me rodea la cintura y me atrae más hacia él. Extinguiendo el aire que nos separa. La sensación de su brazo alrededor de mí es tan inesperada como reconfortante, y por un segundo, casi me creo mi propia mentira.

## CAPÍTULO 20

### *Geranio Escarlata*

Cayetana está encantada con nuestro reencuentro y no ha perdido ni un segundo en invitarnos a la zona VIP del hotel, un sitio que ni siquiera sabía que existía, para «ponernos al día». ¡Al día! Como si no hubieran pasado siglos desde la última vez. Yo, por mi parte, buscaba desesperadamente una excusa para escapar junto a Elías de esa situación tan embarazosa, pero él parecía disfrutar de cada mirada que le lanzaba nuestra nueva anfitriona. No me soltó la cintura mientras nos dirigíamos a la mesa, donde un camarero ya nos esperaba para tomar nota. Dirk se había encargado de ajustar la reserva para cuatro, mira que es eficiente ese hombre, se nota que es alemán.

*Mini-Cristina* aparece en mi mente, cruzada de brazos y mirándome con decepción. Casi puedo escucharla decir: «Las mentiras son como una bola de nieve, no hacen más que crecer».

¿Pero qué otra cosa podía hacer? ¿Confesarle a Cayetana que mi vida ha sido una mentira? ¿Que he venido a mi luna de miel sola? Bueno, ejem, con un polizón de última hora, una historia tan larga que daría para dos temporadas, y que, especialmente a ella, me niego a contar. Decirlo en voz alta ya es bastante humillante para mí, pero hacerlo lo vuelve aún más real. Además, esto solo será por esta noche, un ratito nada más. Aparentamos ser algo que no somos delante de ellos, y listo. Seguro que no los volvemos a ver; el complejo es enorme y, con un poco de suerte, esta noche puede que sea su último día en el hotel.

—¿Hasta cuándo estáis por aquí? —pregunta Elías, mientras yo lo miro con una de mis miradas cargadas de esperanza.

Al final, parece que nuestra conexión mental sí funciona. Maca y Jessi estarían orgullosas de mí; acabo de superarme a mí misma. Cayetana lo mira a los ojos con una intensidad desbordante, pestañeando con esas pestañas interminables, y se adelanta lo justo para rozar la mano de Elías.

«¿Perdona? ¿Hacía falta ese contacto tan íntimo?».

—El domingo es nuestra última noche, o sea, tenemos que coger otro avión para pasar unos días en las Maldivas —responde con un exagerado puchero, como si ir a las Maldivas fuese el peor castigo del mundo—. Es por el trabajo de Dirk, gestiona una cadena de hoteles de lujo —añade con una sonrisa maliciosa.

«¡Mierda! Nosotros nos vamos el lunes».

Anoto mentalmente la fecha, y mi gozo se va directo al pozo. Yo, que pensaba que me libraría de ellos para siempre, y ahora resulta que todavía podría cruzármelos por el hotel. Podría inventarme que nos vamos mañana y pasarme el resto del tiempo encerrada en la habitación hasta que se larguen. No, definitivamente, no es una buena idea. En ese momento, aparece el camarero para tomar nota de las bebidas. Mientras Cayetana murmura algo en lo que parece ser alemán con su marido, lanzándonos miradas fugaces, aprovecho la oportunidad para poner a

Elías en contexto. Arrastro mi silla lo justo para acercarme a él; nuestras rodillas desnudas se tocan, y es entonces cuando me mira a los ojos, captando mi urgencia. Se inclina hacia mí, y yo acerco mis labios a su oído, rozando apenas su lóbulo.

—Voy a levantarme en un momento con la excusa de que tenemos que irnos... así que, por favor, di que te duele algo o que no te encuentras bien —le susurro, buscando su complicidad.

Elías asiente levemente, desviando la vista hacia nuestra anfitriona, que no nos quita ojo de encima. Cayetana interrumpe su conversación con Dirk y vuelve a centrar toda su atención hacia nosotros, esbozando una enorme sonrisa.

—Espero que os guste el vino, porque Dirk acaba de pedirle al camarero que saque su mejor botella y, nada menos que un Petrus —comenta, exageradamente ilusionada.

Elías y yo nos miramos, y trato de leer en sus ojos si estamos pensando lo mismo. Un vino que podría costar más que todo este viaje... ¡Un Petrus! No podemos permitirnos algo así. Pero, por otro lado, es como si te ofrecieran ver una estrella fugaz, abrir los regalos de Navidad antes de tiempo o, quién sabe, encontrarte a Henry Cavill en un ascensor. Ya me imagino vendiendo mis órganos en el mercado negro para pagar esa copa. Noto diminutas gotas de sudor deslizándose por mi espalda. Entonces, la mano de Elías se posa en el respaldo de mi silla, firme, y lo tomo como la señal definitiva: es hora de largarnos de aquí.

Me levanto de golpe justo cuando el camarero aparece con la dichosa botella, y coloca las cuatro copas de un cristal tan exquisito que parecen sacadas directamente de *Rivendell*. Solo faltaba que en cualquier momento apareciera un elfo sirviendo el vino. Cayetana me mira de arriba abajo, expectante, como si esperara algún tipo de discurso por mi parte. Siento cada músculo de mi cuerpo en tensión, y juro que se me han caído un par de cabellos del puro estrés que me está causando esta situación. Dirk asiente con aprobación después de probar el vino, y el camarero empieza a llenar generosamente cada copa, consciente del tesoro que tiene entre manos.

—Cárguelo a mi habitación —ordena Dirk al camarero, con la seguridad de quien sabe que puede permitírselo.

—¿Yorena, todo bien? —me pregunta Cayetana, escudriñándome con esos ojos que no dejan pasar ni una.

«Por compartir una copita no pasa nada, *miarma*», escucho la voz de mis amigas resonar en mi cabeza. O tal vez es solo mi forma de engañarme a mí misma por lo que estoy a punto de hacer. Tomo la copa con soltura, mientras poso mi otra mano en el hombro de Elías, transmitiéndole una nueva orden silenciosa.

—¡Brindemos por este bonito reencuentro! —exclamo, clavando disimuladamente mis uñas en la piel de mi falso marido, asegurándome de que se sume a esta farsa conmigo.

Todos se levantan imitándome, y nuestras copas se encuentran en un suave tintineo. Llevo el vino a mis labios y, en ese instante, casi puedo escuchar a los querubines tocando sus arpas a mi alrededor. Su sabor aterciopelado me envuelve como una caricia de seda, elevándome entre las nubes en un éxtasis de placer. Las notas de ciruela, el dulzor de las moras y la frescura de las cerezas danzan en mi paladar al compás de una sinfonía celestial que me transporta directamente al cielo. El calor del alcohol desciende por mi cuerpo, y en un movimiento involuntario, aprieto los muslos, tratando de contener esa explosión de sensaciones. Siento las piernas flaquear cuando

cada poro de mi piel parece vibrar con la intensidad del momento.

Una fuerza sobrehumana me tira hacia abajo, sacándome de este sueño y haciéndome aterrizar de golpe en el regazo de Elías. Mi cuerpo se tensa al instante cuando soy consciente de dónde estoy sentada, de que mi trasero está justo encima de él. Antes de que pueda reaccionar, su mano se ancla firmemente a mi cadera, dejándome claro que no tiene ninguna intención de permitir que me mueva de allí.

—¿Qué haces? —murmuro con disimulo, intentando mantener mi mejor sonrisa.

—Será mejor que te quedes aquí —susurra contra mi lóbulo, en un tono pausado, mientras sus dedos se clavan en mi piel, provocando un incendio en cada punto de contacto.

Me giro despacio, o tal vez es cosa del vino, y lo miro a los ojos. Sus iris aguamarina destellan al encontrarse con los míos, mientras sus comisuras se alzan en una preciosa sonrisa, refrescándome como un chapuzón en las olas del mar. Un escalofrío recorre todo mi cuerpo al tenerlo tan cerca, y trago saliva con dificultad al darme cuenta de dónde estoy y lo que eso significa.

—¿A que son monísimos, Dirk? —La oigo murmurarle a su marido.

Siento los ojos de Cayetana clavados en cada uno de mis movimientos mientras vuelve a rellenar nuestras copas, incitándonos a seguir adelante con esta velada improvisada.

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos? —pregunta, rompiendo la burbuja en la que estaba atrapada.

Desvío la vista, regresando a la realidad, y entreabro los labios dispuesta a responder, pero Elías presiona mi cadera, haciendo que olvide por completo lo que iba a decir. Un gesto íntimo que no esperaba, pero que consigue desestabilizarme por completo. Definitivamente, esto debe ser uno de esos efectos secundarios de beber este brebaje.

—Trece maravillosos años —responde él por mí, apretándome aún más contra él.

Me quedo sin palabras al escuchar su respuesta. Trece años... es el tiempo que llevaba con Miguel. Lo ha dicho casi sin pensar, como si hubiera estado contando cada uno de esos años que él mismo se perdió cuando decidió desaparecer de nuestras vidas. Me sorprende que lo recuerde, incluso cuando yo misma intentaba olvidarlo.

—Me encantáis. Tantos años juntos, siempre con la misma pareja... —suspira, esbozando una sonrisa que intenta ser sincera, pero que no termina de convencerme.

Cayetana intercambia una mirada rápida con su marido.

—Brindemos por el amor —propone Dirk, levantando su copa. Yo asiento al instante, como si, de repente, esa fuera la idea más brillante del mundo.

Y así, después de esa revelación, Cayetana se lanza a un despliegue informativo de todo lo que ha pasado en su vida hasta ahora. Solo le falta sacar un dossier con folios de colores, organizados por épocas. Elías, por supuesto, finge interés, lo que anima a nuestra anfitriona a alardear de sus innumerables viajes, todo gracias a su supermarido Dirk.

Mi nueva mejor amiga me pregunta sobre mi trabajo, pero justo cuando abro la boca para responder, me corta con otra de sus anécdotas, lo que solo me da pie a asentir con ruidos más parecidos al mugido de una vaca: Mmmm, ajam...

—... o sea no paramos casi por casa. Cuando no son viajes, son fiestas... —continúa su

monólogo, como si tuviéramos toda la noche.

—Ajá. —Agito la cabeza arriba y abajo, imitando a esos muñecos cabezones que se ven en las guanteras de los coches.

Mientras intento mantener la farsa, las manos de Elías siguen ancladas a mis caderas, poniéndome cada vez más nerviosa. Siento cómo la garganta se me seca, así que me inclino hacia adelante para alcanzar el vino y rellenar mi copa. Al volver a mi posición, noto algo duro. Me remuevo con cuidado, intentando esquivar lo que me molesta, hasta que, de repente, lo entiendo.

—Cariño, me estoy clavando tu móvil —susurro, tratando de sonar casual.

Los ojos de Elías se abren de par en par, y sus manos, que antes me sujetaban con firmeza, me sueltan como si se hubieran quemado. Aprovecho el momento de libertad para deslizarme de su regazo y volver a mi silla, aliviada de estar nuevamente en mi propio espacio. Sin previo aviso, él se levanta como impulsado por un resorte, llevándose la mano a la cabeza y entrecerrando los ojos, más falso que un billete de tres euros. Pero yo le sigo el rollo, como si no me conociera de sobra sus trucos. La de veces que fingimos estar enfermos para no ir al colegio... Nos poníamos de acuerdo en los síntomas para que pareciera que nos habíamos contagiado el uno al otro.

—Siento dejaros, me duele muchísimo la cabeza. Ha sido un día intenso, cargado de emociones, y necesito ir a descansar —murmura, bajando la vista con teatralidad.

Le lanzo una mirada cargada de aplausos, complacida por su actuación.

—Es este vino del infierno, es fuerte y no todos soportan su dureza —comenta Dirk, con tono de experto.

—Princesa, continúa la fiesta sin mí. Seguro que tenéis mucho que contaros —añade Elías, y desde aquí puedo percibir el sarcasmo en su voz.

«No, ni se te ocurra, Elías».

Me levanto entrelazando mis dedos con los suyos, y él me mira sorprendido por mi atrevimiento. Pero yo sigo con el *show*. Llevo mi mano hasta su mejilla, acariciándola con tanto amor que hasta los osos amorosos deben de estar escupiendo arcoíris al verme. Elías me devuelve la mirada con intensidad, y yo la sostengo como si estuviéramos en la escena final de una película romántica. Acuno su rostro con ternura:

—Amor, voy contigo. Siempre juntos, ¿recuerdas? —Le sonrío con dulzura, y luego desvío la vista hacia Cayetana—. Cay, Dirk, ha sido una velada maravillosa... —hago una pausa teatral, fingiendo que despedirme me cuesta la vida—, pero mi amorcito aquí necesita descansar, y ya sabéis cómo es esto del compromiso: donde va uno, va el otro.

Cayetana me mira con una mezcla de sorpresa y admiración, mientras Dirk asiente con una sonrisa que intenta ser comprensiva.

—Por supuesto, querida, lo entendemos perfectamente —responde, aunque puedo notar un ligero tono de decepción en su voz.

—Otra vez será, pareja —añade Dirk, alzando su copa en un gesto final de despedida.

—Claro, otra vez será —le respondo, conteniendo mi sonrisa triunfal, esperando que suene tan dulce como parece.

Elías y yo nos despedimos con un par de besos al aire, y mientras nos alejamos, siento su mano apretando la mía, más relajado ahora que estamos fuera de su campo de visión. La adrenalina sigue corriendo por mis venas, y el calor que emana de su piel me traspasa, calentándome cada fibra, mientras mi corazón da una voltereta. Creo que el alcohol sigue haciendo de las suyas en mi organismo.

—Eres buena en esto, se te da bien aparentar... —murmura, esbozando una sonrisa cómplice.

Sus palabras se me hunden en el pecho, porque por primera vez me doy cuenta de que esto que acabo de hacer es algo que llevo haciendo muchísimo tiempo... pero no con él.

—Tú tampoco lo has hecho mal —le respondo, riendo por lo bajo, mientras intento desterrar ese pensamiento amargo que amenaza con arraigarse en mi mente. Nos dirigimos hacia la habitación, dejando atrás a Cayetana y Dirk, con la firme esperanza de que, de verdad, esta sea la última vez que tengamos que cruzarnos con ellos.

# CAPÍTULO 21

*Phlox*

*Elías;*

—Gracias —susurra.

Cierro la puerta y me doy la vuelta, mirándola a los ojos con fijeza. Si supiera que quería largarme porque me he empalmado como un chaval de quince años, dudo mucho que me estuviera dando las gracias ahora mismo. Y ni hablar de que lo que se estaba clavando no era mi móvil.

—Era el momento perfecto para terminar el *show* —comento, divertido.

—Elías, no tenías por qué, pero gracias por ese ratito.

Jamás me imaginé que la noche acabaría así. Después de ordenar su desayuno, me metí en el gimnasio. Necesitaba con urgencia liberar la tensión que tenía en los músculos; dormir junto a ella me había provocado demasiadas sensaciones. Mantuve las distancias siempre que pude, aunque inevitablemente nuestros caminos se cruzaron más de una vez, ocasiones que aproveché para asegurarme de que estaba bien. A lo lejos la observaba disfrutar de las vacaciones, desconectando de la carga que llevaba a cuestas y olvidándose, al menos por unas horas, de lo que había dejado en España.

—¿Por qué? Me he divertido y he tenido la oportunidad de probar un Petrus —añado restándole importancia, mientras camino hacia mi maleta y vuelvo a meter todas mis prendas en el interior.

La mano de Yurena se posa sobre la mía, deteniendo lo que estaba haciendo. Su contacto cálido, aunque suave, es firme, y siento cómo me atrapa. Levanto la vista lentamente hasta encontrarme con sus ojos, sin comprender.

—No hace falta que te vayas esta noche —susurra con dulzura, sin apartar su mano de la mía.

Mi cuerpo se tensa al instante. Trago saliva, manteniendo la mirada fija en sus ojos, y noto cómo sus pupilas, un poco dilatadas, se deslizan hacia mis labios antes de volver a subir. Su pecho, perlado por diminutas gotas de sudor, se agita con fuerza, como si el aire no le bastara. La temperatura parece dispararse, el calor en la habitación se vuelve casi insoportable, y no estoy seguro de si es por el clima o por ella. El vino aún recorre su organismo, y puede que esté viendo todo con otro matiz. De repente, parpadea un par de veces, despertando de un ensoñamiento y retira su mano con rapidez, como si se hubiera dado cuenta de dónde estamos y de lo que podría suceder.

—Digo, que puedes quedarte a dormir aquí esta noche —señala el sofá con el mentón—. Es tarde...

—Yurena, no me iba a ir, solo estaba dejando todo listo para mañana —respondo, aunque no le diré que necesitaba entretenerme para no volver a revivir la escena de antes.

—Ah, vale... Pues me voy a la cama —murmura, adentrándose en la habitación. La observo mientras trastea con su equipaje y mira el armario varias veces, buscando algo con desesperación.

Bajo la vista a mi maleta, revuelvo entre mis cosas y escojo una camiseta de tirantes blanca que suelo usar para correr. Es bastante ancha, esto le servirá.

—Yurena —la llamo. Ella se da la vuelta, le lanzo la camiseta y la recoge al vuelo. Se queda mirando la prenda unos segundos antes de regalarme una sonrisa.

—Gracias —añade—. No traje pijama en la maleta de mano. Como pensé que estaría sola en esta enorme habitación, no creí que me hiciera falta más que la ropa interior... —explica, dando más detalles de los necesarios.

—Demasiada información —la interrumpo antes de que siga.

Las mejillas de Yurena, ya rojas por el vino, se encienden aún más, coloreando todo su rostro. Se da la vuelta y aprovecho para desabotonarme la camisa. La dejo cuidadosamente estirada en uno de los sillones, intentando evitar que se arrugue más de la cuenta, y me bajo los pantalones, quedándome en bóxer. De reojo, veo cómo Yurena, con las manos en la cara para evitar mirarme, desliza las puertas correderas. Niego con la cabeza mientras preparo todo para echarme a dormir. ¿Soy yo, o el aire se ha calentado de repente? Busco con la mirada el maldito regulador del aire acondicionado, pero no lo encuentro; debe de estar en la zona del dormitorio. Doy un par de pasos hacia la puerta, que ha quedado entreabierta, y a través de la rendija, veo su silueta a lo lejos, desnudándose. Se quita el vestido por encima de la cabeza, dejando que su larga melena caiga como una cascada por su espalda desnuda. Mete los pulgares por el elástico del tanga, recolocándolo, y yo siento un nudo en el estómago. Luego, se pone mi camiseta, que le cubre lo justo, dejando a la vista sus redondeadas nalgas...

—Es enorme —exclama ella.

Doy un paso atrás y bajo la vista. Enorme. Joder. Esto va de mal en peor. Retrocedo en silencio, recolocándome la erección para que no sea tan evidente. Carraspeo un par de veces para aclararme la garganta y alzo la voz, intentando mantener la distancia.

—¿Podrías bajar los grados del aire acondicionado?

—¡Claro! —Escucho sus pasos alejarse, y segundos después, percibo el frescor del aire—. Ya está, ¿necesitas algo más?

«Joder. Necesito muchas cosas en este momento».

—No, gracias —respondo, caminando hasta uno de los sillones que dan hacia el ventanal. Me dejo caer y añado—. ¿Desde cuándo conoces a Cayetana?

Necesito cambiar de tema. Rápido.

—La conocí en el instituto. Me ha sorprendido que me haya reconocido, porque pertenecer a su grupito era algo imposible para nosotras. Jamás imaginé volver a encontrarme con ella. Sé que no tendría que haberle contado toda esa historia de que eras mi pareja, pero por un segundo, cuando la he visto tan perfecta, con ese enorme pedrusco en su dedo, su guapo marido, viviendo

su película romántica... lo que yo debería estar disfrutando... —Su voz se apaga con un deje de tristeza.

—¿Por qué cojones te llama Yorena? —pregunto, procurando cambiar el tema.

La escucho soltar una carcajada sincera, una que parece arrastrar algo de su pena.

—Hubo un tiempo en el instituto en el que me lo pregunté. Fue de esas pocas veces que intercambiamos algunas palabras. Pensé que había confundido mi nombre con el de Lorena, o los fusionó. No la corregí en su momento, porque que Cayetana te hablase era lo más en aquella época. —Deja escapar un bufido—. Y fíjate, años después, me sigue llamando de esa manera.

—Deberías corregirle, ya no eres aquella *Yorena* —la aliento, levantando la voz un poco para que me escuche desde la otra habitación.

Un denso e incómodo silencio es lo que recibo por respuesta. Por un instante, creo que se ha dormido, así que decido no añadir nada más a la conversación. Abro la neverita que hay junto a la pared y saco una de las botellitas de agua. La destapo con cuidado y me la llevo a los labios. A mi espalda, escucho la puerta deslizarse por los rieles y, a través del cristal, veo el reflejo de Yurena con mi camiseta, que le queda grande de una manera que resulta casi provocadora.

«Joder».

Sus pechos se asoman lo justo a ambos lados, y la tela roza su piel de una manera que me hace tragar en seco. Me atraganto y empiezo a toser, intentando apartar la vista y sofocar el deseo que empieza a prenderse en mi interior.

—¿Estás bien? —pregunta preocupada.

—Sí, sí —consigo articular entre toses.

—Venía a por una botella de agua... —dice ella, y sin levantar la vista, abro la neverita, saco una y se la ofrezco.

—Toma.

Escucho sus pasos acercarse por detrás, y de inmediato siento la presión creciente en mis pantalones, mi polla está alzando la bandera a pasos agigantados. Los pies de Yurena se asoman por mi izquierda, y coge la botella, rozando mis dedos con los suyos. Se queda ahí, parada, lo que a mí me parece una jodida eternidad.

—Gracias —susurra.

Veo de reojo cómo encoge los dedos de los pies, y cuando miro hacia el reflejo, la observo cruzar los brazos bajo su pecho, acentuando aún más su generoso escote. Me cago en mi vida. No sé a qué espera, está ahí de pie, mirándome.

—¿Seguro que estás bien? —me vuelve a preguntar, con una voz que parece cargada de algo más.

—Sí, solo un poco cansado —respondo, llevándome la mano a la cabeza, intentando mantener la compostura.

—Entonces, será mejor que descanses.

Su mano se apoya en mi espalda en una caricia efímera antes de que finalmente se dé la vuelta y se aleje de mí. Escucho la puerta cerrarse, luego el susurro de las sábanas y el clic de la luz,

que me sume en la más absoluta oscuridad.

—Buenas noches, Cantinflas —exclama con sorna.

—Buenas noches, princesa.

Me recuesto en el sillón, intentando relajarme, pero su aroma a melocotón sigue en el aire. Escucho su respiración al otro lado de la puerta, y sé que cambiar de habitación mañana no va a resolver nada. Algo en ella sigue tirando de mí, y con cada palabra, se hace más difícil ignorarlo.

El aire acondicionado al fin empieza a enfriar la habitación, pero el calor de esta noche se ha quedado grabado en mi piel.

## CAPÍTULO 22

### *Rhododendro*

«Sus enormes manos me envuelven en un abrazo posesivo, manteniéndome firmemente agarrada, como si temiera que me escapara. La presión de sus dedos es candente, dejando una llaga invisible en mi piel, justo donde me ha tocado.

El corazón me late en la base de la garganta, tan fuerte que el sonido de los latidos me deja sorda. Giro el rostro para observarlo de cerca y, en sus iris, descubro matices que antes no había visto. No aparta sus ojos de los míos, entreabre los labios, y veo cómo su nuez desciende lentamente. Desvío la vista a su cuello, admirándolo en silencio.

—Será mejor que te quedes aquí —susurra despacio, con una voz ronca que acaricia mis labios».

*Toc, toc.*

Abro los ojos de golpe, con el corazón latiendo descontrolado, a punto de estallar. Estoy empapada en sudor. Me paso la mano por el rostro, apartando el pelo pegajoso de los ojos. Me incorporo en la cama y me llevo la mano al pecho, tratando de calmar mis pulsaciones que retumban como un tambor desbocado. Respira, solo respira..., me digo a mí misma, aunque la voz en mi cabeza suena tan temblorosa que refleja lo que siento en este momento.

«¿Qué coño estaba soñando? ¡Ay, Dios! ¡He tenido un sueño tórrido con Elías! Ha sido cosa del vino del demonio».

*Toc, toc, toc, toc.*

Miro fijamente hacia la entrada y luego a las puertas correderas que separan las estancias. Siguen cerradas. ¿Será que Elías me ha encargado el desayuno otra vez? No puedo evitar sonreír como una idiota.

—¡Voy! ¡Deme un segundo!

Me levanto de un salto, cruzo la habitación y agarro el pomo. Recuerdo que anoche, en un arrebatado de paranoia, eché el pestillo, así que lo quito con un rápido movimiento. Abro la puerta de par en par con una sonrisa que apenas me cabe en la cara, lista para recibir mi merecido desayuno. Espero que Elías haya elegido la opción dulce esta vez, porque ayer, mientras cotilleaba el menú, me quedé babeando con solo imaginarme saboreando esos panqueques recién hechos, calentitos y esponjosos, preparados especialmente solo para mí.

—¡Buenos días, Yorena! —me saluda Cayetana con ese tono de voz que denota que me está escaneando de arriba abajo.

El corazón se me para, me quedo congelada tan solo un instante, tratando de procesar la imagen que tengo delante, y sin pensar, actúo. Cierro la puerta en sus narices, y, con la adrenalina corriendo por mis venas, miro a mi alrededor buscando desesperadamente una manera

de escapar o salir de esta situación mientras al otro lado de la puerta la escucho protestar.

«¿Qué coño hace aquí?».

El golpeteo en la puerta se repite, insistente.

Siento un nudo en el estómago mientras miro la cama deshecha. Hago un escaneo rápido de todo lo que me rodea y, sin pensarlo mucho, corro hacia las puertas correderas. Salto sobre el colchón como si estuviera en plena final olímpica y llego a ellas de un tirón, abriéndolas con brusquedad, lo que hace que Elías despierte dando un bote en el sofá.

Nuestras miradas se cruzan por un segundo eterno antes de que acorte la distancia entre nosotros. Me lanzo sobre él, montándome a horcajadas y le susurro a un palmo de su cara, sintiendo su respiración agitada contra mis labios.

—Es Cayetana, tienes que venir a la cama. Haz como si estuvieras dormido, tápate, yo qué sé... o vete a la ducha —le explico atropelladamente—, pero no te quedes aquí en el sofá, que va a pensar otra cosa... No sé cómo sabe en qué habitación estamos, juraría que no dije nada. O igual vio nuestras tarjetas con esos ojos de halcón, o quizás nos siguió anoche y no nos dimos cuenta...

—¿Cómo sabes que es ella? —me pregunta con la voz adormilada.

—Porque le he abierto, y luego le he cerrado —aclaro al ver su mirada confundida—. Pensé que era el desayuno, como ayer, yo qué sé... —sigo, sin apenas tomar aire—. No sabía qué hacer, me he quedado en blanco cuando he abierto la puerta y la he visto ahí, tan perfecta, con su pelo rubio impoluto y esa sonrisa de «yo nunca me despeino de buena mañana y me levanto maquillada». Y claro, yo aquí, con estas pintas, con tu camiseta toda arrugada como camisón y sin sujetador, ¡como si estuviéramos dándole como conejos...! ¡Y yo le he cerrado en las narices...!

Elías me tapa la boca con la mano, cortándome en seco.

—Yurena, respira... —susurra, sin apartar su mano de mis labios.

Su perfume a cardamomo me invade la nariz mientras asiento despacio, notando la presión de sus dedos en mi cara. Estoy atrapada en su mirada aguamarina, como si me hubiera lanzado un hechizo. Me suelta con lentitud, y sus ojos se desvían un instante hacia abajo. Yo sigo su mirada. Y ahí está, como un mástil en pleno puerto, señalando una dirección clara. «Está empalmado. Empalmadísimo». Lo empujo y me aparto de un salto, sintiendo la sangre arremolinarse en mis mejillas. El calor que siento en este momento no es ni medio normal. ¡Virgen santísima! Me he subido encima de él sin pensarlo.

Intento tirar de la camiseta hacia abajo para cubrirme, pero solo consigo empeorar las cosas porque, en el proceso, uno de mis pezones decide salir a saludar. Elías, rápido como un rayo, se tapa la erección con un cojín que tiene a mano. Doy media vuelta lo mejor que puedo y me largo de allí, intentando mantener la poca dignidad que me queda. Cierro las puertas tras de mí, me dirijo al armario y cojo todo lo necesario para fingir, una vez más, que todo lo que está pasando es de lo más normal.

*Toc, toc.*

El suave golpeteo me recuerda que tengo a Cayetana esperando al otro lado. Por un momento, la había eliminado de mis pensamientos, eclipsada por la erección de Elías y mi pezón rebelde.

Siento cómo me arden las mejillas, me miro en el espejo una última vez y me echo la melena hacia atrás, esperando que, de esta manera, me lleguen unas buenísimas ideas antes de abrir. Porque, de verdad, las necesito desesperadamente.

Agarro el pomo con fuerza, respiro hondo y abro la puerta. Al principio, lo hago con cautela, con la vaga esperanza de que Cayetana se haya cansado de esperar y se haya marchado. Pero no tengo tanta suerte.

—¡Al fin! Casi me hago vieja esperando. —Me agarra por los hombros y da dos besos al aire —. Estás muy roja, espero no haber interrumpido nada... —Me pellizca la mejilla mientras me aparta con sutileza para abrirse paso.

Lo primero que cruza el umbral es su caro perfume y esa sonrisa radiante.

—No —carraspeo, sintiendo que me ahogo al pensar en lo que se ha imaginado.

—¿Seguro? —pregunta, sin mirarme.

Siento cómo el ardor de mis mejillas empieza a extenderse a otras partes de mi cuerpo por culpa de las insinuaciones de Cayetana. Necesito cambiar de tema o moriré de combustión espontánea.

—Perdona el desorden y lo de antes, pero no te esperaba... —digo, siguiéndola con la mirada mientras se adentra en la habitación.

Cayetana se gira con esa elegancia suya, y su ropa ondea a su alrededor como si el aire en la habitación se moviera al compás de su propio ritmo. Su postura parece sacada de una portada de Vogue. Casi puedo sentir cómo examina cada rincón, cada detalle, con esa mirada de quien no deja escapar nada.

—Es una habitación muy... íntima —comenta con un retintín que no me pasa desapercibido, y estoy segura de que la suya debe ser cinco veces más grande.

—Perdona que te lo pregunte, pero... ¿Anoche quedamos? —Me llevo la mano a la barbilla y finjo pensar, dándome unos golpecitos ligeros—. Es que no recuerdo haberos dicho el número de habitación...

Ella baja sus enormes gafas, que ya forman parte de su uniforme de mujer perfecta, y me lanza una mirada por encima de ellas.

—Yorena, por favor. —Hace un gesto con la mano, restándole importancia, dando a entender que lo sabe todo—. Solo tuve que preguntar en recepción, ya sabes, Dirk. —Deja escapar una risa estridente de sus labios rojos, gruesos como chorizos a la brasa.

Suena casi a una carcajada de villana de telenovela, retumbando en el aire y llenando la habitación de esa confianza arrolladora que siempre había envidiado... hasta ahora. Justo en ese momento, las puertas que separan la estancia se abren, dejando ver a un Elías recién perfumado y perfectamente arreglado. Está bastante presentable, a pesar de llevar otra de sus horribles camisas de flores; hoy ha optado por una con hibiscos rojos. Somos como el yin y el yang: él impecable, yo hecha un desastre. Los ojos de Cayetana se clavan en él, y sus labios se curvan en una sonrisa tan amplia que parece que se le va a salir de la cara mientras se acerca a grandes pasos y posa una mano en su pecho, con toda la confianza del mundo.

«¿Es necesario que lo toque tanto?».

—Buenos días, Elías —ronronea con una dulzura exagerada.

Mira qué bien dice su nombre, a él no lo llama Eloi. Los labios de chorizo se acercan peligrosamente a sus mejillas y se quedan ahí, pegados, más de cinco segundos en cada lado. No es que esté cronometrando ni nada, pero no puedo evitar notar lo largos que son esos dos besos. Aprovecho que ella está de espaldas para lanzarle nuevas órdenes a Elías con la mirada. Entrecierro los ojos y lo miro con intensidad, esperando que capte el mensaje. En otras palabras, le estoy pidiendo que, sin levantar sospechas, cierre la puerta que tiene a sus espaldas.

«Cierra la puerta, cierra la puerta...».

Mientras tanto, mi mente reproduce una y otra vez las escenas de antes: Elías empalmado, yo encima, a punto de morir empalada por su enorme chorizo de Cantimpalos, y luego la aparición estelar de mi pezón jugueteón. La mano de Cayetana, que ya parecía estar pegada a los pectorales de Elías, sube lentamente y se dirige directa a su feo bigote. Lo acaricia con la yema del dedo, con una familiaridad que empieza a irritarme. Sonríe con esa suficiencia suya, como si tuviera todo el derecho del mundo a tocarlo y yo no estuviera aquí.

—Me encanta... —Su dedo se desliza despacio, disfrutando del contacto con su bigote o a punto de rascar un premio—. Aunque seguro que tiene que raspar un poco cuando os besáis... —Ladea el rostro, mirándome fijamente.

—Un poco sí, es como besar una lija —replico, sosteniéndole la mirada.

—Qué exagerada, anoche no te quejabas cuando... —empieza a mentir como un bellaco.

Lo fulmino con la mirada, mis pupilas lo amenazan con fuego silencioso, advirtiéndole que no siga por ese camino.

—No me quejaba porque estaba dormida —contraataco con una sonrisa que no se borra de mi cara.

—Pues bien que respondías a mis caricias... —dice con aire canalla.

—Movimientos involuntarios, cariño, seguro que estaba teniendo una pesadilla.

Elías no me quita los ojos de encima; parece disfrutar del contacto de Cayetana y de su cercanía, o tal vez esté embelesado por el caro perfume que ahora lo envuelve, y por eso suelta tantas tonterías. Por un segundo una de mis pupilas me traiciona y se va hacia el sofá, y casi me marco un Leticia Sabater. Pero ella lo nota; claro que nota mi desliz ocular. Se inclina ligeramente hacia un lado, escudriñando la habitación con la precisión de un *Terminator*.

—Os habéis peleado... —concluye, alternando su mirada entre Elías y yo—, ahora entiendo por qué tardabas tanto en abrir. O sea, por un instante pensé que estabais teniendo sexo desenfundado y os había arruinado el momento. —Se lleva la mano al pecho con fingida preocupación. Yo, por mi parte, observo a Elías el tiempo suficiente como para que añada algo a este malentendido, porque, sinceramente, yo no sé qué más decir—. Chicos, por favor, estamos de vacaciones, no voy a permitir que riñáis —añade con tono condescendiente.

—Cayetana... —empieza a decir Elías, pero ella lo interrumpe.

—Llámame Cay, por favor, Elías, somos casi familia —le corrige, soltando una risa que se clava en mis nervios.

—Cay, no nos hemos peleado, solo es que por las noches ronco mucho...

—Como un tractor —añado, tratando de seguirle el juego.

—Y claro, no la dejo descansar...

—Nada, de nada. Es horrible. A veces tengo que darle patadas para que se despierte y se mueva. Es la única manera de frenar esos ronquidos de oso.

Elías me lanza una mirada de «tampoco te pases», a lo que yo respondo alzando las cejas en plan «de nada, por ayudarte».

—Ahora lo entiendo todo, por eso tienes esas enormes ojeras. —Por fin separa su mano de Elías y se acerca hacia mí. Pego mis pies a la pared, pero ella sigue acercándose y cuando va a tocarme la cara, retira los dedos en el último segundo—. Yorena, necesitas descansar. Eso no es nada bueno para la piel. Con razón tienes las bolsas tan marcadas y ese párpado...

«NO.NO.NO. Mi párpado pocho... las niñas decían que no se notaba».

—Luego, recuérdame que te diga qué cremas usar. Y un masaje facial no te vendría nada mal... —continúa su discurso—. Fíjate en mí, parezco tu hermana menor, ¡y eso que tenemos la misma edad!

«¿Me está llamando vieja?».

Por más que intento enviar órdenes a mi cuerpo, me he quedado paralizada con esta nueva revelación. Esperaba cualquier cosa menos que me hicieran un escáner completo de la cara, analizando cada bolsa, ojeras y mi maldito párpado encapotado... En dos pasos, Elías se coloca a mi lado y me rodea con sus brazos, pegándose a su pecho, como si me refugiara del ataque de la *Reina Grimhilde*. Porque así es como la veo ahora mismo, y Dirk es su espejito mágico, el que todo lo ve, todo lo sabe y diría todo lo que ella quiere escuchar.

—Está preciosa, aunque duerma solo una hora, incluso con ojeras de oso panda —dice Elías mientras deposita un beso tierno en mi cabeza y me acuna entre sus brazos, bajo la atenta mirada de Cayetana.

—Si es que sois monísimos. —Sonríe—. Elías, querido, no tienes que cambiarte de habitación por eso, existen tapones, ¿sabes? —Le guiña un ojo con complicidad.

«¿También sabe que pedimos otra habitación? ¿O estoy empezando a ver cosas que no son?».

—Lo tendré en cuenta, Cay —respondo, mientras contengo las ganas asesinas de estrangular a alguien—. ¿Y a qué debemos tu inesperada visita? —pregunto, acariciando el brazo de Elías que cruza bajo mi pecho, sintiendo su respiración caliente golpearme el cuello. El fuego extinto de la vergüenza vuelve con fuerza, encendiendo los rescoldos cuando me apoyo en su pecho. Duro. Muy duro.

«Como su mástil», susurra una *Mini-Maca* en mi cabeza. Intento ignorarla con todas mis fuerzas, pero claro, ahora la imagen se ha quedado grabada en mi mente.

—Yorena —pronuncia mi nombre como si fuera evidente, coloca las manos en las caderas y una sonrisa maléfica se dibuja en su rostro—. Venía a buscaros, o sea, vamos a desayunar en el yate.

Y es en este preciso instante cuando aprieto con intensidad el brazo de Elías, clavando mis uñas mientras fuerzo una sonrisa tan grande que enseño hasta la última muela. Yo solo quería fingir por una noche, solo quería un ratito para aparentar que éramos una pareja normal, como

cualquiera de las que están aquí. Pero parece que el destino tiene otros planes, preparándome para mi gran debut en la nueva comedia romántica que se estrenará este verano: *Mentiras, amor, Yurena y acción*.

## CAPÍTULO 23

*Romero*

—Elías, por favor, invéntate algo antes de que pongamos un pie en ese bote...—susurro entre dientes, aprovechando que Cayetana, por fin, se aleja para hablar con otro de sus súbditos.

Esta mañana, al abrir la puerta, ni en mis peores pesadillas habría imaginado que acabaría aquí, en el muelle, esperando para subir a un bote que nos llevará a desayunar en un yate de lujo. Un pedazo de barco, todo sea dicho. Mi queridísima amiga no nos ha dejado ni a sol ni a sombra; solo le faltó ayudarme a cambiarme de ropa. He elegido de entre mis cuatro prendas; un kimono blanco y un mini bolso de macramé. Debajo me he puesto el único bikini que tengo, uno que compré en unas rebajas y que nunca pensé que tendría que usar delante de Cayetana. Es de un color crema que no hace más que resaltar lo poco bronceada que estoy, y es más pequeño de lo que recordaba; siento que se ajusta en todas las partes equivocadas. Cada vez que me muevo, tengo la certeza de que algo va a descolocarse y salir a saludar. Sigo sin noticias de mi maleta, así que cruzo los dedos para que aparezca pronto y pueda tener más opciones de vestuario.

Cayetana nos saluda de lejos mientras conversa con uno de esos hombres y yo se lo devuelvo. Sonreír y saludar, como dirían los pingüinos de *Madagascar*. Esta situación empieza a ser incómoda, y no tengo ni idea de qué hacer para salir de este embrollo sin tener que contar la verdad. La bola de nieve crece a pasos agigantados y, si sigue así, algo me dice que no seré capaz de detenerla. Por una parte, estoy viviendo experiencias que no estaban dentro de mi plan; uno perfectamente organizado, con horarios y lugares que quería visitar, algo que quedó en el olvido en el mismo momento en que pisé el hotel. Elías me pellizca con suavidad en el brazo arrancándome de mis cavilaciones.

—Solo es un desayuno, ¿qué puede salir mal? —añade mientras me rodea con el brazo y me acerca a él. Estoy a punto de apartarme cuando, a lo lejos, veo a Cayetana haciéndose un selfi, enfocándose en nuestra dirección—. Sonríe.

—Ya el simple hecho de estar en esta situación está mal —murmuro, sin alterar la sonrisa.

—Está en ti acabar lo que empezaste —responde con seriedad, inclinando la cabeza hasta acercarse a mi oído—. Yo te seguiré con lo que decidas. —Su susurro es húmedo y cálido. Respiro hondo, y su perfume de cardamomo me embriaga, dejándome fuera de juego.

A lo lejos, Cayetana chasquea los dedos al aire, reclamando nuestra atención. Elías me presiona el hombro, un gesto que parece inocente, pero que empieza a transformarse en algo más. Es nuestra manera de hablar sin palabras, de entendernos más allá de las miradas, un roce fugaz que me transporta de golpe al pasado, a ese momento en que me prometió que siempre estaría a mi lado. Lo miro a los ojos, buscando en ellos esos recuerdos que creía olvidados, y siento cómo todo mi cuerpo se tensa al instante.

«¿Por qué te alejaste de mí? ¿Qué fue lo que se rompió entre nosotros?».

Las preguntas que nunca me atreví a hacerle me queman la garganta como el ron barato de aquellos veranos que compartimos. Y, por un segundo, me pregunto si él también siente esa chispa del pasado o si soy yo la única atrapada en los recuerdos.

—¡Yorena! —exclama Cayetana con esa elegancia suya, porque ella no grita, no, ella canta como una sirena cada vez que me llama.

Llega a mi altura, arrancándose del calor de Elías, y tira de mí hasta llevarme al bote. Minutos después, estamos sentados alrededor de una mesa repleta de todo tipo de manjares, porque esto no es un simple desayuno: Huevos benedict y al estilo criollo, tostadas francesas con frutas frescas, y algunos platos locales dominicanos como mangú una especie de puré de plátano verde, esto lo sé gracias a la breve explicación de nuestro anfitrión. Batidos de frutas en todos los colores imaginables, yogur con granola, aguacate y salmón sobre unas tostas tan perfectamente presentadas que da pena comerlas.

—¿A qué te dedicas, Elías? ¡Ah! Déjame adivinarlo. —Junta las manos, ilusionada por su maravillosa idea.

—Ten cuidado, es muy buena analizando a las personas. —Dirk nos guiña el ojo.

Cay entrecierra los ojos, sin arrugar la piel de su frente ni un milímetro; parece que a esa parte de su cuerpo se le olvidó que puede moverse. Se inclina ligeramente hacia adelante, como si así pudiera descubrir secretos que no se ven a simple vista.

—Eres de esos hombres a los que les gusta estar al aire libre, sentir la naturaleza en la piel, vivir en sintonía con lo que te rodea... —Arqueo una ceja expectante—. Algo así como... ¿un guardabosques?

—Casi lo has adivinado —responde, con una sonrisa que me hace perder el hilo por un segundo—. Trabajo en el Parque de Doñana. Me encargo de la vigilancia, de proteger los hábitats, de cuidar cada rincón, y también hago de guía para quienes quieren conocer ese lugar único. —Hace una pausa, dejando que sus palabras floten entre nosotros, mientras mi imaginación se descontrola: Elías, a pecho descubierto, con gotas de sudor deslizándose por su piel mientras se mueve por la maleza, protegiendo la naturaleza con la misma intensidad con la que me mira ahora—. Y de asegurarme de que todos respeten las normas. —Sus ojos se desvían hacia Cayetana, clavándose en ella con un desafío que no pasa desapercibido—. Debo reconocer que eres buena.

—Lo soy —responde ella con una sonrisa pícaro y un brillo intenso en la mirada, mientras le roza la mano con un toque ligero y juguetón.

El desayuno transcurre entre sonrisas cómplices y miradas fugaces, con Dirk deleitándonos con otra de sus anécdotas de alta mar. Para él, es el pan de cada día; para nosotros, la excusa perfecta para añadir alguna que otra ocurrencia. No se nos da mal aparentar delante de ellos; la verdad es que formamos un buen equipo. Mientras Elías devora una enorme tostada, siento la mirada de Cayetana clavada en mí, siguiéndome con cada pequeño movimiento, como un halcón al acecho. Ella chasquea los dedos al aire y uno de los camareros se acerca con una mimosa, que acepto con gusto; por un segundo, me siento como si estuviera dentro de una de esas fantasías de revista de lujo. Hago una pequeña selección de fruta, escojo lo que más me apetece, y añado un croissant glaseado que parece recién salido del paraíso. ¡Se acabó controlar las calorías! Lo coloco cuidadosamente delante de mí, saco el teléfono y le hago una foto disimulada. Luego se la

enviaré a las niñas, que, por cierto, aún no están al día con todo lo que ha pasado. Van a flipar cuando se enteren de esto.

—¿Es una foto para Instagram? —pregunta Cayetana con un interés que resulta sospechoso.

—Es para las... —empiezo a responder, pero claro, ella no espera a que termine; solo quería una excusa para arrancarse con uno de sus monólogos.

—Dame tu usuario, así te sigo. En Instagram soy *CayInStyle*. Subo todo tipo de contenido: fotos de nuestros innumerables viajes por el mundo, algunas colaboraciones con marcas exclusivas, consejos de decoración, y comparto un poco de mi día a día para inspirar a mis miles de seguidores. ¡Ah! Y mis famosas recetas *fit* bajas en calorías —recalca la palabra *calorías* mientras lanza una mirada de reojo a mi plato, como si me fuera a zampar cinco menús del McDonald's—, y, sobre todo, mis rutinas de *skincare*. Te vendría bien echarle un ojo a algunas de ellas. Aunque siempre puedes preguntarme; entre nosotras no hay secretos. —Me da un ligero toque en la mano, como si fuéramos cómplices de algo.

«¿Por qué todo lo que dice parece encerrar un doble sentido?».

Asiento con una sonrisa, forzada, y doy un sorbo largo a mi mimosa, dejando que el alcohol haga su magia y empiece a aflojar la tensión que se ha instalado en mi cuerpo desde que me senté. Tengo el cuello más tieso que el de Batman con la capa puesta. Escribo su nombre en el buscador y encuentro su perfil; la sigo porque siento que, si no lo hago, no dejará de atravesarme con esa mirada suya. Gracias a Dios que he borrado todas las fotos en las que aparecía con Miguel. Enseguida aparece ante mí un despliegue de imágenes en distintas poses y en escenarios de ensueño. Hay que reconocer que está preciosa, como una modelo en cada foto; los encuadres perfectos, la gama de colores cuidadosamente elegida para resaltar su piel y combinar con la ropa que luce. Mi móvil parece incapaz de procesar tanto *glamour*, porque empieza a calentarse entre mis dedos. Lo bloqueo y lo dejo boca abajo en la mesa. La música que suena en ese momento me envuelve, y sin darme cuenta, empiezo a mover la pierna al ritmo de la canción *Foto pa ti* de Mariel Mariel.

*Para encontrar el amor hay que salir a buscar  
Para cambiar hay que saber cambiar  
Salirse del vaivén, tomar la carretera  
Mirar las piedras, cosas pasajeras*

—Cay tiene millones de seguidores, es una especie de diosa de las redes sociales —alardea Dirk con su marcado acento alemán, sin pestañear y con los ojos fijos en su esposa.

—¡Oh, Dirk, una diosa...! —Ella se lleva la mano a sus redondeados pechos, adornando su rostro con esa preciosa sonrisa de anuncio de pasta de dientes—. Yo solo comparto mi vida con el mundo.

—Eres mi diosa, Cay —susurra él con voz ronca, devorándola con la mirada.

Ella se abalanza sobre Dirk y lo besa en los labios con intensidad. Al principio, el beso es contenido, pero luego se convierte en un pulso de lenguas que preferiría no mirar.

*En la pista soy tu fiera con la pierna en tu cadera*

*Soy la pícara mañosa, consentida y caprichosa  
En el patio de tu casa, en la disco, en la playa*

Siento una presión caliente en la rodilla y, al girar la cabeza, me encuentro con la mirada aguamarina de Elías. Sus comisuras se elevan junto con ese ridículo bigote suyo, y no puedo evitar que se me escape una sonrisa. Me guiña un ojo con ese aire travieso que siempre me saca de quicio y, justo después, retira la mano de mi pierna. Y no sé por qué, pero de repente echo de menos su calor, esa conexión silenciosa que parecía existir solo entre nosotros.

—¿Estás bien, princesa? —susurra despacio, con ese tono calmado que siempre usa.

—Podría estar mejor —murmuro, bajando la mirada.

Entonces, ocurre algo que no esperaba. Elías se pone de pie delante de todos y, con un movimiento rápido, se saca la camisa de flores por encima de la cabeza, revelando sus músculos marcados, salvajes, como esculpidos por algún dios caprichoso. Por un segundo, Cayetana deja de besar a su marido para contemplar al «mío». Si no fuera porque realmente no estoy casada con él, le diría cuatro cosas sobre esa manera de mirarlo. Casi como si estuviera viendo un postre delicioso detrás de una vitrina.

Elías avanza con pasos decididos hasta el borde del yate, con una seguridad aplastante y esa expresión de suficiencia que se le dibuja a veces. Se detiene justo al final, asomando la cabeza como quien calcula la distancia. Ladea el rostro con una media sonrisa mientras se quita las sandalias, lanzándolas con descuido sobre una de las tumbonas, de esas que parecen diseñadas para que te sientas culpable si no eres un supermodelo.

—¿Se puede saltar desde aquí? —pregunta, como si estuviera pidiendo permiso para lanzarse desde un bordillo y no desde un yate de lujo.

—Claro, pero te... —Dirk apenas tiene tiempo de abrir la boca antes de que Elías ya esté en el aire, lanzándose como un nadador olímpico.

Me levanto de un salto y, con pasos apresurados, voy hasta el borde del yate, buscándolo con la mirada. Mi corazón late con fuerza; por un momento, temo que se haya golpeado con algo, que el fondo del mar esté lleno de rocas asesinas o que un tiburón lo haya confundido con el almuerzo. Pero, a los pocos segundos, Elías emerge del agua, sacudiendo la cabeza como un perro mojado, con una sonrisa de oreja a oreja, y yo respiro aliviada.

—¡Vamos, ánimo! —me grita desde abajo, haciendo un gesto exagerado con los brazos para que me lance. Su entusiasmo es tan contagioso que me hace replantearme mi instinto de supervivencia.

Elías me clava la mirada, una de esas que te hacen sentir como si el mundo se parara por un segundo, invitándome a seguirle. No me lo pienso dos veces; simplemente me dejo llevar por esa chispa en sus ojos, por el momento, por él. Escapo de la influencia de Cayetana, de su vida perfecta, su maravilloso marido y sus interminables lujos. Me quito el kimono blanco que llevaba cubriendo el bikini, lo dejo caer al suelo y lanzo las sandalias a un lado. Me apresuro a saltar sin pensar en nada más, sintiendo el viento en la cara y el vértigo en el estómago, y por primera vez desde que llegué, me siento completamente libre.

Cuando salgo a la superficie, me sorprende no ver el muelle a lo lejos. En su lugar, una playa de arena blanca se extiende ante nosotros, como si hubiera surgido de la nada, esperándonos. Un

oasis para nosotros. Nado hacía Elías con suaves chapoteos, y él me recibe con una sonrisa divertida.

—Sabía que saltarías —dice con certeza.

—Ah, ¿sí? —le respondo, intentando sonar desafiante, pero no puedo evitar que una sonrisa se me escape—. ¿Y cómo estabas tan seguro, Cantinflas?

Elías se encoge de hombros, con esa expresión de seguridad que siempre parece llevar puesta.

—Porque eres tú —responde simplemente, y noto cómo mi corazón late más rápido.

Su respuesta me deja sin palabras, y, por unos segundos, me siento atrapada en un remolino de agua, con Elías siendo el centro de todo. El sol se refleja en las pequeñas gotas que salpican su rostro, acentuando sus marcados rasgos y su mandíbula cuadrada. En sus iris destella un brillo peculiar, uno que me hace olvidar el mundo, y por un instante, parece que no existe nada más que nosotros dos y ese azul infinito del mar que nos rodea.

—¿Estáis bien? —Escucho la voz de Dirk a lo lejos.

Elías responde levantando el pulgar, sin apartar sus ojos de los míos. Siento cómo toda mi piel se eriza al instante, incluso en zonas de mi cuerpo que no deberían. Hundo el rostro hasta los labios en el agua, buscando enfriar mis pensamientos.

—¿Esa playa estaba ahí cuando subimos al yate? —pregunto, todavía desorientada por el cambio de paisaje.

—¡Estamos en Playa Juanillo! —responde Cayetana desde la cubierta, sujetando su pámela, que amenaza con volar por culpa de la suave brisa provocada por el movimiento del barco—. ¡Hemos venido mientras desayunábamos, era una sorpresa! —anuncia con una sonrisa de satisfacción, como si hubiera planeado todo este espectáculo solo para impresionar.

«El barco se aleja, se mueve...».

En ese instante, algo me roza la pierna y es cuando verdaderamente soy consciente de dónde estoy. He saltado al mar, pensando que estábamos cerca del muelle, próximos a la orilla. Pero no, estamos lejos de todo, frente a una playa desconocida, en un mar lleno de criaturas que no puedo ver en las profundidades. En mi mente se reproducen, una tras otra, escenas de *Tiburón*, *Piraña*, *Sharknado*... aunque esta última no tenga ni pies ni cabeza. Pero, oye, con mi suerte, podría pasar. Siento cómo el miedo empieza a apoderarse de mis músculos, haciéndolos tensarse y temblar al mismo tiempo. Mi corazón late con fuerza, y de repente, el agua que me rodea ya no parece tan amigable.

Actúo por instinto, movida por pura supervivencia. Antes de que Elías pueda reaccionar, me encaramo a su espalda como si me hubiera subido a un delfín. Lo rodeo con las piernas y me aferro a su cuello, clavando mis uñas en sus hombros. Lo abrazo con tanta fuerza que siento mis pulmones protestar cuando el aire empieza a faltarme.

—Voy a morir medio desnuda —balbuceo, con un tono más dramático del que pretendía—. De todas las princesas Disney, Ariel era la que menos me gustaba. No quiero protagonizar su película...

—Bajo del mar... —Elías empieza a cantar con guasa.

—Elías, por favor —murmuro, apretándolo con más fuerza, sintiendo que mis dedos están a

punto de atravesar sus hombros.

—Tranquila. —Elías me acaricia el brazo con suavidad, intentando transmitirme su calma—. No dejaré que te pase nada, pero tienes que aflojar el agarre antes de que nos hundamos los dos.

Su voz es baja y reconfortante, y, al mismo tiempo, puedo sentir el esfuerzo en su respiración. Mis brazos están tan tensos alrededor de su cuello que apenas puedo pensar en soltarlos. Sin embargo, hay algo en su tono, una promesa implícita, que me hace aflojar, aunque sea un poco, el agarre. Respiro hondo, sintiendo el contraste del agua fría contra mi piel ardiente, y, poco a poco, aflojo la presión de mis manos. Me doy cuenta de que estoy temblando, pero no sé si es por el miedo o por la adrenalina. Elías sigue sujetándome, su pecho sube y baja, y puedo sentir su corazón latiendo rápido bajo mis dedos.

—¿Ves? No pasa nada —susurra, con su boca peligrosamente cerca de la mía y su aliento cálido rozando mis labios.

Asiento lentamente, aunque todavía tengo las piernas alrededor de él como si fuera la tabla del *Titanic*, siendo mi única salvación en este inmenso mar. Y aunque sé que debería soltarlo del todo y nadar hacia la orilla como una persona normal, hay algo reconfortante en tenerlo cerca, en sentir su piel contra la mía. Por un momento, todo lo demás deja de importar.

Y así, aferrada a él en medio de estas aguas de tonos turquesa que ya no parece tan aterradoras, decido que, tal vez, podría acostumbrarme a esta sensación de tener a alguien que me sostenga.

Aunque sea solo por un rato.

Aunque sea solo él.

## CAPÍTULO 24

### *Rosa Blanca y Roja*

Elías empieza a moverse lentamente hacia la orilla, llevándome a cuestas. No puedo evitar reírme un poco, liberando la tensión que aún queda en mi cuerpo.

—¿Me vas a llevar así todo el camino? —pregunto, aunque no tengo prisa por bajarme.

—Si eso te hace sentir más segura... —responde con una sonrisa juguetona—. Aunque podríamos hacerlo más interesante ahora que ya has visto que no hay criaturas marinas listas para devorarte.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo? —pregunto, sintiendo un cosquilleo de curiosidad.

—Vamos paso a paso. Primero, tienes que soltarme... y luego ya te propongo algo —susurra por encima del murmullo del agua. Siento cómo mis piernas aflojan el agarre alrededor de su cintura, pero aún no me suelto de su cuello—. Así me gusta, buena chica.

—¿Así está bien? —susurro, sin saber si quiero soltarme o apretarlo más fuerte.

—Venga, un poco más —me anima, con ese tono que solo puede significar una cosa.

«¿Me lo parece a mí o hay una connotación bastante sexual en todo esto?».

Mi cuerpo responde antes que mi cerebro, endureciendo mis pezones al instante. Un escalofrío me recorre sin mi permiso, y de pronto, tener su piel desnuda contra la mía me hace sentir demasiado consciente de cada centímetro de contacto. Uno muy íntimo, piel con piel. Siento cómo los vellos de mis brazos se erizan. Necesito alejarme. Mi corazón late desbocado cuando, casi sin querer, mis dedos rozan sus bíceps antes de soltarme.

—Tienes que moverte para entrar en calor —dice con una sonrisa que me hace imaginar todas las formas en que podría conseguirlo.

«El frío no es precisamente lo que me hace temblar».

Elías me agarra del brazo y me coloca frente a él. El agua es lo único que se interpone entre nuestros cuerpos, y por un instante, olvido todo lo que nos rodea. Aparta la mirada, escudriñando el horizonte, y luego vuelve a mirarme con esa sonrisa ladeada que promete uno de sus planes. Esos que siempre nos metían en líos y a los que yo me apuntaba sin pensar en las consecuencias. Cuando nada importaba, solo nuestra amistad.

—Una carrera hasta la orilla. Si gano yo, me quedo con la cama.

—¿Y si soy yo la que llega primero? —pregunto, expectante, sabiendo que siempre tiene algo en mente, algo que seguramente hará que mi corazón se acelere aún más.

—Bailaremos. —Su palabra se me clava como una flecha.

Mi mente viaja de inmediato a ese instante: el cielo teñido de naranja al atardecer, el calor sofocante de finales de junio y el canto de las cigarras como banda sonora. La plaza estaba

preciosa, adornada con farolillos de colores y bombillas blancas, listas para encenderse en cuanto la oscuridad nos envolviera. Mi pelo largo recogido en una trenza espigada, adornada con pequeñas florecillas, y un vestido corto de hilo amarillo con finos tirantes que dejaban mis hombros al descubierto. A lo lejos, los mayores daban los últimos retoques, asegurándose de que la verbena de ese año fuera perfecta.

Y entonces, lo recuerdo.

Recuerdo sus palabras de días antes, cuando me prometió que bailarían conmigo. Una promesa que parecía sellar algo más que un simple baile. Una promesa que me hizo soñar despierta, imaginándome como una de las princesas moviéndose al compás de la música. Esa noche lo esperé, con el corazón en un puño y los pies inquietos, mientras miraba a cada lado de la plaza, esperando verlo aparecer entre la multitud.

Pero nunca llegó.

«¿Olvidé todo lo que tenía que ver con él aquella noche?».

No, solo lo sustituí por otro instante, otro recuerdo que marcó mi destino.

«Mi primer beso con Miguel».

Elías me salpica con agua, arrancándome de golpe de mis recuerdos.

—No te pienso dar ventaja —añade antes de lanzarse a nadar.

—No me hace falta, te ganaré igual —respondo, recuperando el aliento mientras empiezo a nadar con soltura, sintiendo cómo el agua fresca acaricia mi piel y mi cuerpo se llena de energía.

Con cada brazada dejo atrás esos recuerdos, esperando que, en algún momento, encuentre el coraje para preguntarle por qué no apareció aquella noche. Anoto mentalmente todo lo que quiero hablar con él; los temas se me acumulan como piedras en los bolsillos. La adrenalina corre por mis venas mientras intento superar a Elías, que se mueve en el agua en plan Aquaman. De vez en cuando gira la cabeza para mirarme y lanzarme esa sonrisa de superioridad, como si ya tuviera la carrera ganada. Y eso me quema por dentro, un desafío al que no puedo resistirme.

—¡Alguien va a tener que dormir en el sofá! —grita, y en su voz noto que se está esforzando por dejarme atrás.

—Ni lo sueñes, ya estoy decidiendo qué bailaremos... —le respondo, riendo a pesar del esfuerzo por mantener a raya mis miedos en este momento. Acelero el ritmo, concentrándome en cada movimiento, cada respiración.

El agua nos rodea, salpicando a nuestro alrededor, y por un instante, es como si solo existiéramos nosotros dos en el mundo, en esta carrera sin sentido hacia la orilla. La distancia se acorta y puedo ver la arena acercándose. Elías está a solo unos metros delante de mí, pero no pienso dejar que gane tan fácilmente. Estoy tan cerca que casi puedo tocarlo cuando, de repente, noto que afloja el ritmo. Apenas un segundo de desconcierto y lo veo girarse hacia mí, con esa sonrisa juguetona que conozco tan bien.

—Me rindo —dice, jadeando, y de alguna forma, su voz tiene un tono que me hace reír.

—¿Te rindes? —pregunto, incrédula por su actitud de hace un momento.

—Sí, prefiero una tregua —responde, acercándose, y de pronto, el agua parece más cálida, el mundo más pequeño y todo lo demás, menos importante.

—¿Y qué has pensado? —pregunto con el corazón aún acelerado.

Nos quedamos flotando a unos metros de la orilla, el sonido de nuestras respiraciones mezclándose con el vaivén de las olas, y me doy cuenta de que hay más de mil cosas que quiero decirle, pero ninguna que parezca lo suficientemente adecuada para este momento. Sus iris aguamarina centellean con el brillo del agua, como dos pedazos de mar atrapados en su mirada. Trago saliva, sintiendo mi garganta seca mientras nuestros cuerpos se balancean. Con cada movimiento, nuestras pieles se rozan, y cada contacto es una chispa que prende un fuego silencioso entre nosotros. Estamos tan cerca que siento su calor traspasar el agua, y un tsunami de emociones me arrastra, me revuelca, me ahoga. Me pierdo en sus ojos, y es como si todo lo que nunca dije, todo lo que siempre quise saber, flotara ahí, entre nosotros, esperando que uno de los dos se atreva a dar el primer paso.

Atrapados entre las aguas del pasado y lo que podría ser.

—¡Chicos! —grita Cayetana desde el embarcadero, mientras Dirk nos muestra en alto un set de snorkel.

Parpadeo varias veces, aturdida por todo lo que acabo de sentir. Nos quedamos mirándonos un instante, demasiado cerca, demasiado todo, y luego desviamos la vista hacia Cayetana, que nos hace señas para que nos acerquemos. ¿Qué me ha pasado? La exposición al sol y el exceso de sal me están haciendo ver cosas que no son. O quizás sí lo son, pero no quiero reconocerlas. Salpico a Elías, intentando borrar ese torrente de pensamientos que corre por mis venas. El agua debería refrescarme, pero, en cambio, la siento ardiendo en mi piel. Es su cercanía. Él calienta todo lo que le rodea, incluso el mar.

Empiezo a nadar, poniendo tanta distancia como puedo entre nosotros, esperando que el agua fría haga su magia y calme el fuego que se ha encendido en mi interior.

## CAPÍTULO 25

### *Rosa Centifolia*

Media hora después, estamos en una zona de la playa con corales alrededor, perfecta para hacer snorkel. El agua aquí es más clara, casi cristalina, dejando ver un mundo entero escondido bajo la superficie. Los colores vibrantes de los corales se mezclan con los reflejos del sol, creando una especie de danza hipnótica que me hace olvidar, al menos por un momento, el caos de emociones que me agita por dentro.

Cayetana se desprende de su caro kimono rosado, revelando un diminuto bikini del mismo color, demasiado pequeño. La parte de arriba cubre lo justo de sus voluminosos pechos: el pezón y poco más. Hacer *topless* y llevar eso es casi lo mismo. Los ojos de Dirk recorren el cuerpo de su mujer cuando ella se gira para que él le ayude a colocarse el equipo. Es entonces cuando su bikini queda completamente a la vista, un fino hilo que se pierde en las curvas de su redondeado trasero. Y por el tono de su piel, diría que, normalmente, toma el sol desnuda o tiene un solárium en casa, algo que no me sorprendería en absoluto.

Aparto la mirada, intentando concentrarme en cualquier cosa menos en Elías, que se mueve a mi lado con una naturalidad que me desconcierta, como si hacer snorkel fuese su día a día. Pero es imposible ignorarlo.

—Vamos. —Me ofrece su mano con una sonrisa que brilla más que el sol sobre el mar, y esos perfectos músculos, dignos de un superhéroe de cómic.

«Stop, Yurena. Es Elías, ¿podemos dejar de tener pensamientos calenturientos?».

Asiento, tragándome todas las preguntas que se agolpan en mi mente y todos los sentimientos que me queman la garganta. Me pongo la máscara de snorkel, tratando de enfocarme en la aventura que tenemos por delante. Elías tira de mi mano, llevándome con él al mar, y cuando me suelta, su tibieza se queda pegada a mi piel. Se sumerge con naturalidad. Respiro hondo y me preparo para disfrutar del paraíso que nos rodea. Con ganas de descubrir el mundo que se esconde bajo la superficie, todo lo que el mar guarda bajo esa capa de aparente tranquilidad. Aquí abajo, donde el silencio es otro, uno que me invita a olvidar por un rato el ruido de mis pensamientos y a perderme en la inmensidad del azul.

Hace rato que perdimos de vista a Cayetana y a Dirk. No es que los eche de menos, pero me resulta raro. Barbie Sirenita siempre ha estado por delante, pavoneándose con esos movimientos de sirena profesional que se gasta, moviendo las caderas como si estuviera en un desfile de *Victoria's Secret* bajo el agua. ¿Y ahora, de repente, se han esfumado? Me siento un poco intranquila... y no solo porque estoy segura de que, si esto fuera una película de tiburones, yo sería la primera en ser devorada.

Salgo a la superficie, buscándolos con la mirada, y a lo lejos, en un pequeño montículo, me parece verlos muy juntos. No, no creo... ¿o sí? Me retiro la máscara y aparto la vista por un

segundo, pero enseguida vuelvo a mirar en esa dirección. Definitivamente, sí. Se lo están montando, sin ningún tipo de pudor. Me quedo flotando, paralizada, y, de repente, algo roza mi piel con suavidad. Un segundo después, siento un dolor punzante que se extiende por toda mi pierna como si un fuego invisible la recorriera. Maldición, una medusa. La quemazón me golpea de lleno, arrancándome un grito ahogado.

—¿Qué sucede? —pregunta Elías a mi lado; no me había dado cuenta de que ya estaba en la superficie.

—Me ha picado una medusa —digo, intentando nadar hacia la orilla, pero el dolor me deja sin aliento.

Elías se coloca delante de mí y me anima a que me agarre a su espalda como hace unas horas. Las imágenes y las sensaciones que me acalararon antes vuelven de golpe, como un bofetón de realidad. Mi mente, que parece tener vida propia, no ayuda: se llena de recuerdos del roce de su piel contra la mía y de la sensación de su cuerpo firme bajo mis manos.

«¿En serio, cerebro? ¿Ahora?».

—No, puedo sola. —Contraigo todos los músculos de la cara cuando un nuevo latigazo me atraviesa la pierna.

Esta vez, sin darme opción a protestar, Elías me pasa una mano bajo el pecho y me arrastra hacia la orilla. Me aferro a su brazo, dejándome llevar por esa extraña sensación de protección, acunada por el vaivén de las olas.

—Vamos a echarle un vistazo —dice con suavidad mientras sus dedos rozan mi piel con cuidado—. Parece que solo te ha picado, no tienes restos de tentáculos ni nada...

Tumbada sobre la arena, observo con detenimiento la picadura; las marcas se acentúan ahora con el contacto de la brisa marina, y la hinchazón es cada vez más visible. El dolor es insoportable, respiro con dificultad, y los latidos de mi corazón se vuelven ensordecedores. Dejo de escuchar a Elías y en mi cabeza, comienzan a colisionar pensamientos sin sentido. En uno de ellos escucho la voz de Macarena mientras nos cuenta el capítulo de *Friends* en el que a Mónica le pica una medusa y Chandler tiene que orinar sobre la picadura para aliviar el dolor.

—Tienes que mearme el pie —exclamo, nerviosa.

—¿Qué?

—Sí, lo vi en la tele... —digo seria, como si lo hubiera visto en un documental y no en una serie.

—¿Y porque salga en la televisión ya es real? Yurena, por favor.

—Elías, por favor, mea en mi pie —ruego, porque no aguanto más este dolor—. Solo tú puedes salvarme.

—No, no pienso mearte el pie.

—¡Sácatela, no miraré! —Me tapo los ojos, desesperada, esperando que lo haga de una vez.

Lo único que se escucha es el rumor de las olas, los latidos desbocados de mi corazón y mi respiración entrecortada. Sé que, una vez que lo haga, todo cambiará entre nosotros. Igual que pasó con Chandler y Mónica; eran superamigos, pero después de aquello, todo cambió. Los segundos se me hacen eternos mientras espero que orine sobre mi pie, pero, en lugar de eso,

ocurre otra cosa. Elías me coge en brazos como si fuera una princesa, pegándome contra su pecho, desnudo y húmedo, y me carga hasta una pequeña laguna en el mar, rodeada de piedras. Me deposita con cuidado sobre una de ellas y, con delicadeza, introduce mi pie en el agua. Por un instante, pienso que va a estar helada, pero, para mi sorpresa, está tibia. Esa calidez alivia un poco el escozor que sube por mi pierna y, por fin, respiro un poco más tranquila.

—Déjalo ahí unos minutos, ahora vengo.

—¿Dónde vas? ¡No me dejes sola! —imploro, casi en un susurro.

—No tardaré. —Me guiña un ojo antes de desaparecer entre la maleza.

Miro a mi alrededor y descubro una playa paradisíaca, desierta, solo para nosotros. Aparto mi pelo a un lado del cuello, y la brisa acaricia mi piel. Me coloco una mano a modo de visera, intentando localizar el embarcadero, pero desde aquí casi no se ve. No pensé que nos habíamos alejado tanto. Mis ojos recorren el mar turquesa, buscando el montículo del deseo, y todavía puedo distinguir un par de figuras sobre él. ¿O será mi imaginación? Si no son ellos, ¿dónde están?

—¡Ya estoy aquí! —anuncia Elías a mis espaldas, lo que me provoca un pequeño sobresalto.

Aparece delante de mí con un mango en las manos.

—¿Qué vas a hacer con eso? —pregunto, sorprendida.

—Ahora lo verás —responde con la seguridad de quien sabe exactamente lo que hace.

Lo hace rodar sobre las piedras, apretándolo como si quisiera ablandar la pulpa de su interior. Lo sopesa entre las manos y, cuando parece satisfecho, utiliza una roca afilada para hacerle un pequeño agujero.

—Saca el pie del agua y mantenlo en alto —me ordena con firmeza.

Asiento y lo hago de inmediato, confiando ciegamente en sus palabras. Elías acerca el mango a la picadura y lo aprieta con fuerza, tratando de exprimir hasta la última gota de jugo. Todos sus músculos se tensan, marcando cada curva de sus brazos, mientras las venas dibujan caminos sobre su piel. Estoy hipnotizada por el movimiento de sus manos, ejerciendo presión sobre la fruta. ¿Desde cuándo exprimir zumo es tan sexi? El líquido cae sobre mi pie, aliviándome al instante.

—¿Cómo sabías que esto me aliviaría? —pregunto, estirando el pie como si fuera la Sirenita probando sus nuevas piernas.

—Tuve un compañero que sabía mucho de supervivencia. Me contaba todo tipo de situaciones en las que se vio obligado a utilizar lo que tenía a su alrededor para sobrevivir. Aunque siempre pensé que era un poco fantasma, lo escuchaba durante horas cada vez que coincidíamos. —Sonríe, reviviendo ese recuerdo—. Jamás imaginé que algún día todo eso que me contaba me serviría.

Me quedo prendada del brillo de su mirada, descubriendo en él a un hombre que aún guarda retazos del chico que conocí y que, sin embargo, se siente como un desconocido. Imito su sonrisa y le pongo una mano en el brazo cuando se sienta a mi lado.

—Gracias —digo, con el corazón en la garganta.

Elías fija su mirada en mi mano durante unos segundos y con una lentitud que me pone los

nervios de punta, sus ojos se deslizan hasta mis labios. Se detienen ahí, como si quisieran memorizar cada detalle, y luego ascienden de nuevo, devolviéndome una mirada intensa, cargada de algo más, algo que parece a punto de salir a la superficie.

—Yurena, hay algo... —susurra despacio.

Su mano se coloca sobre la mía, y su calor me atraviesa la piel. Se inclina hacia adelante con una lentitud tortuosa, acortando la distancia que nos separa, sintiendo su respiración cada vez más cerca. Sus dedos se dirigen a mi rostro y, por un momento, cierro los ojos. No me preguntéis por qué, es mi cuerpo el que actúa por su cuenta. Algo me cosquillea en el lóbulo de la oreja, y un escalofrío me recorre desde los pies hasta la columna vertebral, cortándome la respiración.

—¿Por qué cierras los ojos? No me digas que también te da miedo esto.

Abro los párpados de golpe y, delante de mi rostro, encuentro un alga marrón, asquerosa, que se balancea de un lado a otro. Suelto el aire que sin querer había contenido anticipándome a los acontecimientos. Noto cómo la sangre me sube a las mejillas al comprobar el rumbo de mis pensamientos hace un momento y lo que realmente ha sucedido.

—Tenías esto agarrado al pelo —me aclara con una sonrisa divertida.

Me río nerviosa, sintiéndome como una idiota. ¿Qué esperaba que sucediera? Todo este paisaje me tiene confundida: el miedo a morir devorada por criaturas marinas, la inesperada picadura de una medusa, estar solos en esta preciosa playa de arena blanca, el contacto de su piel contra mi cuerpo...

Todo invita a una enorme confusión. Es eso. Ya está.

# CAPÍTULO 26

## *Tragapán*

*Elías;*

Esto no va bien. Va de mal en peor, pero lo más grave de todo es que no soy capaz de frenarlo. Y mucho menos, controlarlo. Por un lado, intento hacer todo lo posible para que ella no se deje llevar por la tristeza, para que esos pensamientos sobre lo que ha dejado atrás no la hagan flaquear. Él no la merece, nunca la mereció. Sin embargo, ella era feliz a su lado y con eso, era suficiente. Me paso la mano por el rostro, tratando de ordenar las ideas y centrarme en mi tarea. Encontrar la dichosa fruta.

—¡Puto mango de los cojones! —bramo.

Cuando salté desde el yate, sabía que vendría. Estaba seguro de que algo dentro de ella se removería, lo suficiente como para hacerla reaccionar. No pensé que se asustaría de esa manera y se subiría a mi espalda, pegando sus suaves pechos con efusividad y rodeándome la cintura con sus piernas. Me hubiera ahogado de buena gana por tenerla así un rato más. Su cercanía era adictiva. Proponerle la carrera fue lo primero que se me ocurrió para que me liberara de esa dulce prisión que estaba a punto de provocarme una erección. Sabía que con el incentivo de perder la cama la animaría a superarme. Eso no ha cambiado, sigue queriendo quedar por encima. Y entonces lo solté, esa palabra: «bailaremos». Pensé que ella la habría olvidado y, sin embargo, he visto en sus ojos que aún queda algo.

Aprieto el puño con fuerza, atrapando ese instante. Está ahí. Lo recuerda.

Recuerda nuestra promesa.

A lo lejos, encuentro la dichosa fruta, como si se estuviera burlando de mí. Está a dos pasos, al alcance de mi mano. Extiendo el brazo y, de un brusco tirón, me hago con lo que necesito. Me doy la vuelta, dejando a mis espaldas las ramas balanceándose. Acción y reacción. Eso es lo que debería hacer.

Salgo de entre la maleza y la observo durante unos segundos en silencio. Su melena, aún húmeda, dibuja pequeños hilos de agua que descienden por su espalda, muriendo justo en el borde de su bikini. Se aparta el pelo hacia un lado, dejando su cuello expuesto, y veo cómo su piel se eriza al instante. Es una jodida sirena, y sé que, al final, voy a chocar contra las rocas si no me alejo.

«Joder».

Bajo la vista hacia la fruta que sostengo entre las manos, recordándome por qué he venido.



Minutos después, Dirk y Cay han aparecido en la orilla, rompiendo la burbuja que habíamos creado a nuestro alrededor. Agradezco la interrupción, aunque solo sea para despejar un poco mi cabeza. Las señales que me envía Yurena empiezan a ser un puzle imposible de descifrar; ha cerrado los ojos cuando he ido a quitarle el alga, como si estuviera disfrutando del momento y quisiera dejarse llevar. Dar un paso más. Y yo aquí, intentando no perder el control.

Seguimos a la pareja hasta un chiringuito, donde nos esperan con la intención de deleitarnos con las especialidades de la zona. El lugar tiene todo el encanto que uno esperaría: hamacas blancas, camas balinesas perfectas para dejarse caer sin pensar en nada, música en directo que ameniza el ambiente y cócteles de todo tipo, que parecen salidos de una jodida postal.

Esto es el paraíso... y mi infierno personal.

Aunque al principio Yurena y yo nos negamos a aceptar la invitación, alegando que ya era hora de volver al hotel, Cayetana replicó rápidamente, insistiendo en que no podíamos perdernos una experiencia así; sería un pecado no disfrutar de un momento como ese. Nos lo dijo con esa sonrisa suya, esa que da la sensación de que sabe algo que nosotros no. Y claro, después de eso, ya no había vuelta atrás. Al final aceptamos, porque con esta mujer no hay quien negocie.

Total, una copa no hace daño a nadie, ¿no?

## CAPÍTULO 27

### *Rosa sin Espinas*

La tarde ha discurrido entre canciones que invitaban a bailar, cócteles de todos los tipos y colores, charlas sin sentido sobre la intensa vida de la pareja que tenemos delante y baños esporádicos para aliviar el calor que se pegaba a mi piel. Dirk, en un momento de descanso entre risas y música, se ha interesado en conocerme un poco más allá de las cuatro cosas que Cayetana le ha contado.

—Yurena, ¿a qué te dedicas? Cuéntame cuál es tu pasión —me anima con su marcado acento alemán.

—Pues trabajo como asistente de galería. Mi idea es hacerme un hueco en este mundillo y, con suerte, dar un paso más...

—Por un momento pensé que dirías que seguías tocando la guitarra. O sea, aún recuerdo las clases de música —me interrumpe Cayetana, negando con la cabeza y espantando el recuerdo.

Casi puedo verme en aquella silla, con la sonrisa tímida en los labios y la correa de la guitarra rodeando mi cuerpo. Era la primera vez que tocaba delante de más gente, hasta entonces solo había tocado para mis amigas o en casa de Elías.

—¿Tocabas la guitarra? —pregunta Dirk, arqueando una ceja con curiosidad.

—Sí... —murmuro, sintiendo de golpe el peso de los años, dándome cuenta de lo lejana que estoy de ese recuerdo—, pero fue algo pasajero, un simple pasatiempo.

—Menos mal —remata Cayetana, como si mi desinterés por la guitarra fuera el mejor regalo que podía recibir.

En ese instante, siento la mirada de Elías clavada en mí. Bajo la vista a la mesa, localizo mi vaso y lo llevo a los labios, intentando dejar atrás esa extraña sensación que se ha instalado en mi pecho, como si quisiera arrancarme de golpe un pedazo de lo que fui.



La comida no ha faltado en nuestra mesa; a Cay le bastaba con chasquear los dedos y por arte de magia, cualquier cosa que se le antojara aparecía delante de nosotras. Primero llegaron unas empanaditas de yuca rellenas de carne y queso, crujientes por fuera y suaves por dentro, que desaparecieron en segundos. Luego, un plato de tostones recién hechos, con esa mezcla perfecta

de sal y ajo, acompañados de una salsa de guacamole casero que le daba el toque perfecto.

—Está todo buenísimo —añado, saboreando unos chicharrones de pollo, dorados y jugosos, a los que mi anfitriona ha ignorado.

Estoy convencida de que Cayetana se alimenta de aire y alcohol, porque la comida ni la ha tocado. Bebe como si fuera una pócima mágica a sorbitos delicados, siempre controlando la cantidad justa para mantenerse en esa burbuja de perfección. Calculando en todo momento no cruzar esa fina línea de ebriedad que nos revele qué hay realmente bajo toda esa capa de maquillaje caro.

—Gracias por este festín —comenta Elías, alzando su vaso para un brindis.

Nuestros vasos chocan con un leve toque, y brindamos con una sonrisa.

—¿Qué os puedo decir? Nos encanta compartir —responde Dirk, intercambiando una mirada cómplice con su mujer.

El chiringuito donde nos encontramos tiene ese aire despreocupado y bohemio, con luces de colores colgadas entre las palmeras y mesas de madera desgastada que crujen con cada movimiento. El aroma a mar y a comida recién hecha flota en el aire, mezclándose con el sonido de las olas rompiendo suavemente contra la orilla. Aquí, bajo el sol que empieza a caer, con un grupo de desconocidos que ya no parecen tan extraños, me siento inexplicablemente en paz, como si este momento pudiera durar para siempre.

Dejo caer los párpados, aspirando ese aroma marino que nos envuelve, mientras el sutil perfume a cardamomo acaricia mis fosas nasales. Los dedos de Elías me rozan fugazmente, y abro los ojos para encontrarme con esa cálida sonrisa.

—Voy a darme otro baño —dice Elías, apretando mi mano antes de levantarse—. ¿Vienes?

Mis ojos se deslizan casi por inercia sobre su escultural cuerpo, como si estuvieran presos de su magnetismo.

—No, puede que en un ratito me anime —le respondo con una sonrisa y él me guiña un ojo, antes de darme la espalda.

Lo observo en silencio, fascinada por el movimiento hipnótico de sus músculos mientras se aleja. Su enorme espalda me recuerda que, hace unas horas, estaba ahí pegada. Piel con piel, mis pechos rozándole, apenas separados por la fina tela de mi bikini. Siento cómo la sangre me sube hasta las mejillas y alargo el brazo para recuperar mi mojito. Necesito refrescarme.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —inquire Cayetana.

Por un segundo había olvidado que ella seguía aquí.

—Claro —respondo.

—No he podido evitar fijarme que no sois mucho de expresar vuestros sentimientos... —comenta, mientras sorbe su pajita con teatralidad, sin despegar sus ojos de los míos.

—¿A qué te refieres? —Lo sé perfectamente, pero prefiero asegurarme antes de decir algo que nos delate.

—Ya me entiendes. —Sonríe maliciosa antes de continuar—. A simple vista, parecéis amigos, pero en vuestras miradas se enciende la pasión de vez en cuando. Es como si os

reprimierais, como si os mordierais las ganas. O sea, no sé si me explico. Dirk y yo somos una pareja fogosa, pasional; no podemos dejar de tocarnos, es una necesidad, ¿me entiendes? Cuando tienes una química tan fuerte como la nuestra, es imposible retenerla...

Ya he tenido que soportar su intensa «química» antes, y no solo una vez. Diría que más veces de las que me gustaría recordar.

—¿Sabes a lo que me refiero? —insiste.

«Mierda, al final Dirk tenía razón. Cayetana es muy observadora, demasiado».

—Ajá —respondo, mientras saboreo mi mojito y busco desesperadamente una excusa creíble, sintiendo sus pupilas clavadas como estacas.

—¡Ah! No lo digas si no te sientes cómoda, o sea, hay confianza, somos superamigas —suelta, mientras extiende su mano por la mesa buscando la mía. Acaricia con suavidad mis dedos y luego los entrelaza—. Creo que sé lo que os pasa. Lleváis muchos años juntos y puede que eso haya enfriado la relación, ¿me equivoco? —Me guiña el ojo.

Me agarro a eso que acaba de decir como a un clavo ardiendo.

—Puede ser, llevamos muchos años juntos y no siempre expresamos lo que nos decimos con las miradas —respondo con resolución.

«¡Toma, ahí lo llevas!».

—Lo sabía, para mí no tienes secretos —añade en un susurro, mientras mueve sus dedos suavemente sobre los míos en una caricia que empieza a incomodarme—. Necesitáis un incentivo, algo que avive de nuevo esa intensidad que lleváis dentro. Dejar de conteneros y liberarla. ¿Y qué mejor lugar que aquí?

Cayetana me lanza una mirada cargada de significado, uno que no logro descifrar. Amiga mía, si supieras los secretos que tenemos... Y no pocos, precisamente. Creo que el alcohol le está nublando ese juicio tan perfecto que tiene, ese que le da el superpoder de ver más allá de lo evidente. Igual está intentando hacer de Isabel Gemio y convertirse en nuestra Cupido improvisada, soltando consejos amorosos que nadie le ha pedido y que nadie va a seguir.

—Ya... —intento responder, forzando una sonrisa y buscando la forma de salir de esta conversación sin meter la pata.

—Y no os sintáis cohibidos, liberaros —ronronea con una mirada felina.

En ese instante, Dirk aparece detrás de ella, con una sonrisa seductora que me pide que no lo delate. Sin querer, mis ojos se desvían hacia sus perfectos pectorales, dignos de un Ken tamaño natural, de esos que parecen esculpidos a mano. Tiene un aire de Tarzán moderno, clavado a Alexander Skarsgård. Es más alto que Elías, no mucho más, y aunque no es tan corpulento, su físico atlético tiene su propio encanto.

«¿Por qué demonios los estoy comparando?».

Dirk deja caer unas gotas de agua por la espalda de su mujer; ella se tensa, aunque su rostro no lo demuestre. Suelta mi mano con suavidad antes de girar la cabeza con elegancia y alzar el mentón para mirar a su marido.

Él se encoge de hombros y se abalanza sobre su mujer, robándole un beso. Su mano desciende por su cuello hasta rozar la tela minúscula del bikini. La deja muda en el acto, y desde aquí soy

testigo en primera fila de cómo la lengua de Dirk entra como un *facehugger* en su garganta, mirándome fijamente. Santo Dios, parece que la va a devorar viva.

Aparto la mirada, incómoda por su espectáculo. Una cosa es que nos diga que somos comedidos a la hora de mostrar nuestro «amor», pero otra muy distinta es hacer alarde de ello en cada ocasión. Me levanto con cuidado de no molestarlos y camino hacia una de las camas balinesas, buscando un respiro de tanta intensidad.

Me pierdo en mis recuerdos, esos que aún están demasiado frescos y duelen más de lo que quisiera admitir. Ni siquiera con Miguel fui así. Mejor dicho, con él, las muestras de afecto eran solo fachada, algo que hacíamos para los demás, para mantener la imagen de una pareja perfecta, cuando en realidad vivíamos una vida más vacía de lo que nadie imaginaba. Me gustaba ir de su mano, sentir su presencia a mi lado; me encantaba cómo su porte, su sonrisa y esa forma de hablar tan segura captaban todas las miradas. Me hacía sentir especial, haciéndome brillar un poco más a su lado. Me enamoré de una ilusión, del reflejo perfecto que proyectábamos, de cómo nos veían los demás. Pero cuando estábamos solos, en la intimidad, todo se venía abajo. Siempre pensé que era culpa mía que no funcionáramos. Por eso meforcé; lo intenté todo: juguetes, disfraces, cualquier cosa que pudiera encender esa chispa que nunca aparecía. Algo no encajaba. Me termino el mojito de un trago y lo dejo sobre la mesa. Claro que no encajaba: conmigo no tenía ganas, no después de haberse tirado a todo lo que se meneaba.

Alguien mojado me agarra por detrás, enfriando mi espalda, y al instante el aroma a cardamomo me envuelve. Solo puede ser él. Sin darme tiempo a reaccionar, me carga al hombro. El vaso de mojito queda abandonado mientras Elías me lleva a cuestras.

—¡Suéltame, Cantinflas! —bramo, medio riendo, medio protestando.

Me revuelvo por un poco, intentando librarme, pero su risa es contagiosa cuando empieza a correr por la orilla. Una ola nos golpea, y el mar besa mis labios; paso la lengua por ellos, saboreando la sal marina antes de que me arroje al agua.

—Como desees, princesa. —Es lo último que escucho justo cuando el mar me engulle por completo.

Cuando salgo a la superficie, lo busco con la mirada. Lo veo caminar hacia la orilla, confiado, como si todo hubiera quedado en esto. Sin embargo, yo tengo otros planes, unos que no he discutido con él y no sé cómo reaccionará. Hasta ahora, me ha seguido el juego con todo lo que le he propuesto, alimentando nuestra mentira. Corro hacia él y lo llamo en el último momento, justo antes de alcanzarlo. Nuestros ojos se encuentran, y sin pensarlo, me lanzo. Choco contra su duro pecho, y Elías pierde el equilibrio, cayendo en la arena húmeda conmigo encima.

La respiración se me corta; en mi mente, todo era diferente, y ahora me falta el aire.

Su mirada parece decirme cosas que no se atreve a pronunciar, y no sé si es por las palabras de Cayetana, pero empiezo a vislumbrar esa llama de la que hablaba. ¿Será cierto que nos estamos conteniendo? ¿Que hay algo más entre nosotros que una simple amistad? Entreabro los labios, y las pupilas de Elías descienden hasta mi boca, oscurecidas por un deseo que casi puedo tocar. Su mirada aguamarina es intensa, me atraviesa, erizando cada centímetro de mi cuerpo al instante. Muevo la pierna para liberarlo de mi peso, y sin querer rozo su entrepierna con la rodilla, sintiendo su dureza creciente.

Elías extiende la mano hacia mi mejilla y la acuna con suavidad. Dejo caer los párpados,

dejándome arrastrar por la oleada de sensaciones que me recorren, cada caricia suya enciende un fuego nuevo en mi interior. Las olas que chocan contra la orilla nos salpican la piel, apenas logrando enfriar el calor que se desliza lentamente por nuestros cuerpos, trepando despacio, pero con firmeza. Como si cada gota de agua intentara luchar contra el incendio que llevamos dentro, esa llama que amenaza con arrasarlo todo, con consumirnos por completo.

«Joder, he llevado esto demasiado lejos y ahora no sé cómo pararlo».

Siento los ojos de Cayetana clavados en mi nuca, y sus palabras llegan hasta mí arrastradas por el viento, como un eco que no deja de recordarme lo que piensa de nosotros. Y es entonces cuando actúo sin pensar, impulsada por una fuerza que no puedo controlar. Desciendo lentamente, posando mis labios en su cuello, sintiendo cómo su piel se estremece bajo mi tacto. Me acerco a su lóbulo y lo acaricio con la punta de la lengua, apenas un roce, antes de susurrar:

—Sígueme el rollo. Luego te lo explicaré —susurro, dejando que mis labios rocen su piel con cada palabra.

En mi muslo, siento cómo su entrepierna responde por él, endureciéndose, y un calor inesperado me recorre de pies a cabeza.

Definitivamente, no comparte sangre con Miguel, eso que esconde ahí es mucho más grande de lo que imaginé.

Todas mis emociones se alteran, *Mini-Cristina* me dice que pare de una vez, que no habrá marcha atrás. Pero *Mini-Maca*, con su sonrisa traviesa, me anima a seguir, a arder en este juego que seguro nos dejará secuelas. De fondo, la canción de Romeo Santos, *Propuesta Indecente*, nos envuelve, como un susurro al oído, incitándome a continuar.

*Una aventura es más divertida  
Si huele a peligro  
Si te invito a una copa y me acerco a tu boca  
Si te robo un besito, a ver, ¿te enojas conmigo?*

«¡Qué le den a las consecuencias!».

Sigo besando su piel caliente, dejando un rastro de besos que serpentea por su cuello hasta alcanzar la comisura de sus labios. Me detengo un segundo, apenas rozando ese límite prohibido, y acaricio la punta de su nariz con la mía. Casi puedo saborear su aliento, cálido y entrecortado contra mi piel con cada bocanada de aire. Él me agarra la muñeca con firmeza. Por un segundo, creo que va a frenarme, pero no. Solo me mantiene así, aferrada, como si con eso necesitara confirmar que esto es real. Pierdo latidos con cada respiración, el estómago se me contrae de anticipación, y desciendo para besarlo, con el corazón palpitándome en la garganta. Pero en el último segundo, no beso sus labios. En su lugar, mis labios se topan con su mejilla, rozando su feo bigote que, sorprendentemente, no me resulta tan molesto como esperaba. Elías ha girado el rostro en el último momento. Sus brazos me rodean y me abraza con fuerza. Me pega contra su duro pecho, y siento sus latidos acelerados, tan rápidos como los míos.

—Así no. —Es lo último que me dice antes de apartarme a un lado, con una suavidad que me desarma.

Me quedo ahí, paralizada, mientras Elías se incorpora lentamente, sacudiéndose la arena de su

cuerpo. Su mirada está fija en el horizonte, en ese punto indefinido donde el mar se funde con el cielo, y sé que no está viendo el paisaje. Está pensando. No dice nada, solo me lanza una última mirada, una mezcla de frustración y algo más que no termino de descifrar, antes de darse la vuelta y caminar hacia el agua, dejando tras de sí un silencio que pesa como una losa.

## CAPÍTULO 28

### *Buganvilla*

Las estrellas han desaparecido del cielo, ocultas tras un manto de nubes. La brisa, que antes era suave y cálida, ahora trae ráfagas más fuertes que me hacen añorar mi kimono, ese que dejé en el yate cuando decidí seguir a Elías al agua. Salté sin pensar, sin mirar atrás. Me abrazo a mí misma, en un intento desesperado por entrar en calor, pero el frío no es solo exterior; algo más me revuelve por dentro.

Caminamos por la arena fina en dirección al muelle, donde Cay y Dirk conversan animadamente con el capitán del barco. Me giro buscando a Elías, que nos sigue unos pasos por detrás, todavía mojado por el último baño, su cabello castaño revuelto y la mirada perdida en algún punto indefinido. Desde ese momento en el que estuvimos a punto de besarnos, todo se ha sentido extraño, como si una fina capa de hielo se hubiera instalado entre nosotros, sutil pero imposible de ignorar. Lo que comenzó como un juego, fingiendo ser una pareja, se ha transformado en algo más confuso. No hemos intercambiado ni una palabra desde ese instante. En su lugar, él ha preferido sumergirse en otro baño, beber algunos cócteles y, en más de una ocasión, lo vi charlar con Cayetana. No es que me moleste que hable con ella, ni mucho menos, pero no puedo evitar que una pequeña punzada en el estómago me atravesase cada vez que ella le sonríe de esa forma, o cuando sus manos se rozan, como si fuera un accidente. Pero sé que no lo es.

—¡Yorena! —Cayetana me llama, agitando las manos con impaciencia, esperando que vuele hacia ella.

Me giro. Y entonces ocurre. Mis ojos se encuentran con los de Elías. En ese segundo, el hielo se quiebra. El aire se espesa entre nosotros, haciéndome consciente de cada centímetro que nos separa. Aún siento ese casi beso en mis labios, un fantasma que no me deja en paz. Pero el «así no» sigue resonando en mi cabeza, al igual que el recuerdo de cómo me sostuvo después, su abrazo fue capaz de deshacerme y reconstruirme al mismo tiempo. Alejo esos pensamientos y le hago un gesto, una invitación silenciosa que ni yo misma comprendo del todo, pero que sé que él entiende. Mis pasos se aceleran, cada uno me acerca más a él, y cuando por fin alcanzo su mano, su contacto es una descarga eléctrica. Una chispa cálida recorre mi piel, esa misma chispa que estuvo a punto de hacerme perder la razón.

Él me mira, confuso, pero no se aparta. No hace falta decir nada; nuestras manos hablan por nosotros. Entrelazo mis dedos con los suyos, sintiendo el calor que desprende, y lo arrastro conmigo hacia el muelle, dejando atrás las dudas, los silencios, el casi beso que todavía flota entre nosotros. El mundo a nuestro alrededor se desdibuja mientras caminamos, como si esa conexión nos empujara, nos reclamara.

No hay necesidad de palabras.

—Tenemos buenas y malas noticias, ¿cuál preferís primero? —anuncia Cayetana con su típica

sonrisa de suficiencia.

—¿Las buenas? —pregunto encogiéndome de hombros, todavía sintiendo el calor de la mano de Elías envolviendo la mía.

—Dormiremos en Playa Juanillo, ¡una noche más para seguir compartiendo! ¿No es ideal?

Mi boca se abre de par en par. Creía que volvíamos al hotel y este giro inesperado me deja muda. Elías aprieta mi mano justo antes de que nuestras miradas se crucen. En esos pocos segundos nos decimos mucho más de lo que podríamos con palabras.

—Cay, ya hemos abusado bastante de vuestra generosidad, ya va siendo hora de que volvamos al hotel —añade Elías, leyendo mis pensamientos.

—Tonterías —comenta Cayetana, mientras le propina una suave caricia en su pecho.

«A la próxima le retuerzo la mano». Ni yo misma me reconozco. Esto es culpa de la influencia de mis amigas, a mí no se me ocurriría hacer algo así, ¿o sí?

—Chicos, siento decirlo que tenemos que pasar la noche aquí. El capitán nos ha dicho que es más seguro quedarnos. Se ha levantado un temporal y el mar está agitado. Mañana podremos regresar, así que ahora mismo llamo a uno de los hoteles de la zona... —empieza a explicarnos Dirk, pero no necesito escuchar más para intervenir.

—No, no, nada de hoteles —digo, elevando la voz más de lo que me gustaría. Estoy segura de que, si dormimos en un hotel de aquí, tendré que dejar mis órganos como pago, y me niego a que ellos se hagan cargo de los gastos. Miro a mi alrededor, asiento con decisión y continúo—. Imagino que este yate tiene de todo, seguro que podemos pasar la noche aquí y ahorrarnos el problema de buscar un hotel.

—De acuerdo, entonces vayamos dentro —dice Dirk, con una sonrisa tranquila, como si esta fuera la solución más lógica del mundo y estuviera esperando que alguien la dijera.

Elías me mira de reojo mientras seguimos a los demás hacia el interior del yate. Puedo sentir su mano entrelazada con la mía, transmitiendo una mezcla de seguridad y complicidad que no logro descifrar del todo.

—¿Segura que no prefieres un hotel? —me pregunta en voz baja, apenas audible para los demás. Sus ojos buscan los míos con una intensidad que me hace sentir que la pregunta no es solo sobre el hotel.

—Sí, claro —respondo rápidamente, aunque no tan segura como me gustaría aparentar. En el fondo, estoy evitando pensar en lo que significa pasar la noche aquí, en este espacio reducido, donde las distancias se acortan y las excusas se agotan.



Después de una cena ligera, compuesta por ensaladas y algo de fruta, nos ha tocado hacer un exhaustivo tour por el interior del yate. Nuestra anfitriona no ha escatimado en detalles sobre cada estancia, mostrándonos un auténtico lujo flotante. Cuatro dormitorios, pero solo dos con

amplias camas de matrimonio, vestidas con sábanas blancas que parecían de hotel cinco estrellas; varios baños con mármol reluciente y duchas con efecto lluvia; una cocina completamente equipada, que parecía sacada de una revista, aunque dudo que alguien cocine aquí aparte del cocinero; una sala de estar con sofás amplios, televisión gigante y ventanales que dejan entrar la luz del atardecer; y, por supuesto, la preciosa terraza donde desayunamos esta mañana rodeados de vistas impresionantes. Para rematar, al doblar la esquina, un jacuzzi con el agua burbujeante, lanzando una invitación descarada a dejarnos caer dentro y olvidarnos del mundo.

Y el temido momento ha llegado. Cierro la puerta detrás de mí, soltando el disfraz que he llevado puesto durante toda la cena, en la que el vino ha sido el verdadero protagonista. Nosotros no estábamos preparados para pasar la noche fuera, pero parece que todo estaba calculado. Sobre la cama descansa un par de pijamas perfectamente doblados, toallas colocadas con esmero y unos bombones. Como si estuviéramos en un hotel de lujo. Mis pulsaciones se disparan cuando la puerta del baño se abre, dejando escapar el vaho que inunda la habitación, y de su interior emerge Elías, mojado, con una toalla apenas ajustada a su cintura. Madre del amor hermoso... ¿Por qué de repente lo veo con otros ojos? ¿Estoy empezando a creermelo esta mentira? El corazón me late con fuerza en la garganta. Mis ojos se deslizan sin pudor por su cuerpo hasta llegar a su cuello, donde me obligo a detenerme. Agarro uno de los pijamas de encima de la cama y, en dos zancadas, me meto en el baño, encerrándome.

Necesito una ducha fría. Muy fría.

## CAPÍTULO 29

*Zinnia Amarilla*

*Elías;*

Me estoy terminando de secar la cara cuando Yurena pasa corriendo por mi lado, casi sin mirarme, y se encierra en el baño con el pestillo. Espero unos segundos hasta que escucho el agua correr. Me seco rápido con la toalla y cojo uno de los pijamas. Trato de ponerme el pantalón solo para descubrir que no es mío, sino de ella. Lo arrojo sobre la cama, ajusto de nuevo la toalla alrededor de mi cintura y empiezo a abrir armarios, buscando algo que ponerme. El bañador sigue húmedo, colgado en la ducha. Miro hacia la puerta. Podría secarlo con el secador o dejarlo al aire libre para que se seque. Camino hacia la entrada de la habitación, agarro el pomo, y justo al otro lado escucho risas. Mejor no salir por ahora.

Vuelvo sobre mis pasos, el sonido de la ducha sigue al otro lado de la puerta. Me dejo caer en la cama, buscando una postura cómoda, pero mi mente me la juega. La imagen de Yurena sobre mí cuando caímos en la arena vuelve con fuerza: su respiración tan cerca que casi podía saborear su lengua, y sus curvas presionando justo donde no debían, contra mi entrepierna. Sus labios rozando mi lóbulo, encendiendo esos rescoldos que creía apagados, incinerando todo a su paso.

«Maldita sea, céntrate de una jodida vez».

Es ella, siempre fue ella. Pero esa línea no podemos cruzarla. Es inquebrantable.

La puerta del baño se abre con cautela al principio, una rendija que me deja ver un poco de Yurena.

—Me he equivocado... —Sale del baño con un pijama enorme, da una vuelta sobre sí misma agarrándose el pantalón que está a punto de caer—. Diría que este era para ti.

—No sé por qué lo dices, yo creo que te queda perfecto —comento con una sonrisa.

—Sí, claro. —Yurena deja caer los pantalones, los recoge y me los lanza a la cara. Toma el otro pijama y vuelve al interior del baño.

Sostengo la prenda en mis manos, su aroma ya está impregnado en ella. Aprieto la tela, cierro los ojos un segundo y me levanto de un salto para ponérmelo. Justo entonces, Yurena abre la puerta mientras todavía me estoy subiendo los pantalones, por suerte, me puse de espaldas.

—¡Lo siento! —exclama.

—Yurena, empiezo a pensar que te gusta verme así —comento con sorna, mientras me anudo el cordón del pantalón.

Ella salta sobre la cama y empieza a colocar los cojines como si estuviera levantando una barrera, dividiendo la cama en dos. Abre uno de los armarios, saca una almohada y la coloca encima, intentando elevarla aún más, como si eso fuera a detener algo.

—Sabes que eso se va a caer en el momento que nos metamos en la cama —aseguro, observándola mientras sigue en su tarea.

Unos suaves golpes en la puerta captan nuestra atención.

—¿Se puede? —pregunta Dirk al otro lado.

Yurena, sin pensarlo, mueve los cojines, destruyendo su perfecta barrera, y se sienta cruzando las piernas. Todo como si no hubiera roto un plato en su vida, disimulando de maravilla.

—Sí, adelante —respondo, lanzándole una mirada rápida.

Dirk entra en la habitación, solo con un bóxer holgado. Veo cómo a Yurena se le encienden las mejillas al mirarlo. Aprieto la mandíbula, conteniendo las ganas de mandarlo de vuelta por donde ha venido. Él apoya una pierna sobre la cama y coloca su codo en la rodilla, mirándonos a ambos con una sonrisa que me molesta más de lo que debería.

—Ya veo que has encontrado las almohadas —dice, guiñándole el ojo a Yurena—, en la cocina hay de todo, por si os entra hambre de madrugada... y si necesitáis cualquier cosa, el personal del yate estará por aquí hasta las doce, pero si no están, siempre podéis llamar a nuestra puerta. Estamos aquí al lado.

En ese momento, algo asoma por la tela. Aparto la mirada al percatarme de que le cuelga la anguila. Joder, qué asco. Miro de reojo a Yurena; parece que no se ha dado cuenta, así que actúo rápido. Me acerco a Dirk, lo agarro por los hombros, enderezándolo, y lo obligo a que me mire a los ojos.

—Gracias, tenemos todo lo necesario. Estamos reventados, si no te importa... —«Largarte a tomar por culo», me muerdo la lengua mientras lo guío hacia la puerta—. Si necesitamos algo, no dudaremos en *golpear* tu puerta —recalco esa palabra, porque, la verdad, es lo único que me apetece ahora mismo.

Cierro la puerta y suelto un largo bufido. Levanto la vista y nuestras miradas se cruzan. Por un segundo, me siento como si hubiera viajado al pasado, a esas noches en las que dormía en casa y ella estaba tan cerca que solo tenía que extender la mano. Pero ya no somos esos críos. Ahora jugamos a un juego peligroso, uno que cada vez es más difícil de controlar. No sé cuánto más voy a poder esquivar esos ojos color miel que me desarman.

La flecha sigue clavada, y el problema es que nunca la arranqué.

Ahora, me arrepiento.

## CAPÍTULO 30

### *Lirio de Agua*

Elías camina hasta la cama sin apartar su mirada de la mía, y siento cómo la garganta se me seca al instante cuando deja caer su peso sobre el colchón. Mi frágil barrera se tambalea, al igual que mi corazón, pero me esfuerzo en recomponerla bajo su atento escrutinio. A pesar de que la cama es enorme, y podría dormir en una esquina sin ni siquiera rozarlo, necesito poner límites. Esta barrera no es por él, es por mí. Porque, después de ese instante en el que casi hago algo de lo que me habría arrepentido, me siento más segura así. Además, me viene bien distraerme un poco y, de paso, despejar el ambiente denso que se ha quedado flotando en la habitación tras la visita de Dirk.

—Voy a apagar la luz, ¿necesitas algo? —pregunta, mirándome directamente a los ojos.

—No, espera. Coloco esta última y listo —respondo, asegurándome de ponerla justo en medio de los dos.

Elías espera pacientemente a que termine de construir mi Muralla China de cojines. De reojo, echa un vistazo a su teléfono, y por la expresión de su cara veo que está igual que el mío: sin batería. Las niñas no me van a creer cuando les cuente todo lo que ha pasado; no he tenido ni un minuto para ponerlas al día. Asiento, complacida con mi trabajo, y la lámpara se apaga, sumiéndonos en una oscuridad total. Poco a poco, nuestros ojos se adaptan, y la suave claridad de la luna que se cuela por la ventana nos regala algo de luz.

El silencio es reemplazado por su respiración profunda, el suave roce de sus movimientos y el susurro de las sábanas. A lo lejos, el murmullo de una tormenta acompaña el momento. El capitán tenía razón al aconsejarnos quedarnos aquí. Me acomodo de lado, abrazando una de las almohadas de mi muralla, pero sin querer rozo su brazo. Pensé que se habría colocado más lejos, evitando tocarme. Me incorporo un poco sobre el colchón; Elías tiene los ojos cerrados, aunque sé que no está dormido. Sin embargo, no puedo evitar quedarme mirándolo.

—Cantinflas —susurro—. ¿Estás dormido?

—Acabamos de apagar la luz, es imposible que me haya dormido —responde con claridad.

—Ya... —Muerdo mis labios, reteniendo todas las dudas que se agolpan en mi garganta, desesperadas por salir. No sé ni por dónde empezar, pero necesito despejar cada una de ellas. Quiero enterrar lo que casi ocurrió entre nosotros hace unas horas, algo que parece que ambos estamos intentando dejar atrás.

—¿Qué sucede? —me pregunta, extendiendo la mano hacia el interruptor. Lo detengo antes de que llegue a tocarlo, aferrándome a su bíceps.

—¿Por qué estás haciendo todo esto por mí? —La pregunta se escapa de mis labios sin ni siquiera haberla pensado.

—¿El qué? ¿Disfrutar de unas vacaciones pagadas? —ironiza, abriendo los ojos.

—No, seguirme el juego así, cuidarme cuando no tenías por qué hacerlo, evitar que me pierda en los recuerdos que me duelen... Lo veo, Elías. Estoy viendo todo lo que haces por mí —añado, casi sin aliento, porque por un segundo he sido consciente de la realidad.

Elías se incorpora apoyándose en los codos, me mira a los ojos entre las sombras de la habitación y un destello atraviesa sus iris. Nos mantenemos en silencio, nuestras miradas entrelazadas, mientras los latidos de mi corazón retumban en mis oídos. Entreabre los labios y yo contengo el aliento, anticipando lo que está a punto de decir.

—Porque te mereces que alguien te cuide de verdad —revela con una sinceridad que me desarma.

Suelto el aire que había estado reteniendo y por fin vuelvo a respirar. Él no me ve de esa manera, solo está cuidando de mí, me repito a mí misma tratando de convencerme.

—¿Por qué me dejaste de hablar?

—¿Cuándo? —Arquea una ceja, expectante.

—Lo sabes, te fuiste de mi lado.

—No, Yurena, nunca me fui. Fuiste tú la que se alejó —determina con una seguridad aplastante que me corta la respiración.

«¿Yo me alejé?».

Siento un nudo en la garganta. No sé si es rabia, frustración o tristeza, pero algo se remueve dentro de mí.

—Claro, la que se alejó fui yo —replico, con un toque de sarcasmo que apenas disfraza el dolor—. ¿Quién fruncía el ceño cada vez que me veía? ¿Quién empezó a desaparecer cuando iba a tu casa?

Sus ojos me sostienen, pero su respuesta llega, tranquila, casi serena.

—No fue así como yo lo viví.

—Diría que recordamos el pasado de manera diferente... —añado, soltándome de su brazo.

—Puede ser —comenta, apartando la mirada un segundo antes de devolvérmela, esta vez con más intensidad—. ¿Recuerdas aquella promesa?

Un escalofrío me recorre de la cabeza a los pies, como un ciempiés serpenteando por mi columna. El sonido de las cigarras resuena en mi cabeza, llenando el silencio, y mi estómago se encoge al recordar ese instante. La decepción que me golpeó por su ausencia, por no estar cuando más lo necesitaba... Y entonces, ese vacío se llenó con mi primer amor, con Miguel. La punta de sus dedos roza los míos, apenas un roce, pero suficiente para que una corriente eléctrica me atravesase, erizando mi piel.

—¡Más fuerte, Dirk! —brama entre jadeos Cayetana al otro lado de la pared—. ¡Más!

—¡Ay, Dios! —susurro, llevándome las manos a la boca para ocultar mi asombro.

Se lo están montando a lo bestia. El ruido es tan intenso que no sé si van a romper la cama o la pared. Elías y yo nos miramos, conteniendo una risa nerviosa que amenaza con escapar para aliviar la tensión del momento. Me cubro con la sábana, muerta de vergüenza, porque no tengo

ni idea de qué hacer ahora. El repiqueteo continúa, más fuerte, y mis mejillas arden. Siento el calor subir hasta las orejas mientras trato de no pensar en lo que está ocurriendo al otro lado de la pared. Elías se revuelve a mi lado, sus hombros temblando por la risa contenida. Me mira, sus ojos brillan con una chispa cómplice, y esta vez no podemos más. Las carcajadas escapan de nuestros labios, y con ellas, la tensión.

—Esto es surrealista —murmuro entre risas, escondiendo la cara en la almohada.

—Eso es decir poco —responde Elías, aguantando la risa mientras se lleva una mano al pecho —. Creo que vamos a necesitar tapones para los oídos o... más vino.

—¡Yo me encargo del vino! —aplauzo su brillante idea, porque es justo lo que necesitamos ahora. Me levanto de un salto, camino hacia la puerta, y espero unos segundos a que los jadeos al otro lado se calmen un poco antes de girar el pomo.

Saco la cabeza primero, asegurándome de que no hay moros en la costa, y salgo con sigilo, caminando despacio hacia la cocina. No tengo ni idea de qué hora es, pero el yate está completamente en silencio, vacío. Empiezo a abrir los armarios, buscando las copas, tratando de hacer el menor ruido posible, aunque con cada puerta que abro parece que el silencio se rompe en mil pedazos. Saco de la nevera una botella de vino medio vacía, queda menos de la mitad. Miro a ambos lados antes de llevármela a los labios y beber a morro. Tengo la garganta seca y el líquido me refresca al caer, pero una gota escapa y se desliza por mi piel, recorriendo mi cuello. Siento la presión de un dedo justo ahí, deteniéndola en su camino. Bajo la vista y mis ojos se encuentran con los de Dirk.

«Me está mirando fijamente».

Me congelo, dejo de beber y apoyo la botella en la encimera. Su mano cubre la mía alrededor del cristal, mientras los jadeos de antes retumban en mis oídos, como si no pudiera escapar de ellos. Su contacto me quema al contraste del frío vidrio. No se mueve, solo me observa, pero me siento como un conejito frente a los faros de un coche en mitad de la noche.

—¿Me permites? —me susurra con esa voz ronca y su acento marcado alemán.

«¿Qué te permito? ¿Qué hago? ¡Tierra trágame!».

Sus dedos se cuelan entre los míos, aflojando mi agarre, y entonces me doy cuenta de que lo que quiere es la botella. Aliviada, la suelto, notando cómo mis dedos están agarrotados por la tensión. Dirk levanta la botella y se la lleva a los labios, pero antes lame el borde del cristal, sin quitarme la mirada de encima. Mis mejillas arden. Hace apenas un momento, mis labios estaban ahí y él parece saborearlos con ese gesto lascivo.

—*Köstlich* —murmura, relamiéndose mientras me atraviesa con la mirada.

—¡Dirk! Vuelve a la cama... —ronronea Cayetana desde su habitación.

—Ya voy —responde él, sin apartar sus ojos de los míos.

Da dos pasos, acortando la distancia entre nosotros, y mis piernas se niegan a responderme. Su rodilla roza mi piel y su brazo se desliza a mi alrededor, dejando la botella en el fregadero. Su aroma intenso me envuelve, asfixiándome. Se queda un segundo ahí, aspirando como si se deleitara con nuestra cercanía, y susurra muy cerca de mi oído:

—Buenas noches. —Su incipiente barba me roza la mejilla cuando se aparta.

Se da la vuelta, dejándome a la vista su culo completamente desnudo. No lleva nada. Ha estado como su madre lo trajo al mundo a un palmo de mí hace apenas unos segundos. Me llevo la mano a la boca, tratando de asimilarlo, cuando de pronto, entre las sombras, me parece distinguir una silueta. Entrecierro los ojos para verla mejor, pero antes de que pueda reaccionar, desaparece.

# CAPÍTULO 31

## *Nerium Oleander*

Siento el calor del sol en los párpados, pero no quiero abrir los ojos. Me acurruco un poco más, pegándome a su cuerpo, disfrutando esa calidez que es casi adictiva. Respiro hondo y suelto el aire despacio, buscando prolongar este instante. Sus latidos suenan en mi oído, como una canción que conozco de memoria.

Levanto la cabeza lo justo, entreabro los ojos y mis labios buscan los suyos con la ansiedad de quien ha esperado demasiado. Al encontrarlos, el mundo se detiene. Lo beso, suave al principio, saboreando el roce, pero pronto el ritmo cambia, y me pierdo en él, en su calor. Su boca responde a la mía, lenta, intensa, como si el tiempo ya no existiera. Me rodea la cintura con firmeza, y yo enrosco mi pierna con la suya, buscando más de él, mientras mis dedos trazan caminos en su mejilla. Cada caricia parece grabar este instante en mi piel, intentando atrapar el momento, queriendo que dure para siempre.

«Espera...».

Mis párpados se abren de golpe al darme cuenta de dónde estoy, y me encuentro con la mirada aguamarina de Elías. Mierda. Mierda. Mierda. Por un segundo, pensé que estaba en la cama junto a Miguel, despertándome como cada mañana, y lo primero que hacía era besarle. Pero no. Esto no está bien. Definitivamente, no debería haber hecho eso. Piensa, por favor, ¿qué harían Vera o Maite en una situación así? Porque sé que a Cristina esto no le hubiera pasado. Me despego de él con la mayor naturalidad posible, fingiendo que lo que acabo de hacer no es nada raro.

—¡Buenos días, Cantinflas! —suelto con una sonrisa mientras le pellizco la mejilla, como si todo estuviera bajo control, y digo lo primero que se me pasa por la cabeza—. Estaba comprobando lo mucho que pincha ese bigotillo tuyo, y confirmado, raspa un montón.

Él parpadea un par de veces, como si intentara procesar lo que acaba de pasar. Su ceja se arquea, esa que siempre se levanta cuando está a punto de decir algunas de sus tonterías. Pero, para mi sorpresa, no lo hace. Solo me mira, con una mezcla de confusión y diversión que me pone aún más nerviosa.

—Buenos días, princesa —murmura él, con esa voz grave y pausada, a solo un centímetro de mis labios.

«¡Ay, Dios! Lo he besado. Habla de otra cosa, de lo que sea, que todo parezca normal».

—Mira que es feo, ¿algún día me tendrás que contar a qué viene ese *look*? Porque sinceramente no te pega nada. A saber, desde cuando lo tienes... —respondo, soltando una risa nerviosa mientras me separo de él, poniendo distancia entre su torso desnudo y yo.

«Necesito aire, espacio... lo que sea».

Elías me mira fijamente, y por un segundo creo que va a replicar. Algo mordaz, algo que me haga reír o que me devuelva el control de esta situación absurda. Pero no. Se queda en silencio, como si estuviera evaluando la escena. Yo, por otro lado, estoy a punto de hiperventilar. Desvío la mirada hacia el suelo y veo los cojines que ayer servían de muralla, ahora tirados de cualquier manera. En algún momento de la noche, mi barrera se derrumbó y, sin darme cuenta, busqué su calor creyendo que estaba en casa... con Miguel.

Las manos de Elías me sueltan con una suavidad que me desarma, y siento la piel erizada justo donde me ha tocado. Pero ahora, ese contacto se ha vuelto frío. Helado, incluso. Como si el golpe de realidad hubiera enfriado todo a nuestro alrededor.

—¡¡Voy a ducharme!! —exclamo, con un entusiasmo totalmente innecesario.

«Elías, por favor, di algo, no me mires así».

Recojo mis cosas, las pocas que tengo, porque claro, no estaba en mis planes pasar la noche fuera, y me meto en el baño cerrando el pestillo tras de mí. El agua fría parece mi única salvación en este momento. Si tuviera un *DeLorean* ahora mismo, no dudaría en subirme y viajar al pasado, justo a ese instante en el que me pareció una idea brillante venir a mi luna de miel... sola.

«Sola, sola... no nos hagamos las santas ahora», me susurra *Mini-Maca* a mi izquierda, con más razón que un santo.

¿Quién me iba a decir que terminaría abrazada a Elías? Anoche, cuando entré en la habitación, él ya estaba dormido. No es que tardara una eternidad en traer el vino, pero para cuando regresé, tenía los párpados cerrados y respiraba profundamente, como si llevara mil horas durmiendo. Me metí en mi lado de la cama con el sigilo de un ninja, cruzando los dedos para que mis vecinos no retomaran su concierto nocturno y pudiera, al menos, descansar un poco. Jamás me imaginé despertando a su lado y, mucho menos, dándole un beso de buenos días.

«Dios, qué vergüenza». El rostro me arde con tanta intensidad que parece que me va a prender fuego.

Abro el grifo del lavabo y dejo que el agua corra. Meto las manos debajo, atrapando toda la que puedo y me salpico la cara. Una, dos, tres veces, como si eso pudiera despertarme de esta pesadilla. El agua fría me ayuda un poco, pero no lo suficiente. Todavía estoy aquí, con esa sensación incómoda en el pecho que no termina de irse. Me miro al espejo, esperando que, de alguna manera, esta versión de mí reflejada tenga las respuestas. Pero no, solo veo mi cara mojada, el pelo alborotado y la incertidumbre escrita en cada gesto.

Mis dedos rozan mis labios, aún sensibles, mientras recuerdo lo que sentí al besarlo. «Puedo con esto, solo ha sido eso, un beso. Un besito sin importancia», me repito en un susurro, como si decirlo en voz alta lo hiciera más real.

El problema es que mi corazón no parece estar tan convencido como mi mente.



Treinta y siete minutos después salgo del baño, intentando aparentar que tengo la vida bajo control. En ese rato he tenido una reunión mental con las niñas, imaginando lo que me dirían si estuvieran aquí. Maca, Maite y Jessi, mis *hobbits*, seguro que me soltarían los consejos más inverosímiles del mundo, pero siempre sacamos algo útil de entre las locuras. Luego estaría Cristina, con el papel de *Gandalf*, la voz de la razón. La echo muchísimo de menos. Me diría, como siempre, que no tengo que hacerlo todo sola, que me deje ayudar. Seguro que ella sabría qué hacer. Almudena, sería mi *Galadriel* con su espejo y esas visiones que siempre la acompañan. Sé que sabía algo más, pero decidió no contármelo. Su superpoder me habría venido de perlas ahora. Lorena es una mezcla de *Aragorn* y *Boromir*: tiene buen corazón y es protectora. Sería ella quien me daría ese abrazo que tanto necesito, mientras acaricia mi espalda con toda su dulzura. ¿Y Vera? ¿Sería *Legolas* o *Gimli*? ¿Qué haría? Ah, sí, animarme a dar el salto, a no mirar atrás. Igual que lo que hicimos nosotras con ella en la boda.

Suspiro, derrotada. Imaginármelas aquí, como si estuviera en una especie de consejo de *El Señor de los Anillos*, no es ni remotamente lo mismo que escuchar sus voces.

—¿Elías? —lo llamo, pero no hay ni rastro de él en la habitación.

Me asomo al pasillo y el día soleado inunda todo el barco, dándole un aire casi irreal, como si estuviera atrapada en un sueño. Las puertas de las habitaciones están abiertas, pero todas vacías. En el salón, solo quedan los rayos del sol que se cuelan sin permiso por cada rendija. Miro a mi alrededor, confundida por el silencio que me rodea, y más después del espectáculo sonoro de anoche. No hay ruido de pasos, ni de risas, ni siquiera del mar golpeando contra el casco. Solo este vacío incómodo.

«¿Dónde están todos?».

Con el corazón acelerado, salgo a cubierta, esperando encontrar a alguien, a cualquiera. El sol me golpea la cara y el aire salado me envuelve, pero el barco sigue en un silencio inquietante. No hay nadie desayunando, ni siquiera una taza de café a medio beber. Solo las sillas vacías y la brisa marina que me despeina.

Frunzo el ceño mientras me acerco a la mesa. Es entonces cuando veo una nota, doblada con cuidado. Está justo en el centro, como si alguien la hubiera dejado allí a propósito para que la encontrara. Mis dedos la toman con cierta inquietud, y antes de abrirla, me tomo un segundo para respirar hondo. El silencio alrededor no hace más que amplificar el nudo en mi estómago.

*Buenos días, princesa;*

*Me encontré con Cayetana al salir de la habitación, me comentó que les había surgido algo y no podrían estar con nosotros. Una pena, ¿verdad?*

*Como verás, ya estamos de vuelta, así que me adelanté para ir al gimnasio. Si te apetece, luego podemos ir a alguna excursión, solos tú y yo.*

*Te esperaré a las 12:00 en el hall.*

*Elías.*

Me quedo mirando la nota, intentando asimilar lo que acabo de leer. Su tono despreocupado, casi encantador, choca de lleno con la tensión que aún flota en el aire después de lo que pasó en la habitación. Esto no es lo que esperaba, ni de lejos. Sé que me está dando mi espacio, ese que

siempre necesito cuando las cosas se me escapan de las manos, pero no esperaba que se fuera así, dejándome aquí sola con mis pensamientos y ese vacío en el estómago.

«Solos tú y yo». Esa frase podría significar tantas cosas... o nada a la vez.

Suspiro y me guardo la nota en el bolso, intentando poner orden en el caos que tengo en la cabeza. Sonrío, nerviosa. ¿Qué esperaba después de un beso robado y de compartir la cama con él, abrazados? No es como si las cosas fueran a volver a la normalidad de un momento a otro. Pero una parte de mí, quizás la más ilusa, esperaba algo... distinto.

Algo más.

## CAPÍTULO 32

### *Hinojo*

*Elías;*

Anoche estuvimos a punto de hablar de todo lo que dejamos atrás. Pero, después de la interrupción de nuestros queridos vecinos y su excursión a la cocina, decidí que lo mejor era frenar. Sentí que, si seguíamos, acabaría soltando más de lo que debería, y eso es jugar con fuego. Así que hice lo único que se me ocurrió: fingir que dormía. No es algo de lo que me sienta orgulloso, era eso o enfrentarme a algo que no estoy preparado para soltar. Casi no he pegado ojo en toda la noche, con mi cabeza hecha un caos, dándole vueltas a todo, con mil razones susurrándome que saliera corriendo, que huyera antes de que esto me estalle en la cara.

Y, para colmo, tenerla a pocos centímetros ha sido una jodida tortura. Sentir su respiración, su calor... demasiado cerca para ignorarla y demasiado lejos para hacer algo al respecto. Por mucho que intenté que esa débil barrera no se derrumbara con ninguno de mis movimientos, en algún momento de la noche sucumbí al sueño. Durante un segundo, pensé que seguía soñando cuando la rodeé con mis brazos y sentí el calor de sus labios pegados a los míos...

Solo hacía falta que me rozara un poco más y todo lo que estaba intentando controlar se iría al traste.

Las cosas se están poniendo cada vez más difíciles. La fina línea que hace un día me parecía inquebrantable, ahora titila como la llama de una vela, deseando extinguirse.

«Joder».

Por los altavoces suena la canción de *Beautiful Things* de Benson Boone, y la letra me sacude con la fuerza de un terremoto.

*And I thank God every day  
For the girl He sent my way  
But I know the things He gives me  
He can take away*

Aumento la velocidad de la cinta porque necesito correr, pero no es suficiente. Ya no me basta con alejarme físicamente de ella, porque está en mi cabeza, se ha instalado ahí con todas sus malditas cosas y esa sonrisa que me persigue a donde quiera que vaya. Su aroma a melocotón sigue conmigo, su presencia se ha colado bajo mi piel y, por más que lo intente, se está acercando, invadiendo cada parte de mí.

Está acechando esa puerta que cerré hace años, esa que juré no volver a abrir. Y no sé cuánto tiempo más podré mantenerla cerrada. Porque, joder, siento que está a punto de venirse abajo.

*And I hold you every night  
And that's a feeling I wanna get used to  
But there's no man as terrified  
As the man who stands to lose you*

Detengo la cinta, intentando frenar el torrente de pensamientos que me inunda. Siempre me había funcionado centrarme en el deporte cuando las cosas se ponían difíciles, pero con ella todo es diferente. Es ella.

«Mierda».

*Oh, I hope I don't lose you  
Mmm*

La voz del cantante sigue dándome de lleno con la jodida realidad, burlándose de mi situación. Apoyo las manos en las rodillas, intentando recuperar el aliento que perdí hace horas, cuando me despertó con sus labios. Es como si me faltara un maldito pulmón. La garganta sigue seca desde ese beso, desde el momento en que todo lo que intentaba ignorar se estrelló contra mí. Agarro la botella de agua con desesperación y me la bebo de un trago; el líquido desciende por mi garganta, sin embargo, no es suficiente. El agua se desliza por mi piel, mezclándose con el sudor y con todas las malditas dudas que me están comiendo vivo. Una vez vacía, la arrojo a la papelera más cercana, frustrado. Me paso la toalla por la frente, intentando limpiar el caos en mi cabeza, pero sin resultado. Retuerzo la tela con fuerza, como si apretar esa maldita toalla pudiera apaciguar todo lo que me está quemando por dentro. No sirve de nada. Ni correr, ni sudar, ni arrancarme la piel va a borrar lo que está pasando.

Ni el jodido aire acondicionado consigue apagar el fuego que me arde desde esta mañana. Mi puñetero infierno personal. Tengo los músculos tensos, cargados de cada maldito segundo vivido hoy. Me adentro en la ducha con la estúpida idea de que el agua conseguirá arrastrar los problemas, esos que intento enfrentar, pero que cada vez me superan más.

Ella solita está derrumbando una a una las barreras que creía tener bien construidas.



Media hora después, estoy apoyado en una de las paredes del hall, con la mirada fija en el teléfono, viendo esas palabras que me recuerdan por qué estoy aquí, mi jodida promesa. Dejo caer los hombros, abatido. No sé si aparecerá, pero algo en mi interior me empuja a seguir esperando, a no rendirme. Solo quiero pasar un rato agradable, lejos de la sombra de Cayetana, sin tener que fingir que somos algo que no somos. Dos amigos. Solo eso.

«Amigos».

Pero ¿a quién estoy intentando engañar? Los amigos no se besan, no se desean de esta

manera. Joder, es imposible no hacerlo con ella. No juegan a ser pareja, no duermen juntos y se acaban abrazando en medio de la noche, como si eso no importara. Los amigos no encierran tras unas puertas todo lo que sienten, todo lo que les quema por dentro, esperando a explotar en cualquier momento.

Resoplo con fuerza entre los dientes, intentando liberar la tensión que me está desgarrando.

«Fuerza de voluntad», me repito, como si eso fuera suficiente para apagar todo lo que siento. Tengo que aguantar. Solo un poco más.

Cuando hice aquella promesa, jamás pensé que llegaría el día en que tendría que cumplirla. Era algo tan lejano, tan improbable. En su vida, todo parecía estar en su sitio, y ella... ella era feliz. No había necesidad de sacar a relucir aquellas palabras que solté en un estúpido arrebato, buscando la forma de ocultar lo que realmente sentía, como si pudiera esconder el dolor que llevaba dentro.

Pensé que asumir las consecuencias de esa promesa sería más fácil que enfrentarme a la verdad, que lo que sentía por ella quedaría enterrado para siempre bajo esas malditas palabras. Y aquí estoy, años después, dándome cuenta de lo ingenuo que fui.

Soy un puto gilipollas.

Me ajusto la mochila al hombro, giro la muñeca y compruebo que ya han pasado quince minutos desde las doce. Puede que no venga... Suspiro, alzando la vista en un último intento de encontrarla entre la multitud. Mis ojos recorren cada rincón, cada rostro, buscando algo que me diga que no he estado esperando en vano. Un rayo de sol se cuela entre las palmeras, cegándome por un momento con su destello. Parpadeo, entrecierro los ojos, y es entonces cuando la veo. A lo lejos, caminando hacia mí, vestida con un short corto de tonos crema y una camiseta blanca de tirantes que deja al descubierto su piel bronceada. Las mejillas sonrojadas y su melena ondeando al viento con cada paso que da, acortando la distancia entre nosotros, como si el mundo entero se apartara a su paso.

Por un segundo, todo a mi alrededor desaparece, y lo único que veo es a ella.

## CAPÍTULO 33

### *Iris Blanco*

Lo primero que hice al entrar en la habitación fue poner a cargar el teléfono. Estaba literalmente muerto. Aunque me moría de ganas por contarle a las chicas todo lo que había pasado estos días, algo se me retorcía por dentro. Y no, no era un simple retortijón. Eran nervios, lo sabía, porque estaba nerviosa por mil cosas; algunas me consumían más que otras, pero, por encima de todo, lo que más me inquietaba era esa frase de Elías. En mi cabeza la escuchaba con su voz, esa voz pausada que tanto me calma y me desespera al mismo tiempo, proponiéndome una excursión para liberar un poco la tensión de estos días. Eso era todo, solo eso. Aunque mi cerebro y mi corazón estuvieran peleando, lo que había entre nosotros era solo amistad.

«Era mi mejor amigo, joder».

Por más que le lanzaba miradas asesinas a mi móvil, no cargaba más rápido. Me cambié de ropa a toda prisa, porque tampoco es que tuviera mucho donde elegir. Luego me pasaré por recepción a ver si saben algo de mi equipaje, pero eso será después. Ahora, hay cosas más importantes entre manos. Los minutos parecían correr a cámara rápida, adelantando nuestra cita.

«No es una cita, Yurena», me recuerda *Mini-Cris*. Lo sé, es solo la primera palabra que me ha venido a la cabeza para etiquetarlo.

«Ya, claaaro», responde *Mini-Maite*, mirándome a través del espejo con cara de sorpresa por mi apariencia.

La versión de Yurena que me devuelve la mirada no es la misma que antes de subirme al avión. Allí, tenía mi vida controlada al milímetro, con todo lo que necesitaba a mano y bajo mi radar. Mi apariencia era tan vital como respirar; desde que me levantaba hasta que me iba a dormir, cada minuto estaba planificado. Todo iba como la seda, y solo alteraba esa impecable rutina cuando algo pasaba con las niñas. En esos momentos, me daba igual todo lo demás. Y ahora... ahora me está pasando algo parecido al lado de Elías. Está dando un giro de ciento ochenta grados a mi vida sin que me dé tiempo a reaccionar.

Es esa sensación de vértigo, de no saber qué viene después, lo que me tiene en vilo. Pero, por raro que suene, me está gustando. Me está encantando sentirlo a su lado. Y eso, sinceramente, me da más miedo que todo lo demás.

El móvil se enciende, y de un salto me lanzo a la cama para atraparlo sin quitarlo del cargador. Cada minuto de carga cuenta. Me quedan cinco minutos para las doce, así que tengo que ser rápida. Un audio para el grupo, un resumen breve y contundente con todo lo importante. Vamos a saltarnos ciertos detalles... como su erección matutina y mi casi empalamiento. El intento de beso, lo olvidamos y el de «buenos días». Eso no hace falta, no es relevante. Mi encuentro fortuito con Cayetana. Seré convincente, lo suficiente para que no noten nada raro. Bueno, quizá Cristina sí se daría cuenta, siempre lo hace. Por el tono de mi voz, claro. Carraspeo

un par de veces, tomo aire y, con el pulgar temblando un poco, presiono el botón del micrófono mientras mis ojos se llenan con la avalancha de notificaciones que aparecen.



Se me ha hecho tarde, al final el audio ha salido más largo de lo que esperaba. En más de una ocasión me he frenado en mitad del discurso, porque empezaban a aparecer los mensajes de las niñas que me veían en línea, acompañados de *stickers* de Michael Jackson comiendo palomitas, ansiosas por cotillear. Con todo mi dolor, he tenido que abandonar el móvil en la habitación. Hago caso a los consejos de las niñas: disfrutar del momento y dejar la tecnología de lado. Mejor me concentro en los paisajes que me rodean, no es porque me falte valor para enfrentarme a la avalancha de mensajes que me van a llegar cuando escuchen el *podcast*. No, para nada. Que conste.

Levanto la vista y, entre el caos de gente moviéndose por el *hall*, nuestros ojos se encuentran. Elías, con sus pantalones cortos de tonos neutros y, cómo no, otra de sus camisas horteras de flores. Es horrenda, pero hoy tiene algo que lo hace ver más guapo de lo habitual. ¿Cuántas tiene? Me río por dentro, pero no puedo evitar que se me escape una sonrisa al ver que su mirada se ilumina. Brillante, como un rayo de sol colándose entre las nubes, directo hacia mí, el único en esa multitud que realmente me ve. Ese brillo en sus ojos es cálido, casi magnético, y me envuelve en una sensación que me desarma por completo.

En ese momento, todo se desvanece a nuestro alrededor; solo estamos él y yo, como si el mundo hubiese decidido hacer una pausa para regalarnos este instante.

Cuando llego a su altura, nos quedamos mirándonos, atrapados en nuestro propio mundo donde todo parece ralentizarse. Me inclino hacia un lado para darle un beso en la mejilla, pero él hace un movimiento para abrazarme. Nos quedamos enredados en un torpe intento de coordinar, y, al final, la incomodidad nos saca una sonrisa. Nos miramos, y la risa brota de forma natural, como si ese pequeño momento absurdo fuera lo más auténtico que habíamos compartido en días.

—¡Vamos! —me apremia Elías, agarrándome de la mano y tirando de mí hacia la salida.

Volver a sentir su piel contra la mía me parece lo mejor que me ha pasado en todo el día. ¿Por qué iba a resistirme a algo que me hace sentir tan bien? Su cercanía es como volver a casa, tan familiar que no tengo que fingir lo que me provoca. Sonrío, dejándome arrastrar por este tsunami de emociones que él ha desatado y que, claramente, no tiene intención de detenerse.

Elías me guía por el interior del autobús, con los dedos entrelazados a los míos, y no tengo ninguna intención de soltarlos. Están bien así, y a él no parece molestarle; de hecho, cuando aflojo un poco, me aprieta con fuerza, como si no quisiera que nuestras manos se separaran. Mis labios se curvan en una sonrisa, porque por un instante me siento igual que cuando éramos niños y me dejaba arrastrar por sus locuras. Recuerdo con claridad aquella vez que decidimos fugarnos. Lo más lejos que llegamos fue al parque, porque empezó a llover y ninguno de los dos llevaba paraguas. Él se quitó la cazadora y la puso sobre nuestras cabezas mientras corríamos a resguardarnos. Fue en ese momento cuando nos dimos cuenta de que no estábamos listos para

nada, teníamos catorce años y la cabeza llena de sueños y pájaros revoloteando. En esa edad en la que todavía no eres del todo consciente de tu adolescencia, porque estás atrapado en plena tormenta hormonal. La razón de aquella locura fue una discusión con Miguel, la única vez que Elías me confesó algo sobre la relación con su hermano. Siempre parecían llevarse tan bien que su confesión me dejó en shock. No dudé en seguirlo hasta el fin del mundo.

—¿Estás bien? —me susurra, con esa voz que siempre logra calmarme.

—Sí, solo recordaba nuestro intento de fuga —respondo, mirándolo a los ojos con una sonrisa nostálgica.

—No llegamos muy lejos, pero casi lo conseguimos. ¿Te acuerdas de la comida que llevábamos? —Sonríe, perdiéndose en los recuerdos.

—Cuatro Bollycaos y dos batidos Puleva. ¡Ah! Y la botella de cristal de tu madre, esa de flores que le encantaba. Estábamos convencidos de que con eso íbamos a sobrevivir.

—Te has olvidado de los Phoskitos y la torta de aceite. Menudo festín pensábamos darnos con todo eso —dice, soltando una pequeña risa, como si todavía lo viera todo con los ojos de aquel niño de catorce años.

Su mano se separa de la mía, la mete en la mochila y saca una botella de agua que me muestra, con esa mirada que parece decir «te cuido, aunque no lo pidas».

—No es la botella de mi madre... —dice, con una sonrisa juguetona mientras me la ofrece—. Toma, esta es la tuya. He traído algunas cosillas, no tan exquisitas como aquel día, pero nos vendrán bien. —Me guiña el ojo, y no puedo evitar devolverle una sonrisa cómplice.

—Por cierto, ¿a dónde vamos? —pregunto, mientras dejo que mi mirada se pierda en el paisaje que se desliza tras el cristal.

—Ya lo verás, es una sorpresa —responde con una sonrisa cargada de picardía, esa que siempre me deja con ganas de saber más.

## CAPÍTULO 34

### *Gladiolo*

—¡No! Me niego, no quiero morir devorada por un jaguar o algo parecido —me planto en el sitio, cruzando los brazos con firmeza.

La carcajada de Elías es contagiosa, pero me esfuerzo por mantener una expresión seria, sin que mis comisuras le sigan el juego.

—Yurena, te prometo que no hay nada de eso por aquí. Como mucho, verás mariposas, algún mamífero de la zona, inofensivo y sin alas, así que no va a volar para atacarte —me dice, con esa calma suya, mientras me toma las manos y me obliga a descruzar los brazos.

—¿Nada que vuele hacia mí? —pregunto, entrecerrando los ojos con desconfianza.

—A esta hora, como mucho, un pájaro carpintero o una cotorra. Pero, a la velocidad que vas a ir, ni te va a dar tiempo de verlos bien.

—¿Ves? Encima voy a ir a toda hostia, fijo que salgo disparada al final o, peor, que esto se rompe y acabo cayéndome por el camino. Van a encontrar mi cuerpo devorado por serpientes —añado con todo el dramatismo que puedo reunir.

—A ver. —Elías se esfuerza por no reír, clavando sus ojos en los míos—. ¿De verdad te crees que vas a protagonizar *A todo gas* en tirolina? —Me acaricia las manos, con esa sonrisa cómplice que conozco de sobra—. Voy contigo, lo hacemos juntos, y disfrutaremos de esta experiencia, ¿de acuerdo?

Lo hacemos juntos. «Como amigos, todo lo que diga Elías no va con segundas, recuérdalo», me asevera *Mini-Cris*.

—Me has tendido una trampa. Si llego a saber que veníamos aquí, me hubiera negado... Además, no estoy preparada mentalmente para colgarme de eso, y no estaba en mi lista.

—¡Olvida las listas! —me anima, con esa energía que siempre derrocha—. ¿El autobús verde con las imágenes de tirolinas no te dio una pista? —pregunta, con una sonrisa burlona que me saca de quicio y me hace sonreír a la vez.

No le diré que ni me fijé en el autobús porque estaba muy ocupada admirando su espalda y su trasero. Solo lo miré porque iba delante de mí, claro, yo no soy así de descarada... Eso lo dejamos para Maca. «*Miarma*, te va a crecer la nariz», oigo su voz en mi cabeza.

—Pensaba que era publicidad —respondo, intentando sonar casual.

—Confía en mí. Será una experiencia que no olvidarás, solo déjate llevar. —Me guiña el ojo con esa sonrisa seductora que me derrite—. Vamos a divertirnos.

Elías me toma de la mano y caminamos juntos. Subimos las escaleras en silencio, mientras en mi cabeza se libra un debate sobre cómo escapar de esto. Podría fingir un desmayo. «*Pillina*, lo

que en realidad quieres es que Elías te haga el boca a boca», me susurra *Mini-Jessi*. No voy a mentir, esa posibilidad no me desagradaba... aunque claro, abriría los ojos justo a tiempo para frenarlo.

—¿Estás lista? —pregunta Elías, comprobando que el monitor ha ajustado bien todo el equipo.

«No».

—Sí —respondo, porque, aunque una parte de mí susurra que no, hay otra que está deseando dejarse llevar, soltar el control y vivir el momento.

Me palpa con cuidado cada una de las cintas, y cuando sus dedos llegan a las que rodean mis muslos, un escalofrío eléctrico me recorre de pies a cabeza. De repente, se me olvida cómo se respira. Cómo formar una palabra. Cómo moverme. Me quedo en silencio, completamente inmóvil, mientras siento cada roce de sus manos ajustando los cierres. El calor sube por mi cuerpo como lava incandescente, acumulándose bajo la piel, quemando en cada centímetro. Elías levanta la cabeza y nuestros ojos se encuentran. En ese instante, todo se detiene. Ojalá no pueda leer lo que estoy gritando con la mirada, lo que mi cuerpo está pidiendo sin pronunciar una palabra.

«Somos amigos, amigos, amigos», me repito como un mantra.

—Voy detrás de ti, nos vemos abajo... —me susurra a pocos centímetros de mi rostro, su mano acaricia mi espalda antes de alejarse.

Lo miro una última vez y luego me deslizo por el cable, con el corazón latiéndome en la garganta, cada latido más fuerte que el anterior. En cuanto me impulso, el suelo desaparece bajo mis pies y el viento me golpea en las mejillas con tanta fuerza que siento como si todo lo que me rodea se desvaneciera, quedando solo yo, suspendida en el aire. La ingravidez me llena de mil mariposas en el estómago, revoloteando sin control, haciéndome sentir ligera y vulnerable al mismo tiempo.

—¡¡Te odio, Cantinflas!! —grito, asegurándome de que me escuche bien.

El chillido sale de mi pecho, aunque no sé si de emoción o puro terror, mientras mil sensaciones recorren mi cuerpo a esta altura. Mierda, creo que me he tragado un mosquito. El viento sigue azotando mi cara mientras desciendo a toda velocidad. Intento mantener los ojos abiertos, pero el vértigo y la emoción se mezclan de una manera que no sé si debería reír o gritar más fuerte. Bajo la vista y veo cómo el paisaje pasa borroso bajo mis pies, pero antes de que pueda disfrutarlo, noto un cosquilleo en la garganta. Sí, definitivamente me he tragado un mosquito o dos. Suelto una carcajada nerviosa.

El suelo empieza a acercarse, y aunque mi cuerpo sigue en tensión, hay una parte de mí que no quiere que esto termine. En medio del caos, escucho a Elías gritar algo desde atrás, pero con el viento, no consigo entenderlo. Solo sé que cuando llegue abajo, nos vamos a reír de esto durante días.

«No ha estado mal».

El monitor me desengancha con rapidez, y en cuanto me doy la vuelta, veo a Elías corriendo hacia mí. Antes de que pueda reaccionar, me levanta en volandas, girando conmigo como si fuéramos los protagonistas de una película romántica. Podría acostumbrarme a esto. Me río, sin

poder evitarlo, mientras rodeo su cuello con mis brazos, dejándome llevar por este recibimiento que, en el fondo, había estado esperando desde hace mucho más tiempo del que quiero admitir. Su risa se mezcla con la mía, y por un momento todo lo demás deja de importar. El miedo que sentí hace apenas unos segundos, la euforia... todo queda reemplazado por una oleada de felicidad pura, de esas que te calan hasta los huesos y te hacen sentir invencible.

—Esa es mi chica —murmura con esa voz ronca que hace que un calor inesperado se instale en mis mejillas. No puedo evitar sonrojarme.

«Mi chica». Suena demasiado bien en sus labios.

Con Elías, todo fluye con una facilidad que asusta, como si el tiempo no hubiera pasado entre nosotros y aún fuéramos esos niños que se tomaban de la mano sin miedo a nada.

—¿A que ha sido una pasada? —pregunta, con esa chispa en los ojos que me contagia, arrancándome una sonrisa.

—Sí, aunque me he comido una familia de mosquitos por el camino —respondo entre risas, con sus brazos todavía rodeándome, sintiendo esa conexión que parecía olvidada pero que siempre estuvo ahí.

—En la próxima, cierra la boca.

—¿Qué próxima? —Le lanzo una mirada arqueando una ceja.

—Quedan dos más hasta llegar abajo —me aclara mientras me suelta, guiándome hacia la siguiente tirolina.

—Elías... —Clavo mis pies en el suelo, negándome a moverme.

—Yurena... no hay vuelta atrás. Venga, lo has hecho genial. Esta vez estaré yo abajo para recibirte. Esta era la más alta y larga, las otras son cortas, ni te enterarás —responde despreocupado.

—De acuerdo... —añado, tratando de sonar confiada—. Pero me debes una y muy gorda. Harás lo que te pida después de esto —le suelto, mientras lo observo engancharse a la tirolina.

—Como desees, princesa. —Me regala una sonrisa ladeada, seguida de un guiño que me deja sin aliento, antes de impulsarse y desaparecer en el aire.

Voy a morir, lo sé. Y lo peor de todo es que ahora no está aquí para comprobar si todo está bien abrochado. Respiro hondo, intentando convencerme de que no me va a pasar nada, pero mi corazón sigue latiendo a mil por hora. Miro el cable que se extiende frente a mí y siento ese vacío en el estómago. No puedo evitar pensar que, si algo sale mal, me encontrarán colgando como una piñata entre dos árboles.

—Vale, allá vamos... —murmuro para mí misma, mientras me preparo para impulsarme.



Nuestra siguiente parada ha sido *Monkeyland*, donde fui atacada por miles de monos. Bueno, quizá no eran tantos, pero lo sentí así en el momento. Viví una experiencia traumática, aún con los nervios a flor de piel tras la tirolina y, por supuesto... las manos de Elías, sigo pensando que fueron las verdaderas culpables de que estuviera más nerviosa de lo normal durante el resto de la excursión. Ahora camino con cautela entre los demás turistas, intentando pasar desapercibida. No sé si es mi aroma o el champú que uso lo que los atrae, pero los monos no paran de venir en grupos a saltarme encima. Me oculto tras la espalda de Elías cuando nos detenemos a escuchar al guía.

—No te harán daño —susurra, ladeando el rostro con esa sonrisa que no ayuda.

—Eso lo dirás tú, porque no han usado tu cabeza de trampolín varias veces —murmuro, pegada a su espalda—. No pienso coger uno de esos cuencos, ya vienen a por mí sin comida, imagina si les pongo un cebo.

—De acuerdo, tú no lo cogerás, pero yo sí —me advierte con una sonrisa burlona—. Por si prefieres esconderte en otro lugar que no sea mi espalda.

—Estoy bien aquí.

—¿Segura?

—Sí —respondo, retrocediendo un par de pasos y pegándome a la valla de madera, manteniendo una distancia prudente.

No pasan ni dos segundos cuando los monos empiezan a saltar de un turista a otro, buscando la comida en los cuencos que todos llevan en las manos. De repente, Elías es rodeado por ellos: tiene uno en los hombros, otro en la cabeza y varios enroscados en sus brazos. Y, no sé cómo, pero verlo así me parece... sexi. Como una versión de Tarzán, salvaje, rudo y dominador de los primates. La gente alrededor saca fotos y vídeos, y yo me arrepiento de no haber traído mi teléfono para capturar este momento. Verlo moverse entre los monos, como si supiera exactamente qué hacer, es hipnótico.

—Yurena, cógeme el teléfono del bolsillo y hazme un par de fotos —dice, girándose lo justo para mirarme, sin molestar a los animales que parecen convivir con él.

Observo su pantalón. Tiene varios bolsillos y no sé por dónde empezar.

—Vas a tener que ser más específico. ¿En qué bolsillo está? —pregunto, agachándome y extendiendo las manos.

—En el de delante —responde, y yo trago saliva mientras meto la mano con cautela—. Rápido, que no tardarán en irse.

Alargo los dedos con cuidado, intentando no hacer movimientos bruscos para no alterar a los monos colgados de él. Siento su piel caliente bajo la tela y, de repente, el miedo a tocar algo que no debo se vuelve real cuando mi mano empieza a temblar. El bolsillo parece más grande de lo que imaginaba, o quizá voy tan lenta que no parece tener fin. Finalmente, mis dedos rozan algo duro y me preparo para agarrarlo.

—Es el otro bolsillo, Yurena —susurra entre dientes, tratando de mantener la calma.

—¡Ah! —exclamo en voz baja, sintiendo cómo me arde la cara.

Me pongo más roja que un semáforo al pensar que he estado a punto de tocarle... justo ahí.

«Pero ¿qué le pasa? ¿Está todo el día empalmado? No puede ser que siempre que lo rozo, esté así».

—Ahí llevo la cartera —responde, como si pudiera leerme la mente, pero ya es tarde; mis ideas han tomado el control y están completamente desbocadas.

Meto la mano en el bolsillo izquierdo y, por fin, encuentro el móvil. Empiezo a hacer fotos a toda prisa, y en ese momento todo parece suceder a cámara lenta. Los monos me descubren con el teléfono y, como si fuera un paparazzi cazando a una celebridad, se lanzan en masa hacia mí. Algunos saltan sobre mi cabeza, otros se cuelgan de mis brazos con sus ágiles y largas colas, que se enroscan con una precisión alarmante. Y uno, el más descarado de todos, mete sus manitas por mi escote, como si allí estuviera escondido algún tesoro secreto.

—¡Elías! ¡Ayúdame! —grito, agitando los brazos desesperada—. ¡Me están metiendo mano!

—Quédate quieta, se irán cuando vean que no tienes comida y la buscarán en otro sitio —responde Elías, aguantando la risa.

—¡Eso están haciendo, la buscan en mis tetas! —bramo, cada vez más nerviosa.

—Espera, te quito al ligón —dice, tomando al monito entre sus manos, mientras su sonrisa apenas oculta la carcajada—. Los otros se irán en nada, ya verás.

*Spoiler:* tardaron una eternidad en irse. Elías tuvo que intervenir con algunos que se negaban a dejarme en paz. En serio, ¿era necesario este castigo? Solo quería ver monitos adorables y hacerme alguna foto con ellos. Al final, he terminado ultrajada, pisoteada, y, para colmo, estoy casi segura de que uno intentó ver si tenía piojos.

## CAPÍTULO 35

### *Dama de Noche*

*Elías;*

—¿A que te encanta? —le pregunto, ya sabiendo cuál será su respuesta.

Sé que todo esto se sale de sus planes, esos que organiza con listas interminables y de los que tanto presume. Pero esa es la idea: salirse del camino, disfrutar del momento y vivir algo nuevo.

—No. —Agita la cabeza tan rápido que por un momento pienso que le va a dar un síncope—. Elías, ¿en qué momento pensaste que subirme a un carricoche...?

—Cuatrimoto —la corrijo, conteniendo la risa.

—Lo que sea. ¿Montarme yo en esa cosa? —Cruza los brazos bajo el pecho, dejándome claro que está muy lejos de estar encantada.

No voy a rendirme. Sé que, en el fondo, está esa Yurena que me sigue en todas mis locuras, y me lo está demostrando en este viaje. Solo le falta un pequeño empujón. Me peino el pelo hacia atrás; el calor empieza a ser bochornoso en esta zona. Coloco una mano en mi mentón, sopesando varias opciones. Examino ambas motos, miro a mi alrededor y veo a uno de los encargados.

—Que pongas la mano ahí no te hace parecer más inteligente —me suelta ella.

—Tengo una idea —digo con tono despreocupado, acariciando su hombro al pasar, mientras me alejo con paso firme.

—¿Otra? Espero que sea una donde yo esté tumbada disfrutando de un masaje...

Mierda. Esa imagen se me queda grabada al instante, y camino como puedo, sacando entereza de donde no la tengo, porque imaginarme a Yurena tumbada, mientras la masajeo, me altera. Y no es momento para dejar que esos pensamientos me inunden. Tengo que seguir con el plan, uno donde ella no tenga tiempo de pensar... ni yo tampoco.

Cinco minutos después aparezco delante de ella con un cuatrimoto de dos plazas. Es perfecto, así no pondrá excusas de que no quiere conducir. Seré yo quien la lleve a cada uno de los destinos marcados. Le lanzo mi mochila para que se la coloque y le regalo mi mejor sonrisa.

—Elías...

—Yurena... —imito su tono mientras le ofrezco el casco rosa con una sonrisa burlona.

Ella lo coge, lo voltea entre las manos, inspeccionándolo como si pudiera cambiar algo con solo mirarlo. Me lanza una mirada que no necesita palabras; sé exactamente lo que está pensando: «Es horrible».

—¿En serio? —pregunta, levantando una ceja.

—Vas a estar guapísima, venga pónelo —la animo.

—Sí, igualito que tú, si pareces Calimero —suelta con una carcajada mientras se coloca el casco.

—Entonces tú eres Priscilla —contraataco, con una sonrisa socarrona.

—¿Priscilla? —pregunta, alzando una ceja.

—Sí, la novia de Calimero —respondo.

—A-m-i-g-a, no te montes películas —dice con una sonrisa, ajustándose el casco—. Me parece flipante que aún te acuerdes de esos dibujos.

—Bueno, algunas cosas no se olvidan, sobre todo si marcaron un momento en tu vida —le respondo, encogiéndome de hombros, mientras pongo en marcha el cuatrimoto, intentando mantener un tono ligero, aunque las palabras carguen más de lo que deberían.

Pasa una pierna por encima del asiento y se acomoda a mi espalda. Y, de repente, ya no me parece tan buena idea tenerla nuevamente tan cerca. ¡Mis cojones buena idea! El calor de su cuerpo me envuelve en cuanto se ajusta a mí, y su leve suspiro me eriza la piel al instante. Abre las piernas, acomodándose, aunque mantiene una distancia prudente. Pero, aun así, la sensación de tenerla detrás, de poder sentir cada movimiento, es demasiado para mi autocontrol.

Respiro hondo, aferrando el manillar con fuerza, intentando centrarme en cualquier cosa que no sea ella

—¿Estás lista? —le pregunto, con la voz más tensa de lo que me gustaría, preparándome para acelerar.

—Hmmm, no sé...

No le doy tiempo a terminar la frase cuando acelero con fuerza, y comienza nuestra aventura. Su grito de sorpresa se mezcla con el rugido del motor, y por un segundo, no puedo evitar sonreír. La sensación de velocidad y el viento golpeando mi cara me despejan la mente, alejándome de todo lo que había estado rondando en mi cabeza, arrastrando todos esos pensamientos que me estaban consumiendo. Siento cómo se agarra con más fuerza a mi cintura, y aunque trato de no pensar demasiado en ello, su proximidad no ayuda. Pero, al menos, ahora el foco está en la carretera, en la aventura que tenemos por delante.

A medida que avanzamos por el camino de tierra, el suave traqueteo se convierte en un terremoto bajo las ruedas, y la noto cada vez más pegada a mi espalda. Sus pechos presionan contra mí, y sus manos, antes dubitativas, ahora se aferran con intensidad a mi cintura, como si de alguna manera así pudiera controlar lo que está sintiendo. Su respiración, rápida y entrecortada, me dice que está soltando poco a poco esos nervios que la tienen tensa. Cada vez más cerca, cada vez más apretada. Acelero un poco más, y su grito de sorpresa se convierte en algo entre el miedo y la risa nerviosa.

Y entonces hago lo único que se me ocurre, algo que sé que la relajará al instante.

—*Cali-mero, Ca-li-mero. Polluelo blanco y negro con el corazón de oro...* —canto ladeando la cara de vez en cuando para asegurarme de que me escucha bien.

Una carcajada retumba en mi espalda, cálida y sincera, y sé que he logrado arrancarla del estrés que la estaba envolviendo. Siento su cuerpo aflojarse, relajándose por completo.

—*Cali-mero, eres sincero. Me hacéis enrojecer y cambio de color...* —continúa ella, sorprendiéndome, porque recuerda la canción.

Cantamos entre risas y por un momento volvemos a ser esos niños que compartían tonterías. El paisaje va transformándose, la vegetación nos envuelve, y el mundo parece cerrarse solo para nosotros. Durante esos segundos, hemos viajado al pasado, antes de que todo cambiara, antes de que las cosas se complicaran tanto. En ese pequeño espacio de tiempo, seguimos siendo los mismos, como si nunca nos hubiéramos separado.

Me interno por uno de los caminos menos transitados, confiando en que no nos perderemos, aunque, para ser sincero, la idea de perderme con ella es demasiado tentadora.

«Céntrate, Elías, joder».

Disminuyo la velocidad cuando me parece escuchar el sonido del agua. Paro el motor y, en cuanto Yurena se despega de mi espalda, el frío se instala en mi cuerpo. Su calor me estaba atravesando la piel, y la sangre ya empezaba a acumularse en cierta zona peligrosa. Respiro hondo, tratando de recomponerme mientras me bajo del cuatrimoto con más calma de la que realmente siento.

—A partir de aquí, el camino lo haremos a pie —anuncio, notando su mirada fija en mí. Dejo el casco en la moto y, cuando me giro, siento cómo me recorre con los ojos, despacio, descendiendo lentamente por mi cuerpo, evaluando cada centímetro.

—Ajá —responde, sin apartar la vista.

«Yurena, no me lo estás poniendo nada fácil».

Me aclaro la garganta, tratando de ignorar el calor que sube por mi cuello. Me giro, porque necesito un respiro y, sobre todo, evitar que se dé cuenta de lo que está sucediendo por debajo de mi cintura. Joder, no puedo permitirme eso ahora. No con ella tan cerca, no con sus ojos deslizándose por cada parte de mí de esa manera.

Pasa por delante de mí, queriendo tomar el mando, pero coloco una mano en su hombro para detenerla. Lo último que quiero es que tropiece con alguna piedra o se enrede con las raíces que están ocultas bajo la vegetación. Además, de paso, así evito que mi mirada vaya a donde no debe.

—Iré yo delante.

—Tú hombre fuerte, tú manejar situación —responde, jocosa, dándose golpecitos en el pecho como si fuera un gorila—. Yo mujer débil, quedar atrás.

—Es porque yo sé el camino, y tú no —le digo con una sonrisa—. Y, por cierto, con esa fantástica imitación de Yoda podrían contratarte para la próxima de *Star Wars*.

—¡Ja! Y a ti te podrían contratar como el nuevo Indiana Jones —rebate, con una sonrisa desafiante.

—No sería mala idea, me falta un látigo y soy clavado. —La miro por encima del hombro y le guiño un ojo.

—Ah, claro, y yo soy la damisela en apuros —suelta, entrecerrando los ojos.

—No te preocupes, princesa, te rescataré de cualquier piedra traicionera que encuentres —bromeo, exagerando el tono heroico.

Ella se ríe, y yo aprovecho para seguir avanzando, con una sonrisa satisfecha en los labios.

En apenas unos minutos llegamos a una pequeña cascada que rompe en un lago de aguas cristalinas. El sonido del agua cayendo con fuerza sobre las piedras es casi hipnótico, y los rayos de sol que se cuelan entre los árboles centellean en las gotas que salpican el aire. Yurena se adelanta, fascinada, observando las vistas, y gira sobre sí misma con una sonrisa que ilumina todo el lugar. No puedo evitar imitarla, contagiado por la calma del sitio.

Hay que reconocerlo: las vistas son impresionantes. Y no solo las de la cascada.

Yurena se acerca al borde del lago, se inclina y deja que el agua le salpique las manos. La veo sonreír, disfrutando de la frescura, mientras yo me mantengo a unos pasos, observando en silencio. La tranquilidad del lugar contrasta con todo lo que me remueve por dentro.

—Es precioso —murmura, sin apartar la vista del agua.

—Lo es —respondo, aunque no estoy seguro de si me refiero al paisaje o a ella—. Sabía que te gustaría.

Se gira hacia mí, con una ceja arqueada, como si supiera exactamente en qué estoy pensando. Ella y sus miradas, esas que dicen más que las palabras. No digo nada, simplemente sonrío, y vuelve a centrarse en la cascada, disfrutando del momento.

Por un instante, todo es perfecto.

Hago un barrido rápido, buscando una pequeña explanada o alguna zona lo suficientemente llana para colocar la manta que he traído. Cuando la localizo, voy directo, abro la mochila y empiezo a sacar las cosas, tratando de concentrarme en algo que no sea ella. Pero entonces el chapoteo del agua me saca de mis pensamientos. Levanto la vista, y ahí está.

Yurena se quita la ropa, y las prendas caen al suelo con una lentitud que hace parecer que el mundo se mueve a cámara lenta. Trago saliva, y noto cómo los músculos de mi mandíbula se tensan al instante, porque la imagen que tengo delante es pura provocación.

El sol acaricia su piel, y los rayos parecen hechos solo para iluminarla a ella, creando reflejos dorados en su espalda. Suelta la melena, dejando que caiga libre, y mueve la cabeza, como si estuviera rodando un anuncio de champú.

Me maldigo en silencio, intentando apartar la vista... pero es imposible.

«Estoy jodido».

## CAPÍTULO 36

### *Flor de Lis*

Dejo mi ropa con cuidado sobre una de las rocas, perfectamente doblada. Inhalo todo el aire que puedo y lo suelto despacio, intentando calmar los nervios. La vista que tengo frente a mí me deja sin aliento, parece sacada de una película, y por un instante me siento la protagonista que está a punto de ser devorada por una anaconda. Abro los ojos todo lo que puedo, notando cómo mis músculos se tensan. Mierda, ¿por qué mi subconsciente es tan traicionero? Agito la mano por delante de mi rostro, tratando de espantar esos pensamientos absurdos.

—¿Un mosquito? —pregunta Elías, con esa voz serena que se cuela por cada una de mis grietas.

La piel se me eriza al sentir su cercanía.

—Sí, quería picarme —miento, girándome sobre mis pies. El estómago se me contrae de inmediato; no esperaba tenerlo tan cerca—. Elías, aquí no hay anacondas... ¿verdad?

Entrecierra los ojos, y las comisuras de su boca se levantan en una sonrisa que me desconcierta por completo.

—No. Yurena, no estamos en el Amazonas.

Me lanza una mirada que parece atravesarme, cargada de esa complicidad que me hace estremecer por dentro. Sin apartar sus ojos de los míos, se quita la camisa de un tirón casi sin esfuerzo, con esa seguridad suya que nunca falla. Instintivamente, doy un paso hacia atrás, pero mi torpeza me traiciona y resbalo con una de las piedras. Justo antes de que termine en el suelo, sus manos me atrapan, fuertes, sujetándome por la cintura. Su contacto quema, como si fuera capaz de encenderme desde dentro.

—Cuidado —dice, con una calma que me deja más descolocada todavía, mientras sus ojos se clavan en los míos.

Las piernas me flaquean, convirtiéndose en pura gelatina. La poca estabilidad que tenía se desvanece y él me sujeta más fuerte, pegándose a su pecho. Su perfume me envuelve, mezclándose con el calor de su piel que parece arder contra la mía. Solo una fina capa de tela nos separa, y la sensación de tenerlo tan cerca es casi abrumadora. De repente, me falta el aire. Respira, Yurena, respira. ¿Cómo demonios se respiraba? «¡Ay, Dios!». Es Elías, tu amigo de la infancia... pero ahora parece el puñetero Hércules, salvándome de todo y haciéndome tambalear cada vez que me mira. El ritmo de mi corazón se vuelve errático, casi caótico, y me muerdo los labios intentando no sucumbir a la avalancha de sensaciones que me inundan. Sus ojos se desvían, tentados, hacia mi boca, y una oleada de sensaciones me recorre el cuerpo, como si mil mariposas se agitaran en mi estómago. Pero entonces, algo cambia en su expresión. Elías frunce el ceño y me suelta, alejándose de sus brazos.

El silencio entre los dos se vuelve tan denso que casi lo puedo tocar, pero antes de que pueda

procesar algo más, Elías rompe el momento de la forma más inesperada.

—Voy a darme un baño.

Me quedo en shock, el calor que hace un segundo inundaba todo mi cuerpo se vuelve helado, congelándome de golpe. Lo observo mientras pasa por mi lado, caminando hacia el agua sin mirar atrás, como si nada hubiera pasado.

«¿Qué esperaba que pasara?».

Niego con la cabeza, intentando sacudirme la extraña sensación que aún me abraza. ¿Estoy molesta? Ni yo misma lo sé. Con un suspiro, me adentro en el agua, primero con cautela, sintiendo cómo el frío me envuelve, y luego sumergiéndome hasta que me cubre la barbilla. Nado con movimientos suaves, liberando uno a uno los nudos en mis músculos, dejando que la cascada en la distancia me arrastre poco a poco la tensión de hace un momento. El agua acaricia mi piel y, por fin, siento que puedo respirar. Me giro buscando a Elías, pero no lo encuentro, y un pellizco en el estómago me sacude, trayendo a mi mente todas esas escenas macabras que he visto relacionadas con lagos.

El agua, de pronto, se siente más fría.

—¿Elías? —lo llamo, aunque mi voz apenas se escucha sobre el rugido de la cascada. El sonido parece tragarse mis palabras, y una inquietud se instala en mi pecho.

Algo tira de mí hacia abajo y, de repente, todos mis miedos se disparan a la vez. Un cocodrilo, fijo. O un caimán. O, peor, ¡las dos cosas a la vez! Seguramente se están peleando por la cena. Mi cabeza va a mil y, sin pensarlo dos veces, empiezo a nadar como si me persiguiera la muerte, agitando las piernas con la fuerza de quien siente que su vida pende de un hilo. Aunque, claro, moverme así probablemente no sea la mejor idea para evitar que me ataquen. Justo cuando me atrevo a tomar aire, siento de nuevo ese tirón. Esta vez me arrastran bajo el agua, y por un segundo, creo que ya es el fin... hasta que noto unas manos. Unas malditas manos acariciando mis piernas, subiendo despacio hasta mi cintura, antes de levantarme de nuevo a la superficie. Nada más salir del agua, lo primero que veo es la cara de Elías, aguantando la risa como si esto fuera lo más divertido del mundo.

—¡Elías! —grito, con el corazón a mil, intentando decidir si matarlo o reírme con él—. Eres gilipollas —le digo, mientras lo salpico con agua, frustrada y aliviada a partes iguales.

—Solo era una bromilla —añade, sin dejar de mirarme, con una sonrisa traviesa que me hace querer arrancarle la cabeza y reír al mismo tiempo.

—¡Casi me da un ataque al corazón! —le digo, empujándolo con el pie—. Pensé que me iba a devorar un caimán.

Elías se ríe a carcajadas, esquivando mi patada con facilidad y eso me irrita a un más.

—Anda ya, no hay caimanos aquí. Si aparece algún caimán, ya sabes quién te salvará —dice, pasándose la mano por el pelo, con ese aire de héroe que le queda demasiado bien.

—Perdona, no sabía que estaba con *Cocodrilo Dundee* —murmuro, mientras paso por su lado para salir del agua. Él intenta agarrarme de la muñeca, tirando de mí para que me quede un rato más, pero necesito respirar. Tocar tierra firme.



—¿Estás segura? —pregunta Elías, mirándome fijamente, como si pudiera ver más allá de mis palabras.

«No. No lo estoy, pero necesito un subidón de adrenalina que borre esta extraña sensación que se ha instalado en mi pecho desde esta mañana y mate de un plumazo a esas malditas mariposas».

—Sí —respondo, intentando sonar lo más firme posible mientras me coloco el casco—. Ya me has explicado cómo va, además vienes conmigo, y si por casualidad pierdo el control... —«Lo estás perdiendo en más sentidos de los que crees, amiga», me susurran a coro las voces de las niñas en mi cabeza—. Estarás ahí para *salvarme* —añado, con un toque de retintín.

Elías se cruza de brazos, haciendo que esos malditos músculos que no he podido dejar de mirar desde que salió del lago se marquen aún más. Cuando caminaba hacia mí, cuando se secaba con calma, cuando las gotas caían lentamente, dibujando caminos húmedos sobre su piel... ¡Stop! No vayamos por ahí, es terreno peligroso. Mi mente está dispersa, como si de repente hubiera olvidado por completo la razón por la que vine a este viaje, y todo se hubiera sustituido por una avalancha de sensaciones nuevas que no estoy preparada para reconocer.

Quería estar enfadada con él por la bromita del lago, de verdad que sí, pero ha sido imposible mantener mi postura cuando ha preparado semejante almuerzo. No ayuda que sea tan detallista, trayéndome justo lo que me gusta, y para rematar, esos pastelitos del hotel que me encantaron. ¿Cómo voy a enfadarme con él, si además de todo consigue que me sienta tan cuidada? Es un maldito encanto, y eso lo hace todo aún más complicado.

—¡Vamos! —exclamo mientras me subo al cuatrimoto, acomodo mi trasero y trato de prepararme mentalmente para lo que estoy a punto de hacer. Suspiro con intensidad, intentando calmar los nervios que recorren mi piel, y agarro el manillar con fuerza.

Se sienta detrás de mí y ajusta sus piernas a ambos lados de mi cuerpo, presionando con esa contención que me resulta imposible ignorar. Su respiración caliente roza mi nuca, y de inmediato todos mis músculos se tensan, como si mi cuerpo hubiera decidido dejar de funcionar en ese preciso momento.

—Ahora, acelera, el camino es recto, no tendrás problemas —susurra en mi oído, rozando mis sentidos con sus labios. Sin querer, cierro los ojos un par de segundos, dejándome llevar por la sensación.

—De acuerdo, ¿estás preparado? —pregunto, justo antes de apretar el acelerador.

El rugido del motor me toma por sorpresa, el cuatrimoto se lanza hacia delante con un empujón violento, y, por reflejo, freno de golpe. El cuerpo de Elías choca contra el mío, fuerte y sin previo aviso, haciendo que me quede sin aliento por un segundo. Sus manos se agarran a mis caderas, evitando perder el equilibrio. Siento su pecho contra mi espalda, cada músculo tenso. Su contacto se vuelve íntimo y noto cómo la sangre comienza a arder bajo mi piel, acelerando mi pulso.

—Tranquila —dice con esa voz serena que tiene, mientras su mano presiona ligeramente mi cadera, animándome a intentarlo de nuevo—. Tú puedes.

Ahora mismo, no sé si estoy más nerviosa por sentirlo pegado a mi espalda o por manejar este trasto. Vale, puedo con esto. Lo vuelvo a intentar, aunque me cuesta unos cuantos frenazos más. Pero al final lo consigo: salgo de entre la vegetación y alcanzo el camino de tierra. Me freno un momento, esperando que Elías me marque la dirección que debo tomar.

—Elías, me estoy clavando el móvil en la espalda. ¿No tienes otro sitio para ponerlo? Es que siempre lo llevas ahí —me quejo, intentando acomodarme—. ¿Podrías guardártelo en la mochila, por favor?

Él carraspea un par de veces, y siento cómo se mueve detrás de mí.

—Claro, dame un segundo —responde, pero hay algo escondido en su tono.

Lo miro de reojo a través del espejo mientras se incorpora. Me da la espalda, se pone a trastear con la mochila, la cierra y se la ajusta al hombro. Cuando se vuelve a sentar, lo hace de una manera mucho más recta, manteniendo una distancia prudente. Y aunque una parte de mí echa de menos el calor que su cuerpo me daba antes, sé que es mejor así.

Para los dos.

Menos distracciones, menos confusión... o eso intento convencerme.

## CAPÍTULO 37

### *Passiflora Edulis*

La vuelta al hotel ha sido rara. Aunque Elías ha intentado arrancarme algunas palabras con anécdotas sobre el paisaje que dejábamos atrás, yo solo asentía con la cabeza, perdida a millones de años luz de él. Mi mente no hacía más que reproducir en bucle cada uno de nuestros acercamientos. Una jodida tortura. Me crucé de brazos, como si esa barrera fuera suficiente para protegerme de todo lo que estaba pasando por mi cabeza. Ya ni siquiera sé si sigo enfadada por la broma del agua o por todo lo que estoy sintiendo estos días. Hay momentos en los que me dejaría llevar sin dudar, saltaría de la mano de Elías sin importarme lo que pudiera pasar. Pero lo que más me inquieta es esta repentina necesidad creciente de su cercanía, de sentir su cuerpo junto al mío. Claro, es que llevo meses sin sexo, casi un año en el que solo he tenido placer a solas, y ahora se me planta delante un semidiós como Elías, consiguiendo despertar esos sentidos que ya creía dormidos.

«Somos amigos».

La culpa es mía por fingir algo que no somos. Me he metido tanto en el papel que mis sentimientos se han confundido. Seguro que es eso. Menos mal que ya podemos dejar esos personajes atrás.

Cruzo las puertas de la entrada y lo primero que escucho me hiela la sangre.

—¡Yorena! ¡Yorena! —exclama Cayetana, corriendo hacia mí con los brazos extendidos.

«¿Cómo es posible que corra con semejantes tacones? En serio, ¿qué tipo de brujería es esa?».

Me quedo paralizada, deseando que la tierra me trague antes de que me alcance. Porque si algo sé con certeza, es que no me puedo deshacer del personaje. Aún no.

—¿De dónde vienes? —pregunta arrugando la nariz y agarrándome de los hombros con esas manos largas mientras me obsequia con sus besos de aire—. ¿Y ese modelito? Ni que no tuvieras ropa... —añade, mirándome de arriba abajo. Sé que en un segundo ha analizado cada detalle, hasta los hilos sueltos que ahora despuntan de la tela.

Podría callarme y no darle ninguna explicación, pero, por alguna razón, mi lengua se adelanta y ya le estoy contando mis desventuras.

—Pues la verdad es que perdí la maleta en el aeropuerto y ahora pensaba ir a preguntar a recepción...

Antes de que pueda terminar, ella me planta una mano delante de la cara.

—¿En serio? ¿Por qué no me has dicho nada antes? ¡Somos superamigas! —Sonríe, pero sus ojos, que se desvían descaradamente hacia Elías, están encendidos. Puedo ver las llamas en su mirada.

No me gusta cómo lo mira, así que, sin pensarlo mucho, me agarro al brazo de Elías,

aferrándome a él con posesión, mientras acaricio su piel con deliberada lentitud. Él me lanza una mirada confundida, claramente desconcertado por mi repentino cambio de actitud, sobre todo después de casi no dirigirle la palabra en el autobús. Pero en lugar de explicarme, le dedico una mirada que le ruega que siga con la mentira.

Mi gesto no pasa desapercibido para Cayetana que sonrío con malicia.

—Elías... —Lo mira con esa intensidad que me enerva, relamiéndose los labios como si estuviera viendo un manjar—. Perdóname, me encantaría charlar contigo, pero tengo una misión importante ahora.

Para mi sorpresa, se vuelve hacia mí.

—Yorena, vamos a solucionar ese problemita tuyo con la ropa —dice, señalándome con su uña extralarga—. No podemos ir a cenar esta noche y que no tengas nada que ponerte. Me niego a que una de mis mejores amigas vaya con ropa de indigente. —Chasquea la lengua con desdén.

«¿Indigente?, vale que no es de marca, pero es de última temporada de Zara».

—¿Cena?

—Claro, o sea, es noche de bachata —responde como si fuera lo más obvio del mundo.

—No hace falta, Cay, de verdad. Iba a pasarme por recepción ahora mismo...

—Tonterías, te vienes conmigo —determina, sin dejar lugar a réplica—. Chao, Elías.

Sus dedos se entrelazan con los míos y me tira con decisión. Elías me deja ir, y yo le dedico una mirada desesperada, rogándole que me rescate. Su respuesta es una sonrisa encogiéndose de hombros. Traidor.



—¡Rafael! —exclama Cayetana, chasqueando los dedos al aire.

Y, como si lo hubiera invocado, Rafael se materializa delante de nosotras.

—¿Qué necesitas, *mi reina*? —pregunta con ese tono meloso tan típico de los dominicanos—. Estás radiante, no me digas que te atreverás con ese corte de pelo que te sugerí.

—¿Qué? No, por favor. ¡Rafael, no es para mí! Es para mi amiga, necesita de tus manos milagrosas. —Me empuja hacia delante, ofreciéndome en bandeja—. Tienes que ayudarla, mira su cabello... y ese cutis... —añade, mientras los dos se dedican a moverme la melena de un lado a otro, inspeccionando como si yo no estuviera ahí.

«¿Hola? Sigo aquí».

—Estoy bien, de verdad. Solo necesito una ducha y...

—Por favor, Yorena, deja a los profesionales. Luego me lo agradecerás. —Me guiña el ojo, y antes de que pueda protestar, me arrastra hacia el interior del salón de belleza en una misión de

rescate estética.



No sé cuánto tiempo llevo aquí dentro. Mi supuesta mejor amiga entra y sale dando órdenes a todo el que se le cruza, como si fuera la reina absoluta de este lugar y todos parecen saber exactamente qué hacer para complacerla. En mis manos aparecen cócteles y snacks saludables, por supuesto, nada de grasa, no vaya a ser que me saturen los poros. Y yo aquí, sin poder mirarme en los espejos. Me siento como si estuviera en uno de esos programas de *Cambio radical*, donde te lo ocultan todo hasta el último segundo. Y ya me veo el momento: me miraré al espejo y de repente volveré a ser esa adolescente que suspiraba, deseando parecerse a una princesa Disney.

Debo reconocer que me han mimado con todo tipo de lujos, haciéndome sentir que he entrado en un spa de diosas. Masajes faciales y corporales que han dejado mi piel suave como la seda, una ducha de agua fría con jabones naturales que huelen a puro paraíso, exfoliaciones, y hasta una mascarilla de oro, sí de oro, que prometía dejar mi cara más luminosa que el sol. Después, las manos expertas de un maquillador se han encargado de mi cara con tanto detalle que, aunque no me he visto en el espejo, puedo sentir que algo ha cambiado. Lo único que he pedido, y casi lo ruego, es que no me cambiaran el color de pelo. No quiero volver a esa versión de mí misma que acompañaba a Miguel. No quiero tener nada que ver con ese indeseable. No pienso ni mencionarlo, ni siquiera en mi cabeza. No merece ni un segundo más de mi vida ni de mis pensamientos.

—Aquí tiene su ropa. —Una de las chicas me entrega una bolsa que, a primera vista, cualquiera diría que contiene basura por la manera en la que la sostiene.

—¡Ni se te ocurra coger esa bolsa! —exclama Cayetana, caminando con la elegancia de quien lo tiene todo bajo control.

—Cay, tengo que vestirme, no pienso salir en albornoz.

—Claro que te vas a vestir, pero no con eso —responde, señalando la bolsa con desprecio y chasquea los dedos. La chica que me la había dado, la recoge de nuevo y desaparece en un suspiro—. En aquella sala tienes lo que te vas a poner esta noche. Y no acepto un no por respuesta. —Su dedo se mueve delante de mi cara, como un péndulo hipnótico.

Entramos juntas en la habitación, por un segundo espero a que se marche, pero eso no sucede. En cambio, cierra la puerta a su espalda con una enorme sonrisa en su rostro, me indica con el mentón hacia una de las paredes, donde encuentro una percha sosteniendo el vestido que quiere que me ponga esta noche.

—Pruébatelo —me anima ilusionada.

Me lo pongo detrás de la cortina, evitando a toda costa la mirada intensa de Cayetana, que parece decidida a no marcharse de la habitación hasta verme vestida. Salgo al fin, sintiéndome

increíblemente sexy, y me acerco al espejo. ¡Dios mío, estoy preciosa! Casi no me reconozco. Mi pelo, peinado en ondas suaves que caen por delante, brilla de una manera que nunca había visto. El maquillaje es sutil, pero resalta cada una de mis facciones a la perfección. Admiro la imagen que me devuelve la mirada en el reflejo. Llevo un vestido rojo de baile, corto, lleno de flecos que están más que preparados para esos movimientos de caderas que, en teoría, voy a hacer. Es asimétrico, dejando uno de mis muslos al descubierto, con un escote en V pronunciado, tirantes finos y lentejuelas en el pecho que destellan con las luces del techo.

—¿Qué tal? —me pregunta, con una sonrisa satisfecha.

—Es precioso, pero no puedo aceptarlo.

—Sí que puedes. Además, a mí no me queda bien... —dice, mientras sus manos delinean mi cuerpo por ambos lados hasta posarse en mis caderas—. Tú lo rellenas mejor, yo utilizo una XS, es lo que tiene mantener la línea. Me debo a mis seguidores, no puedo cambiar de talla —explica con un tono sedoso, envolviendo sus palabras con una falsa dulzura.

«¿Me está diciendo sutilmente que estoy gorda?».

—Es perfecto para ti —añade, presionándome las caderas con una confianza que me deja sin saber cómo reaccionar.

Me quedo mirándola, tratando de procesar lo que acaba de decir. ¿Es un cumplido o una crítica disfrazada? No estoy segura, pero antes de que pueda responder, Cayetana sigue hablando como si nada.

—Vas a dejar a todos con la boca abierta esta noche —declara, dando un paso atrás para admirarme de arriba abajo—. Y confía en mí, más de uno no va a quitarte los ojos de encima.

—¿Tú crees? —murmuro, aún sintiendo sus manos en mis caderas, como si estuvieran allí clavadas.

—Por supuesto, y es justo lo que necesitas. Divertirte, sentirte espectacular, y, quién sabe, quizá esta noche...

Dejo que sus palabras se desvanezcan, porque la idea de ser el centro de atención, de *su* atención, me provoca una maraña de emociones que no estoy preparada para desentrañar. No ahora, no esta noche.

Hay algo despertando dentro de mí, algo que no logro nombrar, y prefiero no enfrentarme a ello.

No todavía.

## CAPÍTULO 38

### *Genciana*

*Elías;*

Lo primero que he hecho ha sido ir directo a la habitación y darme una buena ducha. No tengo ni idea de cuándo volverá Yurena, pero necesitaba borrar su aroma de mi piel porque me estaba volviendo loco. Cuantas más barreras pongo, más difícil me resulta resistirme.

«Su cuerpo me envía mensajes contradictorios todo el tiempo, es un maldito caos».

Como si cada vez que me alejo un poco, ella volviera a instalarse en mi cabeza. Me paso la mano por el pelo mojado, peinándolo hacia atrás mientras observo una de las cuchillas de afeitar entre los menesteres que regala el hotel. Me quedo mirándola un segundo, sopesando la idea de un posible cambio, dejando que la tentación me ronde, pero sin decidir nada. No todavía.

Cuando por fin logro relajarme un poco y poner en orden el caos mental, me visto con una camisa de lino blanca, un pantalón de hilo negro y mis zapatillas favoritas. Algo cómodo, aunque en el fondo sé que ni con eso voy a estar tranquilo. Porque, da igual lo que me ponga o lo que haga, mientras ella esté cerca, la calma no va a durar mucho.

Luego, me he pasado por recepción para preguntar por el equipaje de Yurena. He tenido la suerte de que me atendieran al momento y, para mi sorpresa, su maleta llevaba ahí desde ayer. Sí, desde ayer. La llamaron a su teléfono y a la habitación, pero como no recibieron respuesta, la dejaron aquí, esperando entregársela. La agarro del asa y la arrastro por el pasillo, hasta llegar a la salida de los jardines. Pesa una barbaridad, ¿qué cojones lleva ahí dentro? Decido acortar por ahí y evitar las escaleras, así acabo antes con esto.

—¡Elías! —me llama Dirk desde una de las mesas.

«Mierda».

Lo saludo con la mano, con la clara intención de desaparecer de su campo de visión lo antes posible. No me apetece nada tener una charla de compromiso.

—Ven y tomate algo conmigo —ofrece desde su posición.

Me detengo, bajo la vista un segundo y suelto un suspiro largo. No quiero ser un borde, porque han tenido algún que otro detalle con nosotros, pero tampoco tengo ganas de esta conversación. Me giro despacio, aferrando bien el asa de la maleta y conteniendo lo que de verdad me gustaría decir.

—No puedo ahora, tengo que dejar esto en la habitación... Tal vez en otro momento.

Pero Dirk no se da por vencido. Se levanta de la silla y camina directo hacia mí. Me da un ligero toque en la espalda, mientras sonríe con esa expresión de «no te vas a librar tan fácilmente».

—Yorena no necesitará la maleta hasta dentro de un rato. —Me guiña el ojo—. Las chicas estarán ocupadas hasta la cena, así que mientras nos tomamos algo.

Entonces recuerdo lo que Cayetana le soltó a Yurena hace un momento. Genial, justo lo que necesitaba. Tengo que darle largas, seguro que a ella tampoco le apetece nada esta cena.

—Nosotros cenaremos en la habitación —le explico, tratando de sonar casual—. Estamos reventados después de las excursiones de hoy. Muchas emociones.

—¿Yorena lo sabe? Porque algo me dice que esta noche va a ser especial, es noche de bachata —explica Dirk, encendiéndose su puro con calma, como si tuviera todo el tiempo del mundo—. Espera, llamo a Cay y le pregunto. Oye, luego tienes que darme tu teléfono... —comenta con el móvil ya pegado a la oreja.

Sonrío de lado, pero no, no le voy a dar mi número. Ni de coña.

—Cay, una pregunta... ¿Yorena te ha dicho si está cansada? Estoy aquí con Elías... —Un incómodo silencio mientras escucha la respuesta al otro lado de la línea. Lo que sea que le dice, le hace sonreír aún más—. Ya me extrañaba, no te preocupes.

Me esfuerzo por mantener la sonrisa, pero todo en mí me dice que esta conversación va de mal en peor. No necesito saber lo que le ha dicho Cayetana, porque seguro que solo va a complicar las cosas.

—¿Ves? Vía libre, nos tomamos un par y te libero hasta la cena.

Dejo caer los hombros, resignado, y aparco la maleta cerca de la mesa. En cuestión de segundos, ya tenemos una bandeja delante de nosotros con una botella de whisky que no logro reconocer. Pero solo por cómo la presentan, se nota que es de las caras. Joder, esto no pinta bien. Dos copas de cristal labrado acompañan la escena, y el camarero sirve con generosidad llenándolas hasta el borde, dejando claro: «esto va para largo».

Cuando está a punto de retirar la bandeja, Dirk le hace una seña con la mano para que lo deje todo tal cual.

—No te preocupes por la maleta, ahora mismo le digo a uno de los chicos que os la lleve a la habitación.

—No hace falta...

—Claro que sí, hombre. Así te despreocupas y disfrutas de este licor. No todos los días se bebe un *Grand Old Parr*. —Chasquea la lengua antes de saborear el trago como si fuera oro líquido.

Una hora después, o tal vez dos, hemos bebido más que un par de copas. Menos mal que tolero bien el alcohol, pero noto sus efectos en la lentitud de mis pensamientos. El whisky empieza a teñir el ambiente de esa calma engañosa.

—Ya me ha comentado Cay vuestro pequeño problemilla... —Dirk me mira con intensidad, como si acabara de desvelar un secreto.

«¿Nuestro problemilla?». Dudo que Yurena le haya confesado la verdad, pero no puedo dejar que note la sorpresa en mis ojos. No tengo ni idea de qué cojones está hablando.

—Yorena se lo contó el otro día. Ya te dije que mi mujer es muy observadora. Se os veía tensos, solo había que estar atento a los pequeños detalles —añade, con un tono que roza lo

conspirativo.

—¿Detalles? —respondo, incómodo, aunque el whisky empieza a hacerme sentir más expuesto—. No sé a qué refieres. Estamos bien, algo cansados con el viaje, pero bien.

—No te preocupes, puede que esta noche la cosa vaya mejor y se libere de una vez por todas esa tensión... —me suelta con una sonrisa ladeada que no me gusta ni un pelo.

Asiento despacio, llevándome la copa a los labios, sin apartar mi mirada de él. No sé qué tiene su manera de decir las cosas, pero me está poniendo en alerta. Hay algo detrás de esa sonrisa, algo que no termino de entender, y que no me gusta nada.

Entonces, Dirk levanta la copa en alto, pero su mirada se queda fija en un punto detrás de mí. Siento un nudo en el estómago antes de girarme, una sensación que me avisa de que lo que está por suceder va a dejarme fuera de combate. Me doy la vuelta, despacio, y lo que veo me golpea de lleno, un puñetazo directo al pecho.

Cayetana y Yurena vienen hacia nosotros. Pero es ella quien me deja clavado en el sitio.

Sus ojos color miel se clavan en mí, directos al corazón, atravesándome sin piedad.

Camina con una seguridad que casi me duele, como si el aire alrededor se moldeara a su paso. Ese maldito vestido rojo... No es solo que le quede bien, es que parece diseñado para hacer que todo el mundo se olvide de respirar cuando la ve. La tela se mueve con ella, acariciando cada curva y, por si no fuera suficiente, deja expuesto uno de sus muslos, dándole ese toque que hace que sus piernas parezcan infinitas. Piernas que, en este momento, podrían ser responsables de mi jodida perdición.

La gente se aparta sin querer, como si estuvieran presenciando algo sagrado. El pelo le cae por delante, cubriendo lo justo del escote, dejando suficiente a la vista para que la imaginación haga el resto.

Y yo, por más que lo intento, no puedo dejar de mirarla.

«Joder».

## CAPÍTULO 39

### *Clavel de Poeta*

—¡Las reinas de la noche llegan justo a tiempo! —exclama Dirk, levantándose para recibarnos con los brazos abiertos, como si fuéramos celebridades.

Desvío la vista hacia Elías, que se levanta despacio, con la cautela de quien teme espantar a un animal salvaje. Nuestras miradas se encuentran y, de inmediato, contengo la respiración. Su forma de mirarme es tan intensa que siento cómo recorre cada fibra de mi ser, provocándome un cosquilleo que no puedo ignorar.

Cayetana me adelanta, apresurándose a darle dos besos a Elías, estampando sus gruesos labios en sus mejillas con demasiado entusiasmo. Me empieza a molestar esa confianza desmedida. Lo observo de pies a cabeza y me sorprende ver que no lleva una de esas camisas horteras de flores y en su lugar, va vestido de una manera casual, pero elegante, manteniendo su estilo. La camisa blanca le queda espectacular, marcando cada uno de sus fuertes músculos y dejando entrever su piel por esos botones desabrochados. Y es entonces cuando noto algo que antes había pasado desapercibido, seguramente porque su mirada me había hipnotizado: Elías se ha afeitado el bigote. Y, para colmo, está guapísimo. Aunque, si soy sincera, echaré de menos esa oruga a la que empezaba a cogerle cariño. No sé por qué, pero había algo familiar en ella.

—¡Te lo has quitado! —anuncia Cayetana, acariciándole la mejilla con esas uñas largas mientras me lanza una mirada ladina—. Es una pena, me encantaba cómo te quedaba.

—Alguien me dijo que no me pegaba, así que no perdía nada por cambiar. Hay que asumir riesgos... —comenta, retirando la mano de Cayetana con suavidad, sin apartar los ojos de los míos.

«Asumir riesgos». Las palabras me atraviesan el pecho como balas.

Mis piernas flaquean cuando llega a mi altura y me rodea la cintura con posesión y cada uno de sus gestos me ancla aún más a este momento. Su cercanía me hace perder el hilo de todo lo que ocurre a mi alrededor. El mundo se detiene, y el aire se vuelve espeso, difícil de respirar.

—¿Estás bien? —pregunta en voz baja, con una sonrisa que parece saber demasiado.

—Perfectamente —respondo, aunque mi corazón late tan rápido que dudo que me crea.

Mantiene su mirada fija en la mía, y en ese instante, siento que no es solo un juego, que hay algo más detrás de esos ojos que me desnudan con cada segundo que pasa. Pero no puedo permitirme pensar en eso ahora.

—Estás preciosa, Yurena —susurra, apresándome en su mirada.

—Gracias... —murmuro, sintiendo cómo mis mejillas arden al instante.

—Todo ha sido gracias a mí —interviene Cayetana, sin que nadie se lo haya pedido, rompiendo el hechizo mientras mueve sus caderas de un lado a otro.

Elías sonríe de lado, esa sonrisa que consigue que mi corazón dé un vuelco, y presiona mi cadera. Una descarga eléctrica recorre cada rincón de mi cuerpo, dejándome sin aliento. ¿Por qué siento que esta complicidad va mucho más allá de lo que parece?

—¿Has hecho la reserva? —pregunta Cayetana a su marido, como si nada de lo que acaba de pasar tuviera la menor importancia.

—No te preocupes, está todo resuelto —responde él, guiñándole un ojo y sellando la frase con un beso en los labios.

Cayetana nos hace un gesto para que la sigamos, y Elías retira su mano de mi cadera. En cuanto lo hace, ya echo de menos su cercanía. Pero antes de que me invada ese vacío, entrelaza sus dedos con los míos, guiándome con calma hasta nuestra mesa. Retira mi silla con una sonrisa, invitándome a sentarme, y lo hago bajo su atenta mirada, tratando de no perder la compostura. Me distraigo mirando los detalles sobre la mesa, cuando, de repente, me pilla desprevenida con un beso suave en la mejilla. Un gesto inesperado que consigue alterar mi estabilidad. Suspiro, intentando controlar el torbellino que acaba de despertarse en mi interior.

«Solo ha sido un pequeño beso», me repito, aunque mi cuerpo no parece escucharlo.

Elías se sienta frente a mí junto a Dirk, intercambian un par de palabras y, de repente, me mira con esa expresión que dice: «Tranquila, está todo controlado». Pero el problema es que yo estoy perdiendo el control. No sé qué me pasa desde que nos reencontramos, pero siento algo diferente en el ambiente que nos rodea. Cada pequeño detalle suma, cada mirada, cada gesto, hasta su manera de vestir. Ha dejado atrás esas camisas de flores que tanto aborrecía, pero que, de alguna forma, formaban parte de él.

—Espero que no os importe, pero ya hemos pedido. El chef se encargará personalmente de nuestra mesa —anuncia Dirk con una sonrisa—. Nos obsequiará con varios platillos para que podamos degustar todo tipo de manjares. Me encanta probarlo todo —determina con su marcado acento.

—Perfecto —comenta Elías, apurando de un trago lo que le queda en la copa.

Me llevo la mía a los labios, evitando responder. Tengo el estómago cerrado, y no creo que sea capaz de comer. Elías me roza la pierna bajo la mesa, y de inmediato siento cómo todo mi cuerpo se tensa. No ha dejado de mirarme desde que nos sentamos, aportando algo de vez en cuando a la conversación, pero su mirada siempre regresa a mí. Y, después de lo que ha pasado hoy, no puedo evitar sentir que me estoy confundiendo con cada uno de sus gestos. Solo está haciendo su papel, por eso en el lago se alejó cuando estuvimos tan cerca. Es lo más lógico. Ahora, aquí, sigue interpretando a la perfección su personaje. Debería tomar ejemplo, enderezarme y dejar de lado todas estas tonterías, seguir con este juego que yo misma empecé.

—Nos encanta cenar fuera —ronronea Cayetana con un tono sensual que no pasa desapercibido.

La miro de reojo, sintiendo que sus palabras llevan algo más escondido.

—¿A quién no? Y más cuando puedes disfrutar de nuevas experiencias —respondo, enfocándome en los platillos que empiezan a llegar.

—Hay que arriesgarse a probar nuevos sabores —añade Dirk con su mirada fija en mí.

—Hoy pienso probarlo todo. —Alzo mi copa hacia la mesa y la bebo de un trago.

Dirk y Cayetana intercambian una mirada cómplice, como si compartieran un secreto que está fuera de mi alcance.

—Yorena, tienes que probar esta ostra —me apremia Dirk, con entusiasmo—. Es una ostra Amélie con emulsión de ají amarillo, fondo de maracuyá, pepino y cilantro.

Cayetana me acerca la ostra, y siento todas las miradas clavadas en mí. ¿Qué pretende? ¿Me va a hacer el avión con la concha? Miro a Elías buscando apoyo, pero él simplemente me sostiene la mirada por encima de su copa, como si estuviera disfrutando del espectáculo. Será traicionero. La ostra se aproxima cada vez más a mi boca, y al final, sin poder evitarlo, sucumbo a las atenciones de mi supuesta mejor amiga. Entreabro los labios, primero con cuidado, pero cuando la ostra está frente a mí, no me queda más remedio que abrir la boca de par en par para recibirla.

—¿Qué tal? —pregunta Dirk, arqueando una ceja con curiosidad.

—Mmmm —murmuro, saboreando los contrastes que se armonizan en mi paladar.

La textura suave y el toque salado explotan en mi lengua. El picante, aunque controlado, se roba el protagonismo, pero la frescura de la ostra lo suaviza, mientras la acidez tropical del maracuyá se equilibra perfectamente con el crujiente del pepino. Cierro los ojos, dejando que cada matiz se despliegue, disfrutando de mil sensaciones que recorren mi cuerpo.

—Está exquisito —susurro, casi sin aliento.

—Sabía que Yorena, apreciaría los sabores exóticos —apunta Cayetana, complacida.

Cuando abro los ojos, me topo con la mirada penetrante de Elías. Tiene los labios entreabiertos y la copa suspendida a unos centímetros de su boca, como si se hubiera quedado petrificado por la mirada de una gorgona. No puedo evitar sentir un escalofrío eléctrico recorrerme al verlo así, congelado en ese preciso instante.

La cena transcurre entre conversaciones achispadas por el alcohol y roces furtivos bajo la mesa. ¿Intencionados? No lo sé, pero la sensación de tenerlo a mi lado es algo que no quiero perder, al menos no por ahora. Es mi salvavidas en esta tormenta de mentiras. Mi cómplice en esta película que inventé y de la que aún no conozco el final.

—Dejad un hueco para el postre —comenta Cayetana, alternando su mirada entre nosotros, con esa sonrisa misteriosa que siempre esconde algo.

—¿Pero hay más? —pregunto, sorprendida, porque pensaba que ese carrusel de mini pastelitos era el postre.

—Claro, o sea, pero más tarde... —responde, rozando mi hombro con una caricia suave que no termina de relajarme.

—Ya sabes que yo siempre tengo hueco para el postre —añade Dirk, con una sonrisa cómplice que me hace preguntarme a qué se refiere realmente.

La música cambia, al igual que las luces que nos rodean, anunciando el inicio de la noche de bachata y la voz de Marc Anthony nos envuelve. Apenas tengo tiempo para reaccionar cuando Cayetana, impulsada por una fuerza sobrenatural, me agarra de las manos y me levanta de la silla, arrastrándome sin contemplaciones hacia la pista. Está decidida a arrasarla con el toque de sus caderas, y yo no tengo otra opción más que seguirle el ritmo. En cuestión de segundos,

estamos rodeadas de parejas que ya empiezan a moverse al ritmo lento y sensual de la bachata. Ella se mueve como si fuera la protagonista de *Baila conmigo*, mientras yo, por mi parte, intento seguir su ritmo. Mis movimientos son torpes al principio, pero poco a poco empiezo a recordar las clases que tomé con la intención de sorprender en el baile de mi boda.

«Un recuerdo que planeo enterrar bajo todas las nuevas experiencias que estoy viviendo en este viaje».

El alcohol que corre por mis venas actúa de detonante, liberándome de cualquier inhibición y haciéndome perderme en la música. Me dejo llevar, sintiendo cómo cada nota me empuja a moverme sin pensar, solo disfrutar.

Justo cuando estoy empezando a sentirme más cómoda, unas manos se posan en mis caderas, siguiendo el ritmo que marco con la música. Mi cuerpo se relaja ante su contacto, y me dejo llevar por sus movimientos suaves. No tenía ni idea de que se le daba tan bien bailar. Me giro, sorprendida, porque no esperaba algo así de él. Pero para mi sorpresa, quien está cada vez más pegado a mí es Dirk, con una sonrisa enorme en el rostro. ¿Por qué tengo la sensación de que me mira como si fuera el postre del que hablaba antes? Doy un paso atrás, incómoda, aunque alguien me empuja, obligándome a volver a acercarme. Él aprovecha el momento para colar una pierna entre las mías y deslizar su mano bajo mi espalda.

—Dirk, voy a buscar a Elías —anuncio, pero él me hace un gesto señalando su oído, indicando que no escucha nada. Suspiro, acercándome más para susurrarle.

Él malinterpreta mi gesto y me presiona contra su cuerpo, impidiéndome alejarme, mientras roza mi cuello con la punta de su nariz. Trago saliva, inquieta por la situación.

—Voy a buscar... —intento repetir, pero antes de terminar, una mano empuja a Dirk, alejándolo de golpe. Un brazo se coloca frente a mí, como una barrera protectora—. Elías... —murmuro, sintiendo un alivio inexplicable.

Elías permanece ahí, estoico, como una estatua.

—Tranquilo, solo es un simple intercambio de parejas... —consigo escuchar a Dirk, por encima de la música.

Ambos hombres se sostienen la mirada durante unos segundos que se sienten interminables. Elías aprieta la mandíbula, tensando todos los músculos de su rostro, mientras cierra el puño con tanta fuerza que sus nudillos se vuelven blancos. Dirk, con una sonrisa ladina en los labios, asiente y me guiña un ojo antes de darse la vuelta.

Elías se gira despacio, con un gesto serio que poco a poco se desvanece, dejando paso a una sonrisa más relajada.

—¿Me buscabas? —pregunta, con esa sonrisa divertida que parece cambiar por completo el ambiente tenso de hace un momento.

Entrecierro los ojos, porque hay algo diferente en su mirada, algo que no termino de descifrar.

—Sí, ¿te apetece bailar? —le pregunto con un atisbo de duda, recordando ese baile que, años atrás, no se pudo dar.

Su semblante pasa por varias fases, conteniendo algo que parece no querer liberar. Sus labios se convierten en una fina línea, y siento cómo mis hombros caen abatidos, anticipando su

negativa.



## CAPÍTULO 40

### *Girasol*

Justo entonces, algo cambia. La canción se convierte en una balada, y la letra de *Amar sin mentiras* se desliza entre nosotros, envolviéndonos en su ritmo suave. Sus dedos se entrelazan con los míos, y me acerca a él, pegándome aún más. El ambiente se vuelve más denso, como si todo a nuestro alrededor desapareciera.

—Te advierto que no se me da muy bien, puede que te pise —me dice con cautela, con una pequeña sonrisa en sus labios.

—Tú solo sígueme —le respondo, aferrándome a él con más fuerza de la que había planeado.

—Te seguiré —susurra, con un brillo especial en la mirada.

*Aquí me ven  
Tratando de dejar atrás  
Las malas cosas del pasado*

Elías me sujeta con firmeza, pero con ese toque de cuidado que siempre tiene conmigo. Siento su calor envolverse mientras la música nos arrastra. Al principio, sus pasos son torpes, pero poco a poco empieza a seguirme con más soltura, confiando en mis movimientos. Nuestros cuerpos se mueven al unísono, y por unos segundos, es como si fuéramos las únicas dos personas en la pista.

Hemos retrocedido en el tiempo, a ese momento que creíamos olvidado.

*Y como un hombre asumiré  
Que voy a retomar mis pasos  
Que lo que nunca pudo ser es cosa  
Del pasado*

Me dejo acunar por sus movimientos, atrapada en su mirada, perdiéndome en los destellos aguamarina de sus ojos. Por un instante, tengo la sensación de que un tsunami está a punto de arrastrarme, llevándose consigo el dolor, las mentiras, los cimientos frágiles de una relación basada en un engaño. Mi respiración se acelera a medida que su presión bajo mi espalda aumenta, el corazón late con fuerza en mi garganta, y mis ojos se deslizan hacia su boca entreabierta. Siento su aliento tan cerca que casi puedo saborear el whisky que bebió antes. La sangre me sube a las mejillas cuando su pulgar empieza a dibujar pequeños círculos en mi piel. Trago saliva, con la garganta seca, y humedezco mis labios, sin poder apartar la mirada de los suyos.

*Amar sin mentiras*  
*Quiero amar sin mentiras...*

Me obligo a reposar la cabeza sobre su pecho, intentando calmar el torbellino dentro de mí. Escucho los latidos de su corazón, rápidos, desbocados. ¿Está nervioso? De soslayo, veo a Cayetana y Dirk pendientes de nosotros, y el eco de sus palabras resuena en mi mente: esta noche era para disfrutar, para liberarme. ¿Puede que haya destapado nuestra pantomima? ¿Y todo esto sea para demostrar nuestra mentira? La idea se instala en mi mente, como una sombra que me cuesta apartar. Pero si es así, este sería el momento perfecto para demostrar lo contrario, para dejar claro que estamos enamorados... aunque solo sea por esta noche.

Con esa idea en la cabeza, me separo de la calidez de su pecho, lo miro por un segundo con intensidad y me pongo de puntillas, con una única dirección en mente. Las alarmas en mi cabeza comienzan a sonar, todas a la vez, repitiendo que no lo haga. Las voces de las niñas gritan al unísono que no me deje llevar, como si fueran las emociones de *Del revés*. Pero decido no escucharlas, no esta vez. Decido saltar.

Sé que todo es una mentira, pero necesito demostrarme a mí misma que lo que empiezo a sentir no es real.

—Yurena. —La voz de Elías me frena en seco.

—Bésame —le susurro, muy cerca de sus labios. Elías gira ligeramente la cabeza, observando a la pareja que nos mira desde la distancia—. Solo será un beso, sígueme el juego, nos están mirando... —Clavo mi mirada en la suya antes de deslizarla hacia sus labios. Cierro los ojos y acerco mi rostro al suyo.

Pero justo en el momento en que nuestros labios deberían tocarse, Elías me coge por los hombros, apartándome. Abro los ojos de golpe y me encuentro con su mirada, dolida, y una sensación de vacío que me cala hasta los huesos.

—Será mejor que nos vayamos —dice, metiendo las manos en los bolsillos y avanzando sin mirar atrás.

Me deja ahí, congelada, con el frío perforándome hasta lo más hondo de la piel. Lo veo alejarse con pasos rápidos, tratando de huir de todo, de mí, de lo que acaba de pasar. Por un instante, siento que me ha apartado de su lado por repulsión, como si besarme fuera una enfermedad mortal. El pensamiento me quema por dentro, y sin darme cuenta, corro detrás de él antes de perderlo de vista entre las palmeras. No voy a dejarlo escapar. No así.

—¡Elías! —le grito, acelerando el paso hasta alcanzarlo.

Se detiene de golpe, clavado en el sitio.

—Yurena, no. Déjalo.

—No, no pienso dejarlo —determino, decidida a continuar.

—¡Joder! —ruge entre dientes.

—¡Solo te he pedido un beso! —Siento que las palabras me salen a borbotones, como si intentara aferrarme a algo, a lo que sea.

Se gira lentamente, y en su mirada veo un maremoto, una tormenta que amenaza con arrasar

con todo.

—¡No es solo un beso...! —exclama con la voz rota por la rabia contenida.

—No hacía falta que me metieras un morreo, solo era pegar nuestros labios —respondo, sintiendo cómo las palabras se me escapan, innecesarias. ¿Por qué estoy justificándome?—. ¿Tanto asco te da besarme?

Me mira, sin entender mis palabras, y el aire entre nosotros se vuelve insoportable.

—¿Por qué dices eso? —pregunta, pasándose una mano por el pelo, como si con ese gesto pudiera arrastrar lo que acaba de pasar, borrar lo que no quiere afrontar.

—Por la cara de repulsión que pusiste en el lago —respondo, con la voz quebrada.

—No sabes nada, Yurena. No tienes ni puta idea de lo que... —Se calla, mordiendo las palabras, pero sus ojos dicen más de lo que nunca ha dicho. Hay algo ahí, algo que me golpea con la fuerza de un huracán.

—¿Qué es lo que no sé? ¿Por qué, en lugar de seguir jugando a las adivinanzas y evadir la verdad como siempre has hecho conmigo, no me cuentas lo que realmente pasa? —grito con la indignación quemándome por dentro—. ¡La puta verdad, Elías!

—La verdad... —repite, despacio, como si esas palabras pesaran más de lo que está dispuesto a cargar—. Si no la has visto ni cuando la tenías delante... —Se mueve de un lado a otro, midiendo cada palabra con cuidado.

—Eso era antes. Ahora todo ha cambiado, todo es diferente. —Respiro hondo, intentando que no se me quiebre la voz—. Ya no puedo seguir viviendo con dudas, necesito saberlo, necesito la verdad.

—¿Quieres la verdad? —pregunta, clavando sus ojos en los míos, con una intensidad que me deja sin aire.

Me atraviesa con la mirada, y entonces, antes de que pueda siquiera procesarlo, siento su mano enterrarse en mi pelo, justo en la nuca, y su rostro precipitarse hacia mí. Sus labios chocan con los míos y, en un segundo, todo lo que soy se desmorona. Elías me besa con una intensidad que me abruma, arrasando como un tsunami todas las dudas que nos rodeaban. Y, al mismo tiempo, siento que me recompone y que cada una de las piezas sueltas en las que me había convertido vuelve a encajar, de una forma que solo él podría lograr. Su lengua se encuentra con la mía, acariciándola con una pasión arrolladora que me deja sin aliento. Sus dedos se hunden en mi piel, profundizando el beso, y me siento en el epicentro de un terremoto de sensaciones.

Jadeo contra su boca, extasiada por todo lo que me hace sentir con el simple roce de nuestros cuerpos. Mis manos se aferran a su camisa, como si temiera que se desvaneciera en cualquier momento, mientras aspiro profundamente, embriagándome de él, de su olor, de su calor, sintiéndolo penetrar cada centímetro de mi piel. Me siento viva de una forma que no recordaba. Su boca se separa apenas un milímetro, pero la necesidad de más sigue ahí, palpitante, entre ambos.

Nuestros ojos se encuentran de nuevo, y en esa mirada veo un abismo del que sé que será difícil salir, pero ya no quiero retroceder.

# CAPÍTULO 41

*Rosa Roja*

—Elías, creo que necesitas repetirme *esa verdad* —susurro, con mis labios apenas rozando los suyos.

Sus comisuras se alzan en una preciosa sonrisa, una que ilumina la oscuridad que nos rodea. Acuna mi rostro entre sus manos, mirándome con una intensidad que me alcanza el alma. Mi corazón sigue latiendo a mil, igual que el suyo, y nuestras respiraciones siguen siendo entrecortadas, como si por fin estuviéramos soltando todo lo que llevábamos guardando estos días.

—Si es lo que quieres, la repetiré cuantas veces haga falta.

—Hazlo, me cuesta captarlo a la primera —murmuro, anhelante, deseando sentirlo de nuevo.

—Lo haré, pero te advierto una cosa; una vez que empiece no podré parar.

—Entonces, no pares —sentencio, aferrándome a su camisa, sin intención de soltarlo.

Sus labios colisionan con los míos, moviéndose con suavidad mientras su lengua acaricia la mía, reconociéndola, saboreándola. Jamás imaginé que besar a Elías me haría sentir tan bien, como si mi cuerpo hubiera estado esperando este momento. Tiro de la tela de su camisa, atrayéndolo hacia mí porque necesito más, mucho más. No sé si es el alcohol aún calentando mi sangre, pero siento la piel en llamas. El mundo desaparece a nuestro alrededor; solo existimos él y yo en este instante. Gimo contra sus labios, desbordada por todo lo que está despertando en mí.

Sus besos desatan los nudos que me ataban al pasado, arrastrando las mentiras y dibujando un presente donde solo importamos nosotros dos.

Elías me penetra con su lengua, con una rudeza que me deja sin aliento, como si se estuviera liberando de todas las cadenas que lo mantenían preso. Deja atrás la delicadeza y desliza su mano hasta mis caderas, presionando con una firmeza que envía una descarga eléctrica por todo mi cuerpo, avivando una llama que creía extinta. El sabor del whisky me embriaga, y cierro los párpados con fuerza, dejando que mis emociones tomen el control. Ahora mismo, no soy capaz de pensar si lo que estamos haciendo está bien o mal. Solo quiero seguir besándolo, sintiéndolo en cada poro de mi piel. Llevo mi mano a su pelo, enterrando mis dedos mientras profundizo el beso, perdiendo la poca cordura que me quedaba.

Esa parece ser la señal que Elías necesitaba para liberar a su animal interior. Sus manos apresan mi trasero, y de un salto, rodeo con mis piernas su cintura. Ahora sí. No pienso bajarme de aquí. Nuestras lenguas danzan al compás de los latidos erráticos de nuestros corazones, moviéndose cada vez más rápido, sin darme tregua para respirar. Ya no hay vuelta atrás. Mis caderas se acoplan a su cuerpo, mientras la tela del vestido se va subiendo, enroscándose en mi cintura. Su agarre se vuelve más posesivo, salvaje, apretándome contra él con una intensidad que me deja sin oxígeno. Siento su dureza presionando la fina tela del tanga que cubre mi sexo,

encendiendo cada fibra de mi ser.

Un gemido escapa de mis labios cuando los dedos de Elías se clavan con fuerza en mi piel. No podemos parar de besarnos; nuestras respiraciones entrecortadas apenas nos permiten tomar aire, pero ninguno de los dos está dispuesto a separarse más de lo que ya hemos estado. Su lengua se enreda con la mía en un baile frenético, y yo intensifico el beso, atrapándolo con mis labios. Su miembro pulsa contra mi sexo, y la necesidad de sentirlo más allá se vuelve imposible de ignorar.

—Yurena... —susurra con una voz ronca, cargada de deseo.

—Elías... —murmuro, pasando mi lengua lentamente por sus labios.

—Joder, no hagas eso.

—¿Qué? —Absorbo su labio inferior entre los míos, saboreándolo con picardía mientras pego mis caderas a las suyas y lo suelto despacio.

«Estoy desatada».

—¡Dios, me vas a volver loco!

—Vuélvete loco —ronroneo, disfrutando del poder que siento sobre él.

Elías mira por encima de mi hombro, luego desvía la vista a mis labios y asiente, como si tomara una decisión. Sin decir nada más, comienza a andar conmigo agarrada a él, en dirección a nuestra habitación. No sé cómo ha pasado la tarjeta sin dejar de besarme, pero lo ha hecho sin apenas esfuerzo. Sus besos son cada vez más salvajes, su lengua dominante y sus manos marcan con la yema de sus dedos cada una de las zonas donde toca, dejándome llagas en la piel. Estoy a punto de combustionar. Ambos estamos al límite, las ganas que nos tenemos nos queman por dentro y no podemos frenar el tsunami que está a punto de arrasarnos con todo lo que somos.

Camina conmigo hasta una pared cercana y me deja atrapada, apoyando mi espalda contra ella. Sus labios abandonan los míos, pero su lengua, caliente, lame mi cuello con una suavidad aterciopelada que envía descargas eléctricas directas a mi sexo. El tirante del vestido cae, rindiéndose a él, y Elías aprovecha el momento para inclinarse y morder suavemente mi hombro, arrancándome un suspiro que no puedo reprimir. Lo agarro con fuerza, intentando contener el fuego que arde entre mis piernas. Jadeo sin control cuando siento la humedad empapando la tela. Su mano se desliza lentamente por mi muslo, acariciándolo con una suavidad peligrosa, mientras me dedica una mirada lobuna que promete mucho más de lo que soy capaz de imaginar. Juega con el elástico de mi tanga, recorriéndolo arriba y abajo, torturándome. Desenrosco una de mis piernas con suavidad y arqueó mi espalda, ofreciéndome a él, invitándolo sin palabras a seguir adelante.

Cierro los párpados anticipando lo inevitable, mientras mi piel se electriza, y una corriente salvaje, cargada de deseo, me atraviesa por completo. Las yemas de sus dedos, ásperas, recorren lentamente el interior de mis muslos, hasta detenerse en seco. Abro los ojos de golpe, encontrándome con los suyos, fijos en mí, con sus pupilas dilatadas al máximo. Su mirada es la de un depredador, preparado para cazar a su presa, y yo soy su objetivo. Elías exhala un leve suspiro, acariciando con su aliento caliente mi boca entreabierta. Me humedezco los labios, resacos y sedientos de sentir su contacto.

—No pares ahora... —gimoteo, casi suplicando, mientras mis caderas se arquean en un

intento desesperado por acercarlo más a mí.

Él suelta un gruñido bajo, como si estuviera luchando por conservar el control, pero sigue manteniéndome justo al borde. Sus dedos, apenas rozándome, envían ondas de placer a cada rincón de mi cuerpo, pero aún no es suficiente. Necesito más.

—No te imaginas lo que me haces sentir —murmura contra mi piel con una calma que contrasta con la tormenta que desata en mí. Se acerca a mi oído y añade—: Pero no tengo prisa, voy a disfrutarte a cada paso.

Su promesa me excita de una manera que no puedo controlar, encendiendo cada parte de mí. Cierro los ojos, entregándome por completo a la intensidad del momento, por la tensión que crece entre nosotros y la sensación de que el mundo está a punto de estallar. Demasiados años sin sentirme deseada, una eternidad sin experimentar un placer como este. Él con sus manos borra el vacío que llevaba tanto tiempo arrastrando, sustituyéndolo por una vorágine de sensaciones que me recorre de arriba abajo.

—Entonces, no te detengas... tócame, saboréame... —digo entre jadeos, sin apartar mis ojos de los suyos—. Disfrútame toda la noche...

—Yurena... —susurra ronco a un palmo de mi boca, justo antes de volver a devorarla con fiereza.

Sus dedos recorren el límite de mi ropa interior, rozando levemente mis labios hinchados, delineando la forma de mi clítoris con una precisión que me enloquece, acariciándolo con tal sutileza por encima de la lencería que mi cuerpo se estremece por completo, provocándome un infarto de placer. Elías abandona mi boca, pero sin apartar sus ojos aguamarina de los míos, empieza a masajear mi entrada a través de la tela, dibujando círculos lentos que hacen que todos mis músculos se tensen a la vez. Lo hace con una calma exasperante, sin desviar la mirada. Me está matando, aún no hemos ido más allá y ya estoy a punto de desfallecer. Necesito sentir su piel junto a la mía, y, desesperada, llevo mis manos a su camisa. Tiro de la tela con violencia, arrancando los botones.

—Eres una salvaje —murmura, mientras su mano caliente presiona mi sexo, arrancándome un gemido que se escapa antes de poder controlarlo.

«Más, necesito más».

Sigo deslizando mis manos por sus duros pectorales, notando cómo cada músculo se tensa bajo mis dedos, hasta que llego a sus abdominales. Con un temblor de anticipación, mis manos descienden aún más, alcanzando el cierre de su pantalón. Sintiendo la dureza que clama por liberarse, desabrocho el botón y bajo la cremallera, mientras él me observa con intensidad. Su pantalón cae junto a su ropa interior al suelo y su erección, firme y desafiante, me da la bienvenida con una sacudida. La tomo entre mis manos, palpando su envergadura, comprobando el grosor que late bajo mis dedos. Empiezo a moverme con suavidad, de arriba abajo, sintiendo cómo se endurece aún más, si es que eso es posible.

Elías, sin apartar sus ojos de los míos, desliza sus dedos y aparta la tela de mi ropa interior. Toca mi entrada, empapándose de mi humedad, y lentamente introduce un dedo, calculando cada una de mis reacciones. Adelanto mis caderas, animándolo a seguir, mientras sigo aferrada a su dureza, notando cómo se engrosa en mi mano. Gruñe entre dientes, y sin dejar de mirarme, introduce tres dedos, penetrándome con una destreza que me desarma por completo. Ahonda en

mi interior mientras acaricia mi clítoris, y siento que me derrito en su mano. Nos rendimos al placer, desatando todas nuestras barreras y liberándonos al deseo que nos consume.

—¡Elías! —jadeo, cuando siento la explosión del orgasmo recorrerme de pies a cabeza.

Él retira los dedos de mi interior y, sin dejar de mirarme, se los lleva a los labios, saboreándose despacio. Ese gesto hace que el calor me recorra de nuevo y, de repente, ya estoy otra vez empapada. Mis piernas flaquean al buscar apoyo en el suelo, aún sintiendo los latigazos del orgasmo que sacuden mi cuerpo. Con manos temblorosas, deslizo el vestido por mi piel hasta que cae a mis pies, quedándome en ropa interior. Siento su mirada clavada, lo que hace que mi respiración se vuelva más pesada. Llevo las manos a los laterales del tanga y lo bajo despacio hasta que cae junto al revoltijo de ropa, y me quedo completamente desnuda ante él. Mi piel arde, y el frescor del aire acondicionado endurece mis pezones al instante. Sus ojos se desvían hasta mis pechos, admirándolos con deseo. Mi corazón sigue latiendo con fuerza en la garganta, y respiro, agitada, luchando por recuperar el aliento.

Elías me toma de la mano, guiándome por el dormitorio hasta la cama y me dejo llevar. Ahora mismo iría con él hasta el fin del mundo si me lo pidiera. Con suavidad, empuja mi cuerpo hasta que acabo tumbada entre las almohadas. Sus manos recorren mis curvas, acariciándome con esa mezcla de ternura y deseo que me enloquece, hasta llegar a mis pechos. Con delicadeza, acaricia uno de mis pezones, erizando mi piel con su contacto, mientras sus labios lo apresan y su mano masajea el otro con la misma destreza. Su incipiente barba roza ligeramente mi piel, y una ola de calor se expande entre mis piernas.

—Quiero aprenderme de memoria cada una de tus curvas —murmura, agarrando mis caderas, arrastrando mi cuerpo por las sábanas, atrayéndome hacia él.

Me abro de piernas para acomodarme a su cintura, sintiendo cómo su enorme envergadura presiona en mi entrada. Con movimientos lentos y tortuosos, su miembro se desliza entre mis pliegues, embadurnándose de la humedad caliente que cae sin control. Me acaricia sin llegar a entrar, rozando justo ese punto de placer que me vuelve loca. Repite los movimientos despacio, torturándome.

—Más... —susurro, suplicante.

Me dedica una sonrisa de suficiencia antes de separarse unos centímetros, y la distancia me resulta casi dolorosa. Bajo mi atenta mirada, se coloca con calma un condón, y yo me muerdo los labios, preparándome para sentirlo dentro. Tantea, introduciéndose apenas un poco, para luego retirarse, arrancándome un gemido de decepción.

—Elías... —Muevo mis caderas, buscando más.

—Yurena... —pronuncia mi nombre con firmeza, como una advertencia cargada de deseo.

Y de una estocada dura y precisa, me penetra hasta el fondo. Mis ojos se abren de par en par cuando lo siento llenándome por completo, y un grito de placer escapa desde lo más profundo de mi garganta. Se mantiene quieto durante unos segundos, dándome tiempo para adaptarme a su envergadura. Gruñe con fuerza cuando aprieto su miembro, aprisionándolo en mi interior, como si el placer lo desbordara por completo. La sensación de tenerlo tan profundo y sentir su reacción me enciende aún más. Lo rodeo con mis piernas, acoplándome a él, dándole total acceso. Elías se mueve dentro de mí, dominante, aferrando mis caderas para intensificar cada embestida. Me humedezco los labios, sintiéndolo en cada rincón, y un jadeo irrefrenable brota de mi pecho, más

fuerte de lo que imaginé. Su boca busca la mía con fiereza, y nuestras lenguas se enredan en una batalla por el control mientras su ritmo se acelera. Sus embestidas se vuelven salvajes al sentir los calambres de mi cuerpo, y cada gruñido suyo eleva mi temperatura. Arremete contra mi sexo con una lujuria desmedida. Sin piedad. Gimo extasiada, retorciéndome al sentir el calor del orgasmo que se avecina. Arqueo la espalda, dándole más acceso, y Elías lo aprovecha, acelerando el vaivén de sus caderas. Lo rodeo con los brazos, clavándole las uñas en la espalda, mientras una oleada de placer se apodera de mí. Su dureza sigue penetrándome sin restricciones, sin descanso, llevándome al límite.

Y como un tsunami, el orgasmo nos arrastra, dejándonos exhaustos, completamente rendidos, sin fuerzas, pero saciados por completo. Todo lo que existe ahora es el eco de nuestros cuerpos temblando, el sonido de nuestras respiraciones aún desbocadas, mientras el mundo parece desvanecerse a nuestro alrededor.



Me acurruco en el hueco de su brazo, dejando que mis dedos acaricien con suavidad sus firmes pectorales. Mi mirada se pierde en el vacío, reviviendo la conversación que nos ha traído aquí. La piel se me eriza desde la nuca hasta los pies, y Elías me cubre con la sábana sin decir nada. Es como si me leyera a la perfección sin necesidad de palabras. Suspiro, giro la cabeza y nuestros ojos se encuentran, encajando como las piezas de un rompecabezas. Mis dedos trazan círculos suaves alrededor de su pezón, y me humedezco los labios, casi de forma instintiva, sin darme cuenta de que lo estoy haciendo.

—Oye, Elías... —murmuro, perdiéndome en sus iris aguamarina.

—Dime, princesa.

—Ahora quiero que me cuentes la verdad.

—¿Quieres que te lo diga una y otra vez? —pregunta con esa sonrisa seductora que, una vez más, busca tentarme.

Le doy un suave golpe con los nudillos.

—No... quiero que me lo digas con palabras. Que me cuentes qué pasó aquel junio, el de la verbena.

La atracción que siento por él es innegable, y esta conexión que siempre estuvo ahí acaba de hacerse tan real como el aire que respiramos. Pero necesito saber qué sucedió aquel verano. Él me mira con intensidad, como si estuviera evaluando su respuesta, midiendo cada palabra que va a decirme. Después de lo que ha pasado entre nosotros, ya nada será igual. Si queremos avanzar, tiene que ser con la verdad.

Se acabaron las mentiras.

## CAPÍTULO 42

*Rosa Amarilla*

*Elías.*

*Pasado;*

—¿Lo tienes todo listo? —me pregunta mi madre desde la cocina.

Contemplo el sobre que descansa en la colcha de la cama y repaso mentalmente cada cosa que necesito antes de ir hasta el armario. Abro las puertas y muevo las perchas, asegurándome de que la ropa sigue donde la dejé ayer.

—Cariño, está limpia y planchada —comenta mi madre en el quicio de la puerta, observándome con una sonrisa.

—Ya, ya, solo quería comprobarlo una vez más —respondo, pasándome la mano por el pelo, sintiendo cómo los nervios empiezan a apoderarse de mí.

—¿Quieres que ensayemos el baile una última vez? —inquieta, arqueando una ceja con esa mirada que lo dice todo.

Ella ha sido la encargada de enseñarme a bailar, de guiar mis torpes pies hasta que, a base de paciencia, aprendieron a seguir sus movimientos casi por instinto.

—No, está controlado —intento sonar despreocupado, aunque el nudo en el estómago diga lo contrario.

Me conoce demasiado bien. Sabe que, ahora mismo, siento un ejército de hormigas recorriéndome el cuerpo. Y a pesar de tener todo listo, no puedo sacudirme la sensación de que falta algo. Esa sensación amarga que se me instala en el pecho y no me deja en paz.

—Elías, todo va a ir genial —murmura a un paso de distancia. Extiende la mano y me acaricia la mejilla, acunándola con suavidad. Por un instante, me permito respirar.

El timbre resuena por el piso, rompiendo el momento. Miro a mi madre a los ojos, con el corazón latiéndome a mil por hora, a punto de romperme el pecho. Ella se gira y va a abrir la puerta. Segundos después, tengo a Cristina en mi dormitorio.

—¡Es hoy, es hoy! —grita emocionada, dando palmas, como una niña pequeña el día de su cumpleaños.

No estaba en mis planes pedirle ayuda, pero es de las pocas personas que conoce lo que siento. Ni siquiera tuve que confesarlo, fue ella quien me apartó y me escrutó con esos ojos verdes hasta que lo soltó. Creo que estaba esperando intimidarme y que yo mismo se lo contase. Algo que, obviamente, no iba a suceder. Según me dijo, lo sabía desde hacía algún tiempo. Me aseguró que se me notaba demasiado, que bebía los vientos por ella. Y, aunque para todo el mundo mis sentimientos eran evidentes, para Yurena seguían siendo invisibles. No sé cuándo

empezó todo esto, solo sé que necesitaba dar un paso más, y la verbena era mi oportunidad. Ella no dejaba de hablar de las ganas que tenía de protagonizar su propio baile romántico a la luz de las estrellas. Tenía todo planeado al detalle, incluso hizo una lista: el vestido que llevaría, los zapatos, cómo se peinaría. Entre bromas, le prometí que esa noche bailaríamos hasta que nos dolieran los pies. Su sonrisa creció, alimentando mi ilusión y ese plan que, si soy sincero, no tengo ni idea de adónde me va a llevar.

—¡Casi no he podido dormir! —exclama, extendiendo los brazos para darme uno de sus abrazos. Me escabullo en el último momento, retrocediendo un paso—. Elías, un abrazo no te va a matar, además así practicas para esta noche. —Me guiña el ojo persiguiéndome por la habitación.

—¿La has traído? —le pregunto, esquivándola una vez más.

—Por favor... —responde, quitándose la mochila de la espalda. La deja en mi escritorio y empieza a rebuscar dentro. Su sonrisa la delata en cuanto encuentra lo que estaba buscando—. Aquí está. —Extrae una rosa amarilla, envuelta en papel rojo—. He elegido la más bonita que tenía mi tía en el puesto de flores.

—Es perfecta —respondo, cogiéndola con sumo cuidado.

—¿Has escrito la nota? —me interroga, con ese nerviosismo que casi se me contagia.

Asiento mientras dejo la rosa sobre la colcha, justo al lado del pequeño sobre.

—¿Me dejas leerla? —pregunta Cristina, inclinándose sobre mi hombro con curiosidad.

Niego con la cabeza, sintiendo cómo un nudo se me forma en el estómago. Una parte de mí quiere enseñársela para que me dé su opinión, pero la otra se resiste; no quiero que ella sea la primera en leerla. No es que sea un poema ni nada tan elaborado, solo unas palabras que sé que Yurena entenderá. Cristina, en su insistencia, clava la barbilla en mi hombro, haciendo presión.

—No —respondo, doblando las rodillas y agachándome para librarme de su agarre. Camino de espaldas hasta la puerta, con una sonrisa en los labios.

—Aguafiestas —protesta, cruzando los brazos con un mohín infantil.

—¿Queréis merendar? —interviene mi madre desde la cocina—. Tengo pudín recién hecho.

Cristina asiente con entusiasmo y, sin pensarlo, me toma de la mano. Echo un vistazo rápido a la cama antes de salir de la habitación. Hace unas semanas, evitaba cualquier contacto, pero me estoy acostumbrando a su manera efusiva de mostrar cariño. Mi madre nos espera en la cocina con la mesa ya preparada para una merienda que no tiene nada de improvisada. Nos sentamos y, en cuanto tienen ocasión, ambas se lanzan a hablar de las expectativas para esta noche. No sé cuál de las dos está más ilusionada. Yo, por mi parte intento cambiar de tema, porque hablar de esto en voz alta me pone más nervioso, aunque ellas dos están tan eufóricas con que por fin dé este paso que ni lo notan.

Mi madre, otra que tal baila, lo sabía desde hacía tiempo. Me ponía ojitos cada vez que Yurena venía a casa para ver una película. Como si no fuera obvio lo que intentaba. Para ella, Yurena siempre ha sido la hija que nunca tuvo. Lo decía cada vez que podía, con esas palabras exactas. En cuanto tenía la oportunidad, lo soltaba, dejándome claro lo que tanto deseaba; que formase parte de nuestra familia.

—¡Ya estoy en casa! —anuncia Miguel desde la entrada. Escucho el tintineo de las llaves mientras se aproxima a la cocina. Me pongo un dedo en los labios, pidiendo silencio para que dejen el tema de una vez. No quiero que escuche nada relacionado con Yurena.

Al principio, cuando el padre de Miguel y mi madre decidieron vivir juntos, estaba ilusionado con la idea de tener un hermano. Aunque no fuera de sangre, me gustaba pensar que sería alguien con quien compartir aficiones, partidos y salidas. Alguien en quien confiar. Pero no sabía lo que estaba por venir. No lo conocía, yiqué de ingenuo, en todos los sentidos.

Miguel es de esos tipos que tienen que ser el centro de todo, el que siempre tiene razón, el que se lleva el trozo más grande de la tarta. Porque sus cojones lo dicen, y punto. Es el primero en elegir el mejor asiento, el primero en lanzarse a cualquier cosa, y siempre tiene que salir ganando. Si hay algo que quieres, puedes apostar a que, antes de que te des cuenta, ya es suyo. Tiene esa habilidad para quitarte lo que es tuyo sin que te enteres, como si lo hiciera con total naturalidad.

Lo más increíble es su capacidad para disfrazarlo todo. Es un encantador de serpientes, un adulator de esos que sonríen de lado mientras te clavan el puñal. Habla con un tono suave, casi seductor, y por un momento hasta te olvidas de quién es en realidad. Pero yo lo sé bien. He visto cómo juega y manipula, haciendo que todo tenga que girar en torno a él.

Lo peor fue cuando conoció a las niñas, nuestras amigas de toda la vida, y comenzó a pavonearse delante de ellas, creyéndose el mejor en todo. Lo hacía con ese aire de superioridad que siempre lo acompañaba, convencido de que nadie podía superarlo. Se ganó un hueco rápido entre los chavales del parque, y en cuestión de semanas, ya era el líder del equipo de fútbol. Un rol que me pertenecía desde siempre, al igual que tantas otras cosas en mi vida que, poco a poco, fueron cayendo en sus manos.

Debo admitir que lo material nunca me importó demasiado. ¿Que me quitaba una camiseta porque le gustaba? Me daba igual. Y, curiosamente, esa indiferencia parecía molestarle aún más. Era como si estuviera esperando una reacción de mi parte, algo que confirmara su victoria. Pero no se la daba, por más que lo intentara. No sabía cómo lidiar con mi falta de interés, con mi capacidad para dejarlo todo pasar. Su control sobre las cosas no era suficiente, necesitaba verme afectado. Y eso lo frustraba.

—¡Qué recibimiento! —anuncia desde el umbral, con los brazos abiertos, recorriendo con la mirada todo lo que hay en la mesa. Mi madre se levanta a darle un abrazo y lo invita a sentarse en su silla—. Gracias, mamá. Eres la mejor. —Me lanza una mirada de reojo mientras pronuncia esas palabras, buscando una reacción por mi parte.

—Mi niño, eres un amor —responde ella, dándole un beso en la cabeza y, con toda la dulzura del mundo, le pone una taza delante—. Es pudín casero, todavía está calentito.

Deja el platillo sobre la mesa con una cuchara, y con la misma calma de siempre, se quita el delantal, lo dobla con precisión milimétrica y lo guarda en el cajón. Hace todo lo posible por mantener la paz entre nosotros, lo sé, aunque a veces parece que no quiere ver la realidad. Porque, si soy sincero, yo solo tolero su presencia. Es Miguel el que actúa como si mi mera existencia le resultara una molestia constante. Cada gesto suyo lo deja claro, desde las miradas de reojo hasta ese aire de superioridad que nunca abandona.

—Seguro que está buenísimo, como todo lo que haces —le suelta con una sonrisa demasiado

amplia, antes de girarse hacia Cristina—. ¿Dónde te has dejado a Yure? —Odio que la llame así, creyendo que tiene más derecho que yo a esos diminutivos.

—Tenía que ayudar con algo en casa de su madre, creo —responde rápida Cris, lanzándome una mirada que dice que tampoco soporta ese tono.

—Es raro verte en casa sin ella cerca. —Le señala con la cuchara antes de llevársela a la boca—. Por cierto, hoy estás muy guapa.

—Esta noche en la verbena sí que estaré preciosa —anuncia Cristina, claramente emocionada por el cumplido. Le doy un pequeño pisotón bajo la mesa, intentando frenar lo que acaba de soltar. No quería que Miguel supiera nada de nuestros planes.

—¡La verbena! ¿Es hoy? —pregunta, escrutándome con esa mirada que tanto detesto—. De eso hablabais cuando he llegado... ¿Vais a ir?

Siento como si intentara leerme por dentro, buscando una respuesta que no pienso darle. Me cruzo de brazos y mantengo la vista fija en sus ojos, evitando caer en su juego.

—Sí, bueno... —Cris empuja la silla hacia atrás, arrastrándola por el suelo con demasiado ímpetu, su incomodidad es evidente. Nos mira a todos con una disculpa silenciosa en los ojos—. Yo tengo que irme, luego nos vemos, Elías.

Cristina se despide, marchándose con rapidez y nos quedamos envueltos en un silencio incómodo.

—Niños, me tengo que ir a casa de Maruchi. He quedado con ella porque la voy a peinar para la verbena, y ya me está esperando —dice mi madre, mirando la hora en su reloj—. Cerrad la puerta con llave al salir —nos recuerda, como siempre—. Nos vemos luego, y suerte esta noche —añade, mirándome con ternura. Y en ese mismo instante, siento los ojos de Miguel clavarse en mí, tratando de descifrar lo que mi madre acaba de insinuar.

La puerta se cierra con un portazo suave. Me levanto con calma, sin prisas, y empiezo a recoger lo que queda en la mesa de la merienda. Camino hacia mi habitación, y justo entonces, escucho los pasos de Miguel, acercándose detrás de mí, como si estuviera esperando el momento adecuado para soltarme algo. Entro en la habitación y, sin decir nada, retiro la colcha con cuidado, ocultando lo que había dejado preparado sobre la cama. Todo lo hago con tranquilidad, aunque por dentro me están comiendo los nervios.

—Me gusta este cuarto, podríamos intercambiarlos —propone con ese tono que ya conozco demasiado bien, aunque lo que realmente quiere es quedarse con él, como siempre—. ¿Qué te parece?

—Vale —respondo, sin darle mayor importancia.

—Parece que todo te dé igual —murmura a mi espalda, con esa nota de frustración que no puede ocultar.

Ahí está. Lo sabía. Le jode no conseguir molestarme.

—Es que me da igual. Es solo un cuarto, lo único que lo hace diferente son nuestras cosas. —Me encojo de hombros mientras abro un cajón y saco mi ropa interior.

—Ya —contesta, chasqueando la lengua, mirándome de arriba abajo con esa actitud de siempre.

Me detengo en la puerta, porque está ocupando parte de la salida, y lo miro fijamente, esperando que se aparte. Pero él sigue ahí, sin moverse, con esa sonrisa desafiante en los labios.

—¿Te quitas?

—No.

Suelto un fuerte bufido y clavo mis ojos en los suyos, esforzándome por no perder la paciencia.

—Miguel, a mí no me engañas. No sé qué cojones te pasa, pero no puedes ir así por la vida.

—A mí no me pasa nada. Solo me molesta esa indiferencia tuya, que te la sude todo. No me creo que nada te afecte, tiene que haber algo que te moleste —asegura, mirándome directamente a los ojos, buscando esa reacción que siempre espera.

—Buena suerte buscándolo —le respondo, pasando por su lado y dándole un toque en el hombro al alejarme.

Cuando salgo de la ducha, el piso está tan en silencio que hasta mis pensamientos resuenan más de lo normal. Miguel suele poner la música a reventar cuando mi madre no está, pero hoy ni rastro de su maldita minicadena. Camino hacia mi habitación, cojo la ropa del armario y me empiezo a vestir. Justo cuando me meto la camisa por el pantalón, noto algo raro. Como si algo faltara, pero no sé qué es.

Miro alrededor. Y entonces me doy cuenta.

La cama... está revuelta.

La rosa amarilla y el sobre que había dejado ahí... han desaparecido.

El corazón se me encoge en el pecho como si me hubieran dado un puñetazo. No. Joder, no. Salgo al pasillo con el pulso acelerado, y ahí está él. Miguel, apoyado en la puerta, sujetando la rosa amarilla y el sobre como si fuera un trofeo. La sonrisa que lleva dibujada en la cara es tan amplia que parece que le va a partir la mandíbula. Esa maldita sonrisa de «te he ganado».

—¿Buscabas esto? —dice, levantando la rosa y el sobre con una mueca que me revuelve el estómago.

El sudor me recorre la espalda como un río helado y el corazón me golpea en la garganta, desbocado. Todo mi cuerpo responde de la única forma que puede: acelerar. Paso de caminar a correr en cuestión de segundos, con una sola idea fija en mi cabeza: no puedo dejar que lo haga.

—Miguel, no —ruego, casi sin voz.

Pero ya es tarde. Lo veo girarse hacia la puerta y, antes de que pueda llegar, la abre y se cuela. La cierra de golpe, y el sonido de los cerrojos y los pestillos cayendo al otro lado es como un martillazo en mi pecho. Me quedo ahí, bloqueado por un segundo que parece eterno, hasta que la desesperación me sacude de nuevo. Empiezo a buscar las llaves, revolviendo todo, pero las manos me tiemblan. De rabia, de miedo, de impotencia. Cada cerradura que oigo girar me rompe un poco más. Cada segundo que pasa, siento cómo todos mis sueños, todas las ilusiones que había puesto en esta noche, se hacen pedazos bajo los pies de Miguel.

—Lo encontré, siempre ha estado ahí delante de mis ojos —murmura al otro lado de la puerta. Intento abrir, pero nada. Lo miro por la mirilla, y ahí está, agitando mis llaves en el aire, burlándose—. No te preocupes, todo irá como la seda.

—¡¡Miguel!! —lo llamo, desgarrándome la garganta.

Su silueta desaparece por las escaleras, dejándome con una mezcla de rabia y desesperación que apenas puedo controlar. Me giro en el acto, buscando una manera de salir. alguna llave tiene que haber en otra parte, ¿no? Rebusco en los cajones de la cocina, del salón, del dormitorio de mis padres. Nada. Golpeo la pared con fuerza, frustrado, tratando de calmarme, pero el nudo en mi estómago se hace cada vez más grande.

Entonces recuerdo que mi madre está en casa de Maruchi. La puedo llamar, decirle que venga rápido y explicarle lo que ha pasado. Abro la agenda, buscando el contacto, pero no está. Joder. Joder. Joder. Miro el reloj de la pared, y siento cómo el tiempo se me escapa entre los dedos. Cada minuto cuenta.

Llevo los pies hasta el balcón, sopesando la loca idea de trepar. Me asomo, pero en cuanto veo la distancia, lo descarto de inmediato. Vivimos en un quinto. Mierda.

—Llamaré a Yurena, la avisaré de que llego más tarde. A lo mejor aún no ha salido —murmuro, intentando encontrar una solución a este desastre.

Los tonos se suceden uno tras otro, sin respuesta. Esto no puede estar pasando. Me paso la mano por el pelo, peinándolo hacia atrás, mientras la desesperación empieza a apoderarse de mí. Ha pasado la hora en la que habíamos quedado, y no sé qué más hacer. Pensará que le he dado plantón... Tal vez todavía me esté esperando, sentada, con la esperanza de que aparezca para sacarla a bailar. Me aferro a esa idea como si fuera lo último que me queda.

Intento forzar la puerta de nuevo, sin éxito. Finalmente, me apoyo agotado contra la madera y me dejo caer, deslizándome hasta quedar sentado en el suelo. La oscuridad de la noche se cuela por la ventana, y mis ideas empiezan a apagarse.

De repente, el timbre suena, rompiendo el silencio de golpe.

—¿Elías? —Escucho una voz al otro lado de la puerta.

«Es Cristina».

—¡Cris! —grito desesperado.

Me levanto de un salto y corro hasta la mirilla. Sí, es ella.

—¿Qué haces aquí? Tendrías que estar... —digo, atropellando las palabras.

—Vine a por ti. Estabas tardando mucho y me preocupé —responde, interrumpiendo con tono firme—. Ábreme.

—No puedo, Miguel me ha encerrado con llave y se ha llevado las llaves. Cris, tiene la llave y el sobre... —le digo, sintiendo la derrota en cada palabra.

—¿Qué? No... —Su voz suena decepcionada, casi incrédula—. ¿Dónde está tu madre? Voy a buscarla ahora mismo.

—No, Cris. Escucha, dile a Yurena que tardaré, pero que iré —le digo, sintiendo cómo la desesperación me aprieta el pecho—. Solo... dile que me espere.

—No te preocupes por Yure, le dije que me esperase —me asegura, y aunque sus palabras me dan un respiro, el nudo en mi estómago sigue apretando.

—Está en casa de Maruchi —anuncio, con un leve rastro de esperanza en mi voz.

Vale, no tardo —responde antes de desaparecer en la oscuridad del pasillo.



Corremos por las calles empedradas de la mano, con el corazón a punto de estallarme en la garganta. Las luces de las farolas nos van iluminando a medida que avanzamos hacia la plaza. Las guirnaldas parpadean como luciérnagas sobre la pista de baile, donde la gente se mueve despreocupada. Busco a Yurena entre la multitud, siguiendo la dirección donde Cristina me señala, pero no la encuentro.

Y entonces la veo.

El corazón se me cae al suelo, como si alguien hubiera arrancado todo lo que tenía dentro.

Un vestido amarillo que brilla como el sol. Es un foco, captando mi atención sin remedio. Mis ojos recorren su figura hasta detenerse en algo que me deja sin aire: sus brazos alrededor del cuello de Miguel, sus labios pegados a los de él en un beso que no debería estar sucediendo. Niego con la cabeza y cierro los ojos con fuerza, como si eso fuera a hacer desaparecer el desastre. Los abro de nuevo, esperando que todo haya sido una jodida ilusión. Pero no.

Cristina sigue mi mirada, y cuando se da cuenta de lo que está ocurriendo, la veo tensarse junto a mí. Yurena sostiene la rosa amarilla en su mano, devolviendo el beso al que hasta ahora llamaba mi hermano. Todo se vuelve borroso, y el mundo a mi alrededor se apaga.

—No podemos dejar esto así —brama Cristina, tirando de mi mano.

Clavo los pies en el suelo, incapaz de moverme. Miro hacia abajo, escondiendo el dolor que amenaza con desbordarse en mi mirada.

—Vamos, Elías.

—¿Y qué hago? ¿Voy hasta allí y la arranco de sus brazos? —murmuro con la voz rota—. No puedo hacer eso, quedaría como el malo de esta historia. Él le ha entregado la rosa y el sobre, yo solo sería el villano que destrozaría su sueño.

—El único villano es Miguel —me recuerda, con ese tono que siempre usa cuando tiene razón y lo sabe.

—Cris, déjalo estar.

—Te ibas a confesar, Elías... —insiste, agarrándome con fuerza por ambas manos, como si pudiera arrastrarme de vuelta al momento que ya no existe.

—No. Es tarde, perdí mi oportunidad.

—No, te la han robado, que no es lo mismo.

—Cris, por favor —susurro, sintiendo que cada palabra me destroza un poco más.

—¿Te rindes? —Me lanza la pregunta como un desafío.

—No me rindo, tan solo... mírala. —Ambos volvemos la vista hacia la pista, donde Miguel y

Yurena siguen abrazados, ajenos a mi mundo derrumbándose—. Está feliz... —añado, con un nudo en el pecho que apenas me deja respirar.

Cristina me suelta las manos y, sin decir nada más, me rodea con sus brazos. Me aferro a ese abrazo, como si fuera lo único que me mantiene entero.

—Prométeme que no se lo contarás —le pido, en un susurro casi inaudible.

Se separa lo justo para mirarme a los ojos, sin entender del todo mi petición.

—Por favor, no debe saberlo —insisto, con la garganta seca y las palabras apenas saliendo de mis labios.

Ella asiente despacio con sus ojos fijos en los míos, buscando algo más, alguna señal de que no me arrepentiré.

—Solo si me prometes que, si algún día Miguel le hace daño, estarás ahí para protegerla. Y le contarás la verdad —responde, limpiando una lágrima que ha escapado sin permiso.

—Te lo prometo. No dejaré que le haga daño, y si sucede, le contaré la verdad —repito, con la voz rota y la mirada perdida en la pista.

—Elías, no me gusta este final... —murmura ella, con la voz quebrada.

—Este no será nuestro final —sentencio, clavando la vista en ellos, condenándome a vivir en una mentira que nunca debí haber dejado crecer.

Y ahí, ocultos por la oscuridad, mientras la música sigue sonando y ellos bailan, me doy cuenta de algo: a veces, es más sencillo aferrarse a una mentira que enfrentar el dolor de una verdad que nunca será dicha. Y quizá, solo quizá, el silencio sea la única manera de protegerla.

## CAPÍTULO 43

*Rosa Canina*

La voz de Elías se va apagando cuando llega a ese momento, sin dejarse ni un solo detalle de lo que sintió y cómo lo vivió, de una manera muy distinta a la que yo experimenté aquella noche. Aprieto la almohada, sintiendo un nudo formarse en mi estómago. ¿Cómo no me di cuenta antes? Poco a poco, todo empieza a cobrar sentido, y las piezas que me faltaban finalmente encajan. Ahora entiendo mucho mejor su forma de actuar después de aquello, su cambio de actitud y ese distanciamiento que dolía más de lo que jamás me atreví a admitir. Y por más que intenté que me dijera qué había cambiado entre nosotros, de sus labios nunca salió una sola palabra. Su silencio fue doloroso. Solo esas miradas que se me clavaban como agujas. Miradas que, con el tiempo, fui sustituyendo por mi primer amor.

Vivía con el sueño de convertirme en una de esas princesas de cuento, y quizás por eso, ninguno de los chicos que conocía me parecía lo suficientemente adecuado para cumplir con mis expectativas. Me cegaba con una ilusión que escondía todo lo demás, incapaz de ver la realidad. Y entonces, esa noche, llegó Miguel con una rosa amarilla, mi color favorito, y una frase que se quedó grabada en mi corazón:

—La vida no es siempre un cuento de hadas... —empiezo a recitar, recordando las palabras.

—Pero vale la pena luchar por uno —completa Elías por mí.

—Siempre pensé que lo habías ayudado... —Muerdo mis mejillas, tratando de contener el dolor que acompaña la revelación—. Cris y tu madre lo supieron todo este tiempo...

—Fueron ellas quienes me empujaron a este viaje. —Sonríe mientras se pasa una mano por el pelo, despeinándolo aún más—. Cristina se ha encargado de recordarme mis palabras.

Sonríó con el corazón, porque sé cómo es mi amiga.

—Conociéndola, seguro que lo ha planeado todo al detalle. No me extrañaría que te haya mandado algún mensajito de vez en cuando —comento, y Elías ríe, confirmando mis sospechas—. No me puedo creer que hayan guardado el secreto tanto tiempo...

—No las culpes —responde con suavidad—. Solo cumplieron su palabra. Y yo, ahora, estoy cumpliendo la mía.

—Por eso estás aquí... No fue él quien te envió, como quise creer.

La luz de la lamparita se refleja en su mirada, dándole un aspecto onírico. Sus facciones se suavizan, como si la confesión hubiera liberado un poco del peso que lleva encima.

—¿Recuerdas la promesa? —pregunta, su voz es apenas un susurro que se cuela en lo más profundo de mí, y solo puedo asentir en silencio, incapaz de decir nada—. Te la hice el día que vimos *La princesa prometida*. Fue en ese momento cuando lo decidí; no parabas de hablar de cómo irías vestida y de las ganas que tenías de bailar... Y supe que tenía que estar a la altura de

lo que soñabas, de lo que merecías.

—Ahora entiendo tantas cosas... la rosa amarilla, esa frase... —murmuro, mirándolo con intensidad. Aparto la almohada y, sin pensarlo, tomo sus manos entre las mías, buscando un ancla en medio de todo este torbellino—. Nos ha robado tantos años, a los dos. Todo podría haber sido tan diferente entre nosotros si no hubieran existido tantas mentiras... Esas mentiras que se colaron en nuestras vidas y se quedaron demasiado tiempo.

Estoy tan enfadada, tan herida, tan arrepentida. He vivido una vida llena de mentiras, esforzándome cada maldito día en ser perfecta para Miguel, y, aun así, nunca fue suficiente. Ahora lo veo claro. Solo fui el trofeo que le quitó a su hermano, nada más. Tal vez, con el tiempo, llegó a sentir algo por mí, o quizás solo se acostumbró a tenerme cerca. Pero sus mentiras... sus malditas mentiras nos arrebataron el presente que podríamos haber tenido, el que merecíamos.

Y Elías, en lugar de luchar, se escondió en su silencio, guardando sus sentimientos, alejándose cada vez más, hasta que la distancia se convirtió en un muro gélido entre nosotros.

—¿Por qué preferiste callar? —pregunto, con un nudo en la garganta, como si la respuesta pudiera cambiarlo todo.

—Porque te veía feliz, y para mí, eso era suficiente —responde, con una sonrisa que esconde tanta tristeza que me parte el alma—. A veces, renunciar a lo que quieres es la mejor forma de demostrar tu amor.

—Por eso te ibas de casa cuando llegábamos, por eso cambiabas tus planes para no coincidir con nosotros... y por eso te marchaste sin despedirte —murmuro, mientras todo comienza a encajar, como piezas de un rompecabezas que había ignorado.

—Era lo mejor para los dos —suspira, liberando esa carga que ha llevado por tanto tiempo—. Cuando mi tío me ofreció ir a trabajar al Parque de Doñana, no lo pensé ni un segundo.

Bajo la mirada a sus manos, decidida a cambiar nuestro presente, a dejar atrás todo lo que nos hizo daño y a crear un nuevo camino en el que podamos encontrarnos, sin secretos ni silencios.

—Perdóname, por no saber apreciar lo que tenía delante de mí —susurro, mientras una lágrima traicionera se desliza por mi mejilla. Elías me envuelve con sus brazos, atrayéndome hacia él, y besa con ternura cada una de las que empiezan a brotar de mis ojos.

—No hay nada que perdonar —susurra, mirándome directamente a los ojos, asegurándose de que entienda cada palabra—. Lo único que importa es que estamos aquí, ahora.

Sus besos descienden lentamente hasta mi pecho, posándose justo sobre mi corazón, y ahí se vuelven más pausados, más profundos, como si cada uno tuviera el poder de curar las heridas que llevo dentro.

—Voy a besar cada una de tus heridas, esas que escondes tan bien, las que nadie más puede ver y que proteges con tanto recelo —murmura, y el calor de su aliento contra mi piel me arranca un suspiro, haciéndome creer, por un instante, que puedo olvidarlo todo.

Siento que pierdo un latido cuando vuelve a besarme justo en el lugar donde late mi corazón, como si intentara llenarme de vida otra vez.

—Elías, hazme olvidar cada uno de esos momentos que nos arrebataron. Dibuja en mi piel los

recuerdos que no pudimos tener. Déjame vivir ese sueño que nunca pude cumplir a tu lado, aunque sea solo por unos días, un paréntesis donde solo existamos nosotros.

Porque sé que lo que tenemos aquí, en esta burbuja, tiene fecha de caducidad. Y cuando volvamos a España, la realidad me golpeará de nuevo. Pero, ahora, solo quiero vivir este instante con él, quiero que nuestro presente sea la única verdad que exista.

—Viviremos ese sueño —me asegura, con una firmeza que me atraviesa.

—Entonces... tienes que cumplir la promesa de ese baile —le pido, esbozando una sonrisa que apenas puedo controlar—, y la de no volver a marcharte.

—Bailaremos —responde, con esa seguridad que parece envolverlo—. Y te prometo que no voy a irme.

Sus palabras se cuelan en lo más profundo de mi ser, deshaciendo esos miedos que he arrastrado durante tanto tiempo, como si cada una de ellas fuera un soplo de aire que barre las sombras que me han acompañado. Cierro los ojos, permitiéndome creer, por una vez, que todo puede ser distinto, que puedo encontrar la paz que tanto he buscado. Mis dedos se enredan en su cabello y lo acerco a mí, deseando sentirlo aún más, con la esperanza de fundirme en él y dejar atrás todo el dolor que llevo dentro.

—No quiero que vuelvas a alejarte —le confieso, con la voz quebrada—. No podría soportarlo otra vez, Elías. No de nuevo. No ahora.

Él me abraza con más fuerza, queriendo demostrarme que no piensa soltarse, y me besa en la frente, tan suave, que siento que el mundo se detiene.

—No lo haré —promete con una determinación aplastante en su mirada—. Ya no habrá más distancia entre nosotros.

Y en ese momento, con su piel pegada a la mía y su voz grabándose en mi memoria, siento, aunque sea por un segundo, que estoy en casa.

## CAPÍTULO 44

### *Vincapervinca*

El estridente sonido de la alarma me taladra los oídos, como si quisiera romperme los tímpanos. Tanteo con la mano el colchón hasta alcanzar la mesita de noche, donde dejé abandonado mi teléfono. Lo cojo, y con los ojos apenas entreabiertos, pulso la pantalla para silenciarlo y lo arrojo a un lado de la cama.

—¿Yurena? —Escucho una voz familiar, algo amortiguada.

—No se ve nada, ¿dónde estás metida? —pregunta otra, con ese tono que siempre utilizan para hacerme reír.

Por un momento, pienso que echo tanto de menos a las niñas que hasta las escucho en mis sueños. Pero entonces, abro los ojos de golpe cuando la realidad me impacta de lleno. Levanto el móvil lo justo para ver las caras de mis amigas en la pantalla y lo bajo de nuevo, causando un alboroto de gallinas cacareando al otro lado.

—¡Te hemos visto! —grita Jessi, y puedo imaginar su sonrisa de oreja a oreja, animando a las demás.

—¡No te escondas! —exclama Lore.

Giro la cabeza y ahí está Elías, profundamente dormido a mi lado. Normal que esté agotado después de la maratón de sexo que nos hemos pegado, tratando de recuperar todo el tiempo perdido de una sola vez. Suspiro, sintiendo una mezcla de satisfacción y paz que hace mucho no sentía. Agarro el teléfono, tapo la cámara con la mano para que no vean nada y me levanto de un salto, buscando algo de privacidad mientras las chicas siguen chillando como si fuera un maldito *reality show*.

Cierro las puertas deslizantes detrás de mí y localizo el punto más alejado del dormitorio. El sillón junto al ventanal, perfecto. Ahí no sospecharán nada. Me miro en el espejo, me ahueco la melena y me limpio con el dedo los restos de máscara de pestañas que se han quedado debajo de mis ojos. Estoy a punto de sentarme cuando me doy cuenta de que estoy desnuda. ¡Ay, Dios! Hago un barrido rápido con la vista y encuentro una camisa de flores de Elías tirada en el suelo. Bueno, eso mismo, da igual. De perdidas, al río. Me la pongo, la abrocho a toda prisa y decido que solo me enfocaré de cuello para arriba; no quiero darles más munición de la necesaria. Respiro hondo y me dejo caer en el sofá. Me van a matar.

—Buenos días —digo, mostrando mi mejor sonrisa como si aquí no hubiera pasado nada.

Todas me miran, analizando cada uno de mis gestos. Por un segundo, me siento en un interrogatorio policial. Macarena me taladra con la mirada, y es como si estuviera viendo algo que nadie más ha descubierto todavía.

—¡*Miarma*, tú has follado! —suelta Maca, sin anestesia ni preparación, y siento mis mejillas

arder, tan rojas que parecen dos tomates maduros.

—¡Hostia! —exclama Vera, con una sonrisa pícara—. Tiene la misma cara que yo después de la boda de Cris.

—¿Qué? —consigo pronunciar, con la voz rota y aguda, dando la sensación de que me han pillado con las manos en la masa.

Siento los ojos de mis amigas clavados en mí, analizándome con la precisión de un caso de CSI.

—A mí no me la das, que desde aquí puedo oler el sexo en el aire —comenta Macarena, que de repente no sé de dónde ha sacado una libreta y empieza a tomar anotaciones, como si fuera *Sherlock Holmes*—. Tienes el pelo alborotado, la piel te resplandece tanto que tengo que entrecerrar los ojos, los labios hinchados... y no quiero ni pensar qué has hecho con ellos para tenerlos así —chasquea la lengua, tomándose muy en serio su papel de detective—. Y ese brillo en la mirada...

—Se te nota en la mirada que vives enamorada —canturrea Jessi, dándole ánimos a su amiga como si estuvieran a punto de resolver un misterio.

—Estáis locas, no sé dónde veis eso —intento disimular, pero ya sé que es demasiado tarde. Por dentro, lucho por encontrar las palabras que definan, sin etiquetas, lo que ha sucedido entre Elías y yo, aunque sé que con ellas eso es lo de menos.

—Si ya sabía yo que este viaje te cambiaría... —añade Almudena con ese toque místico que siempre la acompaña, como si lo hubiera visto venir en las cartas o algo así.

«Traidora», pienso, apretando los labios.

—Cris, ¿a ti te lo ha contado? —pregunta Maite, que nunca deja pasar una.

Y es en ese momento cuando fijo la mirada en mi mejor amiga. Cris no sabe dónde meterse, niega en rotundo sin despegar los labios, como si estuviera haciendo un pacto de silencio con mi vida. Intento escribirle un mensaje, un «¡sálvame!» silencioso, pero no tengo ni un segundo para reaccionar porque todas se lanzan contra mí, igual que un enjambre de abejas hambrientas de chismes.

—¡No intentes escribir en otro chat! —me advierte Maca, apuntándome con el dedo como si estuviera en un tribunal.

—Secretitos en reunión, es de mala educación —murmura Maite, poniendo cara de desaprobación.

—No estaba escribiéndole a Cris —miento descaradamente—. Estaba mirando las actividades del hotel —añado, tratando de sonar despreocupada, como si no estuviera a punto de ser devorada por un grupo de leonas.

Las carcajadas de mis amigas retumban por toda la habitación, haciendo que me encoja un poco.

—¿Quién es el afortunado? —pregunta Lore, sin poder contener la curiosidad.

—Lore, no te enteras de nada... —le reprocha Maca, antes de soltar la bomba—. ¿Dónde está el culpable de que mi amiga esté satisfecha sexualmente? —grita a pleno pulmón, como si acabara de descubrir la noticia del año—. Seguro que no puedes ni andar, por eso no nos

contestabas las cuatrocientas llamadas que te hemos hecho desde ayer y los mil mensajes que te hemos escrito.

Bajo el volumen del móvil todo lo que puedo mientras miro hacia la puerta, rezando al niño Jesusito y a todos los santos que Elías no haya escuchado nada. Espero unos segundos, conteniendo la respiración, y vuelvo a subir el sonido.

—Lo confieso, he... hemos... —La sangre me arde detrás de las mejillas, como si acabara de meter la cara en un horno.

—Practicado el salto del tigre —suelta Maite, sin poder aguantarse ni un segundo más.

—Jugado a los médicos —se anima Vera, con una sonrisita traviesa.

—Hecho la cucharita caliente —añade Lorena, soltando una risa nerviosa que la delata.

—Fornicado como conejos —comenta Jessi, alzando las cejas, dando a entender que es lo más obvio del mundo.

—Echado un polvo galáctico —se jacta Almudena, conteniendo la carcajada.

—Le habéis dado como a un cajón que no cierra —sentencia Macarena, con la sabiduría de quien ha vivido más de una noche loca.

—Dejadla en paz, si lo ha hecho, es cosa de ellos dos —interviene Cristina, y en sus ojos atisbo un destello de preocupación que me hace sentir un poco menos expuesta—. Yure, solo dinos... ¿estás bien? O tenemos que coger un avión para matar a Cayetana.

Le lanzo una mirada agradecida, porque me ha entendido sin que tenga que decir nada, captando al vuelo que necesito cambiar de tema de una vez por todas. No me siento cómoda hablando de temas sexuales; hasta ahora siempre he corrido en dirección contraria cuando salían, porque no tenía nada que aportar más allá de mis inseguridades y miedos. Y ahora... ahora todavía estoy tratando de procesar todo lo que ha pasado, como para ponerme a dar detalles.

—Sí, todo va bien, de verdad, no os preocupéis —respondo, intentando calmar la avalancha de emociones.

—¿¡Cayetana?! —exclama Lore, con la sorpresa de quien se cruza con un ex de pura casualidad—. ¡Hacía siglos que no sabía nada de ella!

—Yo, lo justo que publica en Instagram —añade Almu.

—Vamos a ver, que yo me entere. Te has encontrado con la abeja reina, esa a la que le usurpaste el trono cuando se fue del insti... —empieza Macarena, pero la interrumpo antes de que se monte su propia telenovela.

—Yo no usuré nada...

—Shhhhh —me chista—. Mira que nos conocemos, Yure. A mí no me la das; a las demás puede, pero a mí no. Siempre quisiste ser como ella. —Me suelta verdades como puños que yo ya sabía, pero que las diga en voz alta me hace darme cuenta de que, por mucho que intente fingir, hay cosas que son evidentes—. Cuando se fue la loca del coño esa, aprovechaste la ocasión. Y no te lo reprocho, porque las cosas como son: vestías mejor que todas nosotras y sabías cómo sacarte partido. No te fue muy difícil. Y ahora, años después, te la encuentras y, en lugar de ignorarla, le doras la píldora con mentiras. Qué feo por tu parte.

—Macarena, no le iba a contar mi triste vida —respondo, intentando defenderme, aunque sé que tengo las de perder.

—Eso lo puedo entender, pero ¿meter a Elías? —argumenta.

—Estaba aquí, solo aproveché la ocasión que se me dio —digo muy digna, aunque sé que este plan no hubiera durado si no fuera por él—. Además, tampoco es para tanto. Estás haciendo una montaña de un granito de arena.

—Tropieza el cojo para pillar al mentiroso —me sermonea Macarena, con uno de sus tergiversados refranes.

El silencio se instala entre nosotras, pesado como una manta que ahoga. Por estas situaciones prefiero contarle las cosas solo a Cris. Ella y yo... Las niñas miran fijamente sus teléfonos, sin decir ni una palabra, esperando que, de alguna manera, las pantallas les den la respuesta que yo no puedo darles. La ceja de Macarena se arquea más y más, tanto que casi temo que termine enredándose con el inicio de su larga melena.

—Sé lo que me hago —respondo, intentando sonar más segura de lo que me siento, mientras me acomodo en el sofá, subiendo una pierna y sentándome sobre ella.

—Yure, sabes que puedes contar con nosotras. Solo nos preocupamos por ti. Estás a kilómetros de distancia y no estamos contigo como nos gustaría —añade Cristina, con esa dulzura suya que consigue que me ablande y me relaje un poco.

Por detrás de Cris, veo a mi gata correr de un lado a otro, probablemente intentando huir de la tensión del ambiente... o poseída por el demonio.

—Lo sé, pero estoy bien. De verdad, puedo con esto —aseguro, como si me creyera mis propias mentiras.

En ese instante, Elías entra en la salita y echa un vistazo a un lado y a otro, buscándome. Aún está medio dormido, con la cara hinchada de sueño, pero, incluso así, está perfecto. Camina en mi dirección y, por un segundo, me olvido de mis amigas, de todo.

—Buenos días, princesa —murmura, inclinándose para darme un beso de buenos días, y yo tapo el teléfono con la mano antes de que nuestros labios se encuentren, intentando mantener algo de privacidad.

—¡Yure! Si ya sabemos quién es, no nos dejes sin nuestro salseo —exclama Maite, casi ofendida.

Elías me regala una sonrisa que es capaz de derretirme por completo, antes de animarme a destapar el teléfono.

—Buenos días, niñas —saluda a mis amigas, y en ese instante siento el corazón paralizarse en mi pecho, como si todo el aire del mundo hubiera desaparecido de golpe.

Un silencio que dura una eternidad se cuela por la pantalla antes de que todas griten al unísono.

—¡No me lo puedo creer! —chilla Lore, emocionada.

—¡Me encantáis! —exclama Vera, dando saltitos como si acabara de ver a su *crush* en un concierto.

—Esto es mejor que cualquier telenovela —murmura Maite, con los ojos brillando de pura emoción.

—Elías, eres la fantasía hecha realidad de toda mujer —añade Jessi, guiñándole un ojo, mientras come palomitas.

—Recuerda que mi marido es policía, y si le haces daño, te buscaré y te encontraré, aunque te escondas en el fin del mundo —le advierte Maca, apuntándolo con el bolígrafo como si fuera un arma—. Considera que estás bajo fianza, ¿eh?

Elías se ríe, divertido, levantando las manos en señal de rendición.

—Lo tendré en cuenta —responde, y puedo ver en sus ojos ese brillo travieso que siempre consigue desarmarme—. Prometo no romper ninguna ley.

Me mira, y en ese momento parece que no existe nada ni nadie más. Siento un calor suave extendiéndose por mi pecho, llenándome de una calma que nunca había sentido antes. Me acaricia la mejilla con el pulgar, ignorando por completo el griterío que sale del teléfono, como si nuestras amigas no estuvieran al otro lado y solo fuéramos él y yo en el mundo.

—Creo que no tengo nada que hacer contra este tribunal —bromea, bajando la voz antes de dejar un beso suave en mi frente—. ¿Estás bien?

Asiento, porque las palabras se me quedan atrapadas en la garganta, y todo lo que quiero decir parece haberse quedado sin voz. Y siento que, quizás, en este pequeño y efímero instante, todo podría ser perfecto. Todo podría ser justo como siempre lo imaginé.

—Niñas, tengo que dejaros... —murmuro sin despegar mis ojos de Elías—. Voy... a...

—Sí, ya, no hace falta que nos des detalles —asegura Maite, soltando una risilla.

—Y esta vez no nos dejes sin señales de vida —me advierte Almudena, guiñándome un ojo—. O tendré que usar mis poderes para saber lo que haces —se carcajea.

—Os lo prometo —digo, mirándolas a cada una por última vez, sintiendo cómo, a pesar de la distancia, siempre están conmigo.

Una a una se van desconectando, quedándonos solas Cris y yo. Su mirada traspasa la pantalla, y casi puedo sentir su abrazo, cálido y reconfortante, como si estuviera aquí.

—Perdóname por no haberte contado nada antes —dice Cris, y su voz suena llena de arrepentimiento.

—No te preocupes por eso, Cris. Lo entiendo, Elías me lo ha explicado...

—Por eso, cuando pasó la pelea, no pude quedarme de brazos cruzados sabiendo lo que sabía —expone, con esa calma que siempre la ha definido—. Fui a casa de tus suegros, hablé con Belén y ambas coincidimos: era el momento. Tenías que saber la verdad. Siempre pensé que quedaría sepultada por los años, porque parecías feliz junto a él. Pero lo que te hizo me liberó del silencio. No podíamos seguir ocultando lo que pasó. Con una mentira comenzó todo esto, y era la verdad lo que tenía que ponerle fin.

—Gracias por ser tan buena amiga, por cuidarme incluso de mí misma —murmuro, luchando por contener las emociones que amenazan con desbordarse.

—No, Yure, gracias a ti por aparecer en nuestras vidas y por darte la oportunidad de dejar

atrás el pasado —responde Cris, con esa ternura que siempre la ha caracterizado—. Disfruta de estos días, de verdad. Ya hablaremos cuando vuelvas. Os quiero muchísimo.

De repente, la gata sale corriendo, dando saltos como una loca por la sala y rompiendo el silencio que dejó Cris.

—Ya veo que Yuzu está en perfectas condiciones... —comento, intentando que la sonrisa borre el nudo en mi garganta.

Cris busca con la mirada a la gata, frunciendo el ceño.

—¡Yuzu! ¡No, deja eso! —exclama, señalando a una dirección antes de volver a mirarme—. Lo que está es loca, pero tú no te preocupes por ella ahora —añade con una sonrisa suave.

Y antes de que pueda decir algo más, se desconecta, dejándome con el calor de sus palabras, y siento que, por primera vez en mucho tiempo, me estoy permitiendo disfrutar plenamente de lo que tengo, sin aparentar algo que no soy. Sin disfraces, sin tener que esforzarme constantemente por encajar. Solo dejándome llevar, siendo aquella Yurena que había dejado atrás.

# CAPÍTULO 45

## *Orquídea*

*Elías;*

Despierto con la extraña sensación de que sigo soñando. Ha sido una noche llena de caricias, de sabores nuevos a los que ya me he vuelto adicto, y de miradas que desvelaban mucho más de lo que podíamos decir con palabras. Me aprendí las curvas de su cuerpo con la yema de mis dedos, descubriendo zonas de su piel tan sensibles que la hacían estremecerse entre mis brazos. Nos buscábamos con una necesidad ardiente, deseando volver a sentirnos.

Extiendo el brazo buscándola en la cama, y su lado aún está tibio. No debe hacer mucho que se ha levantado. Recorro la habitación con la mirada: su vestido arrugado en el suelo, el tanga que estuve a punto de romper, mis pantalones desparramados... Las imágenes de anoche se suceden una tras otra, y mi erección matutina no ayuda a ahuyentarlas. Me incorporo, sintiendo el escozor de los arañazos que dejó en mi espalda, recordando el momento exacto en que me los hizo. La sacudida que recorre mi entrepierna confirma el rumbo que están tomando mis pensamientos.

«Joder».

Las risas al otro lado de la puerta que divide la estancia captan mi atención. Me levanto, intentando controlar el impulso animal que me grita que la traiga de vuelta a la cama. Me pongo el bóxer mientras escucho a Yurena hablar con sus amigas. Arqueo una ceja cuando parece que va a confesar lo que ha pasado esta noche, pero su lengua se enreda, incapaz de contar nada. El tema cambia y su voz se vuelve más tensa, cada palabra parece pesarle en la boca. Deslizo las puertas correderas y la saludo con un tono suave, como si nada hubiera pasado. Camino hasta ella, decidido a probar de nuevo esos labios que me han vuelto loco durante toda la noche.

El ambiente cambia cuando saludo a las niñas y empiezan a montarse películas con comentarios que la hacen sonreír. Me alejo un poco, dejándole algo de privacidad después de cumplir mi cometido, pero siento sus ojos siguiéndome por la habitación. Se despide de Cris, suelta el teléfono en el sofá y camina hacia mí, con una seguridad que hace que el aire se vuelva más denso. Lleva puesta una de mis camisas, esas que tanto ha criticado en estos días, y joder, le queda infinitamente mejor a ella.

—Te queda mucho mejor a ti —murmuro, extendiendo el brazo. Abro su camisa y beso su hombro desnudo. La tela apenas cubre su piel, y mi entrepierna reacciona al instante, sin ningún tipo de sutileza.

—Ah, ¿sí? —ronronea, con esa voz sensual que sabe que me enciende.

La camisa se abre más, y su desnudez queda expuesta, tentándome. Su mano se desliza por mi pecho, bajando lentamente hasta detenerse justo en el elástico de mi bóxer. Luego, con una

caricia firme, recorre mi polla por encima de la tela mientras se muerde los labios, disfrutando de cómo reacciona mi cuerpo a su toque. Su mano sube y baja, y siento que cada movimiento la endurece más, hasta volverse casi dolorosa.

—Si sigues así, no respondo de mis actos... —murmuro, con la voz rasposa, a un palmo de su boca. Ella se acerca más, saca la lengua y lame mis labios, encendiendo cada rincón de mi cuerpo.

—Entonces, tendré que portarme muy mal —susurra con picardía, mientras sus dedos se deslizan un poco más allá del límite, llevándome al borde de perder el control.

Su mano sigue moviéndose de arriba abajo, y cuando aprieta con firmeza sobre el bóxer, una corriente eléctrica me recorre el cuerpo. Entonces, mete la mano dentro de la tela, y siento sus dedos envolviéndome, presionando justo en el punto exacto para hacerme perder el sentido. Con un movimiento decidido, me deshago de la ropa interior, liberándola.

Yurena se arrodilla frente a mí con sus ojos clavados en los míos mientras sus labios quedan a la altura de mi erección. Me roza con la lengua, despacio, como si quisiera saborearme centímetro a centímetro sin dejar de mirarme. Lame desde la base hasta la punta, bañando mi envergadura con su saliva, haciéndome temblar con cada contacto. Sus labios rodean la punta y la introduce poco a poco, presionando lo justo para que me quede sin aire.

Suspiro, luchando por contener a la bestia que ruge dentro de mí. Juega con ella, provocándome, durante lo que parecen horas. Pero justo cuando pienso que no puedo más, sin previo aviso, mi polla desaparece en su boca.

—Joder —gimo, mi voz es un eco de la desesperación que siento.

No aparta la mirada ni un segundo, mientras la humedad de su boca y el movimiento preciso de su lengua me envuelven por completo. La succión se intensifica, y si no me controlo, me va a llevar al límite. Si sigue a ese ritmo, voy a explotar... y, joder, ni siquiera me importa. Su lengua dibuja círculos en la punta, como si estuviera jugando, y luego se desliza hacia abajo, haciéndome sentir cada centímetro que recorre. Las manos se suman al movimiento, una acariciando la base mientras la otra se aferra a mis muslos. La presión, la calidez, la maldita perfección de sus labios... No sé cuánto más voy a aguantar.

—Yurena... —Mi voz sale entrecortada, en un ruego, como si necesitara que entendiera que me tiene al borde—. Si sigues así...

Responde aumentando el ritmo, succionando con más intensidad y haciéndome estremecer. El placer se acumula, creciendo, amenazando con desbordarse, y sé que estoy a segundos de perderme en ella por completo. No puedo más. Todo mi cuerpo se tensa, los músculos se contraen y un calor abrasador me recorre de pies a cabeza. Siento su boca devorarme, estoy a punto de cruzar el límite, y cuando su lengua da ese último toque, me dejo ir. Un gemido ahogado se escapa de mis labios y el mundo se desdibuja a mi alrededor. Mis manos se aferran a su cabello, como si pudiera anclarme a ella en medio de la tormenta que ha desatado en mí.

Me quedo jadeando, intentando recuperar el aliento mientras se limpia la comisura de los labios con una sonrisa que me dice que sabe exactamente lo que acaba de hacerme. Deja caer la camisa, mostrándome cada curva de su cuerpo, y me lanza una última mirada por encima del hombro con esa sonrisa ladina que me invita a seguirla, como si este juego apenas estuviera comenzando. La observo mientras camina desnuda hacia la escalera que sube al baño, y sé que, a

pesar de todo, no hay vuelta atrás.



Dos horas después, hemos logrado salir de esa habitación para reponer fuerzas, aunque si hubiera sido por Yurena, habríamos pedido comida para no tener que movernos de allí. Por mi parte, me habría quedado de buena gana, pero quiero aprovechar las horas que nos quedan en este paraíso, ahora que nuestras barreras han caído y tenemos la oportunidad de conocernos más allá del límite de nuestros cuerpos. Aun así, es posible que mande todo a la mierda, la cargue en brazos y la lleve de vuelta a la cama. Suelto un bufido, intentando liberar la tensión que se acumula en mí.

—Yo he cogido todo esto. —Me muestra su plato repleto de verduras y unas empanadas.

Rodeo su cintura y la atraigo contra mi pecho, acercando mis labios a su oído.

—Necesitaremos algo más que eso para recuperar las energías que hemos gastado en la habitación —le susurro mientras acaricio su lóbulo, logrando que se estremezca—. Si tu plan es repetir lo de anoche, vamos a necesitar mucho más...

Su cuerpo tiembla acompañado de una risa nerviosa.

—Pues dime qué debo comer aparte de chorizo Cantimpalos para recuperar fuerzas... —suelta mirándome a los ojos, y una carcajada brota de mi garganta al escuchar semejante comparación.

Encontramos una mesa apartada, casi escondida en una esquina de la terraza, el lugar perfecto para alejarnos un poco del bullicio y de la gente que no tiene nada mejor que hacer que mirar. La elijo porque desde ahí podemos ver el mar y, con un poco de suerte, nadie vendrá a molestarnos. Ella se sienta primero, y no puedo evitar observarla mientras se acomoda. Cada movimiento, aparentemente casual, me atrapa de una forma que ni yo mismo sé cómo explicar.

Me dejo caer en la silla frente a ella, estirando las piernas hasta chocar con las suyas, como si mi cuerpo decidiera por su cuenta que la distancia no es una opción. Y ahí estamos, fingiendo que elegimos qué plato atacar primero, cuando en realidad lo que realmente queremos saborear no está en la mesa.

Los rayos de sol acarician sus facciones, su cabello revuelto por la suave brisa se le pone por delante. Se lo coloco detrás de la oreja, dejando que mis dedos rocen su mejilla al retirarlos. Estoy jodido, lo sé, pero quiero seguir un rato más dentro de esta burbuja antes de que la realidad nos explote en la cara. Entre risas, roces fugaces debajo de la mesa y buscándonos las manos con la clara intención de no dejar de tocarnos, comemos con fingida calma. Intento, con todas mis fuerzas, contener el impulso de tirar todo al suelo y volver a devorar sus labios.

—¡Yorena! —exclama desde lejos Cayetana, y sé que se viene un momento que, por mucho que evitemos, nos toca afrontar.

## CAPÍTULO 46

### *Menta*

Elías me dedica una mirada que dice más que cualquier palabra, y yo se la devuelvo con una respuesta clara: «Lo tengo todo controlado». Asiento con la cabeza, intentando convencerme de ello, porque después de la charla con mis amigas y el pequeño sermón de Maca, he decidido que estoy harta de seguir aparentando algo que no soy, sobre todo con alguien que, al final, no aporta nada a mi vida.

Ladeo la cabeza sin soltar la mano de Elías, encontrándome con las enormes gafas de Cayetana. Ahora que la veo de cerca, son clavadas a las del cantante de La Mosca.

—Yorena, ¿qué pasó anoche? —me increpa, deslizando sus gafas por la nariz hasta dejar sus ojos al descubierto, clavándome sus pupilas.

Por el tono que utiliza es evidente que está molesta, aunque lo que no termino de entender es la razón. No tengo que darle explicaciones, ni siquiera si decidiéramos marcharnos en mitad de la noche. Ya tenemos una edad, y lo último que me faltaba es sentirme como si estuviera en el instituto.

—¿Qué pasó? —repito, haciéndome la despreocupada mientras siento la caricia de los dedos de Elías sobre mi piel.

Ella desvía la vista hasta la mesa, hacia nuestras manos entrelazadas, y luego regresa a mis ojos, buscando las respuestas que no estoy dispuesta a darle. Agradezco que estamos en una mesa apartada porque algo me dice que esto acaba de empezar.

—Nos dejasteis tirados.

—¿Tirados? Solo nos marchamos, estábamos cansados —respondo, y casi puedo sentir a *Mini-Maca* materializándose en mi hombro izquierdo con un tridente en la mano y susurrándome uno de sus refranes.

—¿Cansados? —Niega con la cabeza, con gráciles movimientos, casi como si estuviera posando para un fotógrafo—. Eso no es una excusa para rechazar nuestra invitación.

—Diría que estuvimos cenando juntos...

—Yorena, ¿en serio? —me interrumpe con un chasquido de lengua—. O sea, creo que nuestras intenciones estaban bastante claras desde el principio.

«¿Intenciones?». Me he perdido.

—No sé a qué te refieres —replico.

Elías aprieta mi mano con suavidad. Lo miro de reojo y veo cómo articula una palabra, pero no quiero ser descarada. Entrecierro los ojos, intentando descifrar lo que me está tratando de decir.

—¡Qué fuerte, Yorena, por favor! ¿De verdad crees que vamos invitando a parejas sin más? —Se retira las gafas y levanta las manos hacia el cielo, como si fuera una revelación—. Anoche reservamos una suite para el *postre* —enfatisa la última palabra.

Y, de repente, entiendo la palabra que Elías intenta decirme: «*swingers*». En mi cabeza empiezan a proyectarse mil escenas a la vez, y veo, como en una película de suspense, esas intenciones de las que habla Cayetana: sus repetidos acercamientos, las palabras con doble sentido y esos momentos subidos de tono en cualquier lugar. ¡Ay, Dios! La noche en la que Dirk estaba desnudo en el yate... ¡era una invitación! ¿Me preparó en el salón de belleza para ser el *postre*? Y el baile... una especie de danza de cortejo. La sangre me hierve bajo la piel, como si mis mejillas fueran a estallar. Abro los ojos de par en par y miro a Elías, mandándole un mensaje silencioso: «¿Lo sabías?». Él capta mi pregunta a la perfección y asiente con la cabeza. Por eso actuaba de manera hostil cada vez que Dirk merodeaba a mi alrededor.

Elías presiona mi mano, mostrándome su apoyo, pero yo sigo en shock. Al final va a ser verdad que no veo las cosas ni cuando las tengo delante de las narices.

—Cay, siento decirte que fue cosa mía. Soy un hombre muy posesivo —responde, Elías.

—¿Cómo? —Cayetana gira la cabeza tan rápido que parece que se va a dislocar el cuello.

Elías empuja su silla hacia atrás con calma, se levanta y tira de mi mano, invitándome a su lado. Rodea mi cintura con firmeza, pegándose a su pecho. Su aroma a cardamomo me envuelve, dejándome sin palabras.

—Lo que oyes. Yurena es mía —susurra, con la voz ronca, tan cerca de mi boca que casi puedo sentir el calor de sus palabras. Y justo antes de besarme, muerde mi labio inferior, y un relámpago me atraviesa, directo a mi sexo. Ese «mía» ha sonado demasiado erótico, tanto que todo mi cuerpo se pone en alerta, esperando más.

—¿Mía? —replica Cayetana con desdén, señalando a Elías con sus gafas—. Debí escuchar a Dirk, te caló desde el principio. A mí me despistaste con tu actitud pasivo-agresiva hacia ella, evitando mostrarte, ocultando tus sentimientos y ahora... ¿Qué ha cambiado? —Desvía la mirada hacia mí—. Yorena, no durará. Este fuego que creéis que acabáis de revivir es todo gracias a mí. Vuestra relación estaba muerta antes de que nosotros entráramos en escena, no lo olvidéis.

—Gracias, Cayetana, por tu intervención divina en nuestra relación —le respondo, guiñándole un ojo mientras siento el tridente de *Mini-Maca* clavándose en mi cuello, dándome el empujón necesario para continuar—. Y mientras dure, pensamos romper todas las camas del hotel, una por una —añado, dejando que la picardía se cuele en mi voz—. ¡Ah! Por cierto, mi nombre es Yurena, no lo olvidéis. Yu-re-na —enfatiso cada sílaba, disfrutando al ver su sonrisa tambalearse por un momento.

Los labios de Cayetana se debaten entre añadir algo más a la conversación o quedarse en silencio. Abre la boca varias veces y la cierra, como si las palabras se le atascaran en la garganta. Al final, desiste, sellándolos en una fina línea recta, aunque por lo abultados que son parecen una colchoneta inflable. Con un gesto dramático, echa su larga melena rubia hacia atrás y saca pecho, apuntándose con sus pezones como si fueran armas de combate. Ladea la cabeza y se gira, más tiesa que un palo, desfilando lejos de nosotros con la dignidad herida.

Elías y yo nos sentamos, conteniendo la sonrisa, esperando hasta que está lo suficientemente

lejos. Y entonces, rompemos a reír, como cuando éramos niños y nos pillaban en mitad de una travesura.

—Si no llegas a intervenir, le hubiera contado la verdad —confieso, antes de sorber mi mimosa.

—No merecía la pena, con ella no —niega Elías, cogiendo su copa y dándole un pequeño trago—. ¿En serio no te habías dado cuenta del rollo que llevaban?

—No, ni se me pasó por la cabeza. Pensé que eran muy atrevidos, yo qué sé —respondo, encogiéndome de hombros. Cojo el tenedor y pincho el último trozo de tortita, metiéndomelo en la boca bajo la atenta mirada de Elías, que no se aparta ni un segundo de mí, logrando ponerme muy nerviosa—. ¿Y tú, desde cuando lo sabías? ¿Por qué no me dijiste nada?

—Hasta anoche solo tenía sospechas. Lo entendí todo en el momento en que dijeron lo de «cenar fuera», aunque ya notaba la insistencia de Cayetana por alejarme de ti, su necesidad de tocarme, y cómo te miraba Dirk... ahí fue cuando no aguanté más —responde y su mirada se oscurece con el recuerdo.

—Porque soy tuya, ¿no? —murmuro, descalzándome bajo la mesa con discreción. Deslizo mi pie desnudo por su muslo, acariciando su entrepierna con mis dedos, sintiendo cómo se tensa bajo mi tacto.

Elías da un pequeño respingo al sentir la presión en esa zona tan sensible.

—Yurena... —me advierte con la voz ronca, cargada de deseo.

—Elías... —ronroneo su nombre, disfrutando de cómo su control se tambalea.

Su mano atrapa mi pie antes de que pueda continuar masajeando su entrepierna que ya empieza a endurecerse.

—Mía —susurra, tirando de mi pierna para atraerme más cerca, acariciando mi muslo con calma, encendiendo cada centímetro de mi piel.

—Creo que tengo más hambre —murmuro, cerrando los ojos, dejándome llevar por la sensación de sus dedos sobre mi piel.

Elías me suelta solo para arrastrar su silla y acercarse aún más, volviendo a colocar mi pierna sobre las suyas. Ascende lentamente por mi muslo, y me muerdo los labios, intentando contener las ganas que se arremolinan en mi interior. Siento cómo todo mi cuerpo se incendia al pensar que alguien podría estar observándonos. La adrenalina de lo prohibido se convierte en mi combustible y me arranca un suspiro tembloroso. Sus dedos acechan la entrada de mi sexo, rozándola por encima de la tela con una sutileza que me hace estremecer.

—¿Puedo recoger? —pregunta un camarero, trayéndome de golpe a la realidad.

Elías responde sin soltarme, con la yema de sus dedos aún quemándome a través del algodón. Una vez que la mesa queda despejada, retira su mano despacio, dejándome con las ganas a medio camino, frenando el deseo que me consume.

—¿Y si nos damos el lujo de disfrutar de ese paquete tan merecido que te ofrecieron el primer día?

«No. Quiero disfrutar de tu paquete».

—Vale, me parece bien —respondo, intentando mantenerme entera y no decir lo primero que se me pasa por la cabeza.

Tengo que controlarme. Hasta hace unos años, mi vida sexual se resumía a rogar a mi pareja algo de atención o a recurrir a mi extensa gama de juguetes que me acompañaban en esas noches de soledad o en los largos baños. Estoy desatada, lo sé, pero jamás me había sentido tan deseada como cuando Elías me mira. En esos momentos, me siento una diosa. Cada poro de mi piel exuda deseo, y mi libido estalla de una forma que nunca antes había experimentado.

## CAPÍTULO 47

### *Lirios Malvas*

—Oh, sí, sigue así... —murmuro, extasiada al sentir la presión firme de las manos deslizándose por mi piel—. No pares, ahí, justo ahí...

Elías carraspea para llamar mi atención, y levanto la cabeza de la camilla lo justo para mirarlo. Su sonrisa ladeada y el incendio en sus ojos me mandan señales que me descolocan.

—Para, por favor —susurra con un deje divertido en la voz, como si no pudiera evitarlo.

—No puedo, es que me gusta tanto... ¡Oh! Justo ahí, un poco más fuerte... —respondo, perdiéndome en la sensación.

—Yurena, si llego a saber que un masaje te iba a provocar esos gemidos, te lo habría dado yo —me advierte, echando un vistazo a la chica que está a mi espalda con una sonrisa pícaro.

—No te preocupes, luego puedes darme tú uno. —Le guiño un ojo, sintiendo cómo se me escapa la sonrisa traviesa antes de volver a meter la cabeza en el agujero de la camilla, dejándome llevar por la sensación de sus ojos todavía clavados en mí.

Después de nuestro relajante masaje, nos hemos entregado a una sesión de spa de una hora. Entre chorro y chorro de agua caliente, no hemos podido evitar pegar nuestros cuerpos, buscando calmar esa sensación de frío que me invade cada vez que se aleja. El agua parecía hervir a nuestro alrededor, como si reflejara el fuego que nos consume. Cualquier excusa era válida para volver a colisionar nuestros labios, para sentir ese calor que se intensifica con cada roce.

Estaba tan relajada que ni siquiera fui capaz de reaccionar cuando Elías me propuso ir a correr por la playa. No era, ni de lejos, la forma en la que esperaba pasar mis últimas horas con él, pero había algo en su mirada, en esa ilusión que irradiaba, que hizo imposible negarme a darle ese pequeño placer. Corrimos sin descanso por la orilla, sintiendo la arena entre los dedos y el viento en el rostro, hasta llegar a una palmera medio tumbada. Ahí, Elías me aprisionó contra el tronco, y antes de que pudiera decir nada, se apoderó de mi boca una vez más, como si no hubiera un mañana.

—No puedo dejar de besarte, estoy obsesionado con tus labios —murmura contra mi boca, y siento el cosquilleo de sus palabras recorriendo toda mi piel.

—No dejes de hacerlo —le suplico, enterrando mis dedos en su cabello y atrayéndolo hacia mí, profundizando el beso hasta que todo se desvanece.

Elías gime suavemente contra mi boca, y el sonido se cuela en mi pecho como un latigazo de electricidad. Sus manos recorren mis caderas, aferrándose a mí con la necesidad de asegurarse de que no voy a desvanecerme. La madera rugosa de la palmera se clava en mi espalda, pero no me importa, porque el calor de su cuerpo es lo único que quiero sentir.

—Quiero recordar tus labios a la perfección, tu dulce sabor y cómo te derrites en mis manos

—susurra pegado a mis labios, su respiración entrecortada chocando con la mía—. Soy adicto a tus besos.

Me detengo un segundo, lo justo para mirarlo a los ojos, esos ojos que están cambiando mi mundo. No sé qué va a pasar cuando volvamos a la realidad, pero lo que sí sé es que ahora mismo, en este instante, lo necesito más que a nada.

—Vivamos el momento, Elías... —respondo, sintiendo cómo mi voz se quiebra.

Su boca vuelve a encontrar la mía con una urgencia que me arrastra, que me consume, y mientras sus manos se pierden en mi piel, sé que, pase lo que pase después, este momento será nuestro, sin preguntas, sin expectativas. Solo nosotros, envueltos en esta locura que no quiero dejar ir.

Caminamos con la luz del atardecer bañando nuestros cuerpos, iluminando la arena blanca con pequeños destellos dorados. El silencio entre nosotros dice más que mil palabras. La realidad está a la vuelta de la esquina y, aunque una parte de mí no quiere que esto termine aquí, sé que en España me espera una vida que pausé, una vida que necesita respuestas.

Necesito hablar las cosas, dejarlo todo claro, alejar de mi vida lo que me hacía daño y cerrar definitivamente la puerta al pasado antes de dar cualquier paso. Ya me he dejado arrastrar por la pasión y no pienso frenar todo lo que Elías despierta en mí, pero tampoco puedo seguir avanzando con las cadenas del ayer sujetándome. A su lado, por primera vez en muchos años, me siento yo, sin máscaras ni pretensiones. Es como si sus brazos fueran ese hogar al que siempre debí regresar, el refugio donde finalmente me encuentro, donde la verdadera Yurena resurge, la que dejé atrás hace tanto tiempo.



—Elías, ¿puedes subirme la crema que está en la maleta? —grito desde la bañera de hidromasaje, disfrutando del agua caliente y de este último momento de relax.

—¿Y esa crema como es...? —pregunta, y puedo imaginarlo rebuscando entre mis cosas.

—Es un botecito pequeño, blanco —le explico, aunque al decirlo en voz alta me doy cuenta de que casi todas mis cremas son así—. Tiene las letras de color naranja.

—¡Joder! —exclama de repente, y noto un tono de sorpresa en su voz.

—¡No me digas que se ha roto el envase! —Me levanto de la bañera de un salto, preocupada, y justo en ese momento, Elías aparece subiendo el último escalón.

Sus ojos se desvían hacia mi cuerpo desnudo, deteniéndose descaradamente en mis pechos. Y de pronto, lo que lleva en las manos me deja descolocada. Ahí está... el pene del diablo y el *Satisfyer* de Pingu, como si fueran trofeos. Siento la sangre subiéndome hasta la cara y, sin pensarlo, me dejo caer de nuevo en el agua, cubriéndome por completo, con la vergüenza pegada a mí como una segunda piel.

—Yurena, esto lo tenemos que usar luego... escuchando ese audiolibro guarro del avión —

dice, mostrando el *Satisfyer* con una sonrisa traviesa—. Pero este otro... —levanta el pene del diablo y mueve las cejas repetidamente, con un gesto que me hace querer reír y morir de vergüenza al mismo tiempo—. Creo que ya va siendo hora de jubilarlo. No sabía yo que te iban este tipo de juegos.

No tarda ni dos segundos en meterse conmigo en la bañera, con ropa y todo, atrapándome entre sus brazos como si tuviera miedo de que escapara. El agua salpica a nuestro alrededor, y siento cómo mi cuerpo se estremece, anticipándose al momento, a lo que está por venir. Sus manos se deslizan por mi espalda y me presionan contra su pecho, y la sensación de la tela mojada contra mi piel desnuda me enciende aún más.



Me termino de arreglar frente al espejo, dándome un último vistazo antes de salir de la habitación. Por suerte, ya tengo mi maleta y he podido elegir este precioso vestido rosa que me queda de escándalo. Estoy segura de que cuando me vea, no podrá resistirse a mis encantos. Deslizo los dedos por mi cuello, imitando el rastro que dejaron sus caricias hace un rato. Aún siento el rubor en mis mejillas al recordar lo que ha pasado ahí arriba, la forma en la que Elías me hizo perder la cabeza. El agua de la bañera acabó por todos lados, menos dentro. Es un animal, pero, Dios, cómo me encanta que lo sea.

Saco el móvil y veo varios mensajes de las niñas, que no han dejado de recordarme que coma y reponga energías. No puedo evitar soltar una risa al leer sus comentarios y los *stickers* subidos de tono que me han enviado. De repente, una llamada entrante de un número desconocido parpadea en la pantalla. Mi corazón da un vuelco, porque sé perfectamente quién es. Respiro hondo y, con la calma que he aprendido a cultivar, decido ignorarlo. No voy a permitir que nada ni nadie me estropee lo que me queda de estas vacaciones. Ni siquiera él. Dejo el móvil en la mesita boca abajo, esta sensación no me acompañará en la cena.

Aliso el vestido, siguiendo las curvas de mi cuerpo con las manos, y cuando paso por mis caderas noto el elástico del tanga rozando mi piel. Me detengo un segundo, mirándome en el espejo, y veo cómo la silueta se marca sutilmente bajo la tela. Una idea traviesa se enciende en mi interior, y decido hacer algo atrevido, algo que normalmente no haría. Despacio, deslizo mis dedos hasta enganchar el elástico y, con un suave movimiento, me quito el tanga, dejándolo caer al suelo.

Camino con decisión hacia el restaurante situado en el exterior. En la mesa me espera Elías, y, aunque lleve una de sus horteras camisas de flores, está guapísimo. Nuestros ojos se encuentran y, en ese instante, sus comisuras se alzan en una sonrisa que hace que todo mi interior tiemble. Marco mis pasos con los tacones, sintiéndome poderosa, como si cada golpe contra el suelo me recordara quién soy y lo que merezco.

Siento su mirada recorrerme de arriba abajo, acariciándome sin ni siquiera tocarme, y me muerdo los labios, intentando controlar a la amazona que ha despertado dentro de mí. Esa que

quiere lanzarse sobre él, arrastrarlo a un rincón y cabalgarlo hasta perder la noción del tiempo.

«Respira, mujer».

Elías se levanta con calma y retira la silla para que me acomode. Me dejo caer, tratando de mantener la compostura, pero antes de que pueda decir nada, él se inclina y sus labios encuentran la piel de mi cuello en un beso suave que me arranca un escalofrío. Luego, sin prisas, se sienta a mi derecha, como si no acabara de incendiarme por dentro.

—Buenas noches, princesa —dice con ese tono sensual que hace que me derrita, mirándome a los ojos con esa intensidad que parece desnudarme.

—¡Oh! Ya no puedo llamarte Cantinflas —adviento, acariciando sus labios con la punta de mis dedos, disfrutando de su tacto.

—Si tanto te gusta, puedo dejármelo crecer otra vez. —Eleva las cejas con un gesto que me provoca una risa.

—¿Sabes? Ahora que lo pienso, me recordaba al protagonista de *La princesa prometida* —digo, sorprendida por mi propia revelación.

—Por fin lo pillas. Pensé que no te darías cuenta nunca —responde, colocando su mano en mi muslo, y el calor sube por mi piel.

—¡Por eso lo llevabas! —lo miro incrédula, tratando de encajar todas las piezas—, y por eso no parabas de decir «como deseas, princesa...».

Él sonrío, confirmándome en silencio todo lo que ha hecho hasta ahora para que me diera cuenta.

—Bueno... no es que me lo dejara a propósito por eso, pero cuando lo perfilé me vi capaz de competir con el Hombre de Negro y luchar por la mano de la princesa —dice, sonriendo como si acabara de desvelar un secreto.

—Entonces, mueres fijo.

—¿Por qué? ¿No me ves capaz de luchar a muerte? —susurra con la voz ronca, acercando su boca a mi cuello y dándome un suave mordisco que me hace temblar.

—No, no te veo vistiendo totalmente de negro. Con esas camisas horteras llamarías demasiado la atención de los villanos, y habrías muerto al inicio de la película. Te matarían por atentar contra la moda. —Me río, sintiendo sus labios recorrer mi piel, y me cuesta pensar con claridad.

—Mira que eres mala... —murmura contra mi cuello, rozándome con la punta de la nariz mientras el calor se instala en mi vientre—. No niegues que te están empezando a gustar. El otro día estabas preciosa con una de ellas.

—Has pedido demasiada comida —añado, tratando de controlar mi respiración.

—Es que tengo mucha hambre —gruñe con suavidad.

Su mano asciende por mi muslo, repitiendo el mismo jueguito de esta mañana, y siento cómo mi corazón da un triple salto en el aire, preparándose para lo que viene. Entreabro los labios, anticipando su reacción al descubrir que no llevo ropa interior. Sus dedos siguen deslizándose por mi piel, dibujando un camino que me quema, hasta que alcanza esa zona y roza

con suavidad mi sexo, sin nada que frene su contacto. Un escalofrío me recorre de arriba abajo, y no puedo evitar dejar escapar un leve suspiro.

—Yurena, eso no se hace. No puedes venir a cenar sin nada debajo —murmura con un tono que me provoca un cosquilleo en el vientre—. ¿Ahora cómo se supone que voy a concentrarme en la comida, si lo que realmente me apetece está aquí abajo...? —Delinea mis labios húmedos, cada vez más hinchados, y me obliga a aferrarme al borde de la silla para no perder el control.

Escucho los pasos del camarero acercándose, y una alarma se enciende en mi mente, pero Elías no retira su mano. Permanece ahí, inmóvil, acariciándome mientras el camarero rellena nuestras copas.

—¿Está todo a su gusto? —pregunta el camarero observando que no hemos tocado la comida—. ¿No están lo suficientemente calientes?

«Sí, estamos a punto de combustionar».

—Está todo perfecto —responde Elías, sin dejar de tocarme.

Sus dedos se cuelan sin aviso, adentrándose en mi interior, y contengo la respiración, alternando la mirada entre el camarero y él. Los ojos aguamarina de Elías se oscurecen llenos de deseo, mientras ahonda con destreza en mi sexo. Lo hace con una calma exasperante, casi imperceptible, a pesar de que yo estoy a un suspiro de perder el control.

—¿Podrías repetirme qué lleva este plato? —pregunta sin sacar sus dedos, aumentando la fricción.

No entiendo cómo puede hablar con tanta calma mientras provoca un terremoto entre mis piernas. Y lo peor es que, en vez de apagarme, eso me enciende aún más.

—Ese es Bandera Dominicana, es un plato nacional de nuestro pueblo y se compone... —explica el chico, pero sus palabras se desvanecen para mí, dejándome arrastrar por las sensaciones que Elías me está regalando.

Cierro los ojos, luchando por controlar las ganas de mover las caderas. Y cuando los abro, el camarero ya no está. Separo las piernas, dándole más acceso, y eso parece ser la señal que Elías esperaba para continuar con su ritual de placer. Mi respiración se acelera, y el calor sube por mi cuello hasta mis mejillas, pero no puedo apartar la mirada de él. Su expresión es de pura satisfacción, y ese pequeño gesto de desafío, de querer hacerme perder la compostura, me vuelve loca.

## CAPÍTULO 48

### *Espliego*

*Elías;*

No sé cómo cojones he aguantado toda la cena con semejante empalme; ni en mis mejores sueños me imaginaba que Yurena aparecería sin ropa interior. En el momento en que la he tocado, el deseo me ha cegado por completo. No soy de piedra, no puede ponerme la jodida manzana en la boca y pretender que no quiera morderla. Ha sido una prueba de resistencia, y no tengo ni idea de dónde he sacado fuerzas para no perder el control y arrastrarla de vuelta a la habitación. Aunque el ambiente ha cambiado cuando empezamos a comer, yo seguía tenso, muy tenso.

Abro el grifo, dejando que el agua fría corra mientras intento pensar en cualquier otra cosa que no sea ella. Coloco las manos debajo y atrapo un poco de agua para refrescarme la cara. Pero es imposible. Ella es puro fuego, y me está quemando vivo. Lo peor es que sé que la próxima vez no voy a poder frenarme.

Salgo del baño y voy directo a la barra, intentando recuperar algo de cordura. Hago una seña al camarero para preguntarle por lo que hablamos esta mañana. Asiente y, sin decir nada, me sirve una copa que no he pedido.

—Es de parte de la mujer del vestido rosa —me dice, señalándola con el mentón.

Sigo la dirección que me marca y, ahí está, Yurena. Levantando su copa en un brindis, con esa sonrisa que me está matando. Imito su gesto siguiéndole el juego. Me llevo la copa a los labios, sin apartar la mirada de ella ni un segundo, dejándole claro que ya estoy en su terreno. En ese momento, la voz suave y melódica de Humbe comienza a sonar, envolviendo todo el ambiente.

*Esos ojos color miel  
Esos labios que tanto soñé  
Te besé*

Dirijo mis pies hacia ella, esquivando a la gente que baila en la pista, sin apartar la mirada de esos ojos que me han hecho perder la cabeza. Respiro hondo, consciente de que solo nos separan unos pocos pasos y que, en cuanto los acorte, no habrá marcha atrás.

*Y es que todo pasó en un instante  
Te volviste de pronto importante  
Ahora dime cómo hago  
Si el corazón me está ganando*

—Buenas noches, soy Elías —me presento, continuando el juego con una sonrisa en los labios.

—Yurena —responde, dejando su copa en una mesa cercana y ofreciéndome su mano, como si esperara que se la besara.

Suelto mi vaso y atrapo su mano entre las mías, dejo que mis labios rocen su piel en un beso lento, con la mirada fija en la suya, grabando este momento para siempre. Ella la retira con un aleteo de pestañas, fingiendo estar ruborizada.

—¿Me concede este baile? —pregunto, con un tono que deja claro que no acepto un no por respuesta.

—Depende... —replica, con esa sonrisa pícara que me invita a seguir jugando.

Doy un paso hacia delante y la rodeo con mi brazo, atrayéndola con suavidad, pero sin darle la opción de escapar. Mis manos descienden por su espalda, lentamente, hasta aferrarse a su cintura. Y entonces, nos movemos al compás de la música, como si el mundo se hubiera detenido en este preciso momento, como si este fuera el único baile que mereciera la pena.

*Confieso  
Que nunca había perdido la noción del tiempo  
Es que no te dejo de pensar*

A nuestro alrededor, las luces de las guirnaldas titilan como si quisieran imitar a las estrellas que brillan en el cielo. La pista de baile se ilumina suavemente con tonos cálidos que acarician nuestras sombras, mientras el murmullo del mar se mezcla con la melodía. El aroma a sal y a brisa nocturna llena el aire, y siento cómo su piel se eriza bajo mis dedos.

La luna se refleja en sus ojos, haciéndolos parecer aún más profundos. Su mirada me arrastra de vuelta al pasado, a esa posibilidad que nunca fue, a cómo habría sido todo si nuestras decisiones hubieran tomado otro rumbo. Estos días, hemos tenido la oportunidad de descubrirnos más allá de aquella noche que nunca se dio, de esas miradas furtivas y de los roces inocentes. Me he reído con ella como lo hacía cuando éramos adolescentes, he compartido experiencias nuevas y he dado un paso que, antes, jamás me habría atrevido a dar.

*Confieso  
Que solo tú me haces sentir que estoy completo*

Las estrellas siguen brillando como si también ellas estuvieran presenciando este momento, como si el universo entero nos diera una segunda oportunidad, y el latido de la música se funde con el de mi corazón, que, por primera vez en mucho tiempo, late con fuerza al compás de alguien más.



—¿Dónde vamos? —me pregunta, nerviosa.

—Ahora lo verás.

Empujo la puerta y, tirando de su mano, nos adentramos en la oscuridad. Cierro tras ella, pegando su cuerpo a la madera, y antes de que pueda decir nada, capturo sus labios en un beso fugaz. Luego presiono el interruptor, inundando la habitación de luz. Yurena parpadea varias veces, acostumbrándose al resplandor, mientras su mirada recorre el lugar hasta que vuelve a fijarse en mí, con un brillo de confusión y curiosidad.

—¿Dónde estamos? ¿Podemos estar aquí? —inquieta, arqueando una ceja con una mezcla de incredulidad y picardía.

—Sí, confía en mí. —Entrelazo mis dedos con los suyos, alejándola de la puerta y situándome a su espalda. Mis manos se posan en sus caderas, guiándola suavemente hacia donde quiero que mire.

—¿Es una especie de salón de actos? —pregunta, ladeando la cabeza, sin dejar de observarlo todo—. ¿Qué hacemos aquí?

—Mira bien el escenario —susurro contra su oído, apoyando mi barbilla en su hombro.

Hace tiempo, mi madre me contó lo que Yurena hizo por su amiga en su boda, cómo se subió al escenario y acompañó a Vera con la guitarra, regalándole un momento que dejó a todos con la piel erizada. Entonces, recordé que cuando éramos niños siempre imitaba a los cantantes de la televisión con su guitarra de juguete, entregándose a cada canción como si ya fuera una estrella. Hasta que le regalaron una guitarra española. Fue ahí cuando la vi brillar de una forma distinta. Sus dedos recorrían las cuerdas con una pasión que iba mucho más allá de todo lo que había presenciado en ella antes. Como si, por un momento, el mundo desapareciera y solo quedaran su esencia y la música.

Y desde entonces, siempre he sentido esa espina clavada, la que me recuerda que no compartí ninguno de esos instantes que la hicieron brillar. Me he perdido demasiados, y ahora siento que es el momento de empezar a recuperarlos, uno por uno.

—Quiero que toques la guitarra para mí —le pido.

Yurena niega con la cabeza, mordiéndose el labio.

—No puedo... bueno, sí que puedo, pero no tengo acompañamiento. Y, además, me da vergüenza.

—La vergüenza te la dejaste en la habitación —comento, deslizando mis dedos por su espalda hasta llegar a su trasero, sintiendo cómo se tensa con mi contacto.

—¿Y quién cantará? Estoy acostumbrada a seguir la voz de alguien... —murmura, a punto de ceder.

—Canta tú, no hay nadie aquí. Yo seré tu público —susurro, acercándome un poco más, presionando sus caderas.

La empujo suavemente hacia delante, y caminamos juntos hasta el escenario. Cuando llegamos, noto cómo la duda la carcome por dentro. Desde que empezamos este viaje, ha ido soltándose poco a poco, dejándose llevar por todo lo que antes necesitaba organizar en una lista interminable. Nunca se salía de ahí. Ahora toca ser libre.

## CAPÍTULO 49

### *Edelweiss*

Me armo de valor, respiro hondo, y avanzo hacia las escaleras del lateral del escenario. No es la primera vez que toco la guitarra delante de alguien, pero sí es la primera vez que Elías me verá hacerlo después de tantos años. Él fue testigo de cómo este sentimiento creció en mí, despertando lentamente la necesidad de rasgar las cuerdas y dejar que la música vibrara en mis dedos. Era algo mágico. Algo que, con los años, fui relegando a momentos puntuales, sobre todo para regalarles a mis amigas un pedacito de mí.

Estudié Bellas Artes porque mis padres me arropaban en cada pincelada, en cada trazo, como si el arte formara parte de nuestro ADN familiar. Ellos, con su amor por los colores, me enseñaron a ver la vida con otros ojos, y poco a poco, su pasión se fue colando en mi piel hasta que terminé aceptando que ese era mi camino. Era lo que se esperaba de mí. Tocar la guitarra, en cambio, siempre fue mi pequeño secreto, ese hobby que ellos veían un entretenimiento pasajero, pero que, en realidad, era mucho más. Era mi manera de liberar todo lo que no podía expresar con palabras, una forma de desnudarme y mostrarme tal cual soy en cada acorde.

Agarro la guitarra, me paso la cinta por el cuello y la ajusto. Me siento en el taburete, apoyando el trasero, y subo una rodilla, posando el tacón sobre el reposapiés. La coloco contra mi pecho, dejándola descansar sobre el muslo, y punteo suavemente para comprobar la tensión de las cuerdas. Cierro los ojos y respiro hondo, consiguiendo que todo lo demás desaparezca mientras la vibración recorre mis dedos. Las notas comienzan a fluir creando una melodía que atesoro en un rincón de mi mente, una habitación cerrada, olvidada.

*Quiero mirarme en el espejo y que me guste lo que veo  
Cuesta seis días por semana*

Me dejo llevar, marcando el ritmo de *Vale la pena* de Paula Mattheus, abriendo de par en par las puertas de mi corazón y dejando que la letra se funda conmigo. Al principio, mi voz es apenas un susurro, tímida, pero poco a poco se va llenando de fuerza, desenterrando esos sentimientos que creía olvidados y que ahora claman por ser liberados.

*Quiero sentir que vale la pena  
Tanta electricidad corriendo por mis venas  
Y de la niña que fui, ya no sé mucho de ella  
Siento que perdí su huella*

Con cada movimiento de mis dedos arranco, una a una, todas esas inseguridades que me acompañaron durante tanto tiempo. Las que me hicieron creer que no era suficiente, que me obligaron a aparentar ser algo que nunca fuimos y tejiendo mi destino a partir de un sueño

infantil. Me autoconvencí de que era lo correcto, de que tenía que seguir aquel camino cuando apareció frente a mí con una rosa y una mentira bien disfrazada. Ahora solo quiero correr, alejarme de aquella decisión que tanto daño me hizo, dejar atrás todo lo que me quebró y encontrar el final de este túnel oscuro, donde sé que me espera el sol.

*Voy a rogarle a los santos que vuelva  
Voy a tocarle, a romperle la puerta  
Quiero encontrar a esa niña que baila bajo la tormenta*

Las palabras brotan de mi garganta, desgarrándome el alma mientras buscan a esa niña que fui, la que se aferraba a la mano de Elías con los ojos cerrados, sin miedos ni dudas. La que era ella misma, la que se reía del mundo y disfrutaba cada segundo sin pensar en el mañana.

*Voy a empezar a escribirle canciones  
Y acompañar sus malas decisiones  
Y repetir que el tiempo hace pequeñas las preocupaciones*

Estos días a su lado he sentido más que en toda mi vida, redescubriendo partes de mí que creía enterradas. Sus abrazos han ido recomponiendo los pedazos rotos de mi corazón, uno a uno, como si supiera exactamente dónde colocarlos. Y su sonrisa... su sonrisa es la culpable de que me haya atrevido a dejarme llevar, recordándome lo bonito que es saltar sin mirar atrás, sin tenerle miedo a nada.

Doy el último acorde, dejando que mi voz se apague en un susurro que parece envolver todo a mi alrededor. Abro los ojos, y una lágrima escapa de mi control, deslizándose por mi mejilla hasta caer sobre la guitarra. Observo cómo la pequeña gota traza un camino invisible en la madera, y siento que estoy a punto de perder la batalla que llevo librando en silencio demasiado tiempo. Alzo la mirada, buscándolo. Elías me observa con un brillo intenso en los ojos y, con movimientos lentos, se acerca. Retira la guitarra con delicadeza y, en un gesto que parece abarcar todas las palabras que no nos hemos dicho, me rodea con sus brazos, aferrándose a él.

—Ya la has encontrado —me susurra con dulzura.

Y entonces, me dejo ir en su abrazo. Mi cuerpo tiembla entre sus brazos, intentando contener la tormenta que llevo dentro, pero sé que Elías no permitirá que me pierda en ella.



Dejamos atrás ese momento tan íntimo en el escenario, donde sus besos han sellado cada una de las heridas que mi canción dejó al descubierto, esas que ni siquiera sabía que seguían tan abiertas. No tenía planeado cantar esa melodía, pero las notas surgieron como si siempre hubieran estado aguardando y me dejé llevar, sin saber a dónde me conducirían.

Caminamos de la mano por la arena, intercambiando miradas fugaces bajo las estrellas

mientras el frío se cuela entre los dedos de los pies. Nuestros cuerpos buscan rozarse siempre que pueden, como si el contacto fuera una necesidad que ya no podemos evitar. Sus ojos recorren cada centímetro de mi piel, acariciándome sin tocarme, y en su mirada siento un deseo que me estremece, que me incendia en plena noche.

No sé en qué momento hemos llegado al camino de piedras que lleva a nuestra habitación, y lo hemos cruzado casi sin darnos cuenta. Elías me envuelve la cintura con una mano, acercándose a su pecho, y con la otra me toma de la barbilla, obligándome a mirarlo. Alzo la vista y me pierdo en sus ojos, esos que parecen tambalear todos los cimientos que creía firmes. Una parte de mí siente miedo por todo lo que me está removiendo estos días; otra, en cambio, quiere dejar atrás las listas, lo correcto, lo que se supone que debería ser, y lanzarse de su mano. Todo es tan intenso... demasiado.

—Esa de ahí es mi habitación —susurro, siguiendo el juego que empezamos en la pista.

Elías alza una ceja, sorprendido; parece que no esperaba que siguiéramos jugando.

—Entonces, ¿nos despedimos aquí...? —Sus labios caen en picado sobre los míos, su lengua invade mi boca mientras su mano acaricia mi cuello. Un gemido escapa sin que pueda evitarlo. Se separa unos centímetros y en sus ojos arde un fuego a punto de descontrolarse—. A menos que me invites a entrar.

—¿Acaso eres un vampiro que necesita invitación para pasar? —murmuro, divertida—. Si quieres entrar, tendrás que ganártelo. —Apoyo las manos en su pecho y lo empujo, separándolo de mí.

—Vaya... así que esas tenemos... —Se pasa la lengua por los labios, y no puedo evitar que una sonrisa se me escape.

Entonces, una mariposa revolotea por el hueco que ha dejado nuestros cuerpos al separarnos. Me quedo embobada, observando el aleteo y pensando en todos esos significados espirituales que siempre se le atribuyen, pero cuando fijo la vista en los ojos de Elías, veo cómo su gesto cambia. ¿Le dan miedo las mariposas? ¿Cómo era ese nombre...? Joder, lo tengo en la punta de la lengua. ¿Lapido... lepidó...?

—¡Lepidopterofobia! —exclamo, dando una palmada al aire cuando por fin consigo pronunciar la palabra.

—¿Qué? —pregunta Elías, extendiendo su mano para agarrarme.

—¡Es la fobia a las mariposas! —respondo al ver su cara contrariada.

—¿Tienes fobia a las mariposas?

—¿Yo? No, la tienes tú —aclaro, mientras Elías tira de mi vestido hacia él.

—Yo no tengo ninguna fobia de esas.

—Entonces, ¿por qué has puesto esa cara cuando la mariposa ha pasado entre nosotros? —lo interrogo.

—Porque no es una puta mariposa lo que ha volado entre nosotros —dice, girándose y señalando lo que hay pegado a la pared.

—¡Una cucaracha! —grito, horrorizada, sintiendo cómo todos los vellos de mi piel se erizan a la vez. Me agito en los brazos de Elías, buscando refugio—. Vámonos, corre, que, si le da por

volar, seguro que viene a por mí. Ay, Dios, ¡qué asco me dan!

Elías me aparta a un lado, coloca la tarjeta en mi mano y me empuja suavemente, indicándome que me aleje. Se prepara para atacar a la cucaracha con el zapato en la mano, sujetándolo con fuerza, listo para desatar su furia contra ese bicho. Justo cuando va a dar el paso, me acuerdo del documental que vi sobre esos bichos asquerosos y salto como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—¡No la pises! —le grito, como si estuviera a punto de pisar una mina—. ¡No podemos pisarlas! Si lo haces, se nos pegan sus huevos en la suela y acabaremos criando mini cucarachas en la habitación. ¡Huevos, por todas partes, Elías! ¡Huevos!

Elías desvía la mirada hacia mí por un segundo, antes de volver a centrarse en su objetivo. Niega con la cabeza, echándose hacia atrás mientras una risa se le escapa.

—¿Me estás diciendo que las cucarachas tienen un plan secreto de colonización? —pregunta, soltando un suspiro mientras yo me aferro a su camisa, tratando de arrastrarlo conmigo—. No te preocupes, la aplastaré y dejaré el zapato fuera, ¿vale?

—¡Ni se te ocurra! Entonces, los huevos viajarán con nosotros a España y llevaremos una especie invasora. Estas cucarachas son de aquí, ¡cucarachas republicanas! No tienen nada que ver con las nuestras y, si se aparean, crearán una nueva evolución. ¡Sería mi culpa y me llamarían «Madre de Cucarachas»! Y, como las odio, las repudiaría... —Elías me alza en brazos, interrumpiendo mi discurso, y corre conmigo hacia la habitación. Justo en ese instante, la cucaracha alza el vuelo.

—¡Corre! ¡Nos persigue! —le grito, golpeándole el hombro para que acelere.

# CAPÍTULO 50

## *Dalia Roja*

Elías pasa la tarjeta con un movimiento rápido, entra conmigo a cuestras y cierra de un golpe con el talón, asegurándose de que la invasora no se haya colado en nuestro dormitorio.

—Mira por todos lados, no podré dormir si ha entrado. Tendré que cambiar de habitación... —le ordeno, aún colgada sobre su hombro.

—Tranquila, estamos a salvo —me asegura mientras se gira y me lleva hasta la cama, dejándome caer con suavidad.

Me apoyo sobre los codos, echando un vistazo a cada rincón de la habitación. Cualquier sombra me parece otra cosa, algo que no quiero ni nombrar.

—Elías, siento decírtelo, pero hoy seré incapaz de cerrar los ojos. Tendré que leer para distraerme o ver la tele con la luz encendida... por si hay alguna que se atreva a salir —balbuceo a toda prisa.

—No te preocupes, ya me encargaré yo de que olvides lo que acaba de pasar... —susurra con voz ronca a los pies de la cama, desabotonándose la camisa.

Mis ojos se deslizan por sus pectorales, bajando lentamente hasta su ombligo, y me muerdo los labios cuando Elías se desabrocha el botón del pantalón, quedándose en ropa interior.

—¿Te has puesto duro con nuestra experiencia cercana a la muerte? —pregunto, sin poder apartar la mirada de su erección que se marca a través de la tela.

—Puede ser... hay que aprovechar el tiempo —responde, con una sonrisa que me derrite.

—¿Y qué tienes pensado hacer para que olvide esa experiencia traumática? —le provoco, sintiendo la sangre hervir bajo mi piel.

—Tengo una idea —murmura, mientras sus manos suben lentamente por mis piernas, acariciando mi piel con una suavidad que me electriza—. Podríamos escuchar ese audiolibro o, si lo prefieres, recrear alguna de sus escenas...

Trago saliva, recordando cómo el protagonista delineaba con su lengua la parte interna de los muslos de *Belladona*, arrancándole un placer que parecía no tener fin.

—Podríamos... hacer —suspiro, notando el latido desbocado de mi corazón—. Esa escena donde él entierra su lengua en su... aunque claro, el prota tiene una lengua un tanto peculiar...

—¿Eso es lo que quieres...? —susurra, con los ojos oscurecidos por el deseo, acercándose más a mí. Yo solo puedo asentir, incapaz de decir nada, mientras mi cuerpo tiembla.

Sus manos siguen ascendiendo, arrastrando mi vestido y arremolinándolo en mi cintura, dejando al descubierto mi sexo desnudo.

—Me encanta que no lleves nada... —musita, mientras baja la cabeza con una lentitud

calculada. Su barba incipiente raspa la piel sensible de mis muslos, arrancándome un estremecimiento que se cuela hasta lo más profundo.

Me aferro a las sábanas cuando la respiración caliente de Elías roza mi entrada. Sus labios se entreabren, y con sus ojos fijos en los míos, se inclina hacia mi sexo con una mirada que promete hacerme perder la razón. Cierro los párpados y retengo el aire, anticipando el placer que sé que está a punto de desencadenar en mí. Su lengua, cálida y ávida, traza cada línea de mis labios hinchados, deslizándose con una lentitud que me quema, que me devora. Sube y baja, lamiéndome con una cadencia que roza la tortura, y luego se enfoca en mi clítoris, acariciándolo en círculos precisos que hacen vibrar cada rincón de mi cuerpo.

—¿Lo estoy logrando, o quieres que sea más rudo? —pregunta, y su aliento caliente choca contra mi sexo, provocándome un temblor.

—No pares ahora... —susurro, con la voz rota por el deseo, aferrándome a la idea de que esto no termine.

Siento su sonrisa, aunque no la vea. Sus labios se cierran alrededor de mi clítoris, succionándolo con una suavidad que me lleva al límite, y al mismo tiempo, sus dedos se suman a este juego, penetrándome con un ritmo firme, sin descanso, llenándome por completo. Un gemido profundo y desgarrado escapa de mis labios, y me retuerzo, estremecida por el placer que se extiende como un incendio por cada centímetro de mi piel. Arqueo la espalda, entregándome al vaivén de las sensaciones y el calor del orgasmo surge como un latigazo, sacudiendo cada músculo de mi cuerpo sin piedad.

—¡Elías! —grito su nombre con la voz hecha pedazos entre la ola de placer que me consume. Mis manos se mueven por instinto, aferrándose a su cabello, y mis muslos se cierran con fuerza, aprisionándolo contra mí. Aprieto su boca contra mi sexo, incapaz de contenerme, a punto de desfallecer.

Abro los ojos, jadeando, cuando la humedad caliente se derrama, arrasándome. Elías no aparta la mirada; su lengua sigue explorándome, saboreándome, como si estuviera decidido a devorar hasta el último vestigio de mí. Mi respiración es errática, pesada, mientras trato de asimilar el éxtasis que acaba de regalarme, aún estremeciéndome entre sus manos. Estoy completamente a su merced.

—Aún no hemos terminado... —me asegura.

Se aparta apenas un instante, bajándose los *bóxers* y liberando toda su dureza. Saca un condón de su maleta y se lo coloca con un movimiento ágil, sin apartar sus ojos de los míos. Me incorporo como puedo, aún con las piernas temblando por lo que acaba de hacerme, y me arranco el vestido, dejándolo caer al suelo. Mi mirada se queda atrapada en cada centímetro de su cuerpo desnudo, en su erección palpitante y perfecta. Me muerdo los labios, deseando sentirlo dentro, que me haga suya por completo.

Elías no pierde tiempo. Sus manos recorren mi piel sin pausa, subiendo hasta mis pechos, que atrapa con sus dedos, masajeándolos hasta que los pezones se endurecen bajo su tacto. Se inclina, y su boca se apodera de uno, succionando, mordiendo, arrancándome un gemido ronco. Me sostiene de las caderas, me levanta como si no pesara nada y me acerca a él. Su erección roza mi humedad, deslizándose y empapándose de mí, provocándome un escalofrío.

—Mírame —ordena, con un tono que me hace temblar.

De una sola embestida, me invade por completo, llegando a lo más profundo, y un grito escapa de mi garganta. Mis paredes se cierran a su alrededor, lo aprietan, y él gruñe profundamente al chocar contra mi piel. Se mueve dentro de mí, rápido, duro, y cada estocada es más intensa que la anterior. Los gemidos se escapan de mis labios sin control, y él no se detiene, me lleva al límite una y otra vez. Sin descanso, hasta hacerme perder la cabeza.

—Yurena, me vuelves loco... —murmura entre embestidas, sus dedos clavándose en la carne de mis caderas, manteniéndome bien sujeta mientras se adentra con fuerza, cada vez más hondo.

—No te controles... hazme tuya —jadeo, sin poder contenerme, y la sonrisa que aparece en sus labios me hace arder aún más.

Elías aumenta el ritmo, entra y sale de mí con una intensidad que me desgarrar, haciéndome sentir sus acometidas en cada fibra de mi ser. Nuestros cuerpos chocan, sudorosos, y el sonido húmedo de cada roce me enloquece. Lo siento expandirse dentro de mí, ocupando cada espacio, empujándome al borde del abismo.

—No pares... —le suplico, envolviéndolo con mis piernas, obligándolo a hundirse más profundo, a ir más rápido, más fuerte.

Y entonces, su mano se desliza entre nosotros, y su pulgar encuentra mi clítoris, presionándolo en círculos mientras sigue embistiéndome, hasta que el placer explota y grito su nombre, perdiéndome en el éxtasis, sintiendo cómo mi cuerpo se contrae a su alrededor, arrastrándolo conmigo.



Despierto pegada al pecho de Elías, acariciando su piel con suavidad mientras los recuerdos de lo que hemos estado haciendo por toda la habitación vuelven a mí. Apenas he dormido, y no solo por la necesidad de seguir sintiéndonos, sino por esa punzada en el estómago que me recuerda que, en unas horas, estaremos en España y tendré que enfrentarme a la realidad.

Alguien toca la puerta con suavidad, y me levanto con cuidado para no despertarlo. Me pongo una de sus camisas, que aún huele a él, y camino hasta la entrada. Piso con el pie una tarjeta de despedida del hotel y, al abrir la puerta, me encuentro con un carrito de desayuno repleto de dulces. Agradezco a la camarera, lo meto dentro y miro a Elías con una sonrisa en los labios. Piensa en todo, como si quisiera dejar una huella que nadie más podría dejar, adelantándose a mis deseos incluso antes de que los haya formulado.

Lo dejo todo listo mientras lo observo moverse en la cama, buscándome en sueños. Me subo al colchón, gateo hasta él y le doy un suave beso en los labios. Justo cuando estoy a punto de retirarme, sus brazos se cierran a mi alrededor, pegándome a él y atrapándome, impidiendo que me escape.

—Buenos días, princesa —susurra con voz ronca.

—Levántate, dormilón. El desayuno está listo.

—¿Dormilón? En mi defensa diré que anoche acabé sin energías, cierta señorita demandaba más y más... y uno no es de piedra. No sé decirte que no —responde, acariciando mi mejilla antes de volver a besarme.

Compartimos el desayuno, y me atrae con su silla hasta tenerme a su lado, colocando mi pierna sobre las suyas. Me aprieta el muslo mientras muerde un donut glaseado, y yo me quedo obnubilada, observándolo, admirando la forma en que su mandíbula se tensa, esos labios que parecen diseñados para el pecado. Él sonríe con la boca llena, y unas pequeñas arruguitas se forman en el borde de sus ojos, y no puedo evitar imitar su gesto.

Mientras lo miro, lucho contra la razón, esa que me dice que tengo que arreglar mi vida antes de decidir lo que quiero. Pero el corazón me está ganando, con cada gesto, cada caricia, cada mirada. No sé qué pasará. Una sensación agridulce me invade durante unos segundos, y siento cómo los ojos se me humedecen sin poder evitarlo.

—Abre la boca —me ordena Elías, acercando un trozo de *brownie* que pasea por mis labios, tentándome a abrirlos. Dejo que introduzca el bizcocho, saboreándolo lentamente bajo su atenta mirada—. Yurena, soy consciente de la realidad. Aunque estos días nos hayamos dejado llevar, quiero que sepas que no voy a presionarte con nada. —Se limpia las manos con una servilleta y acaricia mi mejilla, apartando un mechón de pelo detrás de mi oreja.

Lo miro a los ojos, buscando respuestas a las dudas que me atormentan. ¿Qué pasará con nosotros? Aún no lo sé. ¿Me estoy enamorando? Y si es así, ¿lo que sentía por Miguel no era amor? No lo sé. ¿Me había dejado llevar por la imagen que proyectábamos? Necesito pisar tierra firme, cerrar las heridas del pasado y enfrentar el presente que dejé atrás.

—Elías, no sé si lo que sientes se parece a lo que has despertado en mí estos días. Solo sé que contigo me he sentido más viva que nunca, y esta sensación que tengo aquí —me llevo la mano al pecho, y él coloca la suya sobre la mía—, en el corazón, me está haciendo dudar de todo. Necesito entender qué es antes de decidir nada.

Elías me observa en silencio, entrelazando sus dedos con los míos, y siento mis latidos acelerarse bajo la presión de su mano. Se inclina hacia mí, hasta que nuestras frentes se rozan, y me mira como si quisiera grabar cada detalle de este momento.

—Yurena... —susurra, y la forma en la que pronuncia mi nombre me estremece—. Lo que siento por ti va mucho más allá de estos días... —Suspira, y su mano se desliza por mi mejilla, acariciándome con ternura—. No tienes que decidir nada ahora. Solo quiero que sepas que, cuando encuentres tus respuestas, aquí estaré —dice, con esa suavidad que me derrite, y sus ojos encuentran los míos, iluminándome por dentro—. No tienes que saberlo todo ahora. Las respuestas vendrán cuando sea el momento, y cuando eso pase...

—Te buscaré... —termino por él, porque, aunque una batalla se libra en mi interior, sé que quiero volver a verlo.

Antes de apartarse, su nariz roza la mía y por un segundo, me quedo suspendida en ese instante, deseando que nunca termine.

# CAPÍTULO 51

## *Campanilla de Invierno*

Dejamos el hotel con una sensación agri dulce en el pecho, abandonando la burbuja en la que hemos vivido estos días, ese pequeño universo que parecía solo nuestro. El traslado al aeropuerto lo hacemos de la mano, buscándonos en cada mirada, en cada roce, dejándonos llevar por los recuerdos que hemos acumulado, como si aferrarnos a ellos fuera la única forma de no dejar que se desvanezcan cuando crucemos la puerta de embarque.

Una vez acomodados en el avión, decidimos escuchar el audiolibro juntos. Bueno, «decidimos» no es la palabra correcta, más bien Elías me lo propuso con tanta picardía que no supe decirle que no. Cada vez que sonaba una escena subida de tono, podía sentir su mirada recorriéndome, quemándome la piel. La tensión crecía, y yo tenía que apretar los muslos para contener el impulso de susurrarle que me llevara al baño y repitiéramos lo que hicimos en el hotel.

Aunque los dos sabíamos perfectamente lo que nos esperaba cuando aterrizáramos, evitamos tocar ese tema y nos refugiamos en conversaciones sobre su trabajo. Me quedé fascinada mientras me explicaba con pasión todo lo que sabía sobre la flora y fauna de Doñana, su voz me envolvía, anclándome a este instante un poco más.

Mientras esperamos a que la cinta nos devuelva nuestras maletas, saco el teléfono de mi mochila sintiendo el nudo del estómago retorcerse en mi interior. He retrasado este momento, podría haberlo encendido nada más poner un pie en la terminal, sin embargo, he querido vivir en nuestra burbuja un ratito más. Miro fijamente la pantalla mientras el móvil revive en mis manos recibiendo miles de notificaciones de WhatsApp y llamadas perdidas. La mano de Elías abandona la mía al adelantarse a recoger el equipaje y, en ese momento, decido abrir el grupo de las niñas, sorprendiéndome por la cantidad de mensajes. Hay comentarios sobre los planes de mi llegada, y uno de ellos, de Macarena, asegura que necesitaré pomada para aliviar ciertas zonas íntimas porque, según ella, las habré «gastado de tanto usarlas». La sonrisa se me escapa mientras leo cada una de sus anécdotas, y siento ese calorcito en el pecho que me anticipa su bienvenida. Tengo tantas ganas de verlas, de hablar durante horas, pero, sobre todo, de abrazarlas hasta que me duelan los brazos.

—¿Todo bien? —pregunta Elías con ese tono calmado que siempre logra tranquilizarme.

Bloqueo la pantalla y al levantar la vista, me encuentro con sus ojos. Me observa con esa intensidad que hace que mi estómago dé un vuelco; no necesita palabras para saber que algo me está retorciendo las entrañas. Desliza un brazo por mi espalda y me atrae hacia él, besando mi frente con una suavidad que logra calmarme. Permanecemos unidos durante unos segundos, escuchando nuestras respiraciones entrelazadas. Su contacto es cálido y me da la fuerza que necesito para afrontar lo que hay tras esas puertas. Le rozo los labios con un último beso cargado de promesas no dichas, y él asiente, apretando mi brazo antes de soltarme.

—Sí, son las niñas. Están desatadas, deseando que cruce las puertas de llegada... —murmuro con la voz apagada por la mezcla de emociones.

—Entonces, no las hagamos esperar. —Sonríe.

Me entrega mi maleta y toma mi mano mientras avanzamos por la terminal. Siento el corazón en la garganta con cada paso que doy, porque no sé realmente qué me voy a encontrar tras esas puertas. No he querido contestar ninguna de sus llamadas, ni le he preguntado a las niñas si Miguel se ha puesto en contacto con ellas.

—Elías... —intento decir, pero las palabras se me atascan en la garganta.

«No quiero despedirme».

—Lo sé —responde, leyéndome el alma como siempre—. Ya lo hablamos, este no es nuestro final, ¿recuerdas?

Mis ojos se llenan de lágrimas que intento no dejar caer, recordando ese instante en el que nuestra historia cambió para siempre. Niego con la cabeza, apretando los labios, y Elías acuna mi rostro, retirándome con el pulgar esa humedad que amenaza con escapar. Me besa con una suavidad infinita. Un beso efímero, suave, perfecto.

—Vamos —me apremia, tirando de mí.

Respiro hondo cuando estamos a punto de alcanzar la salida. Mis latidos se aceleran con cada paso que doy, y Elías presiona mi mano una última vez antes de que su calor se desvanezca lentamente, dejándome ir. Nuestros dedos se rozan en una caricia que dice mucho más que cualquier palabra que pudiéramos pronunciarnos, como un último lazo que se resiste a soltarse.

Cruzo las puertas, contengo el aire y busco a mis amigas con la mirada hasta encontrarlas, sujetando un enorme cartel con mi nombre y un sinfín de corazones dibujados. Siento los nervios a flor de piel. Las niñas me rodean en cuestión de segundos, saltando como si no hubiera mañana, envolviéndome en un abrazo colectivo que casi me deja sin aire. Me llenan de su energía, hablando todas a la vez, sin detenerse. Sé que es su manera de protegerme, creando un escudo que no deja entrar el dolor. Sonrío con ellas, me entrego a su cálido abrigo y me trago las palabras que siempre dije: «Yo puedo sola», porque ahora, en este preciso instante, quiero que me cuiden. Que me abracen hasta que me duela, que me hagan reír a carcajadas, por todo y por nada. Quiero que me quieran siendo yo misma, sin límites ni restricciones, sintiéndome, por fin, en casa.

No sabía cuánto las necesitaba.

Entre el caos y las risas de mis amigas, mis ojos se encuentran con Elías, que se despide de Cris con un abrazo fugaz. Nuestras miradas se cruzan, y me regala una sonrisa de esas que iluminan todo el aeropuerto. Siento su caricia desde lejos, sin necesidad de decir nada, porque ya nos hemos dicho todo lo que importaba. Lo veo marcharse, su espalda alejándose cada vez más, y aunque mi corazón me grita que lo siga, que corra tras él y lo deje todo, sé que no puedo. Sé lo que tengo que hacer. Cris sigue la dirección de mis ojos y, sin decir nada, me abraza con fuerza, intentando contener la tormenta que llevo dentro.



Las niñas han venido a recogerme en una furgoneta que se parece muchísimo a la que usaron para secuestrarme en mi despedida de soltera. Un recuerdo que ahora parece tan lejano. Han cambiado tantas cosas en estas semanas, pero sobre todo en estos últimos días. Ya no soy la misma Yurena que subió a ese avión, ni la que dejó el piso, y mucho menos la que se conformaba con aparentar una vida idílica que no tenía.

—Yure, tenemos que rajar de lo lindo de Cayetana. Dime que se ha arrugado como una pasa y ahora es como la vieja de *Rec* —bromea Jessi.

—Ya quisieras, solo tienes que mirar su Instagram para golpearte con la realidad —suelta Almudena.

—Siento decirte que esa mujer no sabe lo que es una arruga o una imperfección. Era como hablar con una Barbie en tamaño real, salvo por esos labios que parecían a punto de explotar —les cuento, dejándome envolver por su cariño y arrastrándome en sus comentarios—. Pero, niñas, preparaos, porque se os van a caer las bragas cuando os cuente lo que me pasó...

Durante el trayecto, las risas no han faltado y más cuando les he contado algunos de mis momentos estelares, mi salto en tirolina, mi encuentro con la cucaracha... Para mi sorpresa, nuestra conductora profesional, Maca, nos ha llevado sin incidentes y sin presionar de más el acelerador, algo muy poco común en ella.

Descargamos el equipaje en la acera, y levanto la vista hacia el edificio gris y blanco donde he vivido una parte importante de mi vida. Enderezo los hombros, respiro hondo y cierro los puños con fuerza, como si de alguna manera eso pudiera prepararme para lo que está por venir. Mis amigas no tardan en unirse a mi decisión, rodeándome y demostrándome que esta vez no tengo que enfrentar esto sola. Cristina entrelaza sus dedos con los míos, transmitiéndome su fuerza. Siento las manos de las niñas en mi espalda, dándome un apoyo incondicional que me mantiene firme.

Nada más llegar a mi planta, Cristina se aleja hasta la puerta de mi vecina, toca con los nudillos y Felipa le abre con una sonrisa. Se da la vuelta, entra en la casa y, al momento, sale con la gatera donde Yuzu me espera, y en cuanto me ve, empieza a bufarme con su típico aire de diva ofendida.

«Esos bufidos que parecen decir *soguarra*».

—Ha estado dormidita, es preciosa. Es una gatita adorable —comenta mi vecina, mirándola con cariño—. ¡Bienvenida, Yurena!

—Preciosísima —susurra Maca, rodando los ojos de manera teatral. No puedo evitar que se me escape la risa.

—Gracias... —apenas alcanzo a decir antes de que Felipa me envuelva en un abrazo.

—Se la dejé esta mañana antes de ir al aeropuerto. Pensé que te haría ilusión verla nada más llegar —explica Cris, y no puedo evitar fijarme en los arañazos que tiene en los brazos.

—Veo que os habéis llevado bien.

—Divinamente —responde con ironía.

Lorena se encarga de abrirme la puerta, empujando la hoja con suavidad. La oscuridad del piso me envuelve, y por un instante, el aire se me queda atascado en la garganta mientras imagino a Miguel ahí, esperándome en el salón, preparado para una última conversación. Mis amigas se despliegan en abanico, como un equipo de rescate, cada una tomando una dirección. Maca sube las persianas y abre las ventanas, dejando que el aire fresco entre. Maite enciende las luces, y parpadeo un par de veces, intentando acostumbrarme al cambio, intentando que la realidad deje de golpearme tan fuerte.

Es entonces cuando me doy cuenta.

El piso está vacío, faltan cosas por todas partes. Esas ausencias gritan lo que no me atrevo a decir en voz alta. Miro a mi alrededor, asimilando la realidad, y entiendo que las llamadas no eran para arreglar nada.

Miguel se ha marchado.

## CAPÍTULO 52

### *Camelia*

*Tiempo después;*

Recordaréis que Elías se marchó, dándome ese espacio que tanto necesitaba y que no había tenido en muchos años. Siempre había estado en pareja, nunca sola, y ni siquiera sabía cómo estarlo realmente. Era el momento de reencontrarme, de descubrir a la Yurena que se quedó a la sombra mientras estuve con Miguel. Dejar que emergiera una versión nueva de mí. No es que no fuese feliz en esa etapa, porque hubo un tiempo en el que pensé que éramos perfectos. A pesar de mis esfuerzos por alcanzar esa perfección, fui feliz. Pero, tras nuestra separación y la revelación de todos esos secretos escondidos entre mentiras, descubrir la verdad sobre nosotros y ese pasado que había dejado olvidado me permitió reflexionar, largo y tendido, sobre todo lo que fui y lo que no llegué a ser.

Ahora, después de la tormenta, es tiempo de recoger los pedazos y reconstruirme, pieza a pieza.

Con Elías descubrí partes de mí que había enterrado. Me dejé llevar, me permití soñar, rompiendo esas listas que me aprisionaban y liberándome de la carga de lo que se suponía que debía ser. Gracias a su insistencia, encontré una faceta de mí misma que nunca había dejado salir. Se lo debo, no solo a él, sino sobre todo a mí.

Ahora me toca ser feliz.

¿Fin...?

No, espera, ¿de verdad pensabas que la historia acabaría aquí? ¿Que una romántica empedernida como yo, que siempre anheló encontrar a su príncipe azul para comer perdices y ser feliz, no tendría su final feliz? Déjame decirte que esto no termina aquí. Ponte cómoda porque voy a contarte lo que sucedió después. Porque, aunque la princesa no se quedó con el príncipe, encontró a un rey que merece mucho más que esas tres letras.

Este «Fin» no es nada comparado con lo que está por venir.

Un año después... bueno, mentira, no fue un año. No tuve la santa paciencia de Vera. Había perdido demasiados años a su lado como para dejar pasar ni uno más, pero sí esperé tres meses. ¿Qué más podía hacer? Era necesario. Manejar una separación oficial lleva su tiempo; la interminable mudanza, despedirme de mi jefe, ese es otro tema del que ya os hablaré en su debido momento, y luego, lo más difícil, empezar a vivir mi vida, conocerme de verdad. Unas semanas más. Solo quería comprobar si, con el paso de las semanas, lo seguiría añorando... si esos días bañados por el sol, sus ojos recorriendo cada contorno de mi cuerpo, y esa voz que al principio me exasperaba, pero que terminó resonando en lo más profundo de mi ser, realmente

habrían significado algo, derritiendo las murallas que había erigido alrededor de mi corazón. Y la respuesta fue un rotundo sí; lo echaba de menos. Dejó una huella profunda en mí.

Y ahora ha llegado mi momento; estoy lista para ir a por ese salvaje.

—Yurena —me llama Cris desde el asiento del copiloto, arrancándome de mi monólogo interno donde os estaba poniendo al día de los últimos acontecimientos.

—Dime —respondo, parpadeando varias veces para volver al mundo real.

—Ya hemos llegado —anuncia con una enorme sonrisa—. ¿Estás lista?

«No, no lo estoy, los nervios me están devorando por dentro».

—Sí. —Respiro hondo y salgo del coche.

Como os he dicho, han pasado tres meses desde la última vez que besé a Elías, desde que me despedí en aquel aeropuerto sujetándome el corazón, porque el muy traidor amenazaba con saltar de mi pecho para seguirlo. Tres meses de llamadas infinitas y mensajes a deshoras. De sonrisas que florecían al amanecer por un «buenos días» y de profundos suspiros al anochecer, leyendo sus últimas palabras.

Si algo define lo nuestro, es intensidad. Y me encanta, porque con él no tengo que guardarme nada; solo somos nosotros y nuestras miradas, esas que lo dicen todo sin necesidad de hablar.

—¡Vamos! ¡Vamos! —Las niñas me animan nada más salir del coche.

Corro hacia ellas y formamos un círculo, saltando como si volviéramos a ser adolescentes. Aquí estamos en el Parque de Doñana, listas para otro de nuestros alocados planes, esos que hacemos sin pensarlo demasiado, pero a los que siempre nos apuntamos con una sonrisa. ¡Todas para una y una para todas! Porque así somos nosotras.

Sacamos todo lo necesario del maletero, mientras los rayos dorados que se cuelan entre las nubes acarician nuestra piel y compartimos miradas fugaces, como las cómplices perfectas de un delito. Sé que puedo contar con ellas; no hizo falta más que esas primeras palabras para tenerlas a todas de mi lado. Aunque es temprano, ya hay varios coches aparcados en el parking, lo que significa que tendremos público para esta locura. Caminamos entre susurros, ultimando los detalles, y en cuanto llegamos al patio del centro de visitantes, nos desplegamos.

Me coloco justo en el medio, con el sol calentando mi espalda. Maite se acerca para darme unos últimos retoques en el pelo, colocando con cuidado la rosa amarilla de crochet a un lado de mi cabeza y ajustando el pasador. Un detalle precioso, regalo de Vera, que es una artista. Maca rocía un perfume de melocotón a mi alrededor, mientras Jessi me sube el tirante del vestido que había decidido rebelarse. Todo está en su sitio, perfecto: la flor amarilla, símbolo de la alegría que vuelve a llenar mi vida, y el vestido rojo, reflejando la pasión y el amor que sellaron lo nuestro.

Saco la guitarra con cuidado y ajusto la correa en mi cuello, pegándola a mi pecho. Quiero sentir cada nota, cada acorde. Los pequeños grupos a mi alrededor empiezan a lanzarme miradas furtivas; algunos murmuran entre ellos, otros sacan sus teléfonos y me apuntan sin disimulo. Me ignoran y no me ignoran, y la mezcla de todo eso me pone nerviosa, pero me aferro a la guitarra, queriendo que la música hable por mí. Cierro los ojos y me preparo mentalmente para este momento. Solo estoy esperando la señal de las niñas para empezar. Ellas han planeado todo, reservaron una excursión con un guía experto y buenorro, para así asegurarnos de que estaría

aquí. Uno que no tiene idea de la sorpresa que lo espera en este patio central, y con el que tuve que disimular, aunque muy mal, para que no sospechara nada. Respiro hondo cuando escucho el silbido de Maca, no sé de donde lo ha sacado, pero tenía un silbato de esos que simulan el canto de los pájaros.

Inhalo todo el aire que mis pulmones pueden contener y lo suelto despacio, intentando calmar el temblor que amenaza con apoderarse de mis manos. Mis dedos acarician las cuerdas con una suavidad casi reverencial, buscando transmitir todo lo que llevo dentro. Entreabro los labios y las primeras palabras de *Pellízcame* de Mercedes Cañas se deslizan en un susurro, parecen que fueron escritas para este preciso momento.

*Pellízcame  
Que no me creo que me estés pasando  
Me entra la sed  
Porque si te toco me voy quemando*

Mi voz apenas es un susurro, temblorosa pero sincera. Abro los ojos, y siento que la melodía se apodera de mí, cada nota se enreda en mi pecho y se fusiona con mi piel. Levanto la mirada y, entre toda esa gente, el mundo parece detenerse. Un rayo de luz lo ilumina solo a él, como si el universo reconociera que Elías es mi destino. Está ahí, y sus comisuras se elevan en esa sonrisa que siempre consigue desarmarme, dándome la fuerza necesaria para liberar las notas atrapadas en mi corazón.

*Porque muerdes mi risa y me desinflo  
Caigo como desde un precipicio  
Quiero desayunar solo contigo  
Y que me digas que sientes lo mismo*

Canto para él, pero también para mí. Para que entienda, para que sienta, para que sepa que ha cambiado mi vida, que le ha dado un giro de 180 grados y que, de alguna manera, ha logrado recomponer todas esas piezas que llevaba perdidas durante tanto tiempo. Ha desgarrado las cadenas que me mantuvieron prisionera del pasado y, con cada acorde, siento cómo se rompen un poco más. Mis dedos se deslizan con más fuerza sobre las cuerdas, mientras la vibración recorre mi cuerpo, grabando en mí cada palabra. Y en su mirada, encuentro el coraje para seguir adelante, para dejar que lo que siento se derrame a través de cada nota.

*Que como yo no habría ninguna  
Que estar separados es toda una tortura  
Y que volar conmigo hace más fuertes tus alas  
Que no pasa nada si se cierra alguna puerta  
Porque de tu ventana seré la llave maestra  
Que cuelgues de tu garganta*

Cada palabra es un pedazo de mi alma, es mi verdad expuesta, desnuda, sin filtros. Y sé que él lo sabe, porque lo veo en su mirada, en la forma en que se tensa, en cómo sus ojos no se apartan

de los míos. En ese momento, no existe nadie más. Solo somos él y yo, conectados por una melodía que dice más de lo que jamás podría expresar con simples palabras. De la mejor manera que sé, siendo yo misma y la música.

Mi voz se va apagando, y ni siquiera llego a dar el último acorde cuando Elías avanza hacia mí, decidido, como si no pudiera esperar un segundo más. Apenas me da tiempo a reaccionar; coloco la guitarra a mi espalda, anticipándome a su encuentro. Sus manos, cálidas, acunan mi rostro, y su mirada me atraviesa con esa intensidad que hace que todo mi mundo se tambalee. No tarda ni dos segundos en besarme, un beso lleno de luz, uno que he anhelado más de lo que me atrevo a admitir.

El beso comienza suave, como un susurro que se cuela entre los dos, pero pronto se convierte en algo más, en todo lo que hemos callado durante estos meses. Sus labios se mueven con urgencia contra los míos, y siento la calidez de su aliento mezclándose con el mío, encendiendo cada rincón de mi piel. Mis manos se deslizan hasta su nuca, tirando de él, acercándolo aún más, como si pudiera fundirme en su cuerpo. Y él responde, envolviéndome con sus brazos, presionándome contra su pecho, haciéndome sentir que no hay espacio ni aire entre nosotros. Sus dedos se enredan en mi cabello, y el temblor de su respiración se mezcla con la mía. Es un beso que reclama, que arrastra todo lo que somos, todas las veces que deseé este momento y lo negué. Lo siento en cada parte de mí, en la forma en que sus labios recorren los míos, en la manera en que su lengua busca la mía, y me pierdo en él, dejando que me arrastre a ese lugar donde solo existimos nosotros.

Porque en este instante, él y yo somos lo único que importa.

El mundo que nos rodea empieza a regresar poco a poco cuando unos aplausos nos envuelven. Nos separamos lentamente y es como si despertáramos de un sueño. Los pequeños grupos que estaban alrededor han comenzado a aplaudir, sorprendidos por el espectáculo inesperado que acaban de presenciar. Algunos sonríen con complicidad, otros se dejan llevar por la emoción del momento, y entre ellos, mis niñas destacan por encima de todos, coreando mi nombre con tanta fuerza que casi me hacen reír.

—¡Así se hace, Yurena! —grita Cris, eufórica, dando un salto que casi la hace perder el equilibrio.

—¡Ha sido demasiado bonito! —añade Lore con lágrimas en los ojos y una sonrisa que le ilumina la cara.

Las demás se unen en un cántico improvisado, cantando «¡beso, beso, beso!» alentando a todo el patio a unirse. Y no puedo evitar reír. Elías ríe conmigo, con esa risa que siempre consigue derretir mis defensas, y sin apartar su mirada de la mía, me acaricia el rostro, como si quisiera asegurarse de que este momento es real.

—Yurena, creo que tenemos un público al que contentar... —susurra con una voz cargada de humor y deseo, mientras su pulgar se desliza por mi mejilla, quemándome la piel con su toque.

No lo pienso. Me lanzo hacia él, acortando la distancia que nos separa, y en el instante en que sus labios vuelven a encontrarse con los míos, todo desaparece. La risa y los aplausos se vuelven un eco lejano, una banda sonora que acompaña la película que solo nosotros protagonizamos. Sus manos me sostienen con firmeza, temiendo que me desvanezca, y yo me aferro a él, sintiendo cómo su calor se funde con el mío.

Es un beso que no tiene prisa, que no entiende de tiempos ni de límites, un beso que lo dice todo. Que grita las palabras que aún no nos hemos atrevido a decir en voz alta. Y mientras nuestros corazones laten desbocados, al unísono, siento que no importa lo que venga después. Porque en este momento, con él, todo es perfecto.

Es nuestro final feliz...

Nos separamos, apenas unos centímetros, y Elías apoya su frente contra la mía, sin dejar de sonreír. Esa sonrisa que me derrite, que me hace sentir que soy la única en su mundo.

—No pienso dejarte escapar, ¿lo sabes? —susurra, y en su mirada veo la promesa de todo lo que vendrá, de todos los capítulos que aún nos quedan por escribir.

—Nunca lo dudé —respondo, y cierro los ojos, aferrándome a este momento, a él, a la certeza de que, por fin, estoy donde siempre debí estar.

# EPÍLOGO

*Rosa Salvaje*

Elías agarra el volante con una mano, girándolo con suavidad, y no puedo evitar encontrar algo increíblemente sexy en la forma en que conduce. Aunque, pensándolo bien, creo que todo lo que hace me parece provocador. Su otra mano sube por mi muslo, acechando el límite de la falda. Se detiene justo ahí, presionando con los dedos, marcándome la piel.

—¿Qué piensas? —pregunta, mirando la carretera.

Me lanza una mirada fugaz, antes de volver a centrarse en el frente, con una sonrisa dibujada en los labios.

—Que estoy frita por saber qué es eso que nos tienen que contar con tanta urgencia.

—Conociéndola, ¿qué crees que podría ser? —me pincha, sabiendo que muero por especular.

—No quiero ser mal pensada, pero hay una pequeña posibilidad de que sea esa noticia que siempre la trae de cabeza.

—¿Tú crees que es eso? No sé yo...

Elías dirige el coche hacia un aparcamiento cercano, lo coloca para estacionar marcha atrás. Gira el volante con la palma de la mano mientras apoya la otra en el respaldo de mi asiento con su brazo en tensión y el cuello ligeramente girado. Me tienta, y no puedo evitar mordirme el labio. ¿Desde cuándo aparcar me parece tan erótico?

El motor se apaga del todo, él ladea el rostro y nuestros ojos se encuentran.

—Yurena... no me mires así, porque no respondo de mis actos —dice, deslizando su pulgar por mi labio, pellizcándolo suavemente.

—Es tu culpa, no hagas esas cosas —replico.

—¿El qué? ¿Conducir? —Se quita el cinturón de seguridad, avanza hacia mí, acorralándome contra el asiento y me besa con fervor. Su mano baja por mi cintura, liberándome de la presión de la cinta. Sonríe contra mi boca.

—¿Ves? ¡Otra vez lo estás haciendo! —alego, sintiendo aún el sabor de su lengua.

—¡Solo te quité el cinturón!

Una carcajada profunda y ronca se le escapa antes de apartarse de mí. Sale del coche con ese aire suyo, pavoneándose, casi como si estuviera en una pasarela. Se toma su tiempo, caminando con una seguridad desbordante, hasta llegar a mi puerta. La abre con un gesto exagerado, digno de película, mientras se pone la mano en la barbilla, fingiendo un dilema existencial. Me lanza una mirada traviesa y extiende el brazo, en plan caballero dispuesto a ayudarme a salir, con esa sonrisa de suficiencia que casi me hace reír.

—Princesa...

—Eres bobísimo.

—Y eso te encanta.

Caminamos cogidos de la mano, con la misma intensidad que hace unos meses. ¿Quién me iba a decir que mi historia acababa de empezar? Ese viaje no solo nos dio una segunda oportunidad, también me mostró un mundo lleno de colores, uno que estaba deseando vivir en todas sus tonalidades. Como ya sabéis, hace no mucho dejamos atrás nuestro pasado y nos lanzamos de cabeza a esta nueva etapa juntos. Desde entonces, hemos aprovechado cualquier oportunidad para vernos. A veces soy yo la que viaja hasta El Rocío, donde Elías vive en una casita acogedora con vistas a la Marisma. Ese ha sido nuestro refugio, nuestro pequeño rincón del mundo donde nos despojamos de todo. Y a veces, él se escapa a Sevilla, a mi nuevo piso.

¿Os acordáis de Yuzu? Pues resulta que mi antigua vecina y la gata hicieron tan buenas migas que, claro, separarlas habría sido casi un crimen. Vamos, una crueldad innecesaria, sobre todo porque parecía que habían encontrado a su alma gemela. Así que, ¿qué iba a hacer yo? Tomé la decisión más «sensata» y las dejé juntas. Ahora ambas se hacen compañía y yo he dejado de escuchar esos bufidos constantes que me hacían sentir juzgada. Todos ganamos, ¿no?

Volviendo a nosotros, nuestra relación fue recibida con los brazos abiertos por Belén, su madre. Ella siempre supo lo que Elías sentía por mí, y aunque le dolió lo que me hizo Miguel, las dos aprendimos a perdonar. Por su parte, mi ex aceptó un trabajo en las afueras de Sevilla, donde, según parece, tenía a una de esas «amigas» con las que compartía más que conversaciones.

Con todos los cambios que se venían en mi vida, decidí hacer algo que llevaba tiempo pidiéndome el cuerpo. Me senté con mis padres y con Aniceto, mi querido jefe, y les conté cómo me sentía. Necesitaba buscar mi propio camino, y aunque el arte me gustaba, no era mi verdadera pasión, así que tomé la decisión de dimitir. Mi madre fue la primera en tomarme las manos, pidiéndome que siguiera a mi corazón, recordándome que nunca quiso que viviera su sueño, sino el mío. Fue entonces cuando les hablé de la persona que me sustituiría en la galería, alguien con mucho potencial. ¿Recordáis a mi amiga Vera? Siempre ha sido de las que se pierde en un lienzo en blanco, dejándose llevar por el pincel y explorando todas las posibilidades. Era la candidata perfecta, y sé que lo hará de maravilla.

—Hemos llegado —anuncia Elías justo antes de abrirme las puertas del restaurante.

Dentro, nos esperan mis amigas con sus respectivas parejas. No sé cómo Macarena ha conseguido reunirnos a todas con tan poco tiempo, pero aquí estamos. Las cabezas se giran a medida que nos acercamos y las sonrisas se dibujan en sus rostros.

El ambiente es ligero, ameno, lleno de esa energía refrescante que siempre me envuelve cuando estoy con mis niñas. A mi lado, Elías charla con Eduardo, el marido de Cris. Siempre se habían llevado bien, pero ahora parece que el tiempo que pasó alejado de nosotros nunca hubiera existido.

—¡Venga, no nos tengas en ascuas! —exclama Maite, levantando su copa.

—¿Qué prisa tienes, *miarma*? —responde Macarena, esquivándonos otra vez, con esa sonrisa de quien sabe algo que los demás no.

Se supone que esta cena era para darnos una supernoticia, aunque está haciéndose de rogar.

—Dejadla, que le gusta hacerse la interesante —comento con una sonrisa.

—Habló, la que nos tuvo días sin saber nada de nuestro *reality show* —suelta Jessi, ayudando a su amiga.

—*Touché*. —Alzo la copa en su dirección y me bebo el líquido de un trago, dejándome llevar por las risas que inundan la mesa.

Elías se levanta para hacer una escapada al baño, y Almudena no pierde tiempo en ocupar su asiento. Y yo le dedico una mirada cargada de intenciones, donde se ve claramente que me debe muchas explicaciones. Fijo que me entiende.

—Si es que no había nada más que contar, fue lo que te dije en Escocia. Te vi llorando, rodeada de oscuridad, y una risa masculina la empujaba hacia atrás...

—Lo de la risa te lo habías guardado. Esa información es nueva —añado.

Almudena hace un gesto con la mano, restándole importancia.

—Dame la mano —ordena, y obedezco sin dudar, deseando saber qué más puede ver. Porque ahora me fío completamente de lo que me diga.

Sus párpados se cierran con suavidad, y su pecho sube y baja en una respiración profunda. Puedo notar el ligero movimiento de sus pupilas tras la delicada piel, y luego, las comisuras de sus labios se curvan en una preciosa sonrisa. Sus dedos se aferran con más fuerza a mi mano justo antes de que una lágrima solitaria se escape de sus ojos. Al abrirlos, veo cómo el brillo de la emoción recorre su cuerpo, y todos sus vellos se erizan, como si su piel reaccionara a cada sentimiento que se agolpa en su interior.

—¿Qué has visto? —pregunto, apenas conteniendo la emoción.

Almudena sonríe con todo su rostro.

—Felicidad —responde en un susurro—. Una felicidad con tanta luz que casi he podido tocarla. Yurena, este es tu lugar.

Mi corazón late frenético con cada una de sus palabras, resonando en mi pecho como un tambor desbocado. Nos fundimos en un abrazo, de esos que te cosen por dentro, que recogen cada uno de tus pedazos rotos y los colocan en su sitio. Al separarnos, con los ojos húmedos y brillantes, compartimos una emoción tan intensa que no necesita explicación.

—¿Lorena? —pregunta alguien a mi espalda.

En ese instante, Lorena se levanta de la mesa con una ilusión efusiva cuando una mujer de ojos felinos se acerca rápidamente a nosotras. Se reciben con los brazos abiertos, y sus miradas dicen mucho más de lo que las palabras podrían expresar. Almudena me da un pellizco antes de abandonar la silla y se acerca a ellas, susurrando algo que no logro escuchar.

—¡Atención! ¡Atención! —brama Maca, golpeando su copa con una cucharilla.

Todas nos miramos, ansiosas por saber de una vez cuál es la noticia. Elías regresa a mi lado, entrelazando sus dedos con los míos. Macarena nos observa una a una, disfrutando de nuestra impaciencia, y se lleva la copa a los labios, saboreando el vino con toda la calma del mundo.

—Está bueno, ¿cómo decías que se llamaba, cariño? —pregunta a su marido, alargando un poco más nuestra agonía.

—¡Cojón de Gato! —exclama Carlos, tronchándose de risa.

Estallamos en carcajadas, porque no podía ser más acertada la elección del vino para este momento.

—¡Dilo ya! —grita Vera, llevándose las manos a la boca para hacerse oír.

—Os he reunido esta noche... —carraspea, eternizando el momento—. Para deciros... ¡Que he aprobado las oposiciones!

La noticia estalla en la mesa como una bomba de alegría. Todas empezamos a gritar y aplaudir, mientras las copas se alzan en un brindis improvisado. Macarena, orgullosa y emocionada, se lleva las manos a la cara, intentando contener las lágrimas.

—¡Lo sabía! —exclama Maite, levantándose para abrazarla—. ¡Siempre lo supe, joder!

Nos levantamos una tras otra para abrazarla, rodeándola en un círculo de amor y complicidad. Elías me da un suave apretón en la mano antes de soltarme para dejarme participar en este instante.

—Esta noche lo celebramos por todo lo alto —anuncia Jessi, con una sonrisa pícaro—. No todos los días aprobamos unas oposiciones, ¿eh?

—Nada de acabar besando el inodoro, ni intoxicaciones, por favor —suelta Almudena, con tono de advertencia.

—Beberos una por mí —comenta Vera, rechazando la copa de vino que le ofrecen.

Todas giramos la cabeza al mismo tiempo, como si fuéramos perritos de la pradera. No puede ser.

—Niñas, que estoy tomando antibióticos, sois unas mal pensadas. ¡Qué ganas tenéis de preñar a una! —dice, sacudiendo la cabeza, mientras nos reímos.

Las carcajadas estallan una vez más, seguidas de más brindis, y la promesa de que la noche no ha hecho más que empezar. Cuando finalmente me siento de nuevo, Elías me pasa un brazo por los hombros y me acerco a él, dejando que el calor de su cuerpo me envuelva. Apoyo la cabeza en su pecho, y cierro los ojos un segundo, disfrutando de la sensación de paz que este momento me regala.

Porque, después de tanto esfuerzo, ese cuento que siempre soñé vivir, ese sueño que se sentía tan lejano llegó justo cuando ya había dejado de esperar. Y lo hizo de la mano de la única persona que, desde el principio, supo cómo susurrarle a mi corazón.

***Fin...¿O no?***

# AGRADECIMIENTOS

Quiero expresar mi agradecimiento una vez más por haber elegido este libro para tu lectura. Como sabes, me gusta explorar diversos géneros, y el simple hecho de que me apoyes en cualquier tema que decida escribir es algo que valoro enormemente en este momento.

En mis últimos trabajos he acumulado una lista interminable de personas a las que quiero agradecer de corazón. Muchas de vosotras ya sabéis lo mucho que valoro cada gesto, cada palabra de apoyo, porque sin vosotras, este libro no estaría hoy en tus manos. Sabéis bien lo que os quiero, y ese lazo tan bonito que hemos creado. Este sueño no sería posible sin teneros cerca.

Gracias a todos los que hacéis posible este sueño, por ayudarme a compartirlo con vosotros y por apoyarme en cada una de mis aventuras, ya sea con personajes oscuros, comedias románticas o thrillers.

A mis amigos escritores, a los lectores, *bookstagramers*, *blogeros*, *booktokers* que dan alas a nuestras palabras, permitiendo que vuelen más alto que nunca. Y a ti, que ahora estás leyendo los agradecimientos tras finalizar esta novela, la cual me ha regalado tantos momentos especiales.

## **Antes de que cierres el libro me gustaría pedirte un pequeño favor...**

Si has disfrutado de esta historia, te invito a hacer una valoración en Amazon. Es la manera de dar a conocer mis novelas a otras personas, y a mí me ayuda mucho como escritora autopublicada. Sígueme en mis redes sociales, donde me podrás encontrar como SetzyNeko o si lo prefieres puedes enviarme un mensaje privado contándome tu opinión, estaré encantada de hablar contigo. ¡Gracias por tu apoyo! Significa mucho para mí.

Comparte mi sueño con los demás; así me será posible volver a soñar.

S.J. García

<https://www.sjgarcia.com/>

# Biografía

Nací en 1983, en una época salvaje donde disfrutábamos de sencillas alegrías: jugábamos a las canicas, al elástico y corríamos por las calles para jugar a poli-ladrón al ritmo de las canciones de Madonna, Michael Jackson, Radio Futura y muchos más. Las tardes se deslizaban acompañadas de un bocadillo de chocolate mientras veíamos con fascinación Dragones & Mazmorras, Caballeros del Zodiaco, Candy&Candy y Campeones. En aquellos tiempos inocentes, creíamos que repetir «Verónica» tres veces frente a un espejo nos condenaría de por vida. Sí, es una época que jamás olvidaré, la época en que descubrimos internet y esperábamos ansiosos a que colgaran el teléfono para chatear por IRC, Messenger y mandar zumbidos sin parar.

Recuerdo los cumpleaños en familia, las rodillas raspadas y pedir cinco duros para comprar algún tesoro compartido con amigos. Esos años marcaron mi infancia y contribuyeron a forjar la mujer que soy ahora.

Crecí devorando todo lo que caía en mis manos, escribiendo pequeños relatos que quedaron ocultos en un cajón, pero que guardaban mis sueños más profundos. Con el tiempo, el amor tocó mi corazón y me convertí en mamá, transformando mi vida por completo. Fue entonces cuando las personas que me rodeaban empezaron a susurrarme que podía hacer mucho más con todas esas ideas guardadas en mi interior. Así, destapé una caja de Pandora que jamás podré cerrar, sumergiéndome en mil y una vidas, cada una más distinta, pero todas impregnadas de mi personalidad.

Porque mis historias están hechas para sentir, para experimentar la oscuridad, la luz, el amor y la amistad. Dejé fluir todas esas emociones para poder compartirlas con el mundo, y así encontré mi voz como escritora.

## OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA



S.J. GARCÍA

@setzyneko



- Butterfly
- Piel de Lobo
- Máscara de Cristal
- Ecos en Abril (Serie Azahar 1)
- Susurros en Diciembre (Serie Azahar 2)
- Rumores en Febrero (Serie Azahar 3)
- Murmullos en Mayo (Serie Azahar 4)
- Mentiras en Junio (Serie Azahar 5)



[DESCÚBRELAS AQUÍ](#)